

La vida clandestina

EMPAR FERNÁNDEZ





Empar Fernández (Barcelona) es autora de novelas que abordan la historia europea contemporánea (*Mentiras capitales*, *Hotel Lutecia*, *Irina*, *La epidemia de la primavera* —finalista del Premio Espartaco de Novela Histórica—), de obras de divulgación histórica de carácter local, de ensayos humorísticos y de numerosas novelas de género negro escritas en solitario (*Sin causa aparente*, *La mujer que no bajó del avión*, *La última llamada* y *Maldita verdad* —Premio Tenerife Noir, Cubelles Noir y finalista del premio Hammett—) o a cuatro manos junto a Pablo Bonell (*Las cosas de la muerte*, *Mala sangre*, *Un mal día para morir* y *Líbranos del mal*).

También es autora de las novelas juveniles *Som uns pringats* y *L'accident*. En 2025 fue finalista del Premio Edebé de Literatura Juvenil con *La caída*.

En 2022 publicó *Será nuestro secreto* en Alrevés y recibió el Memorial Antonio Lozano del Festival Granada Noir por su

compromiso a la hora de evidenciar la desigualdad y la injusticia social, una constante en toda su obra.

En 2024 ganó el Premio Hammett de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela negra publicada en 2023 por *El miedo en el cuerpo*, segunda entrega de la serie protagonizada por el inspector Mauricio Tedesco, también publicada por Alrevés. En 2025 dio continuidad a esta serie con *El instante en que se encienden las farolas*.

Una tarde de lluvia el agua comienza a filtrarse por la escalera de un edificio de nueva construcción. El origen, al parecer, está en el piso piloto, donde se encontrará el cadáver de una mujer. Pronto el inspector Mauricio Tedesco, encargado de investigar el caso, comprenderá que más allá de las apariencias, que apuntan a un suicidio, ese fallecimiento entraña historias y motivos mucho más complejos y profundos.

Mientras la investigación avanza, salen a la luz las vidas de quienes sobreviven en los márgenes, lejos de la mirada de los demás: un inmigrante sin papeles obligado a hacerse invisible, una mujer que libra una batalla diaria contra sí misma y un hermano que lleva años sosteniéndose precariamente en un equilibrio imposible. Pero en una ciudad donde la soledad y el miedo forman parte del día a día, también hay hueco para la generosidad, la esperanza y, después de todo, pese a todo, el amor.

Con la intensidad emocional y la mirada social que caracterizan su sólida trayectoria, Empar Fernández construye un *noir* profundamente humano sobre la fragilidad de esas vidas clandestinas que transcurren a nuestro lado sin que apenas reparemos en ellas. Una novela valiente, empática, humana, también luminosa, que nos tocará por dentro y que es imposible de olvidar y, también, de ignorar.

La vida clandestina

,

La vida clandestina

EMPAR FERNÁNDEZ

ALREVE²S
BARCELONA-2026

Primera edición: septiembre de 2026

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ de la Perla, 22

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© 2026, Empar Fernández

© de la presente edición, 2026, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-10455-86-3

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—Pero, dime. ¿No te da miedo la locura?

—¡Por favor! Es lo único maravilloso en esta sucia
vida de mierda. ¿No te parece?

ALEJANDRA PIZARNIK

Cúrala de eso. ¿Acaso es que no puedes dar alivio a una
mente quebrantada, arrancar las raíces del dolor de la
memoria, erradicar la angustia escrita en su cerebro y,
con un dulce antídoto de olvido, liberar el triste pecho
de esa peligrosa materia que le oprime el corazón?

WILLIAM SHAKESPEARE,

Macbeth

MARTES

RUBÉN

En el edificio en construcción, la empresa ha improvisado una oficina de ventas. El promotor ha hecho colocar un barracón metálico a la entrada del futuro parking, justo antes de la rampa. Una parte queda sobre la acera y entorpece el paso. Han recibido ya un par de avisos del ayuntamiento que se han limitado a ignorar. La pequeña nave es un lugar en el que las horas pasan muy despacio. Su ocupante, Rubén Carpio, lo ha empezado a aborrecer.

Es un sitio demasiado pequeño, poco más que una jaula sin barrotes. Apenas caben en su interior una mesa, tres sillas y una estantería estrecha arrimada a una de las paredes con cuatro archivadores de colores que contienen folletos atrasados. Según el jefe de ventas, el papeleo inspira confianza. Y cuando Arnau Llobera, máster en Comercio y Marketing, habla de confianza, quiere decir aroma de permanencia, de supervivencia, de ilusión de futuro, de prosperidad. Postureo empresarial. Siempre según Llobera, cuatro archivadores casi vacíos le proporcionan al lugar cierta garantía de continuidad que, tal y como están las cosas, nunca está de más.

Por si la sensación de falta de espacio no bastara, el ruido de la obra en curso le obliga a mantener la única ventana, del tamaño de una tronera, permanentemente cerrada. A principios de mayo, el cubículo ya resulta asfixiante. Carpio —así lo llama Llobera porque no recuerda su nombre— no quiere ni pensar en

un mes de julio a más de treinta grados y entre cuatro paredes metálicas. Agosto será un puto infierno.

En las condiciones habituales, desplegar un plano es una odisea y estirar las piernas casi un imposible, pero como todo puede empeorar, si la pareja interesada en un piso se presenta con un niño pequeño y su cochecito, o con una criatura en patinete, el barracón parece encoger y la escasez de espacio resulta casi humillante, un verdadero agobio. Como recibir a los extraños dentro de un batiscafo.

A veces, Rubén siente la necesidad apremiante de abrir la puerta y poner el pie en la calle. Si nadie requiere información se sienta en el umbral elevado de la entrada. Han situado el barracón sobre unos pilares que lo distancian del suelo y se accede mediante un escalón improvisado. Desde allí cruza unas frases con alguno de los trabajadores. Más de una vez ha sido abroncado por lo que Llobera califica de su «penosa costumbre de confraternizar con cualquiera».

Los obreros aprovechan para detenerse, librarse del casco y, si las circunstancias parecen propicias, prender un pitillo. No todos son capaces de mantener una conversación. Muchos recién llegados ni siquiera consiguen interpretar correctamente las órdenes del responsable de la obra. Pero más de uno, con infinitas ganas de charla y de tomarse un respiro, se para junto a Carpio y cruza cuatro palabras sobre el fútbol, la maldita crisis climática, la corrupción generalizada o la situación geopolítica cada vez más preocupante. Todos ellos coinciden en creer —tal y como asegura un extremeño locuaz especialista en política nacional que fuma mentolados y está reuniendo dinero para un trasplante de pelo— que el mundo se va al carajo. El mismo hombre de edad avanzada que ha empezado a referirse a la asfixiante oficina de ventas como a la *air fryer*.

Rubén cuenta los días. Detesta el barracón y las horas muertas, que son casi todas. Y por si la sensación de

enclaustramiento no fuera suficiente suplicio, llegado el momento de dar por acabada una visita informativa, el joven comercial apenas consigue desplazar la silla hacia atrás unos centímetros para ponerse en pie con cierta dignidad. En una maniobra estudiada al centímetro, rodea la mesa ofreciendo su mejor perfil y despide amablemente a los posibles compradores. No siempre la ejecuta bien. Muchos de ellos, como la pareja treintañera que se empeña en preguntar por unos acabados que la empresa no ha precisado todavía, se le antojan puros merodeadores sin dinero y sin intención alguna de comprar una vivienda. Paseantes ociosos, vecinos aburridos que ahuyentan el tedio visitando los edificios en construcción, comparando materiales, tiempos de ejecución, dimensiones y vistas, y escandalizándose sin remedio por el precio de un piso de dos habitaciones. Gente que explora el mercado inmobiliario sin otro propósito que el de pasar el rato sin gastar un céntimo.

Otros se apuntalan tras las vallas metálicas y se limitan a contemplar el avance de los edificios. Carpio valora la proximidad crítica de los jubilados ociosos y de los parados de la construcción. Fiscalizan el avance de las obras, son exigentes, pero nunca atraviesan el umbral para interesarse por cuestiones como la calidad del parqué o la resistencia de las baldosas de la cocina. Reconocen mejor que nadie la condición de un encofrado y la defectuosa ejecución de las regatas. Curiosos que, plantados a pocos metros del barracón de chapa, examinan, critican y acuerdan, invariablemente y por unanimidad, que antes se trabajaba mejor.

Infinitamente mejor.

—El caso es que no pueden ustedes ver ningún piso hasta que no esté la promoción más avanzada. La ley no lo permite, cuestión de seguridad, si pasara cualquier cosa durante la visita... Piensen que todavía levantamos tabiques y no hay baranda en ningún tramo de escalera. No podemos arriesgarnos.

—Podemos ponernos un casco —propone la mujer, ligeramente estrábica, que no se deja desalentar tan fácilmente.

Carpio niega con un gesto y aprieta los labios para contener un par de imprecaciones que le suben hasta los labios.

—Lo siento. No está permitido. Pueden ustedes pasar más adelante y estaré encantado de...

El hombre, de pelo ralo y enormes bolsas bajo los ojos, hace ademán de levantarse. Ha oído lo que quería oír. Mucho más de lo que quería oír. De hecho, no siente el menor interés y llevan casi media hora sentados al otro lado de la mesa. Escuchando, asintiendo. Empieza a estar más que hartos. Él no pregunta, ella sí. Quiere saberlo todo. Es de armas tomar. Curvas rotundas, ojos desconcertantes, pelo crespo, labios anormalmente carnosos y la voluntad de un explorador en el Ártico.

—Aquí tienen las dimensiones, los precios, la orientación de cada piso y la memoria aproximada de calidades para que se hagan ustedes una idea. De momento solo hemos vendido dos pisos de una promoción de veinticuatro, quedan muchos y, llegado el caso, podrán ustedes escoger. Tenemos viviendas interiores, exteriores, de dos, de tres, de cuatro habitaciones, con terraza y sin ella... también un par de bajos con rejas y adaptados por si algún miembro de la familia sufre discapacidad, dos dúplex en el ático... —recita de corrido, como desgranaría la tabla de multiplicar—. Tienen ustedes tiempo para pensarlo con calma y, más adelante, podrán ver los acabados. Y si deciden ustedes hacer una reserva...

El hombre tuerce el gesto.

Hierática, la mujer sigue sosteniéndole la mirada.

Lo que no tienen es dinero. Ni prisa. Es evidente.

Rubén reúne la documentación que acaba de mencionar en un sobre grande con el logo de la constructora. Mete también una tarjeta personal con su nombre y su número de teléfono. Pura rutina.

La mujer alarga la mano. Carpio está seguro de que arrojará el sobre en la primera papelera que encuentren a su paso.

Sobre el fragmento de techo metálico que se asoma a la calle, la lluvia atruena como si se hallaran confinados en el interior de un tambor. La humedad es alta y sigue subiendo. En el desigual suelo de linóleo, el paraguas mojado de la mujer ha dejado un charco con la forma del continente africano. Carpio puede reconocer incluso la estilizada silueta de Madagascar. A falta de algo mejor que hacer podría abstraerse en su contemplación durante horas.

—Si no tienen ustedes más preguntas... —remata para obligarles a abandonar el barracón.

El teléfono móvil que siempre deja sobre la mesa suena, vibra y se desplaza unos milímetros. Carpio se sobresalta y acto seguido da interiormente las gracias al cielo por la interrupción. No puede más. La conversación no avanza y no parecen dispuestos a irse. La experiencia le dice que la pareja dispone de todo el tiempo de este mundo. Hay vendedores que prefieren hablar de instinto. No importa. Pondría la mano en el fuego.

El esposo inicia la maniobra que ha de conducirlo hasta la calle. Su mujer no ha alterado su postura y no parece dispuesta a abandonar la silla.

—¿Me perdonan? —pregunta por cumplir.

No puede reconocer el número, pero tampoco importa.

El hombre asiente, lo perdona. Cómo no, casi lo compadece. Discretamente, ha colocado ya la mano derecha sobre la mesa como para apoyar en ella el peso de su cuerpo con la intención de levantarse y despedirse.

Ella sigue sin darse por aludida. No hace el menor gesto ni aparta los ojos de su rostro. Los labios más apretados, los ojos más afilados y los brazos rígidos abandonados sobre la mesa; parece resuelta a permanecer anclada al suelo por los siglos de los siglos.

El marido no tarda en corregir su postura y retira la mano. Reconoce fácilmente la derrota.

Amén.

Rubén la maldice interiormente antes de hablar.

—Sí, sí. Soy yo. Claro. Sí, sí, la recuerdo. ¿Un problema? Ya. ¿Agua? Sí, sí. Entiendo. Pasó una revisión antes de la entrega de llaves y de eso hace solo unos días, parece imposible que... ¿En el rellano? Sí, sí. Agua que baja de arriba. Ya. ¿Por la escalera? No sé si acabo de...

Aparta el móvil unos centímetros. La mujer grita.

—Sí, sí. No se preocupe. Voy enseguida. En diez minutos estoy ahí. Espéreme. No se mueva.

IDRISSA

Para Idrissa Seidy, un senegalés alto, delgado y de ojos oscuros y hermosísimos, no ha sido un mal día.

A las siete de la mañana se ha plantado, con la botella de plástico que ha llenado en una fuente y en compañía de unos veinte hombres más, junto a la puerta de una empresa de venta de materiales de construcción. Así trabajan a veces los que no tienen empleo.

Su experiencia en el sector es nula, su familia siempre ha malvivido del campo, pero su planta poderosa, sus brazos fuertes como ramas de árbol, su aspecto saludable y su carácter complaciente a menudo le procuran una jornada como peón en un edificio en construcción. Acepta cualquier tarea. Igual descarga camiones que apila ladrillos, derriba tabiques o abre zanjas en el margen de un camino. Además, Idrissa tiene buena voluntad, se hace entender y aprende rápido. Sonríe por costumbre y por conveniencia, y nada ni nadie le impedirán deslomarse sujetando un pico, agarrando una maza o acarreando sacos sobre su espalda.

El primero en hablar, el más necesitado, el que en la subasta acepta el jornal más bajo, se lleva el gato al agua. Quizás es el que tiene más hambre o más bocas a su cargo. Subastas a la baja, «subastas inversas», las llaman, por darle un nombre aparentemente decente a una práctica aberrante: quince, veinte, veinticinco, treinta euros... Raramente llegan a ofrecer cincuenta euros por toda una jornada de trabajo duro. Alguien levanta antes la mano. Idrissa ha trabajado muy a menudo por un sueldo de miseria, pero ha trabajado. Los que, como él, no tienen papeles ni futuro a corto, medio ni largo plazo están dispuestos a aceptar unos euros, muy pocos. Casi una limosna. Pura supervivencia. No hay legislación que los ampare ni sindicatos que velen por sus intereses. Solo explotación del miserable por el miserable.

El empleador empieza a contar: diez, doce, catorce, dieciséis... El que habla primero, el que acepta la cantidad más baja por toda una jornada de trabajo, es el que trabaja. Ni la menor esperanza de cobrar un jornal digno. Una práctica inmoral de los que carecen de escrúpulos y van sobrados de ambición.

Veinte, veintidós, veinticuatro, veinticinco... Nunca más de treinta euros al día.

Idrissa siempre es de los primeros en levantar la mano. No quiere arriesgar. No puede. No tiene alternativa.

No ha sido un mal día. No de los peores. El contratista acaba de pagarle lo acordado, veintiocho euros por ocho horas de trabajo y un bocadillo de atún y una coca-cola a mediodía. La coca-cola es una especie de propina, pero Idrissa la agradece infinitamente. Recuerda haber pasado media infancia imaginando el sabor de una coca-cola burbujeante que nunca pudo comprar. Por fortuna, aquel día no ha habido sorpresas ni improvisadas sanciones por un error cometido, o no, ni condiciones que cambian a peor sobre la marcha.

Al acabar, el hombre le ha estrechado la mano prometiéndole que se acordaría de él porque trabaja bien, y asegurándole que

recordará su cara y volverá a «contratarlo» si se presenta la ocasión. Idrissa le entrega un papel en el que ha anotado un número de móvil, el de Moussa.

—Tú llamar. Yo trabajo.

Sabe lo que saben todos, que lo que el hombre recordará es que ha cavado con todas sus fuerzas y que ha descargado en solitario dos furgonetas cargadas de sacas de cemento y de ladrillos sin la menor protesta y a buen ritmo. Tampoco se ha lamentado cuando a media tarde ha empezado a llover y las cosas se han complicado para todos. El senegalés, bien adiestrado para la supervivencia, se ha limitado a encajar la contrariedad con una sonrisa. Como siempre. Es lo mejor cuando no se conocen las palabras. Sonreír, sonreír, sonreír. Desde que era un crío, Idrissa ha aprendido cómo funciona el mundo y qué lugar ocupa en él.

De los veintiocho euros que acaba de guardarse en el bolsillo apartará diez para el próximo envío a casa. En Senegal bastan para comer dos o tres días si se tiene buen conformar; aquí no alcanzan ni para una tarjeta de metro. Aunque está rendido, casi exhausto, se siente contento. Experimenta esa especie de asomo de felicidad que generalmente le dura solo unas horas. Pronto será suplantado por la inquietud que le anida en las tripas con cada amanecer y la absoluta falta de certezas que tanto le angustia.

Cenarán bien.

Descansará.

Si Natalia está mejor, quizá la abrazará al llegar y le estrellará un beso en los labios.

Si Natalia está mejor, todo irá bien.

Si Natalia...

Lejos de casa, en el Poblenou, con la tarde avanzada y una lluvia leve, buscar la boca de metro más cercana y atravesar la ciudad con la ayuda del plano es como peregrinar a la montaña más alta. Pero ha habido días peores, infinitamente

peores. Días de desesperación, dudas y brazos cruzados. Los peores son los días en blanco, los días de manos ociosas y vacías.

A veces, Idrissa se siente como ella, como Natalia. Experimenta ganas de desaparecer. Un día piensa que debe regresar al poblado, que en definitiva aquel es su sitio y no debería haberlo abandonado nunca. Al día siguiente tiene clarísimo que debe quedarse y seguir buscando, que algo saldrá y que las cosas acabarán por mejorar. También él tiene días malos en los que alcanza el convencimiento de que a peor no pueden ir.

Anteayer fue él quien tuvo un día de perros, todo el día en la calle con un par de manzanas en el estómago y medio bocadillo que encontró en una papelera. Ha aprendido a rondar los colegios y las plazas, siempre hay algún crío inapetente que no se acaba el bocadillo. Se sentía perfectamente capaz de darse por vencido. Es en días como el de anteayer cuando hace todo lo que puede por recordar que Idrissa, su nombre, significa «inmortal», «el que no desfallece».

Y no puede morir, ni abandonar ni desfallecer. Sencillamente, no puede.

Esa es la trampa. No puede. Un mundo entero, pequeño, remoto y muy, muy querido, depende de él, de su capacidad de sacrificio, de sus fuerzas, de su trabajo. De su resistencia ante la adversidad.

TEDESCO

El inspector de los Mossos d'Esquadra Mauricio Tedesco es un hombre de edad avanzada, algo huraño en el trato, siempre desaliñado y de temperamento propenso a la melancolía.

Adora la lluvia desde que tiene uso de razón y memoria de los hechos, pero hoy, un día de principios de mayo, ni la bendita lluvia consigue elevarle el ánimo. Las primeras gotas siempre logran hacerle concebir esperanzas de una precipitación

importante y le proporcionan cierta forma de euforia controlada. No es un hombre que acostumbre a mostrar sus emociones. El inspector espera sin desmayo un buen aguacero, un chaparrón bíblico, una de esas lluvias torrenciales que llegan tan de tarde en tarde. Nada le gusta más que asistir al arrancar de una tormenta de las que aterrorizan a los perros y hacen temblar el mundo. No ocurre así esta vez. No se siente mejor ni experimenta satisfacción alguna.

Hace más de una hora que llueve sin interrupción, y en otras circunstancias su ánimo habría mejorado sensiblemente, aunque, dado su carácter algo áspero, nadie en su entorno inmediato habría podido advertirlo ni le habría interrogado al respecto. Ventajas de la introversión. A su entender nunca llueve suficiente. Tedesco, en opinión de los que lo conocen, es un hombre extraño, reflexivo, poco hablador y generalmente ensimismado. Un silencioso adorador de la lluvia en todas sus manifestaciones.

Dicen de él que no parece un policía. Y así es. No lo parece. Podría ser un poeta que baraja palabras en su mente, un pintor que imagina cada detalle del próximo cuadro o un campesino absorto en mil cavilaciones.

Nada más poner el pie en comisaría la llamada de Elvira ha logrado amargarle el día. Ignasi Romeu, el policía retirado, su mejor, su único amigo, ha sido ingresado de urgencia en el Hospital Clínico aquejado de una insuficiencia cardiorrespiratoria y permanece controlado y en observación. No hay pronóstico. Demasiado pronto todavía para asegurar nada. Parece probable que tengan que implantarle un marcapasos.

Tedesco debería haberlo sospechado al no encontrarlo como cada mañana acodado a la barra del París para el primer café. Era lógico pensar en algo grave al no hallarlo con la vista clavada en la pantalla del televisor. Romeu es un policía jubilado, un exinspector ocioso, y lo es a contrapelo. Nada desearía más que

pisar a diario la comisaría. Cada mañana espera a Tedesco para cruzar cuatro frases, manifestar un puñado de opiniones cuajadas de sentido común y de cierta forma de amargura y deslizar un puñado de afilados sarcasmos. Su mejor amigo. Desde hace años uno de los puntales de su vida.

En contra de todas las normas policiales y aparcando la sensatez, Tedesco tiene por costumbre explicarle cada caso, valorar en su compañía cada pista y tener en cuenta su opinión de madero veterano. Romeu ha sido un buen policía, un hombre valeroso, astuto y honesto a carta cabal. Un hombre íntegro con muchos años de oficio que ha visto de lo malo lo peor. Tiene en él confianza absoluta.

El inspector ha atribuido su ausencia en la cafetería a alguna visita médica, cada vez más frecuentes, a algún trámite o a una indisposición menor. Aunque Romeu raramente falta a la cita, Tedesco no ha intentado hablar con él llamándolo al móvil. Primer error, no es el último. Simplemente, le ha restado importancia, ha acabado su café y, caminando a buen paso, ha alcanzado la comisaría.

Lo cierto es que a media mañana se ha olvidado ya de la ausencia de Romeu, ocupado como está en desentrañar el apuñalamiento de un joven homosexual con resultado de muerte a la salida de una discoteca. Un asunto feo, posible agresión homófoba, que empeora y se complica conforme avanza la investigación.

Tedesco no ha decidido todavía si se acercará al Hospital Clínico al acabar su turno dentro de un par de horas. Romeu permanece en la UCI. Intubado, sedado y, probablemente, terriblemente asustado. Ambos comparten una misma aversión: detestan los hospitales y se mantienen tan alejados como les resulta posible. Como si una instancia superior hubiera emitido una orden de distanciamiento. Por eso Tedesco puede imaginar sin esfuerzo al amigo inmovilizado, frágil y aterrorizado hasta los

tuétanos, y sabe que no encontrará las palabras para aliviar su alarma. No las hay.

Elvira López, su esposa, le ha asegurado con la voz rota que las primeras horas son importantes, cruciales. Decisivas, ha añadido con un dramatismo no impostado. El equipo médico que lo atiende no se atreve a augurar nada.

—Solo puedo verlo a través de un cristal durante un rato. Es, es... —Tedesco sabe que resulta cruel, casi inhumano, pero calla. Ha estado en su lugar. Elvira no acaba la frase. Tras unos instantes de silencio, añade—: Todo lo que han dicho es que debe permanecer en reposo absoluto. —Elvira así lo remarca un par de veces—: Reposo absoluto, Mauricio.

A punto ha estado Tedesco de señalar que no pensaba animarlo a hacer *running* ni a participar en una maratón, ni mucho menos en una persecución policial, pero ha guardado silencio. Es buen entendedor y las palabras de Elvira han sido pocas, pero la intención le ha parecido clara. Diáfana. Ni actividad física ni emociones de ningún tipo. Ni tan siquiera las derivadas del seguimiento de un caso policial ajeno.

—Nada debe alterarlo. Nada. Es lo que han dicho. Esta vez ha sido serio, muy serio, Mauricio. Mucho más que otras veces —ha señalado Elvira con las lágrimas desbaratándole el habla.

Tedesco, turbado por sus palabras y por la inmensidad del dolor concentrado en su voz, no ha acertado a responder. Ignoraba que Ignasi hubiera tenido dificultades anteriormente. De hecho, desconocía que el expolicía tuviera problemas respiratorios. Nunca había hablado de ello.

No ha preguntado.

—Ignasi no puede... Yo no puedo... Mauricio... Si Ignasi no sale de esta... Yo no sé qué...

La mujer no ha logrado continuar. No ha sido necesario. Tedesco habría podido acabar sus frases. Las mismas que él había pronunciado cuando la muerte inminente de Fina empezó a ser

tan real como lo había sido más de media vida juntos. También él pensó que no podría...

—Lo entiendo, Elvira. Pero lo superará. Lo superará y volverá casa —ha afirmado el policía sin la menor convicción. Sabe que es lo que la mujer necesitaba oír.

Tedesco quiere ver al amigo, comprobar que sigue en este mundo, quizá cogerle la mano y explicarle detalladamente el caso del desdichado chico homosexual al que encontraron muerto junto a un contenedor. Pero Elvira no le ha animado a ir al hospital. Ni la menor insinuación. Solo ha insistido en que nada debe perturbar al enfermo. Por eso el policía no consigue decidir.

Trata en vano de contemplar la cortina de agua que se abate sobre una ciudad siempre sedienta. ¡Malditos cristales opacos! Todavía hoy se pregunta a qué esclarecida mente se le ocurrió recubrir la comisaría de cristales que la aíslan del exterior. Se conforma con escuchar la música de las gotas. Tedesco recuerda que Romeu dice de él que es como los tuaregs, que se pasan la vida esperando la lluvia. Su hija Marina, por su parte, asegura que Mauricio Tedesco es un hombre raro, casi extravagante. Insólito como un perro verde. Un hombre azul, un perro verde. ¡Qué más da!

Marina también asegura que se ha equivocado de siglo y Romeu contrataca afirmando que el inspector Tedesco, que detesta el calor y aborrece el verano, se ha equivocado de latitud. Y, aunque no lo admitirá nunca, sabe que ambos andan en lo cierto. Siempre se ha sentido extraño en todas partes. Nacido en Barcelona, desenvolviéndose en dos lenguas y con un apellido italiano —recibido de un padre al que no llegó a conocer— que significa «alemán». Raíces en tres países distintos y la mente en las nubes.

—Eres de latitudes altas, Mauricio. De Copenhague para arriba, te lo digo yo. De Copenhague para arriba.

Recordó que su hija Marina también afirmaba ocasionalmente, cuando le recriminaba su inclinación a la soledad, que era un lobo estepario.

Tedesco no sabe lo que es. Un lobo errabundo, un perro alternativo, un hombre azul... No importa. Hace tiempo que ha dejado de preocuparle el nombre de las cosas. Detesta las etiquetas. Lo que tiene cada vez más claro es que como amigo deja bastante que desear. Con la mala conciencia del que cree haber pecado por omisión e incapaz de concentrarse en el papeleo que aguarda sobre su mesa, el inspector sale al pasillo y, a falta de otro lugar al que dirigirse, se acerca a la máquina de café.

Extrae el cuarto café del día.

Una aritmética personal, y tremendamente laxa y complaciente, le permite contabilizar como medio cada café salido de una máquina. Asegura siempre que puede que aquel café aguado y no muy caliente «no tiene cafeína ni tiene nada». Tan desprovisto de todo, el brebaje no puede agravar en forma alguna una hipertensión crónica que le diagnosticaron ya en su juventud.

El policía se basta y se sobra para argumentarse a sí mismo. Tras años de disputas, Marina ha dejado de importunarlo al respecto, ha simulado haber depuesto las armas. Se ha rendido en falso. De vez en cuando su hija reanuda la batalla, siempre la pierde.

—Tú sabrás lo que haces.

Con el vasito de plástico entre los dedos, a Tedesco la mirada se le escapa de nuevo hasta la calle. Una ventana entreabierta le permite contemplar cómo aquel que puede se apresura en dirección a su casa. Son muchos los que, como el propio policía, no disponen de un paraguas. El inspector los extravía como hace con los bolígrafos o los paquetes de pañuelos de papel.

Observa cómo una mujer mayor con una falda acampanada que parece de otro siglo, y lo es, se detiene en un portal y busca algo en su bolso. A Tedesco la mirada se le queda prendida en esa

falda con vuelo que ha viajado en el tiempo. Es buen observador y curioso por naturaleza. Piensa en las llaves, en un móvil, quizás en un paraguas plegable. La mujer, que rebasa largamente los setenta, saca del bolso de mano una bolsa de plástico de unos grandes almacenes, la rasga por uno de sus laterales y la coloca, a modo de capucha, sobre su peinado crepado a discreción.

Tedesco recuerda haber visto a su madre hacer algo parecido y se avergüenza de no haber pensado en ello. Una bolsa de plástico en la cabeza. Un detalle de otro siglo, el suyo, el siglo xx. Y, aunque nunca estuvo muy unido a su madre, llega a experimentar cierta forma de nostalgia. Apenas una sombra.

Lidia Sampedro, la agente que por sus movimientos y su apariencia bien podría pasar por una bailarina clásica, le sonríe y menea la cabeza en un amago de reprimenda al atravesar el pasillo. Es una especie de hija adoptiva, una de las pocas agentes que Tedesco aprecia sinceramente, la única en toda la comisaría que se atreve a hacer alusión al café a discreción que no le conviene.

Lidia tiene una historia personal salpicada de violencia y no siempre se siente a salvo. El inspector solo conoce la parte que, como el extremo de un iceberg, aflora a la superficie. La agente apenas habla de su familia, solo se ha referido alguna vez a un padre alcohólico con la mano muy larga. Demasiado dolor. Tedesco la considera una de sus agentes de toda confianza.

La joven agente siente simpatía y cierta admiración hacia el hombretón solitario y entrado en años de cabello blanco y lacio y arcaicas gafas doradas. Las mismas que lleva usando durante más de una década y que siempre están en continuo descenso nariz abajo debido quizás al uso prolongado, pero sobre todo a la pronunciada pendiente de su apéndice nasal. Las mismas lentes que le hacen parecer un médico de familia, un contable o el administrativo de una empresa de grifería.

Tedesco ensaya una sonrisa y, con el mismo gesto que los agentes utilizan en comisaría para identificarlo sin necesidad de pronunciar su nombre, empuja las gafas con el índice nariz arriba para evitar que continúen resbalando y acaben por estrellarse contra el suelo. Lo repite mil veces al día, quizá más. A cada momento, en todo lugar. Más de una vez ha pensado en cambiar de modelo, pero se resiste a hacerlo sin tener una razón válida. Tampoco ha vuelto a graduarse la vista. ¿Comodidad?, ¿desidia?, ¿resistencia al cambio?, ¿austeridad?

Marina asegura que es un inmovilista y que de haber sido por hombres como su padre la humanidad entera vestiría túnica, calzaría sandalias y se desplazaría en carro. También da por perdida esa batalla, la de sus gafas doradas.

Tedesco, demasiado apesadumbrado, no tiene ganas de hablar y no lo hace. No necesita quedar bien con nadie. Sonreír a Lidia le cuesta un esfuerzo desmedido. Lo intenta. La agente se detiene unos instantes antes de seguir su camino. Sostiene un dossier en la mano derecha mientras su cola de caballo se balancea frente a su nuca.

RUBÉN

Considerando acabadas ambas conversaciones, la telefónica y la presencial, Rubén Carpio se pone en pie, saca del cajón superior otra tarjeta y se la tiende al hombre que, con una inclinación de cabeza, le indica que su mujer la recogerá, que él no se encarga de esas cosas. Es un gesto de una espontaneidad que hace que el comercial se sienta completamente desarmado. A punto está de compadecerlo sinceramente, aunque, a decir verdad, no hay nada mejor ni más inteligente que aceptar la evidencia. Ahorra un sinfín de disputas.

Rubén rectifica con naturalidad y tiende la mano y la tarjeta con su nombre y su teléfono a la esposa. La mujer la acepta con

un gesto de desagrado y una inclinación lateral de cabeza con la que pretende indicar que ha escuchado la conversación y que lo entendido no le gusta ni un pelo.

¡Agua por las escaleras!

Rubén logra sonreír con cierta afabilidad, educación obliga, aunque la llamada que acaba de atender le ha sentado como una patada en el estómago. Remata por puro compromiso con un:

—Si quieren pasarse ustedes otro día, aquí estaré... —Y sus palabras suenan a condena—. Ahora tengo que atender un asunto urgente y...

Por fin la mujer, los labios todavía más fruncidos, se guarda la tarjeta en el monedero que saca de su bolso. Simultáneamente, y en un tono que al comercial se le antoja amenazante, profiere:

—Pasaremos un día de estos.

—Cuando ustedes quieran.

Repite:

—Aquí estaré.

Porque por mucho que lo intente no conseguirá estar en ningún otro sitio. Un contrato indefinido, un sueldo mensual que apenas alcanza los mil quinientos euros y la vaga promesa de Llobera de un ascenso que lo sitúe en las oficinas centrales son su cadena invisible, su grillete imaginario. Lo mantienen atrapado en la silla, anclado al barracón. A pie de obra. Con un gesto de su mano los invita a alinearse para salir mientras él se arrima al lateral de la mesa, ofrece su perfil bueno y les cede el paso. El espacio es tan reducido que no hay mejor manera. Ha tenido ocasión de comprobarlo repetidamente.

La mujer recoge el paraguas que ha arrimado a una pared y pisa el charco que a Rubén le recordaba al continente olvidado. Aprecia intencionalidad en su gesto, no puede evitarlo, pero la idea no tarda en desvanecerse. Demasiadas cosas en la cabeza.

¡Agua que baja por las escaleras!

—Gracias —insinúa el hombre, todavía en el interior, mientras espera a que la mujer, con un pie en el escalón que lleva a la calle, abra el paraguas—. Ha sido usted muy amable.

Parece sincero.

—No hay de qué.

El hombre titubea, es un hombre reflexivo y afable por naturaleza. No está tan seguro. Si alguna cosa ha aprendido con los años es que la amabilidad desgasta, que debilita. Él mismo es una prueba irrefutable.

El ruido sobre la superficie metálica del barracón apenas le permite pensar. En la calle, la lluvia arrecia. Rubén, a solas, busca las llaves. Se apodera de todas las que encuentra. Algunos de los pisos de la promoción han sido ya adquiridos, pero sabe que solo dos han sido ocupados.

Sale, cierra la puerta a su espalda y, con una carpeta de plástico en la cabeza y un par de maldiciones a flor de labios, echa a correr en dirección al edificio de viviendas próximo. Una de las jóvenes propietarias que se había instalado dos semanas atrás, la señora Morgades, acaba de llamar afirmando que baja agua por las escaleras y que procede del piso superior.

Un escape en la escalera, un buen marrón. Mal asunto. Llobera pondrá el grito en el cielo y, por arte de magia, encontrará la manera de repartir las culpas entre sus empleados. Inexplicablemente, Rubén, uno de los eslabones más débiles, acabará asumiendo una parte. Como siempre.

Los obreros han abandonado el andamiaje y se han resguardado del chaparrón entre las paredes levantadas del edificio en construcción y esperan a que den las seis de la tarde. En su interior elevan plegarias para que siga lloviendo.

Algunos, los que hablan una misma lengua, bromean. Es martes y queda mucha semana. Muchos de ellos se han deshecho del casco y, sentados sobre los sacos de hormigón, contemplan la

lluvia sobre la calle casi desierta mientras liberan sinuosos anillos de humo o consultan el móvil.

Uno, el más alto, un ucraniano de ojos muy azules, barbilla hundida y nariz afilada, señala a Rubén Carpio con una risotada. El joven comercial ha apretado a correr y se pierde más allá de la esquina.

—No sabe poner un ladrillo, pero correr sí que sabe —comenta uno de los mayores, un encofrador que no tardará en jubilarse y que desde niño ha aprendido a mirar con desconfianza a los que visten traje y corbata—. Correr sí que sabe el jodido.

El ucraniano al que, por consenso, llamaban Pablo, porque a su llegada a la cuadrilla dijo llamarse Pavel, cree entender alguna cosa y, por pura cortesía, vuelve a reír. Todavía no sabe que la amabilidad desgasta.

IDRISSA

Ayer era ella, Natalia, la que juraba no poder más, y fue Idrissa el que intentó levantarle el ánimo prometiéndole días mejores, días de rutina feliz, de bienestar, de ausencia de dolor. De amor, de compañía.

En algo así como un tobogán infinito se ha convertido su vida desde que conoció a Natalia. Su desesperación puede durar días o desaparecer tal y como ha venido, de un plumazo, en un suspiro. Igual que se esfuman su risa, su optimismo o su euforia. A Idrissa, su ánimo cambiante y siempre extremo no deja de sorprenderle.

Natalia es así, guapa y terriblemente desconcertante. Él lo sabe, ella misma le advirtió cuando se conocieron.

—No soy muy estable, ¿sabes? —había dicho Natalia, balanceando la mano en el aire y sonriendo al mirarlo a los ojos como si Idrissa fuera el único hombre sobre la faz de la Tierra. Y

a él, que nunca había conocido ningún tipo de estabilidad, no le había importado.

Si dejara de llover, Idrissa se sentaría un rato en la plaza cercana. Quizá se concedería un placer, pagaría un café y, si estaba libre, ojearía el diario. Es un hombre curioso y entiende ya algunas cosas. Alcanza a comprender algunos titulares, las palabras escritas le resultan familiares por su proximidad con el francés. Quiere comprenderlo todo. Pronto. Lo antes posible. Es ese aprendizaje una de las cosas que se siente obligado a hacer con urgencia. Cuanto antes. Leer, hablar, intentar hilvanar una frase. Comprender y hacerse comprender. Con sonreír no basta.

En la cafetería regentada por Ji Bo, un café cuesta uno con diez euros. El propietario es joven y buena gente y le permite permanecer durante varias horas sentado bajo techo tratando de leer el periódico o con la vista clavada en la pantalla del televisor y el pensamiento en relativo reposo. Vale la pena. También Ji Bo sonríe siempre. Si además, y por el precio de un café, puede ojear el diario, el dinero estará bien empleado.

Idrissa no puede llegar antes de las ocho de la tarde al piso en el que duerme. Siempre pasadas las ocho, nunca antes. Es lo pactado con Natalia a cambio de un techo. Esperar cerca del portero automático. A partir de las ocho, ella pulsará la tecla de apertura cada cinco minutos durante unos segundos. Debe subir sin ruido y solo si en ese momento el portal está vacío, y debe hacerlo a tientas si ya es de noche, nunca podrá pulsar el interruptor que ilumina la escalera. Nunca. Tampoco debe usar el ascensor bajo ningún concepto, ni aunque se le doblen las piernas de fatiga. Y ha de recordar cerrar siempre la puerta con mucha precaución. Sin el menor ruido.

Lo ha entendido sin problemas, Idrissa es mucho más cauteloso que Natalia. Lleva años haciéndose invisible.

Solo ella tiene las llaves. Siempre será así. Solo ella. En el piso piloto no hay visitas más allá de las siete y media de la tarde, es

la hora en la que el comercial acaba su jornada. La hora segura, la hora feliz. *Happy hour*, ha leído en algún sitio. Las ocho es su *happy hour*. Por la mañana puede seguir en el piso hasta las nueve, aunque Idrissa siempre está en pie con el sol, nunca más tarde de las seis. Natalia se demora mucho más. Sobre todo, si el día es malo y los demonios la visitan.

Idrissa sospecha que en los malos días la joven no sale de casa ni abandona la habitación a menos que su hermano la alerte mediante una llamada perdida. Natalia gana algún dinero, poco, practicando masajes a domicilio. Es buena, tiene unas manos diestras, pero no siempre acepta. Se excusa asegurando que tiene la agenda llena. Es una enferma. Natalia lo sabe, aunque no siempre admita su condición. Idrissa tiene motivos para sospecharlo.

En el piso, las persianas siempre están alzadas. No pueden bajarlas. Los pisos se enseñan con toda la luz que pueden retener. Los espacios luminosos parecen más amplios y los ambientes más acogedores. Por eso andan casi a oscuras y cenan siempre en la cocina cuya luz no puede verse por no dar al exterior y encontrarse separada del patio de luces por un lavadero al que se accede por una puerta opaca. Mejor no guisar nada, dado que no pueden conectar el extractor de humos. La cocina y el baño son los espacios seguros. Por suerte para ellos el precio de los pisos es muy elevado y las visitas son muy pocas. No resulta fácil vender la obra nueva si un piso de sesenta metros cuadrados supera los quinientos mil euros. Es preciso mostrar al comprador lo mejor del piso, optimizarlo, no restarle luz ni espacio, dicen los expertos. Y eso es lo que su hermano le repite a Natalia para hacerle comprender que ha de conservar la vivienda en el mejor estado posible y ser discreta hasta la invisibilidad.

—Hay muy pocas visitas, Idrissa, no te preocupes. Estaremos bien —le aseguró Natalia para alejar las dudas—. Seremos como polizones en un crucero. —Idrissa no acabó de comprender—.

Puedes venir tranquilo, las ocho de la noche es una buena hora. ¿Quién te va a buscar aquí? Y yo no te voy a pedir papeles... —añadió con un beso en los labios y una sonrisa irresistible.

Y si Natalia tiene un día bueno, a su llegada le echará los brazos al cuello y le plantará un beso en los labios siempre levemente entreabiertos del joven senegalés. Le dirá que le gustan sus ojos y parecerá fascinada por las blancas lunas de sus uñas que cree poder ver incluso en la oscuridad. Si es así, el día bueno dará paso a una noche mucho mejor. Adora los labios del chico, labios oscuros y carnosos.

—Parece que estés siempre besando un cristal —le dijo una vez antes de estrellar sus labios contra los de Idrissa.

En el vagón atestado del metro, Idrissa solo piensa en ducharse a la luz del crepúsculo y en comer cualquier cosa en compañía de Natalia. En el piso piloto, sin poder bajar las persianas, deambulan a la escasa luz que proyectan las farolas y nunca han agradecido tanto los días de luna llena. Las condiciones son esas y son irrevocables. Lo tomas o lo dejas. Nada que negociar. Por eso cenan en la cocina y pasan la noche en la habitación pequeña, la que carece de ventana a la calle. Poco más que un cuartucho que se airea a través de un ventanuco que comunica con el lavadero.

Duermen muy arrimados uno al otro y guardan todas sus cosas en dos grandes cajas de plástico que arrastran por la mañana debajo de la cama y que quedan ocultas a la vista por los faldones de la colcha color azafrán.

Nada fuera de lugar, ninguna pista visible. Ni un cepillo de dientes, ni una camiseta tirada a los pies del lecho. Él es cuidadoso, tiene pocas cosas y ordenarlas le cuesta apenas un par de minutos.

Natalia es diferente. No siempre es la misma. De hecho, Idrissa no sabe cómo es Natalia. Quizá no lo sabe nadie. Tampoco ella. Por no saber, no sabe si la ama intensamente o si

simplemente le gusta estar con ella riéndose de todo y de todos con la complicidad del secreto compartido y sin hacer el menor ruido. Abrazándose, besándose y penetrándola con verdadero placer cuando las cosas van bien. Las noches son casi perfectas cuando las cosas van bien.

En los días buenos, Natalia habla de casarse, de tener hijos, de que Idrissa pueda obtener así la nacionalidad y encontrar un empleo. Pero Idrissa no quiere pensar ni ilusionarse. No puede. Las cosas a su tiempo. Tampoco sabe si quiere quedarse más tiempo en un país en el que le resulta durísimo seguir viviendo. Sin papeles, siempre al margen, medio a escondidas. Invisible. Quizá no consiga aguantar mucho más. No hará promesas que no pueda cumplir.

—El matrimonio puede arreglar eso —sugiere Natalia en sus buenos días—. Seré la señora Seidy —bromea—. Natalia Seidy, suena bien, suena a presentadora de televisión. Y tú dejarás de andar por ahí como un furtivo. Tendrás trabajo y entre los dos podremos pagar un alquiler —aventura—. La señora Seidy. No está nada mal —añade, estampando un beso que se pierde en los labios de Idrissa.

Todo parece ir bien en sus días buenos.

Quizás esta noche harán el amor. Todo depende de su estado de ánimo. Y la verdad es que la noche anterior las cosas no pintaban bien. Natalia había pasado el día entero sentada en un banco en una plaza cercana dejando correr las horas. Contemplaba los hijos de los demás, su vida regular, casi rutinaria. Por la noche había permanecido enlazada a su cintura, inmóvil, tristísima, fatalmente hundida. No había atendido ninguna de las llamadas que solicitaban un masaje a domicilio.

Todo deja de importar cuando aparecen los demonios.

Todo es negro, el fondo de una cueva sin fondo.

En esos momentos, Natalia jura tener ganas de morir y de matar. Idrissa la cree.

Para hacerla reír, Idrissa la llama a menudo señora Seidy, le promete que no la dejará nunca, por ningún motivo, que tendrán unos hijos guapísimos color café con leche. Le asegura que las enfermedades, todas las enfermedades, tienen remedio. También la suya. Incluso le ha hablado de un sanador de su poblado, un hombre muy viejo y muy sabio en el que su madre confía ciegamente y que quizá conseguiría ahuyentar para siempre a sus demonios.

—Además, aquí, medicinas —insiste el joven senegalés, y por «aquí» Idrissa entiende el país que le es ajeno, y por medicinas todo tipo de asistencia médica, hospitalaria, farmacéutica...

Le asegura que solo hace falta constancia y que juntos podrán con todo. Lo intenta, hace cuanto puede, se esfuerza lo indecible, pero no está en su mano exorcizar un infierno entero.

La noche anterior había conseguido que Natalia tomara una pastilla para dormir. Sabía distinguir los envases, ella misma le había explicado la utilidad de cada píldora. Se la ofreció, la acercó a sus labios, ella no tuvo ánimos para negarse.

Ambos necesitaban un descanso.

En el vagón que lo acerca a la diminuta habitación del piso piloto, Idrissa cabecea unos minutos de puro cansancio. Junto a él, una mujer arruga la nariz y gira la cabeza. El senegalés huele a trabajo y a humedad. Por fortuna, Idrissa no advierte nada. De haberlo hecho, de haberse dado cuenta del gesto de repugnancia de la pasajera, quizás habría sonreído. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Se despierta poco antes de que el metro alcance su parada. Tiene una facultad especial, un sexto o séptimo sentido.

TEDESCO

Lidia pide permiso para interrumpirlo. El inspector parece ensimismado. Con un gesto Tedesco la invita a entrar en el

despacho.

—Acaba de llegar la autopsia del chico. Recibió cuatro puñaladas en el tórax, dos de ellas mortales, todas aparentemente hechas con la misma navaja. La pérdida de sangre y el paro cardíaco son las causas probables de la muerte. No hay otros signos de violencia. Ni golpes ni patadas. Tampoco señales de defensa. Fue apuñalado hasta morir.

Tedesco escucha y asiente.

Lidia se aleja algo perpleja. El inspector no ha formulado preguntas ni ha requerido el informe escrito para revisarlo como hace siempre. La agente comprende que algo va mal. También que prefiere estar solo.

Al inspector el estado de Romeu le ensombrece el ánimo. No consigue olvidar al amigo que agoniza quizá tras un cristal mientras permanece conectado a un sinfín de artilugios de nombres imposibles. Regresa a la salita en la que ronronea la máquina de café. Apoyado en un ventanal piensa que le gustaría contemplar el aguacero y maldice de nuevo al que decidió instalar cristales opacos. Da un sorbo. Le estorba el rumor apagado procedente del mecanismo de aquel armatoste que es casi tan alto como él. Podría aporrearlo, patearlo, o estrellar la cabeza contra los mandos para hacerlo callar. Ganas no le faltan, tampoco miedo ni rabia.

No logra ordenar sus pensamientos y culpabiliza a la máquina como podría achacar su dificultad a las voces siempre presentes en una comisaría o a la circulación que discurre morosa bajo la lluvia por las calles cercanas. De forma intermitente recuerda el asunto de la discoteca. Quizás una pelea, un abuso de la fuerza, probablemente un puro y duro asesinato homófobo. Un crimen execrable. Cuatro puñaladas en el pecho sin golpes previos a un chico que no pudo defenderse. A muerte.

Mal asunto.

Siente miedo, un temor que, en forma de malestar, casi de náusea, se le agarra a las tripas y del que no consigue librarse. El estómago es su caja de resonancia y se resiente a la menor contrariedad. Siempre, desde que puede recordar, ha sido así. Por unos instantes piensa que no conseguirá retener el brebaje tibio y ligeramente abrasivo que alcanza ya su vientre. Se inclina y, con una mano presionando el abdomen, cuenta hasta diez. Generalmente basta para controlar una arcada.

Uno, dos, tres, cuatro...

Viudo desde hace unos años, pocos, el inspector de los Mossos d'Esquadra, Mauricio Tedesco, solo se considera estrechamente unido a dos personas en este desconcertante mundo: su hija Marina y su amigo, el astuto y siempre sarcástico, Ignasi Romeu.

Cinco, seis, siete...

Miedo es la palabra. Miedo a perder lo que conserva, lo que ha conseguido sobrevivir al paso de los años. Piensa en Fina, su mujer. En su muerte, en su ausencia y en el duelo permanente. No puede evitarlo. Sabe que no es un buen momento. Y, sin embargo..., no se lo puede permitir. De nuevo regresan el miedo y la náusea. Siente el vómito aproximarse a la garganta.

Vuelve a empezar.

Uno, dos, tres...

Instantes después, y superado lo peor, saca el móvil del bolsillo, contempla la pantalla en la que no advierte nuevos mensajes ni llamadas perdidas. Retiene el aparato en una mano mientras con la otra se lleva el vaso de plástico a los labios y apura su contenido.

Medio café.

RUBÉN

Cuando Carpio alcanza la calle Caballero, a pocas manzanas de su confluencia con la calle Bordeus, tiene la americana

empapada, las perneras del pantalón enganchadas a los muslos, los pies fríos y muy húmedos y el humor de un perro recién atropellado. También tiene, anclado a las entrañas, un mal presagio.

Mientras abre el portal, se sacude el agua del cabello y con una manga intenta retirar las gotas de los cristales de sus gafas; maldice en voz baja a la constructora en su conjunto, a Arnau Llobera y a los compradores quisquillosos en particular, a los putos mandamases de la economía mundial en general y a la maldita lluvia en especial. En su mente no queda títere con cabeza.

Nada más llegar al vestíbulo advierte la presencia de una mujer junto a los buzones. Es una mujer joven que viste vaqueros de camales muy anchos y una camiseta de colores llamativos de las que Carpio, que siempre ha pasado con lo justo, solo sabe que valen una pasta. Lleva en los dedos varios anillos de colores y en torno al cuello un grueso collar de cuentas de madera en varios tonos de verde. Calza zapatillas rojas de andar por casa y sostiene en una mano las llaves de su piso. Tiene el cabello castaño, largo y muy rizado y unos ojos grandes y ligeramente abombados del color del azúcar moreno. Pestañea con frecuencia, como si algo le estorbara en las pupilas, y se frota los dedos unos con otros. No consigue estar quieta. Parece alterada. Lo está. Carpio se siente levemente aturdido en su presencia.

—Hola.

—¿Ha sido usted la que ha llamado?

—Sí, he sido yo. Soy Marisol Morgades. Aquí solo estamos nosotros. Mi marido, mi hijo y yo y una pareja en el primer piso, pero no sé si duermen aquí o si todavía andan con la mudanza. Creo que hay algún otro piso comprado, pero por el momento por aquí no han aparecido.

Es evidente que a Marisol Morgades la soledad la incomoda y que habría preferido mil veces una escalera transitada y un

edificio al completo.

—¿Usted vive en...? —ataja Rubén Carpio, que no necesita más explicaciones.

—En el segundo segunda, uno de los de tres habitaciones que dan a la calle Caballero. Como ya le he dicho, en principio solo hay dos pisos ocupados y, por suerte, ambos en la segunda planta. Y, sin embargo, yo...

La mujer sigue hablando. Explica la secuencia de los hechos. Habla muy deprisa y no todo lo que dice resulta lógico. Asegura que a veces ha oído ruidos en las plantas superiores, pero nunca ha visto a nadie.

—Ayer mismo oí algo, como un objeto que cae. Si no hay nadie, no sé cómo pudo...

—Gracias, es usted muy amable. Si quiere, echamos una ojeada —zanja el comercial, sin más contemplaciones.

La mujer no pierde el tiempo, se gira y echa a andar en dirección al ascensor. Durante los pocos segundos que aguardan ante la puerta metálica, Marisol Morgades parece a punto de saltar de puntillas sobre sus pies. Continúa agarrando el manajo de llaves y frotándose los dedos como si padeciese algún tipo de urticaria. Respira deprisa. Es puro nervio. Carpio no acaba de entender a qué viene tanta angustia.

«Y, sin embargo...», ha dicho ella. «Y, sin embargo...».

Y no es buena señal. No lo es. Todo puede complicarse de un momento a otro. Fatalmente. Sin solución. Si sus sospechas se confirman, puede despedirse del esperado ascenso en los próximos meses. Estará condenado de por vida al maldito barracón. Puede incluso perder el empleo.

—He subido y lo he visto, viene del cuarto. Estoy segura. Y, en principio, allí no hay nadie. Por eso no me explico cómo...

La mujer pulsa el botón del cuarto piso, el último. El comercial se alarma todavía más. Mal presagio. El peor. «Viene del cuarto»,

acaba de afirmar. Carpio se echa a temblar y no solo a causa de la humedad que ha traspasado sus ropas y la piel de sus zapatos. El asunto se complica sin remedio mientras la mujer mira fijamente al frente y, en un incómodo silencio, observa la pared que ve deslizarse a través del cristal del elevador sin dejar de moverse.

Carpio intenta pensar que un escape en uno de los pisos del rellano no deja de ser una fuga y que acostumbra a tener remedio. Cuatro puertas por rellano. Podría ser en cualquiera de ellas. No necesariamente en el piso piloto. Además, en todo caso, el problema es de la empresa. Si todo va bien y ninguno de sus peores temores se confirma, quizá pueda limitarse a cerrar el agua, si consigue encontrar la llave de paso, y a tramitar el aviso de incidencia. Con suerte podrá acabar pronto y sin problemas. No puede ni quiere descartar la posibilidad, siempre hay un clavo ardiendo, a pesar de que la fortuna no lo haya acompañado con frecuencia. Son cuatro los pisos en la cuarta planta, se repite, trata de tranquilizarse. A su lado, Marisol Morgades descansa su peso ahora en un pie, después en el otro, mientras se frota los dedos como si tratara de arrancarse la piel.

—Después de llamarle he subido hasta el tercero para ver de dónde venía el agua que llega ya hasta mi puerta. Por eso me he dado cuenta de que baja de arriba. He seguido subiendo. Tiene usted que verlo. Creo que ha pasado algo, no sé qué, pero no es normal que el agua salga de un piso vacío y baje por las escaleras... El edificio es nuevo, y si en el piso no vive nadie, no puede ser que...

MARISOL MORGADES

Está terriblemente nerviosa, cohibida. Quizá también algo asustada. Trata de explicarse. No advierte que Rubén Carpio se ha llevado una mano a la boca ni que su respiración se ha

acelerado significativamente. Tampoco que suda como si acabara de subir corriendo a la azotea de un rascacielos.

La mujer sigue hablando. Rubén no escucha.

—Es aquí. Mire —ordena la vecina, abriendo la puerta del ascensor en la cuarta planta y alcanzando de puntillas el rellano para no mojarse los pies.

Y Rubén Carpio la sigue. No ha dejado de mirar desde que el ascensor se detuvo. Y lo que ve hace que le brinque el corazón, le flojeen las rodillas y se le encabrite la sangre en las venas. El rellano entero es un gran charco, una capa de agua que se derrama lentamente escaleras abajo.

La alfombra con el consabido «Welcome» que los de la constructora han colocado a la entrada del piso piloto para dar sensación de hogar ha sido retirada, arrimada contra una pared del rellano. La parte inferior está empapada. Chapotean al aproximarse.

—Mire, mire. —Y la vecina, que parece acostumbrada a dar órdenes, señala el suelo encharcado como si al vendedor pudiera pasarle desapercibido.

El piso piloto, amueblado muy discretamente para que el espacio parezca mayor, da a la calle y es el más alto. El único cuyas vistas van más allá del bloque de enfrente, el mejor. Por eso es el que el promotor prefiere enseñar.

—¿Lo ve? El agua ha bajado dos pisos. ¡Dos! Juraría que sale de aquí, del cuarto tercera, el piso que ustedes enseñan.

Carpio asiente demasiado turbado para responder algo sensato. Toda la sangre ha desaparecido de su rostro y busca en el manojito de llaves la que puede abrir la puerta.

—Fíjese, mire —insiste la mujer, que se ha aproximado de puntillas a la puerta del piso que Carpio ha enseñado en más de veinte ocasiones.

Ella quizá no lo advierte, pero grita como si en lugar de junto a un gran charco se encontraran frente a una estruendosa

catarata.

—¿Lo ve? Juraría que...

La mujer se interrumpe. Carpio sigue buscando la llave del piso en el bolsillo de la americana. El miedo a lo que pueda encontrar le impide seguir un orden lógico y tarda en hallarla más de lo esperado. Aferrando por fin la llave correcta, la acerca a la cerradura y, tras un par de movimientos en falso, abre. El agua, retenida en parte por la puerta, salta como una pequeña tromba sobre sus zapatos y empapa todavía más los bajos de sus pantalones. A su espalda, la mujer se alza sobre las puntas de los pies.

—¡Joder! —exclama cuando el agua, en forma de ola diminuta, moja sus zapatillas rojas de paño.

Rubén Carpio avanza por el pasillo hasta el salón. La lámina de agua recorre el piso entero. Su corazón bombea con fuerza mientras, a pasos cortos, se aproxima a la primera habitación, una de las dos pequeñas, la que da al lavadero y resulta difícil de ventilar.

Vacía.

Bien, piensa. Nada en el salón ni en la cocina. Todavía mejor. Quizá solo se trate de un escape. Un problema con alguna tubería. Solo agua que empapa la parte baja del sofá y del mueble en el que descansa el televisor de pantalla plana y las patas de la mesa y de las sillas. Agua que destroza el parqué de roble del salón y de las habitaciones y los bajos de los armarios vacíos. Cada puerta abierta, cada espacio franqueado, supone un nuevo sobresalto, una cifra elevada a añadir a la lista de daños. Cuando se entere Llobera, se transformará sin remedio en el energúmeno que siempre había sido.

A Rubén Carpio un mal augurio le ha anidado en las tripas. Siempre hay un día en el que las cosas acaban por torcerse. Irremediablemente. Fatalmente. Siempre es así con mujeres como

Natalia. Es la historia de sus vidas, la historia de su familia. Una historia plagada de dificultades y de sobresaltos.

En el lavabo, un grifo abierto y el tapón obturando el desagüe.
—¡Maldita sea! —murmura.

Marisol Morgades no puede oírle.

El agua desborda la pila de loza y cae en cascada sobre las baldosas gris grafito. De estas, pasa al carísimo parqué, atraviesa el piso entero, se cuela por la rendija que queda entre la puerta y el suelo del rellano y se precipita escaleras abajo.

Con una zancada, un escándalo de agua y trescientas maldiciones más en la cabeza, Carpio se apresura a cerrar el grifo como si unos segundos antes o después pudieran mejorar la comprometida situación.

¡Maldita sea! ¡Puto descuido! ¿Ni por una vez puede hacer las cosas bien? ¡Joder! ¿Tanto cuesta quitar un tapón? ¡Cerrar un grifo! ¡Joder, joder! No es tan difícil. Los críos lo hacen. Natalia, no.

Le juró que esta vez no habría líos, que todo saldría bien, que ella era otra persona. ¡Otra persona! ¡Capullo! ¡Siempre has sido un capullo y siempre lo serás! Las personas no cambian, y las que traen problemas nunca dejan de hacerlo. ¡Un jodido grifo abierto! Un imbécil, eso es lo que eres. ¡Un jodido grifo! ¡El tapón puesto!

Un puto imbécil. ¡Un capullo, un...! Solo faltaría que...

Carpio piensa en la posibilidad nada remota de perder el empleo. Tendrá que buscar una explicación, algo razonable. Pero toda justificación es imposible con la vecina como testigo irrevocable. La cerradura no ha sido forzada. ¿Qué va a decir? ¿Que uno de los posibles compradores ha entrado a lavarse las manos? ¿Que él mismo ha utilizado el lavabo y ha olvidado...? Todavía conseguiría empeorar las cosas. Lo despedirán de inmediato por negligencia, por conducta impropia. Fijo. Sin remedio. Sin indemnización. Sin nada. Una patada en el culo y si

te he visto no me acuerdo. Y, lo que es peor, quizás incluso con la obligación de pagar los desperfectos.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

¡Puto grifo!

Detrás suyo, la mujer de la camiseta llamativa y las zapatillas mojadas avanza sin el menor ruido.

Tiene a Rubén muy cerca. Grita:

—¿Lo ve? Aquí ha habido alguien. Esto no pasa porque sí... Aquí...

La mirada de Carpio es feroz, de una amedrentadora elocuencia. La mujer no dice más, pero se queda allí, a su espalda.

Rubén Carpio retrocede, debe seguir inspeccionando el piso. No porque espere encontrar nada más, probablemente a aquella hora Natalia habrá salido tal y como acordaron. Están todavía dentro del horario de visitas. A juzgar por la cantidad de agua quizá se haya marchado de buena mañana dejándole un marrón descomunal para que lo resuelva como pueda. Como tantas otras veces. Despreocupada, libre, enferma. Rubén lleva toda su vida reparando daños de todo tipo: materiales, morales, emocionales... Una vida entera apagando fuegos y convencido de que el día menos pensado todo saltará por los aires.

Cierra la puerta del lavabo y abre la de la segunda habitación pequeña.

Vacía.

—Bien, ahora alguien tendrá que hacer algo, porque esto así no se puede quedar —comenta Marisol Morgades, sin flaquear. Ha bajado la voz.

Es apenas un susurro, una observación atinada, intencionada. Basta para que Carpio apriete dientes y puños y cuente hasta mil para evitar responderle agriamente. No se lo puede permitir. Un empleo es un empleo y siempre es algo mejor enseñar los pisos de una inmobiliaria que buzonear, repartir comida a domicilio o

recoger chatarra revolviendo en un contenedor. Sabe que no puede ni debe empeorar las cosas. Simple y llanamente: no puede.

—No se preocupe, esto estará solucionado en unas horas. La empresa asumirá los gastos.

—Ya —responde la mujer, torciendo la cabeza y mirando el parqué—. ¿Y si alguien ha entrado y...?

—Nadie ha entrado aquí. Quizás alguno de los visitantes, o yo mismo... Un descuido...

La mujer frunce los labios, es evidente que no da el menor crédito a sus explicaciones.

—Pero a veces...

RUBÉN

Carpio no se molesta en escucharla, aparca la cortesía y se aproxima a la habitación principal, la destinada a la pareja que adquiera el piso. La misma que Natalia tiene prohibido pisar porque da a la calle y alguien podría advertir su presencia.

La recuerda perfectamente: cama de matrimonio, mesitas y armario empotrado del mismo color que el parqué. En la ventana, un estor blanco y liviano de los que dejan pasar la luz y que permanece siempre levantado. En un piso piloto no se bajan persianas ni estores a no ser que las vistas sean espantosas: una autopista, un vertedero, un cementerio o un polígono industrial humeante. Nunca. Son las primeras cosas que se aprenden. La primera clase. No enseñar nunca un piso oscuro. Y si está muy nublado y los compradores parecen interesados: postergar la visita con cualquier excusa y esperar a un día radiante.

Abre la puerta y, acto seguido, se lleva la mano libre a la boca para sofocar el horror. Como puede, retiene un grito. Un aullido de pavor. Siente que todo él cae, se precipita. Sigue sujetando la maneta de la puerta como si una trampilla acabara de abrirse bajo sus pies y pudiera resistir aferrándose a ella. La vecina, un

par de pasos detrás de él, ni tan siquiera lo intenta. Marisol Morgades grita y salta hacia atrás golpeándose con la pared del pasillo y perdiendo una de las zapatillas rojas que, al caer, salpica la pared más próxima.

Sigue gritando. No logra hacer otra cosa.

Una mujer completamente vestida yace desmadejada sobre la cama. Inmóvil, muy pálida, los brazos y las piernas abiertos, las palmas de las manos en dirección al techo y el rostro inclinado hacia la ventana como persiguiendo la poca luz que no velan las nubes. El cabello, rubio y largo, parece algo sucio y mal teñido, y le oculta los ojos. Es una mujer muy delgada y, a simple vista, ambos comprenden que está muerta.

Carpio se abalanza sobre ella, la sacude, aproxima los labios a su cara. Lo está. Definitivamente muerta. El gesto relajado, las manos desmayadas. Consigue como puede no susurrar su nombre, no apoyar sus labios sobre su frente, no abrazarla, no maldecirla, no decirle que lo siente, no reprocharle que le esté arruinando la vida. No asegurarle que la querrá siempre.

En el umbral, la mujer ha dejado de gritar, pero respira con esfuerzo y se agita visiblemente como si soportara un calambre. Ha dejado de frotarse los dedos. Cierra los ojos unos instantes y respira profundamente. Cuando los abre, algo más calmada, anuncia:

—Voy a llamar a la Policía.

Se aleja chapoteando en dirección a su piso.

—¡Usted quédese aquí! —le grita a Rubén desde el rellano, haciendo entrechocar las llaves en el aire. Ha tomado el mando.

Carpio, paralizado por el espanto, asiente en el vacío. La ha perdido de vista.

El comercial, sentado sobre la cama con la cabeza de la mujer sobre las piernas, no consigue controlar sus emociones. Tiembla. Desaparecida la vecina escaleras abajo, las lágrimas resbalan por

sus mejillas y caen sobre sus manos y sobre los ojos cerrados de ella. Las retira como puede. Necesita pensar.

En el suelo, un frasco vacío de pastillas, y en los brazos de la mujer y en sus muslos, cerca de sus rodillas, algunos cortes aparentemente recientes, pero ya cicatrizados, que no le sorprenden. Los ha visto otras veces. Muchas.

No puede explicar su presencia en el piso. Nadie lo entendería, nadie lo disculparía. Estaría en la calle en un abrir y cerrar de ojos. Puede hablar de una intrusa, puede asegurar que no la conoce, que la mujer una vez había visitado el piso, que quizás había podido copiar la llave, que...

Puede...

¡Adorada Natalia! Maldita. Frágil.

¡Siempre adorada Natalia!

La Policía no tardará en llegar. Unos minutos. Pocos. Estas cosas son rápidas. Necesita tomar una decisión. Es urgente, muy, muy urgente. Solo concibe dos opciones: puede hablar desde el primer momento y reconocer la identidad de la mujer y explicar cómo había entrado en el piso, o puede negar cualquier relación y jurar que no la ha visto nunca. Quizá no lleguen a establecer una conexión entre ambos, los primeros apellidos no coinciden y pueden despistar a cualquiera. No ve otra salida.

Carpio no conoce a fondo el procedimiento policial, pero sabe, como todo el mundo, que la Policía no resuelve todos los casos, que muchos quedan abiertos a la espera de que, pasados unos años, sean olvidados. Se cierran en falso. Un caso de suicidio quizá se olvide pronto.

Sabe que si la identifica está perdido. Mejor intentar...

IDRISSA

Idrissa Seidy alcanza el andén en la estación de Hospital Clínico. Queda poco más de una hora para poder llegar a lo más

parecido a una casa que ha tenido nunca. No quiere esperar sentado en una plaza ni en las escaleras de una iglesia como un indigente. Y menos si sigue lloviendo aunque sea poco. No necesita caridad. No por el momento. No quiere verse así, suplicando unos euros para seguir viviendo. Tiene un techo, incluso una mujer guapa, aunque algo desconcertante. Y, sobre todo, conserva un resto de dignidad que le impide alargar la mano y mendigar.

Entrará en el café diminuto regentado por Ji Bo, el chino joven y sonriente con el que simpatiza a pesar de que no consiguen cruzar más de tres palabras. El establecimiento, que alguien decidió llamar Pequeño Singapur, parece intentar pasar desapercibido en un barrio de renta media-alta. Por la falta de parroquianos, es evidente que lo logra. Parece pensado para gente de paso, para asistentes y repartidores de Glovo. A Ji Bo no le importa que con sus bicicletas dificulten la entrada o el acceso a los lavabos. En el Pequeño Singapur coincide a veces con Baakir y con Moussa, un par de senegaleses en parecida situación, sus únicos amigos en la ciudad, sus iguales. Si tiene ocasión, a Idrissa le resulta agradable volver a utilizar la propia lengua y recordar entre risas los lugares comunes.

Uno de sus compatriotas, Baakir, se busca la vida en la construcción, aprendió cuatro cosas cuando era un crío, pero no le hace ascos a descargar camiones o arrancar malas hierbas. El otro, Moussa, el más hablador, es mantero. Ambos duermen desde hace semanas en un almacén recientemente abandonado a pocos pasos del Pequeño Singapur. Siempre van juntos, la suerte de Baakir corre pareja a la de Moussa. Son, el uno para el otro, casi todo lo que ambos tienen en la ciudad hostil. Emigraron juntos. Juntos arriesgaron la vida y juntos consiguen subsistir desde hace meses. Carecen de electricidad y no logran calentar la desvencijada nave si el día es frío, pero, por el momento y

mientras la compañía no se moleste en cortarla, disponen de agua y de un lavabo en condiciones aceptables.

A veces, Idrissa envidia la complicidad que los une y entonces piensa en la cama, en la ducha y en la mujer que lo espera y que habla a menudo de un futuro juntos en el que dejará de ser invisible. Una mujer inestable, rara, voluble, pero irresistible en sus buenos días.

Al salir del metro y alcanzar la calle, comprueba con satisfacción que ha dejado de llover. En el bar, el sitio más barato y discreto en muchas manzanas a la redonda, solo es un cliente solitario. Un habitual. Un anciano ojea el diario deportivo en la mesa más alejada de la entrada, justo bajo el televisor. Lo ha visto otras veces. Pasa horas y horas ante un café y una copa de coñac. Primero *La Vanguardia*, luego el *Mundo Deportivo*. Todo el tiempo por delante y siempre las mismas palabras a flor de labios:

—Perras, pocas, las justas. Una pensión miserable, pero uno no puede andar a oscuras por la vida, uno tiene que saber lo que tiene que saber. —Ji Bo asiente y sonríe. Lo haría aunque acabara de pronunciar una sentencia de muerte.

Idrissa cree entender que un perro es un animal que ladra. Incomprensiblemente, en este país algunos los llevan sujetos con una correa, por eso no consigue entender. ¿«Perras»? Quizás el anciano empiece ya a confundir las cosas, piensa. Aunque lo sospecha, tampoco le queda muy claro qué quiere decir con «andar a oscuras». Cree haber comprendido que «a oscuras» es como pasan las noches Natalia y él al no poder encender la luz en las habitaciones no seguras.

Idrissa recuerda entonces los últimos meses de su abuelo, cuando confundía los nombres de sus hijos, cuando no recordaba haber comido, no reconocía a sus vecinos y parecía hablar con personas que nadie más veía. Por eso asiente y sonríe cuando el

viejo del diario se empecina en repetir siempre lo mismo, en hablar sin sentido:

—Uno tiene que saber lo que tiene que saber.

Ji Bo, el muchacho chino que atiende la barra desde el amanecer hasta casi la medianoche, lo saluda alzando levemente las cejas. El pelo hirsuto, la piel muy blanca y las pupilas casi totalmente ocultas por sus párpados, como si mirase por una ranura muy fina. Habla lo justo, pero resulta siempre una presencia amable. Nunca mira mal a nadie, no hace preguntas y, a falta de mejor discurso, acostumbra a sonreír a la clientela con el menor pretexto. Y sin él.

Idrissa juraría que Ji Bo tampoco comprende las palabras del viejo que siempre habla de perros hembra y de andar sin luz.

—Un café —pide, pronunciando lo mejor posible, mientras se sienta en un taburete junto a la barra y abre el diario que el viejo acaba de liberar.

Comprueba que alguien, quizás el anciano del rincón aunque no le parece muy probable, dado que parece haber perdido el juicio, ha resuelto el sudoku y dejado a medias el crucigrama. Piensa en el día en el que podrá intentar rellenar los cuadros vacíos, el día en el que domine la lengua. Por no entender, Idrissa no entiende ni el significado del nombre del rotativo, *La Vanguardia*, pero sí en líneas generales el contenido de algunos titulares de la portada que aparecen acompañados de imágenes alusivas:

«Última oportunidad para frenar el cambio climático».

«La crisis energética no remite. La descarbonización avanza lentamente. La UE lo tiene cada vez más difícil».

«La diplomacia resulta determinante en la resolución de los conflictos armados».

«Avance imparable de la ultraderecha».

Nada parece ir bien en el mundo. En ninguna parte. A veces resulta un consuelo, un alivio. Mal de muchos... Mire hacia donde

mire, siempre puede encontrar a alguien que está peor, basta con echar una ojeada. En general, las condiciones laborales están en regresión, los enfrentamientos armados son cada vez más numerosos, el volumen de refugiados y de desplazados sigue aumentando y las revueltas, las detenciones, los atentados y los conflictos enquistados tienden a eternizarse. Por otra parte, los derechos civiles están en franco retroceso. Un mundo complejo en el que las cosas no andan bien. Nada bien.

«Uno tiene que saber lo que tiene que saber», repite el hombre cargado de años y de dolencias. Quizá sea cierto, aunque, a juicio de Idrissa Seidy, lo más justo sería que todos, la humanidad entera, no uno solo como cree entender, sepan de la miseria y de las injusticias de este mundo.

—Tú, cansado —aprecia Ji Bo, situando la taza de café junto al diario abierto y señalando a Idrissa con el índice.

Este asiente con la cabeza. Cansado, muy cansado. Pero la fatiga es menor si se alcanza trabajando. Peor es patear las calles para nada, eso sí que cansa, agota, corrompe todos y cada uno de los pensamientos y envenena la sangre. No dice nada, su vocabulario es limitado, pero, de haber podido hacerlo, le habría hablado del buen cansancio.

En silencio, sorbe el café al que ha añadido el sobre entero de azúcar y fija la vista en la pantalla del televisor durante unos instantes. Se suceden las imágenes de las manifestaciones, los gráficos indescifrables de indicadores económicos y las declaraciones de personas presuntamente importantes, políticos nacionales, que empiezan a resultarle vagamente familiares.

Detrás de él, se abre la puerta que da a la calle y entra Moussa, el mantero, que carga sobre su espalda un gran trapo que fue blanco antes de estar tan sucio. En su interior, decenas de gafas de sol enormes, como de soldador, con monturas de colores intensos y de una calidad ínfima. Gafas de temporada que los jóvenes olvidarán pronto en un cajón y que probablemente

contemplantán con cierto horror el verano próximo. Algunas se rompen mucho antes. Cuestan diez euros, quince euros las mejores, las que no achicharran las pupilas. Solo le quedan dos euros a Moussa. Según sus propias palabras, él las saca a pasear, les enseña el mundo.

Lo saluda con un manotazo en el hombro que consigue sobresaltarlo. Moussa siempre parece contento. Idrissa se alegra de verlo y de que las cosas le vayan bien. Al menos eso es lo que parece. Según le asegura, ha vendido más de treinta. Es una buena cifra. Aunque ha llovido durante buena parte del día, Moussa ha encontrado cobijo bajo las grandes balconadas del Eixample al arrimo de las casas. En los ratos en que las nubes han dejado un resquicio al sol, este ha sido poderoso, molesto a los ojos.

Es posible que las ventas sean aún mejores si el sol aprieta durante el resto de la semana. Además, los polis han andado ocupados sofocando las protestas que se han sucedido en varios puntos de la ciudad. Han salido a la calle estudiantes de secundaria y las trabajadoras de las grandes cadenas hoteleras... Moussa asegura que, hagan lo que hagan los polis, aunque aprieten a correr tras el mantero que debe recoger las gafas en un santiamén y desaparecer, en las calles la vida sigue sin grandes alteraciones.

—Soy más rápido. Mucho más rápido.

Nunca parece preocupado, no se hace mala sangre. Si se acercan los Mossos d'Esquadra, se limita a alejarse tan velozmente como aconseje la prudencia. Ahora está, ahora no está. Si le sorprenden, corre hasta perderlos de vista. Es su forma de mantenerse en forma, afirma. ¿Quién necesita gimnasio?

—Y gratis.

Idrissa asiente. Para bien o para mal, la vida sigue. Moussa es un hombre jovial que apenas tiene cargas familiares en Senegal. Por eso vive algo mejor que sus colegas. De vez en cuando puede

comprarse algún capricho. Proviene de una familia con tres hijos varones de la que solo queda con vida un padre haragán en alguna parte y un hermano mayor que se busca la vida con cierta solvencia y pocos escrúpulos, y por el que Moussa no tiene la menor intención de preocuparse. A veces, Idrissa envidia su suerte, la suerte de los que no tienen familiares que dependan de sus ingresos, de los que no acarrean una pesada carga sobre los hombros. Y sobre la conciencia.

—Dentro de un rato saldré un poco más, solo un poco más. ¿Sabes? Me duelen los pies, y eso que hoy he corrido poco.

Deja su carga sobre una silla junto a la máquina tragaperras y, con un suspiro, se sienta junto a Idrissa en un taburete. Calza playeras de goma con la bandera de Brasil con las que parece imposible echar a correr. Y, sin embargo..., Moussa adora el fútbol en general y a la *canarinha* en particular.

—Un café con leche —ordena—. Me acercaré a Sants, a la estación. Echaré un rato más. Solo un rato. Baakir no llegará hasta más tarde. Además, ¿quién compra gafas de sol por la noche? —pregunta, acompañando la pregunta con una risotada—. Pero ¿sabes lo que te digo? Mejor gafas o camisetas que bolsos, mucho mejor. Pesan poco, son muy ligeras, son baratas y se venden mejor. Paso de bolsos.

Moussa habla en castellano, se defiende bien. Lo hace en voz alta para que Ji Bo entienda. El camarero corresponde con una sonrisa y un gesto de asentimiento.

—Mejor gafas, tú dices bien —ensaya el chico, y las pupilas desaparecen por completo de sus ojos.

Moussa es una buena compañía, alegre, siempre optimista. Y a Idrissa le hace tanta falta...

SERENA MÍNGUEZ

Serena Mínguez intenta comprender las atropelladas palabras de la mujer que habla de un cadáver en un piso en la calle Caballero, en el distrito de Les Corts. No muy lejos de la comisaría. La mujer parece asustada y apenas consigue explicarse. Podría estar hablando de una aparición, de una repugnante formación ectoplasmática, de una mujer zombi o de una presencia maligna por concretar. Al menos es lo que parece. Jadea y parece gruñir mientras trata de explicarse.

—Está muerta. Sí, seguro que está muerta. —Respiración forzada seguida de un ruido que Serena no consigue identificar.

—¿Le ha pasado algo? ¿Sigue ahí?

—Sí, sí. Estoy bien. En el piso no había nadie, pero esa mujer está en la cama. No sé cómo, pero...

Tras varias preguntas formuladas para ir aclarando ideas, Serena cree entender que la mujer habla de una desconocida tendida en una cama y aparentemente muerta en el interior de un piso vacío. Ignora que es un edificio nuevo y que se trata del piso que los vendedores muestran a los posibles compradores.

—Tranquilícese, por favor. Dígame su nombre.

La mujer lo intenta. Inspira profundamente y devuelve el aire con un suspiro.

—María Soledad. María Soledad Morgades Ruiz.

—Vale. Creo que comprendo. Corríjame si me equivoco. Se llama usted María Soledad Morgades. Y dice que acaba de ver a una mujer muerta en un piso. Entiendo. ¿Sobre la cama? Sí, pero dice usted que el piso estaba vacío, que no hay inquilinos. Ya. En su escalera. Sí, en la calle Caballero. ¿Número...? Sí, lo tengo.

—Sí. Así es. En el bloque casi no hay vecinos. Todavía quedan pisos por vender. Nosotros somos los primeros que...

Serena trata de desentrañar el significado de sus palabras atropelladas.

—Pocos vecinos, entiendo, son ustedes y otra familia. Sí, sí. Entiendo. Sí. ¿En el piso de la inmobiliaria? ¿El que enseñan?

La agente advierte no solo el espanto, también cierta forma de indignación en el tono de la mujer. Un edificio entero por estrenar, los primeros vecinos que se instalan y encuentran un cadáver. Verdaderamente, la familia no empieza con buen pie, piensa, y sigue tomando notas.

Muy cerca, a pocos pasos, Mauricio Tedesco deambula con una carpeta en la mano, los ojos de un azul desvaído —casi un gris turbio— medio entornados, y las gafas doradas aproximándose a la punta de su nariz. Camina aparentemente abstraído. Solo aparentemente.

—Dice usted que se trata de una mujer de treinta y tantos tendida en una cama. Y dice que no ha visto sangre, ni desorden, ni signos de violencia en la habitación. Bien. Tampoco la había visto usted antes. Nunca. Entendido. ¿Estaba usted sola?

El silencio dura apenas unos segundos.

—Estaba con..., sí, entiendo. El de la inmobiliaria. Lo había llamado usted. Un escape. No. Bien. No es un escape. Un grifo abierto. Ya. Agua por todas partes. Sí, sí, claro. Entiendo.

No es verdad. Serena ha atendido la llamada con determinación, convencimiento y el mejor de los propósitos, pero la expresión de su rostro delata que apenas entiende nada. No consigue saber qué tiene que ver el agua, que al parecer corre escaleras abajo por todo el edificio, con el cadáver de una mujer rubia sobre una cama. Pero la agente sabe, como saben todos los policías en una comisaría, que los primeros contactos siempre resultan confusos. Por eso acostumbra a armarse de paciencia y a requerir detenidamente la información esencial.

—Tengo la dirección exacta. Sí, no se preocupe. En unos minutos estará ahí una patrulla.

El inspector se aproxima a la mesa en la que Serena Mínguez deja constancia del aviso. Lee las notas por encima de su hombro.

—Sí, no es necesario que vuelva usted al piso. Espere en su casa o en la portería si lo prefiere. He anotado el piso y su

teléfono, los agentes la llamarán. Sí, sí, tranquila. Unos minutos, muy pocos y estarán ahí.

—Serena, no pases el aviso, no es necesario. Voy yo y me llevo a Lidia.

—Pero...

—Necesito salir de aquí y llevar un caso, algo nuevo, lo de la discoteca está embarrancado, no avanza. Esperamos imágenes. Y no tengo la cabeza para más papeleo. Voy yo.

—Ya, pero y si...

—No te preocupes. Si Valero te comenta algo, yo lo asumo.

—Está bien —asiente Serena, pasándole los datos que ha recogido—. Puede llevarse también a Diego Cuesta. Está libre.

Tedesco asiente, necesita con urgencia distraer el pensamiento, dejar de pensar en Ignasi Romeu y en el chico muerto a las puertas de un *after hours*. Precisa iniciar una investigación nueva con la íntima esperanza de poder explicársela muy pronto al amigo gravemente enfermo. Pretende recuperar cuanto antes la rutina común, darle detalles, indicios, pruebas si las consigue, hablarle de progresos, de hilos de los que tirar. Necesita pedir y esperar su opinión.

El inspector olvida la carpeta que trajinaba sobre la mesa de Serena y sale a buen paso en dirección a su despacho en busca de la americana, la acreditación y el móvil. Al pasar ante la sala en la que Lidia Sampedro archiva papeles con gesto de aburrimiento, anuncia enfocando a la agente por encima de los cristales de sus gafas:

—Me acompañas, Lidia. Un caso, un cadáver, una mujer joven y desconocida, la han encontrado muy cerca, en un piso de la calle Caballero.

Se arrepiente de lo dicho inmediatamente. Tuerce el gesto. Demasiado tarde para rectificar. Acostumbra a cuidar las formas y sus propias palabras le resultan morbosas, casi crueles. Palabras que huelen a bestia carroñera, a cuervo, a removedor de

entrañas. No es la primera vez que advierte en su propio discurso aquella indiferencia que tan a menudo acarrea su triste oficio de poli. *Una mujer joven*. El mismo alejamiento emocional que tanto detesta en algunos de sus compañeros de profesión. Su profesión de poli. Un empleo para un cuervo con pistola y acreditación.

—¿Caballero? ¿La que atraviesa Numancia? —quiere saber la agente, al tiempo que coloca una carpeta en el archivador y lo cierra sin miramientos.

El policía casi puede verla saltar sobre las puntas de sus pies. ¿Distancia emocional? ¿Adrenalina?

—La misma. ¿Vienes? —la alienta el inspector.

—Claro.

—Avisa a Diego. O mejor a Iván, si está libre —rectifica—. Pero prefiero que conduzcas tú. Ya lo sabes.

No añade nada más. No es necesario. Todos en la comisaría saben que Iván prefiere no conducir y que Diego es temerario. Aseguran que al volante de un coche, también de un coche policial, parece que Diego Cuesta acabe de robarlo.

IDRISSA

Idrissa se despide del joven chino con un adiós que suena levemente extravagante. Las pocas palabras que consigue pronunciar conservan todavía el aroma a lugar remoto, a arena, a tierra yerma y cuarteada, a polvareda, a miseria. Sale con Moussa del café y entra en el súper cercano. No tiene prisa. Faltan unos minutos para las ocho, la hora mágica. Su *happy hour*.

Moussa se aleja en dirección a la estación de Sants acarreando su cargamento de gafas de sol. Allí, aprovechando que ha dejado de llover, piensa extender su trapo sobre un espacio más o menos seco al resguardo de alguna cornisa y distribuir las gafas con cierto orden. No de cualquier manera. Las instrucciones de los que controlan el negocio y le proveen el producto son claras: las

gafas han de mostrarse ordenadas según modelo, color y tamaño. Como el género de calidad en un escaparate.

Con el anochecer ya tardío del mes de mayo, la gente que se lo puede permitir ocupa las terrazas, mientras otros pasean antes de cenar. Los que abandonan la estación echan una ojeada a la mercancía. A veces, unas gafas son el regalo de última hora, el que el viajero olvidó comprar. Siempre hay alguien que se acerca y mira, prueba, pregunta... Si hay suerte, alguien se encapricha y compra.

Idrissa acostumbra a recordar lo que prefiere Natalia y, bajo la mirada recelosa del reponedor del supermercado que lo sigue a cierta distancia de un pasillo al siguiente, elige dos latas de sardinas que piensa aderezar con limón y acompañar de olivas verdes y negras y tomates muy maduros. Compra también chocolate, dos naranjas, pan y una botella barata de vino blanco, el que ella prefiere. Hace la cuenta mentalmente. Le alcanzará. Si los demonios han desaparecido, puede ser una buena cena.

La cajera, una chica que se ha pintado labios, párpados y uñas de color violeta consiguiendo así un desalentador efecto de mala salud, le ha sonreído al devolverle el cambio. Masca con indolencia un chicle que huele a canela y mueve la cabeza al ritmo de una música interior. El senegalés, alto, fuerte y sonriente, le gusta y le regala las bolsas que debería cobrarle. Puede hacerlo y lo hace. Es su forma de rebelarse contra un destino adverso, la joven preferiría mil veces sentarse ante un teclado. Vengan de donde vengan, Idrissa agradece las sonrisas. Un lenguaje universal. La chica estrafalaria cuyo aspecto le amedrenta es una joven simpática que siempre le sonríe mostrando entre los dientes un chicle amarillento.

—¿Cómo te llamas? —quiere saber la cajera.

—Idrissa, soy Idrissa Seidy —responde, agarrando la bolsa de plástico y saliendo algo precipitadamente tras corresponder al interés de la chica con un nuevo adiós formulado a conciencia.

Prefiere no dar su nombre. Mejor la invisibilidad, el anonimato. La joven, desairada, se reprocha su ingenuidad. También ella concluye que la amabilidad resulta ingrata, que desgasta. Se saca el chicle de la boca y lo envuelve en una servilleta de papel antes de arrojarlo con una mueca a la papelera que tiene a sus pies.

—¡Será imbécil! —susurra—. Ni que le hubiera pedido un riñón.

Por el camino, el hambriento joven senegalés arranca la punta de la barra de pan y se la come muy despacio con la intención de hacerla durar. Tiene hambre, tanta que habría podido comerse la barra entera antes de llegar al portal. No lo hace. Es difícil resistirse al pertinaz ronroneo de las tripas.

No tiene prisa, todavía no han sonado las ocho de la tarde en el campanario cercano. Es la señal. Vía libre. *Happy hour*. Camina a pasos cortos, relajado. Un total de diez euros en el bolsillo y, si todo va bien y mañana consigue trabajo, el sábado podrá hacer un envío. No mucho, ochenta euros, todo lo que ha podido ahorrar en unas semanas. Sabe que para su madre significan un desahogo. Tal y como ella los administra, ochenta euros son unos días de poner un plato en la mesa. La echa tanto de menos que a veces cree experimentar un dolor físico. A menudo se siente olvidado y solo, como el crío al que la madre ya no consuela tras una mala caída, un enfado o una decepción.

Ya está muy cerca, a dos manzanas. Idrissa picotea distraídamente el pan. Faltan unos minutos.

Desde el cruce, a unos treinta metros del portal, avista un coche blanco cuyas luces azules destellean, un vehículo que casi impide la circulación. Solo la Policía o el personal de una ambulancia puede aparcar así, con un par de ruedas sobre la acera y el resto del vehículo en la calzada.

Luces azules, mala señal. Otro lenguaje universal. Mejor desaparecer cuanto antes, piensa perplejo. Y a punto está de

arrancar a correr.

No lo hace. Se detiene, mira.

El coche policial ha estacionado justo en la esquina del edificio, a muy pocos metros del portal al que se dirige, es un obstáculo. Y de los mayores. Para Idrissa es como si alguien acabara de tapiar la entrada. No tiene papeles, no los que habría querido tener, los que necesita para recuperar la visibilidad. Solo miedo, de miedo va sobrado.

No se atreve a acercarse. No sin papeles.

No podrá pasar, piensa contrariado. De repente se siente muy cansado, exhausto. Está harto de calle y de aire libre. Sueña con desplomarse a oscuras en el sofá del piso piloto, pero por el momento seguirá siendo un sueño.

RUBÉN

Rubén Carpio ha contestado como ha podido a las preguntas del inspector Tedesco. Un hombre extraño, el policía. Ha respondido que no, que no conoce a la mujer y que no sabe cómo ha podido entrar en el piso. Ni la menor idea. No la ha visto antes y nunca, nunca, nunca durante una visita ha advertido nada raro.

—Todo era normal. Un piso vacío.

Ha mentido. Tampoco ha perdido nunca las llaves, asegura sin titubear. Sigue fingiendo y lo hace con aplomo y mala conciencia. Intenta por todos los medios no parecer conmovido ni asustado. No es nada fácil con el cadáver de Natalia a pocos metros. Espera que el policía atribuya su turbación al espanto resultante del descubrimiento del cuerpo. Hace cuanto puede por mentir con total convicción, como si su misión consistiera en engañar a un polígrafo, eso es lo que Tedesco parece con la mirada fija en su rostro. Un polígrafo humano. Lo intenta con todas sus fuerzas, pone en ello todo su empeño, trata de superar el dolor. Se concentra en la ficción que cree más conveniente. Advierte que la

mirada del policía cobija una gran dosis de escepticismo. Todo él parece una esfinge recelosa. Ignora que el inspector raramente sonríe. Cuando por fin acaban las preguntas, no está seguro de haberlo conseguido.

Todo mentiras. Una detrás de otra, sin solución de continuidad. Mentir sobre Natalia es como negarse a sí mismo, a su historia, a su propia vida. Es una traición en toda regla. Como apostatar. Por eso resulta tan difícil y tan doloroso. Se siente acorralado y no ve otra salida. Solo puede seguir mintiendo, sostener el engaño. ¡Natalia! ¡Querida Natalia! Si ella pudiera oírlo, le arrojaría a la cabeza lo primero que encontrara. Sin pensarlo dos veces.

Carpio no ha tenido tiempo para tomar decisiones ni para prepararse. ¡Todo ha pasado tan rápido! Por eso improvisa y asegura no saber nada, no conocer a la mujer muerta.

Marisol Morgades ha desaparecido y la Policía apenas ha tardado unos minutos en llegar. El tiempo justo para recobrar la compostura, disimular el espanto y tratar de no temblar. Ha mentido. Y todo por la perspectiva de conseguir un empleo algo mejor a corto plazo. Por añadidura, ha logrado en unos minutos aborrecer definitivamente su maldito trabajo y, sobre todo, a sí mismo.

Se detesta por negar su relación con Natalia. Siempre la quiso. Rubén nunca tuvo un no para su hermana. Nunca. A pesar de que vivir con ella, acompañarla y ayudarla a superar sus múltiples desdichas, era cada vez más difícil. Solo espera un golpe de suerte. Ha oído hablar de ellos, sabe que existen, otros los han vivido. Él apenas puede recordar un momento en el que la fortuna le haya sido propicia. Por regla general acostumbra a serle esquiva, a darle la espalda.

Aparentemente, la muerte de Natalia es un suicidio, y los suicidios no siempre se investigan a fondo. Eso es lo que ha oído decir. Así lo espera. A veces es la propia familia la que prefiere

dar el tema por acabado. Y la familia es él, Rubén Carpio, pero nadie puede saberlo. Rubén, el hermano menor de Natalia, ambos hijos de la misma madre ya fallecida, no puede rogar al policía que dejen correr el asunto. No queda nadie, ni cercano ni lejano, nadie que pueda recordar, identificar el cadáver, entristecerse, llorar, acarrear el duelo. Tampoco nadie que pueda insistir hasta las últimas consecuencias en conocer la verdad.

La verdad, la terrible verdad, es que Natalia ha sido siempre una persona complicada y que ha provocado mucho dolor a los que la amaban. Dolor a raudales, torrencial, como lo es a veces la lluvia sobre la ciudad sedienta. Esparcía el dolor por todas partes. Hiciera lo que hiciera. La verdad absoluta y terrible es que nunca antes Rubén la había visto en paz, nunca plácida como cuando la ha descubierto, ya cadáver, tendida sobre el lecho. Nunca.

El rostro relajado, los miembros distendidos, toda ella rodeada de un silencio amable, exento de aflicción, de conflicto y de tensiones. Abandonada por fin por los malditos demonios que, en unas ocasiones, amarraban a su cara un rictus de profunda tristeza; en otras, de intensa euforia, de pérdida del control o de desbocada ansiedad. Siempre aquellos condenados demonios que la asediaban desde el inicio de su adolescencia y que complicaban sin remedio la vida de Rubén, su medio hermano, y amargaban la vida de su madre. Su padre murió cuando Natalia era una cría y apenas conservaba de él algún recuerdo. Así llamaba Natalia a los pensamientos siempre extremos que la devoraban invariablemente cuando abandonaba la medicación: demonios. Y la dejaba muy a menudo. Cada vez que, estimulada por un entusiasmo irreal y pasajero, por un demonio embustero, creía poder sobrevivir sin pastillas.

Rubén espera que una historia clínica significativa como la de Natalia, un historial médico que no deja lugar a dudas, así como la existencia de tentativas anteriores, puedan sustentar la hipótesis del suicidio. Un mal momento, un bajón del ánimo

siempre cercado por un puñado de demonios y... la muerte autoinfligida.

Caso cerrado.

Con algo de suerte, quizá la Policía nunca llegue a saber que Rubén Carpio González y Natalia Benegas González eran parientes tan cercanos, hermanos, hijos de una misma madre. González es un apellido muy común. Con un poco más de suerte, Natalia será enterrada en algún lugar, descansará en paz, y Rubén Carpio podrá seguir con su vida. Algún día quizá supere el dolor y deje de sentirse como el miserable que reniega de su hermana y rechaza el vínculo de sangre. Carpio ignora los deseos de Natalia respecto a lo que los folletos de las funerarias coinciden en llamar «descanso eterno». Nunca antes han hablado de ello. Ni cuando la encontraron inconsciente en un banco cerca del parque de la Ciudadela con una sobredosis y estuvo un par de días ingresada en estado crítico, ni cuando una pareja de pasajeros evitó, sujetándola en el último momento, que se lanzara a las vías del metro. Por lo tanto, apenas importa el lugar, el ritual, la forma. Natalia no creía en dioses magnánimos, ni en vírgenes, ni en mesías redentores ni en ángeles anunciadores de la salvación. Solo en malditos demonios. De existir un juicio final, y si este fuera realmente justo, nadie podría condenar a Natalia, una mujer enferma y frágil desde que Rubén puede recordar.

Carpio lleva mucho rato en el edificio y solo siente deseos de irse a casa, de encerrarse en su piso, sintonizar algún canal de televisión para dejar de pensar y prepararse un gin-tonic. O varios. A falta de gin-tonic, de cuyos ingredientes carece, también servirá un culo de whisky o un par de chupitos de orujo. Quizás alguno más. No importa. Los necesarios para perder de vista el miedo y ahuyentar durante unas horas el dolor y la angustia que se han asentado en sus entrañas, para alejar el pensamiento de la joven muerta cuya identidad afirma desconocer. Con ayuda del alcohol quizá consiga dormir unas horas. Siempre puede buscar

una de las pastillas de las que Natalia olvidaba en alguno de los muchos períodos que pasaba en su piso, el piso familiar, dejando pasar las horas adormilada en el sofá del diminuto salón. Cuando se sentía bien, dejaba de medicarse y las abandonaba en cualquier sitio. En cada ocasión era un «para siempre» que apenas duraba unas semanas.

También desea intensamente que deje de llover. El agua se ha convertido en unas horas en la peor de las pesadillas. Agua por todas partes, en las calles, en la escalera, en el suelo del piso, en su ropa, en sus malditos zapatos.

Mientras espera en el rellano a Arnau Llobera, su jefe directo, un capullo engreído de voz levemente atiplada y siempre vestido de Armani, Rubén tiene la vista perdida en el piso completamente abierto y vacío. Han levantado ya el cadáver sin que Carpio se haya atrevido a preguntar adónde lo llevaban. No podía hacerlo. Ha seguido con la farsa, con la indiferencia. ¿Cómo podría explicar su interés?

Ha apartado la mirada cuando han retirado el cuerpo de Natalia oculto en una funda para cadáveres. Se ha sentido tan desgraciado, tan canalla y tan solo, que se ha alejado para esconder las lágrimas.

Todavía quedan especialistas buscando huellas, hilos, uñas... Examinando, abriendo y cerrando armarios, aplicando polvo azulado sobre muebles y baldosas y una especie de papel adhesivo a los pomos de las puertas, a los grifos y a las mesitas de noche. Hurgan por todas partes... Su contemplación le resulta violenta, por eso ha decidido esperar junto a la escalera.

No tardarán en encontrar la caja grande bajo la cama. Carpio conoce su existencia. Allí está casi todo cuanto Natalia tenía en este mundo. Bien poca cosa. Algo de ropa, papeles, algún libro, un par de cedés, siempre los mismos. Quizá su bolso y su móvil, algo de marihuana... Probablemente también alguna fotografía de cuando ambos eran muy jóvenes y que no le preocupa. No tenía

fotografías recientes. Rubén ha cambiado mucho, nadie podría reconocerlo. El resto está en su propio piso. Abrigos, zapatos... Cosas de Natalia que olvidaba cada vez que, acuciada por la falta de dinero o asediada por los demonios, se refugiaba en el piso de la familia. Cosas que este guardaba en sus armarios. Aunque siempre se negó a fijar su residencia en el piso que había ocupado la madre de ambos y en el que ahora vivía Rubén, siempre acababa por volver. Cuestión de tiempo y de demonios. Por volver, dormir unos días, recuperar una endeble estabilidad y pasar de largo.

De pie en el rellano, con las manos en los bolsillos y el oído atento a cada movimiento en el interior del piso, Carpio siente los pies húmedos, helados. De vez en cuando, un escalofrío le recorre la espalda. Le tiemblan las manos y las oculta en los bolsillos del pantalón. Espera poder controlar el llanto. La inminente llegada de Arnau Llobera no contribuye a tranquilizarlo.

Se esfuerza por confiar en la evidencia, los González son legión. Miles de González repartidos por el mundo. Una coincidencia que quizá la Policía no se molestará en investigar.

IDRISSA

Podría aproximarse y preguntar qué ha pasado. Quizás algún vecino pueda decirle algo, pero es un riesgo que no piensa correr. Se queda a unos metros de distancia arrimado a un edificio. Observa desde lejos. Mira, trata de comprender. La lluvia ha perdido intensidad, apenas algunas gotas muy pequeñas recuerdan el chaparrón reciente. Son muchos los vecinos que, en corros reducidos, especulan sobre lo ocurrido. Idrissa necesita saber algo más y se acerca lentamente al resguardo de los balcones. Unos veinte metros lo separan ahora del coche policial. Nadie parece saber nada. Al menos nada cierto. Comprende que los curiosos solo formulan suposiciones.

Lo piensa mejor y se aparta. Atraviesa la calle y se sitúa en diagonal casi en una esquina con la intención de ver algo más. Necesita tener ventaja por si es preciso salir por pies. No es probable, a nadie parece interesarle su presencia, pero en su situación toda precaución resulta poca. Desde su nueva ubicación puede observar la parte trasera de una furgoneta roja y amarilla, reconoce una ambulancia.

A pie de calle los mirones son cada vez más, susurran, especulan. Acodados en ventanas y balcones, muchos vecinos siguen el acontecimiento desde una posición de privilegio, una vista aérea. Hay quien, sentado junto a una mesa en su propia terraza, apura un vaso alto mientras contempla el ir y venir de agentes y personal sanitario. Un espectáculo en vivo y a domicilio.

Idrissa soporta mal la expectación. Obligado por las circunstancias a pasar inadvertido, a perseguir la invisibilidad, tantas miradas y tan cerca le incomodan. Se siente intranquilo, inseguro, como si pisara arenas movedizas. No tarda en temer lo peor. Natalia le ha explicado que en la escalera viven muy pocos vecinos, que los pisos son muy caros y que se venden con dificultad. Sabe que el edificio de dieciséis viviendas, cuatro por rellano, está prácticamente vacío. Solo dos han sido ocupadas por sus propietarios; el resto: pisos vacíos.

Idrissa deduce que la posibilidad de que Natalia esté en apuros es muy alta. Conociéndola, es casi una certeza.

De pie sobre la acera, resguardado a la sombra de un portal, sosteniendo en su mano derecha una bolsa de la compra y bajo el brazo una barra ya mediada de pan, Idrissa tiembla. No puede irse, necesita averiguar qué es lo que ha pasado. Necesita verla, abrazarla, tranquilizarla y tranquilizarse.

Puede imaginar a Natalia alterada por los hechos, sean los que sean, necesitada de compañía, desesperada. Sabe que es tremendamente frágil, quebradiza, una mujer delicada. No sabe estar sola. No puede. Pero Idrissa tampoco puede quedarse allí

eternamente, nadie conoce su existencia ni que ha puesto los pies en el piso alguna vez. Y es mejor así, mucho mejor.

Permanece unos minutos junto a un portero automático, varado como una barca sobre la arena, anclado en un portal. Observa y tiembla bajo un sol agonizante que se abre paso trabajosamente entre las nubes.

Dos mossos de uniforme, un hombre y una mujer jóvenes, y un hombre mayor de pelo blanco y lacio, gafas doradas y americana oscura, salen del edificio en el que se encuentra el piso piloto que comparte con Natalia. Se acercan al coche policial. Han acabado, se marchan. El hombre mayor es el primero en entrar en el vehículo y lo hace en el asiento posterior.

A través de la ventanilla, el hombre de las gafas en la punta de la nariz entrecierra los ojos como para enfocar mejor y mira detenidamente a los presentes, siempre lo hace. También a Idrissa, que se halla más allá del primer círculo de curiosos. Es un buen observador. Espera no encontrar periodistas ni gente con móviles haciendo fotos al cadáver de la mujer que un par de sanitarios han introducido en una funda y empujan ya hacia el interior de la ambulancia. Idrissa le recuerda a una larva. Sin perder de vista a la gente que casi rodea el coche policial, el policía impulsa sus gafas de montura dorada nariz arriba, lo hace muchas veces al día para evitar que las lentes acaben estrellándose contra el suelo. Durante un instante se cruzan sus miradas.

El hombre, que apenas tenía aspecto de poli, se fija en el negro muy alto y delgado que contempla la escena desde la distancia. Tiene las manos muy grandes, manos de trabajador manual, y las escleróticas blanquísimas. Lleva en una mano la bolsa de plástico de un supermercado y bajo el brazo lo que parece una barra de pan picoteada.

Idrissa, sin pensar, baja la vista. No quiere hacerlo. Sabe que es un error. Y, sin embargo..., cuando la alza, el coche policial

inicia la marcha atrás para embocar una de las travesías y desaparece.

Idrissa no se mueve.

A pesar de la distancia a la que se halla, el lugar que ocupa sobre la acera y la interposición de un grupo de curiosos, solo ha podido ver que retiraban un cuerpo envuelto en una funda y que lo introducían en la furgoneta. Ha advertido el revuelo que ha acompañado cada movimiento de los agentes y del personal de la ambulancia, así como el agitar de las cabezas y el estirar de los cuellos.

No se atreve a acercarse. Un par de minutos después, también la ambulancia acaba por alejarse. El espectáculo ha acabado. Los curiosos se dispersan lentamente, los propietarios de los comercios cercanos regresan a sus quehaceres y algunos vecinos abandonan sus terrazas con la llegada del relente crepuscular. Han pasado casi treinta minutos desde que el joven senegalés se aproximó al edificio con la intención de compartir cena y cama con Natalia.

Cuando considera que puede acercarse, Idrissa, aparentando normalidad, se aproxima a buen paso, pero no llega a entrar ni a pulsar una sola vez el timbre del portero automático. Sigue andando calle arriba picoteando la corteza del pan, piensa que parecerá menos inquieto si mantiene las manos ocupadas. Junto a la puerta de entrada del edificio, un agente, joven y uniformado, mantiene los brazos cruzados sobre los riñones y la vista al frente. Monta guardia.

El senegalés de los ojos bellos y asustados no se detiene, continúa andando con el corazón desbocado y las piernas temblorosas. Cuando pierde de vista el edificio y está seguro de que el agente de Policía no puede verlo, Idrissa gira, cambia el sentido de sus pasos y se encamina al local vacío en el que duermen sus amigos. Quizá pueda pasar la noche con Baakir y Moussa.

Le aterroriza la idea de intentar dormir en un cajero automático o a la intemperie en un banco del parque cercano. Para Idrissa, un cajero, un banco, las escaleras de una iglesia o el interior de un portal abierto significan tocar fondo.

ARNAU LLOBERA

Rubén aguarda en el rellano con la vista en la puerta entreabierta. En el piso quedan especialistas ultimando la inspección del escenario. Oye gritar su nombre desde el piso inferior. Es una voz extrañamente aguda para un hombre maduro. La reconoce. Resopla. Es Llobera.

En la inmobiliaria, y desde luego a sus espaldas, los que sienten hacia él algún resentimiento —y son muchos y los motivos sobran— lo llaman a escondidas «il castrato». Fue Rubén el primero en referirse así a su superior. Espera que nunca llegue a saberlo. No lo perdonaría. Otros simulan, separando súbitamente los dedos, el estallido de una copa de cristal. El ingenio siempre ha sido más útil para afianzar la complicidad entre pares que para vender pisos.

Y Rubén se estremece de pies a cabeza antes de girarse, adelantar unos pasos y estrechar la mano de Arnau Llobera, que alcanza ya el cuarto piso. Resopla. Parece contrariado por no haber podido utilizar el ascensor por indicación de un agente que le ha ordenado que tampoco utilice el pasamanos. Llobera es un personaje sin más méritos que ser hijo de uno de los principales accionistas de la empresa constructora, tener una planta aceptable y una agenda con contactos heredada de su padre. La flor en el culo, dicen de él los que lo conocen.

Carpio le tiende la mano a su pesar. Cortesía obliga. Le flojean las rodillas y juraría que, al alejarla de su cuerpo, la mano entera se agita involuntariamente en el aire como una bandera en Tarifa.

—Ya me explicarás qué coño ha pasado aquí.

Y Rubén expone los hechos procurando que la voz no lo traicione. Es como seguir con la rutina con un hacha clavada en la cabeza.

Cree haberlo conseguido. Se equivoca. Le ha hablado de la llamada de la vecina, del agua que bajaba escaleras abajo y que todavía encharca el piso y un par de rellanos, del grifo abierto, del tapón obturando el desagüe y de la mujer rubia tendida en la cama, muerta. Se refiere a ella como a una desconocida.

—No había sangre. Y, por lo que pude ver antes de que llegara la Policía, tampoco señales de agresión. Probablemente ha sido un suicidio —apunta en un intento por alejar cualquier indicio de muerte violenta—, eso es lo que parecía. Creo que la Policía también cree que se quitó la vida —aventura cuando no sabe qué más decir. Espera las preguntas que lo empujarán contra las cuerdas y quizá lo aparten del ring. No pueden tardar. Llobera aplica la lógica y varios tonos más agudos de lo necesario.

—Pero..., a ver, Rubén. A ver si nos entendemos. Tú dices que no conoces a la mujer y, sin embargo, eres el único que puede entrar y salir de este piso. El único que tiene unas llaves —apostilla, señalando con la barbilla la entrada invalidada por una cinta policial.

Dos personas con monos desechables salen al rellano. Chapotean. Llobera resopla al entrever durante unos instantes el piso cubierto todavía por una lámina de agua.

—¡Joder! Es que no entiendo nada. Hay otras llaves en la oficina, pero nadie las ha tocado. Estoy seguro. No han salido de mi despacho, están en un cajón y yo, como jefe de ventas —no podía obviar su cargo, no sería él—, tengo la llave de ese cajón, la llevo encima. ¿Puedes decirme qué cojones ha pasado?

Rubén abre mucho los ojos y se encoge de hombros.

—¿Cómo ha entrado esa mujer en un piso cerrado sin haber forzado la cerradura? ¿Qué coño hacía aquí una mujer muerta?

El tono es el de siempre. El que utiliza con sus empleados para subrayar su flagrante inutilidad, su falta de iniciativa y el salario demasiado elevado que, a su juicio, perciben todos ellos, del primero al último. El timbre es más agudo según se muestra más y más airado y se eleva hasta cotas imposibles. Acostumbrado a mandar desde la cuna, no sabe hacer otra cosa. Mandar y gritar con una desagradable voz que trepana el cerebro. No conoce la corrección ni el buen trato. Solo las cajas destempladas.

—Porque, si no me equivoco, la cerradura no parece forzada —añade Llobera, dirigiendo la mirada hacia la puerta intacta.

—No, no lo está. La Policía la ha analizado. No la han forzado.

—Pues tú dirás...

—Yo no... No puedo decir nada. No tengo ni idea de cómo ha podido entrar. No la conozco. No la había visto nunca —responde Rubén Carpio con las manos en los bolsillos para evitar que adquieran vida propia y haciendo alarde de una seguridad que está muy lejos de sentir. Sigue temblando, y espera que Llobera lo atribuya a que continúa empapado.

Negar a Natalia es como renegar de sí mismo. Una locura, una traición. Un nuevo crimen. Sin embargo, ¿qué otra cosa puede hacer? Lleva toda la vida ayudando en lo posible a su hermana mayor, a su medio hermana, a la frágil, encantadora y devastadora Natalia. Cuando apenas era un adolescente, un novio de Natalia le susurró al oído, antes de despedirse para siempre: «Me voy antes de que me joda más la vida». A diferencia de aquel joven escarmentado, Rubén nunca pudo alejarse de ella. Tampoco lo intentó. La quería.

Recuerda justo en aquel instante que en el instituto era conocida como «ciclón Benegas» porque siempre tenía un papel destacado en todos los conflictos, generalmente el de desdichada, enfurecida o justiciera protagonista femenina. Recuerda también las palabras de Román Carpio, su propio padre, el mismo que se casó con su madre poco después de que enviudara y que durante

años la ayudó en todo lo que pudo. Aseguraba, con pleno convencimiento y en ausencia de la aludida, que allí donde pisaba Natalia no volvía a crecer la hierba. Había escuchado la frase alguna vez y la utilizaba a menudo para referirse a Natalia, aun a riesgo de afligir a su esposa.

—¿No visitó el piso? ¿Estás seguro? Quizás estuvo aquí y en un descuido pudo copiar la llave. Los chorizos se las inventan todas para joderte. Un piso nuevo, un techo..., ¿quién te dice que no era una okupa? Y, en ese caso, tú en la inopia, como siempre. Cualquiera día se podían haber llevado los muebles, los cuadros, hasta las bombillas. ¿No lo has pensado? —inquieta casi a gritos. Rubén da un paso atrás.

—No, no la recuerdo, te lo aseguro, yo no le enseñé el piso —afirma, intentando aparentar una convicción absoluta que está lejos, muy lejos de sentir. Aunque le convendría dejar abierta la posibilidad de que se tratara de una falsa compradora, sabe que no puede hacerlo. El nombre de Natalia no figura en el listado de visitas efectuadas. Para comprobar el engaño bastaría con revisar el registro.

Le duelen las palabras de Llobera y más todavía su propio silencio, su deslealtad, su traición. Natalia era inestable, podía volverte completamente loco, tenía un lado oscuro en el que Rubén nunca quiso profundizar, pero no era una ladrona.

—He pensado en todas las posibilidades, pero ella no ha estado aquí. Lo recordaría, recuerdo las caras y los nombres. Además, llevo el registro al día. Dice la Policía que se llama Natalia Benegas. Conmigo no ha estado aquí. No entiendo cómo...

Si hubiera respondido que la mujer había visitado el piso días atrás para considerar su compra, Arnau Llobera habría exigido inmediatamente el registro de visitas y en él, más pronto o más tarde, habría podido comprobar que el cuerpo que acababan de llevarse a las dependencias forenses no pertenecía a ninguna de las mujeres que habían pasado por allí. Bastaban unas llamadas

para destapar una mentira incontestable, un engaño. No solo habría perdido toda posibilidad de abandonar el maldito barracón, Llobera le habría dado la patada y a la puta calle. Despido inmediato. Le tiene ganas. Muchas. Quizás incluso habría interpuesto una demanda por daños y perjuicios.

Rubén ha alcanzado la conclusión de que no puede hacer otra cosa. Seguirá aparentando que ignora cómo pudo Natalia Benegas entrar en el piso.

—Yo sí que no entiendo nada. ¿Tienes una explicación para este marrón, o no la tienes?

Llobera grita como si alguien acabara de retorcerle los cojones. Niega con un gesto.

Impotente, el jefe de ventas resopla y pateo el suelo del rellano levantando algo de agua. Un joven malcriado que apunta a una rabieta.

—¡Joder, joder, joder!

Las salpicaduras van a parar a sus zapatos y a sus pantalones. Tuerce el gesto en una mueca de desagrado.

—Imagino que el parque estará hecho mierda... Y los muebles. ¡Y...!

Se interrumpe, completa el escenario con la imaginación.

—La puerta no tardará en deformarse por la humedad. No habrá manera de cerrarla. Solo nos faltaba eso. ¿Y a quién le vendes un piso en el que ha muerto una mujer, eh?, ¿a quién se lo vendes? ¿Tú sabes lo que nos va a costar esto? ¿Lo sabes?

Rubén Carpio lo sabe. Asiente. No menos de quince mil euros la reparación de los desperfectos sin contar con la estigmatización y la devaluación inmediata del piso. Y del inmueble entero, puestos en lo peor. Si la cosa se complica y la prensa da alas al asunto, pronto se sabrá lo ocurrido en el edificio.

—Joder, joder, joder.

Llobera acostumbra a maldecir siempre en tríadas. Por una vez, Carpio no tiene ganas de reír. Se limita a bajar la vista,

sostener lo dicho y a contemplar atentamente sus zapatos mojados. Siente frío.

Llobera se marcha sin despedirse. Interiormente, Carpio formula: Adiós, adiós, adiós. Mamón, mamón, mamón.

Mientras espera a que su jefe inmediato abandone el bloque de pisos, hace un esfuerzo desesperado por pensar en una Natalia que por fin ha encontrado una paz que no conoció en vida. Busca en esa frágil certeza una forma extraña de consuelo. Con todas sus fuerzas se refugia Rubén Carpio en esa última meta alcanzada tras una vida de luchar contra una corte de demonios crecidos al cobijo de una mente enferma. Demonios intangibles y a cuál más maligno.

TEDESCO

Mauricio Tedesco le pide a Lidia que se dirija al Hospital Clínico. Ha decidido visitar a Ignasi Romeu a pesar de las reticencias y de los temores de Elvira. Recuerda el horario de visitas, pasó muchas horas acompañando a Fina mientras trataban de alargarle la vida, cree que llegarán a tiempo. A menudo, el personal de enfermería, conocedor del dolor de los allegados, deja pasar unos minutos antes de obligar a los visitantes a abandonar la UCI. Necesita solo un momento, un instante, lo justo para ver al amigo, para saludarlo quizá cristal mediante y constatar que sigue vivo. Para asegurarle que esperará su recuperación y prometerle un caso interesante, el caso de la mujer rubia en el piso piloto. Suena a título de novela policíaca: *Asesinato en el piso piloto*. Sabe que Romeu se alegrará y pensará en un comentario sarcástico que Tedesco no podrá oír.

Sonríe a solas en la parte posterior del coche policial. A Tedesco le gustan las novelas policíacas, incluso las teleseries de detectives, y Romeu, que detesta el género porque asegura —y no

le falta razón, ambos lo saben— que peca de fantasioso, se burla de él siempre que puede. Y es muy a menudo.

«Ahora le llaman novela negra, pero es ciencia ficción, Mauricio, pura ciencia ficción. ¿Ya te han dado en comisaría el identificador de ADN de bolsillo?».

Conserva Tedesco las primeras impresiones en la mente: la mujer tendida sobre la cama, el frasco de pastillas a su lado, el vaso vacío, el piso perfectamente ordenado y sin la cerradura forzada, el grifo cerrado, el tapón obturando el desagüe y la alfombrilla de la entrada que reza «Welcome» retirada y arrimada a la pared del rellano. Para Tedesco, las primeras impresiones son valiosas.

Según han afirmado Rubén Carpio y Marisol Morgades, encontraron el grifo abierto y el tapón obstruyendo el desagüe. Rubén cerró el grifo para evitar que el agua siguiera escaleras abajo. Dijo no haber tocado nada más. Una circunstancia difícil de explicar en un piso en el que, a priori, no vivía nadie. Ambos aseguraron sin dudarlo que, a su llegada, la estera de la entrada había sido apartada y se apoyaba en la pared. Tedesco necesita conocer cuanto antes los resultados de la autopsia, pero, diga lo que diga el informe del forense, es obvio que tendrán que investigar qué hacía en un piso cerrado y desocupado una mujer a la que nadie parece conocer.

Por fortuna, han podido identificarla sin dificultad. Lidia ha encontrado su documentación en su bolso en una de las habitaciones pequeñas. Natalia Benegas González, treinta y cuatro años. También tienen sus huellas, y si ha sido detenida en alguna ocasión no tardarán en saber más cosas. Iván se ocupará de averiguarlo. Cuestión de tiempo. Por el momento es necesario esperar.

Cuando el inspector abandona el coche policial, de la lluvia reciente solo quedan restos de charcos sobre las aceras. Charcos en recesión, como los derechos adquiridos, como la propia vida.

Siempre en recesión. Tedesco no es un hombre optimista, nunca lo ha sido. Fue abandonado por su padre antes de nacer, Franco Tedesco, un aviador italiano llegado al país para combatir contra los defensores de la república. Por muchas razones, y no todas de índole sentimental, el inspector ha hecho lo posible por olvidar a su progenitor. Con casi sesenta años y un hijo a punto de nacer, Franco Tedesco experimentó un súbito ataque de nostalgia y decidió regresar a su Ferrara natal con nocturnidad y alevosía, sin que en ningún momento llegara a plantearse la posibilidad de que su familia lo acompañara. No llegó a conocerlo, pero heredó el apellido por haberse casado con su madre antes de desaparecer.

Sus primeros años fueron más bien sombríos. Al cuidado de una madre joven y resentida con la vida en general y en particular con aquel «mal hombre» que era su padre, y de la abuela materna, Jacinta, que había enviudado demasiado pronto y andaba cargada de achaques y de prejuicios, su infancia no fue una infancia feliz. Creció como hijo único junto a dos mujeres que se consideraban poco o nada afortunadas en una casa familiar en la que raramente se reía. No conoció celebraciones, ni alborozo, ni tan siquiera la alegría de un reencuentro.

El pequeño Mauricio, que heredó el nombre y la pronunciada pendiente de su nariz de su abuelo materno, apenas recibió besos, muy pocos arrullos y solo ocasionalmente algún abrazo con motivo de algún éxito académico. Ni su historia familiar, ni su temperamento ni su oficio le permiten al veterano policía mantener una visión esperanzadora sobre casi nada.

Y, tras haber examinado el cadáver de una mujer joven y hermosa muerta demasiado pronto, y ante la perspectiva de enfrentarse a un Romeu enfermo y con un hálito de vida, Mauricio Tedesco no consigue hilar un pensamiento bueno. Mientras baja del coche policial y se despide de los agentes, el inspector deja de intentarlo. Acepta sin discusión que hay cosas en esta vida que no tienen remedio. Solo admiten una demora.

—Iván, anota todo lo que tenemos —ordena para señalar que sigue al mando de la investigación.

Sabe que el mosso no necesita más indicaciones. Iván Cabrera es el mejor observador con el que ha trabajado, tiene una mente que lo archiva todo y es tan meticuloso que a veces resulta desesperante; pero no hay en toda la comisaría nadie mejor para poner negro sobre blanco hasta el menor detalle de la escena de un crimen. Iván insinúa una sonrisa. Eso es todo. De tenerlas, cosa que no está nada clara, todas sus emociones se resisten a aflorar. Siempre parecen quedar en eso, en un leve parpadeo, en un fruncir o arquear los labios o en un levantamiento de mentón. Desde que puso el pie en la comisaría hay quien lo llama «la esfinge». No parece molestarle el apelativo.

Un sol tímido se asoma entre las nubes que ya no son grises, y de los puños y los antebrazos de los transeúntes cuelgan paraguas cerrados. Algunos comercios bloquean puertas y bajan ya persianas cuando Tedesco atraviesa la calle y se interna en el enorme y complejo centro hospitalario. Las columnas que flanquean la entrada, de un verde claro y apagado sin gracia ninguna, y la marquesina de cristal siguen en su sitio, en la puerta principal. También los paneles indicadores. Tedesco no necesita consultarlos, conoce bien el lugar, tuvo tiempo de memorizar hasta el último rincón. Fina Mercader, su mujer, fue tratada durante meses en la planta de oncología hasta que, desestimada toda esperanza de recuperación, pidió agonizar y morir en su propia casa. Por desgracia, no llegó a regresar a su cama. Murió unas horas antes de su traslado.

El policía ha pasado horas infinitas, días enteros deambulando entre pasillos, consultas, dependencias diagnósticas y salas de espera. Conoce el hospital al detalle, como conoce la comisaría. Con el ánimo en suspenso y sin necesidad alguna de preguntar, el inspector se dirige directamente a la UCI en la que se hallan los

que han sufrido algún accidente cardiovascular. Se identifica en el mostrador, donde una enfermera anota algo en un ordenador.

—No he podido llegar antes, pero solo estaré un momento.

—No puedo hacer excepciones. Solo un par de minutos —le advierte con una mueca de contrariedad.

Antes de llegar, distingue a Elvira en la diminuta sala de espera cercana a la UCI. Está sola. La pareja no ha tenido hijos y todos sus familiares han muerto o andan demasiado lejos o ya demasiado maltrechos. Se ha derrumbado en la silla con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, los ojos cerrados, los labios sin color y el bolso entre los brazos cruzados.

Tedesco se sienta a su lado.

ELVIRA

Elvira abre los ojos casi de inmediato y rectifica su postura.

—Hola, Mauricio. Imaginaba que vendrías.

—¿Qué han dicho?

—No está muy claro, que si una insuficiencia, que si una arteriopatía coronaria. No sé muy bien. Creo que ellos tampoco lo saben. En todo caso, no sé si es muy grave o si... Por el momento está estable.

Elvira se interrumpe unos instantes y carraspea ligeramente antes de continuar.

—Ha pasado tan deprisa, Mauricio. Se despertó de madrugada, le dolía el pecho, luego el cuello. Le faltaba el aire, se asustó. Yo también me asusté. Me asusté tanto... Creo que supo que era grave. Ignasi estaba muy asustado, pensó que se moría. Y yo también. Se llevaba la mano al pecho, lo intentaba, pero casi no podía ni hablar. Le dolía mucho, muchísimo.

Hace una pausa, toma aliento y, casi en un susurro, continúa:

—Llamé a Urgencias. No tardaron. Nos trajeron en un suspiro y aquí estamos, Mauricio. Aquí estamos. Bueno, aquí estoy. No

dejan que le haga compañía. Solo puedo mirar, ver cómo...

Elvira baja la mirada hasta el suelo, amaga un sollozo y carraspea de nuevo antes de continuar. Le tiembla la mano que ha separado del bolso y la recoge de nuevo. Hay lágrimas en su garganta.

—Yo aquí, ya me ves, e Ignasi ahí dentro, completamente solo. Casi no puedo ni verlo. Solo un rato, un momento, Mauricio. Solo unos minutos. Apartan la cortina y... Dicen que es lo mejor, pero... ¿cómo va a ser mejor para él estar solo? Ignasi no es tan fuerte como parece. No lo es. Te lo aseguro. Lo conozco mejor que nadie. Está asustado. Y es lógico. Me mira y... Sé que cree que se va a morir. Me lo dijo antes de que lo metieran ahí dentro. Yo también pensé que...

Rompe a llorar mientras habla, ha dejado de intentar retener el llanto. Lloro sin ruido y sin que se le agriete la voz. Desesperada y digna, Elvira no retiene sus lágrimas. Se limita a arrugar el pañuelo húmedo entre los dedos.

—Está tan solo allí dentro, Mauricio... Si lo vieras... Y tan asustado.

Tedesco asiente. Puede imaginarlo sin la menor dificultad. Él mismo es aprensivo y se siente muy incómodo en un hospital. Al menor percance cree padecer una dolencia de la que no conseguirá recuperarse.

—Quédate aquí un momento, Elvira. Espérame, vuelvo en seguida —ordena como si se dirigiera a uno de sus agentes.

Y Elvira asiente. No porque sea una mujer sumisa. No lo fue nunca. Asiente porque no le quedan fuerzas para hacer ninguna otra cosa.

El inspector se pone en pie y se dirige al mostrador tras el que una enfermera teclea sin levantar la vista. Detrás de ella, algo entornada, la puerta que da a la dependencia donde descansa el personal de enfermería de la planta. Dos mujeres, una frente a otra, conversan en voz baja sosteniendo en las manos una taza

grande. Una de ellas, la de mayor edad, gira la cabeza y advierte su presencia. No tarda en reconocerlo y en dirigirse a él. Sonríe.

—¿Comisario?

—Inspector, Carme, solo inspector.

—¿Qué se le ha perdido por aquí? —pregunta la mujer de ojos oscuros e inquietos, dientes adelantados y algo separados, cabello sujeto con horquillas y cara de cansancio—. No puede ser nada bueno.

Tedesco la ha reconocido al entrar, años atrás era la enfermera jefe de la Unidad de Oncología.

—No lo es, Carme. Un amigo, Ignasi Romeu. Una insuficiencia, creo. Está en la UCI —explica el policía, acodándose en el mostrador y bajando levemente la voz para ganar privacidad.

—Ya sabe que hay un horario y que... —le recuerda, señalando la esfera de uno de esos relojes que lo miden todo, desde las pulsaciones a la oxigenación.

—No he podido venir antes. Mi trabajo es lo que es, Carme, y no sabe de horarios de visitas. He venido cuando he podido.

—Ya. Y quiere usted que yo... —Carme Pons, la enfermera jefe, insinúa una mueca de disgusto.

Tedesco permanece en silencio. Sobran las palabras. Ni pestañea. Es un artista manejando los silencios. Muchos años de interrogatorios le han enseñado a utilizarlos en su provecho.

—Vale, si lo pide así... —La mujer sonríe.

La enfermera deja la taza sobre el mostrador, alinea unos papeles y sale al pasillo central.

—Sígame, pero esto debe quedar entre nosotros.

—Te lo aseguro.

—Me deberá usted una. Si me pillan cometiendo un delito, ya sabré a quién acudir. Preguntaré por usted.

En dos zancadas, Tedesco se aproxima a Elvira y le indica que se acerque. Elvira no se lo hace repetir, se pone en pie con la

presteza de una mujer más joven. De repente parece otra. Una mujer vivaz con unos años menos. La enfermera la mira, se sorprende, pero calla.

—Diez minutos. El doctor no tardará en llegar y no puede encontrarles dentro —advierte la enfermera.

Tedesco asiente y Elvira susurra un «muchas gracias» empapado en llanto y se retira las lágrimas con el pañuelo. Elvira entra la primera y se aproxima al box en el que su esposo sigue respirando trabajosamente. Se sitúan ambos frente a Ignasi Romeu al otro lado del cristal que mantiene aislados a los enfermos.

Elvira agita una mano, pero el expolicía, con los ojos entornados y en la mente todos los miedos de este mundo, no puede verla. Permanece completamente inmóvil, los brazos rígidos y estirados a ambos lados del cuerpo, las piernas sin flexionar, dócil, sometido. Quieto como en el interior de un sarcófago.

Decidida, Elvira López golpea el cristal con los nudillos. Primero levemente, después con energía hasta conseguir que Ignasi gire la cabeza. Tedesco piensa por un momento que la mujer saltará o gritará para hacerse ver. La cree capaz. Está a punto de impedírselo, de rogarle que no lo haga. Al policía, de talante discreto hasta la exageración, aporrear el cristal de la Unidad de Cuidados Intensivos no le parece una conducta apropiada.

No lo hace, se domina. No la reprende. Comprende a tiempo que Elvira necesita ver y ser vista.

Romeu, con la máscara sujeta a la nariz y a la boca, y el cuerpo anclado por tubos y cables a un par de máquinas cuya utilidad —si es que la tienen— Tedesco desconoce, gira la cabeza. Puede verlos, hace un amago de sonrisa, cierra los ojos con fuerza y levanta ligeramente la mano más cercana al cristal. Es su

forma de decirles que sigue vivo y que se alegra de que estén allí, muy cerca. No hay mejor manera.

Elvira se apoya en el cristal con las palmas abiertas dejando un rastro de sudor y de llanto. Lloro sin control, y Romeu, pálido y casi desnudo bajo la sábana, le indica moviendo la cabeza de un lado a otro que no debe llorar. A Tedesco nunca antes el expolicía le ha parecido tan vulnerable. De hecho, siempre ha pensado en él como en un hombre fuerte y astuto, un hombre que ha envejecido bien. El caminar firme, las manos seguras, los ojos atentos, la mente despierta... Y, sin embargo, parece que le hayan caído encima, y a plomo, unos treinta años, quizás alguno más.

Todo de un día para otro.

IDRISSA

Idrissa empuja la puerta un par de palmos, lo suficiente para poder entrar casi de perfil en la nave destartalada y no muy grande de la que Moussa y Baakir han ocupado un rincón. Sus amigos han tendido un par de colchones y dispuesto todas sus cosas contra una pared. El ruido del metal al rozar contra el suelo le sobrecoge.

Baakir está en el interior, sentado a horcajadas sobre un cajón junto a una ventana por la que todavía entra algo de luz. No parece sorprendido al verlo. Sonríe. Se alegra. Inclinado y armado con una cuchara enorme, remueve el contenido de una olla pequeña que descansa sobre un hornillo de gas. Idrissa se acerca y deja junto a él lo que acaba de comprar.

—¿Puedo quedarme esta noche? Solo una noche.

Baakir asiente.

—Claro, no hay problema. Ya lo ves. No hay colchón, pero puedes tumbarte sobre las mantas, tenemos muchas. La gente las tira. Y ya no hace frío. Estarás bien.

—Gracias. No sabía...

Baakir lo interrumpe:

—No te preocupes. Espacio nos sobra. Ya lo ves. Y con esto será casi una fiesta —añade, señalando con la mirada lo que el recién llegado acaba de traer.

Baakir es hombre de pocas palabras y es su forma de decir que es bien recibido. Idrissa espera que no haga preguntas. No tiene ganas de hablar y tampoco sabe qué puede explicar. No tiene ni idea de lo que ha pasado. Solo un mal presagio. Sabe que un retén de la Policía cuyo coche continúa aparcado algo más arriba sigue en el edificio, y que no puede ni quiere arriesgarse a ser detenido. No quiere ser repatriado, no así, sin saber qué ha ocurrido, sin volver a verla, sin despedirse.

Sin Natalia.

Baakir no pregunta.

El recién llegado se acerca al rincón en el que guardan las pocas pertenencias que acumulan y sacude enérgicamente las mantas. Se ha acostumbrado a un colchón y a las sábanas limpias, y al sacudir las mantas y tenderlas sobre el suelo que nadie ha barrido en muchos meses, la polvareda hace que sienta ganas de llorar. Tose.

—Puedes lavarte. Electricidad no hay, ya lo sabes, pero todavía no han cortado el agua. Y además siempre hay algo de luz cuando se encienden las farolas en la calle. Mejor eso que nada.

Baakir señala un cuartucho sin luz en una esquina. Es el lavabo de los empleados. Años atrás, antes de la quiebra, la nave pertenecía a una editorial modesta que hizo algo de dinero dedicándose por entero a reeditar los clásicos. Eran otros tiempos. En ella se almacenaban, años atrás, las cajas de libros. Como tantas otras empresas del sector la editorial quebró cuando las devoluciones de ejemplares empezaron a desbordar toda previsión por pesimista que fuera. Posteriormente lo ocupó un distribuidor de cerámica para suelos que, ante un alquiler que apenas podía asumir, decidió trasladarse a una población en el área

metropolitana. Encajado entre dos bloques de pisos, el local fue desalojado meses atrás y entró en franca e imparable decadencia.

Idrissa atraviesa el desangelado espacio en penumbra. Se apresura, la noche no tardará en caer. Si se demora no conseguirá ver casi nada. El agua en la cara lo reconforta. Se moja el cuello y los hombros. Encuentra una toalla, la empapa y se frota los brazos, las axilas, el torso... El agua le sienta bien, se encuentra algo mejor. Más despejado, algo más limpio. Habría dado cualquier cosa por una camiseta o por unos calcetines que no olieran tan mal. Pero toda su ropa está en el piso de la calle Caballero y por el momento no puede recuperarla. Se quita los calcetines y la camiseta sudada, los lava con el jabón que alguien, probablemente Baakir, ha dejado junto al grifo y los tiende en una cuerda al lado de la toalla húmeda. Espera que al día siguiente estén secos, o no demasiado mojados. Necesita volver a usarlos. Toda su ropa, que no es mucha, sigue en el piso custodiado por la Policía.

Cuando sale de nuevo a la nave vacía, por las ventanas rotas entra la luz de las farolas que acaban de encenderse con la llegada de la noche. Es una luz extraña, casi espectral, anaranjada, fea, casi no es luz, pero le permite moverse en el interior sin temor a tropezar y caer.

—*Bona nit* —saluda Moussa en catalán, empujando trabajosamente la puerta y haciendo una mueca de sorpresa al reconocer a Idrissa sentado sobre un cajón junto al hornillo—. *Bona nit*, hermano, está bien tenerte aquí. *Vive le Senegal!*

Moussa, al contrario que Baakir, que apenas consigue pronunciar alguna palabra simple, chapurrea cualquier lengua y lo hace sin falsas vergüenzas. Es listo, extrovertido y tiene buena memoria. Entiende y se hace entender.

—Gracias.

—¡Treinta y dos! —anuncia. Ha sido un buen día.

Deja el enorme pañuelo que fue blanco en el que acarrea las gafas por media ciudad y le ofrece a Idrissa una camiseta, una falsificación no muy lograda de una prenda original de Adidas. Arrima otro cajón a las ventanas de cristales rotos por las que la luz llega al interior. Es el salón comedor. Lo sitúa formando un círculo con los de sus colegas y coloca un cuarto cajón algo mayor justo en el centro.

—¿Te gusta el arroz con garbanzos? —pregunta, echando una ojeada a la olla que Baakir aparta ya del fuego.

—Me gusta todo, Moussa, ya lo sabes. Todo. He traído algunas cosas, lo que he podido, podemos cenar bien.

Moussa silba al ver las aceitunas y las latas de sardinas.

—¿Te has quedado sin fiesta esta noche? —pregunta, sacando la botella de vino de la bolsa de plástico—. ¿Se ha cansado de ti?

Idrissa inclina la cabeza. No contesta. No explica que él no prueba el vino, que a pesar de no practicar la fe musulmana con demasiada convicción hay cosas que no quiere olvidar. La prohibición de probar el alcohol es una de ellas. El alcohol es pernicioso, así se lo han enseñado, así lo cree. Corrompe a los hombres, destruye familias enteras y roba la voluntad y el buen ánimo. Tampoco come carne de cerdo, ni embutidos, aunque no recuerda muy bien por qué.

Sin fiesta, ha aventurado Moussa, y no se equivoca. Prefiere no explicarle que por el momento se ha quedado sin techo, sin ropa, sin colchón y sin la compañía de Natalia. Y que, para ser sincero, en el futuro inmediato prefiere no pensar. Quizá también se ha quedado sin futuro.

Baakir, con un gesto leve, le indica a su compañero que no siga preguntando. Moussa se encoge de hombros y se sirve unos dedos de vino. Hace tiempo que olvidó lo aprendido.

MIÉRCOLES

TEDESCO

El inspector Tedesco ha pasado una mala noche, largas horas de insomnio que ha alternado con momentos de sueños inconexos y desasosegantes. Ha soñado con un Ignasi más joven, menos encorvado y con más pelo, que hablaba por televisión de la crisis y del aumento galopante del desempleo. Un Ignasi con manos firmes, lengua afilada, coraje incontestable y menos arrugas, que afirmaba con naturalidad que la situación empeoraba por momentos y que las medidas a tomar serían dolorosas para todos. Al acabar, Romeu lanzaba una risotada que en el sueño le puso los pelos de punta.

También ha soñado con Marina, su hija, a la que hace días que no ve. Sabe que ha cambiado de empleo y que anda en Múnich ejerciendo de traductora durante un encuentro de urbanistas. El policía no comprende los motivos de su hija para saltar de una empresa a otra, de una ciudad a otra. Él no se ha movido de la Policía en más de tres décadas. Sabe que los tiempos han cambiado y que Marina ha escogido vivir con la maleta a cuestas. Sospecha que no es la mejor elección para consolidar una relación. Y, aunque nunca hablan de ello, Tedesco sigue preguntándose si Mario Corpas, el viudo con una hija del que Marina parece estar enamorada y con el que ha decidido tratar de convivir, se adaptará a tanta ausencia. De tarde en tarde recibe un mensaje en su móvil. Algo así como una prueba de vida. El último, leído unas horas atrás, decía:

Todo bien, papá. Es uno de los congresos más aburridos que recuerdo. Aquí en Múnich llueve, llueve y llueve. Solo la cerveza vale la pena. Y las salchichas. Serías feliz aquí, con esta dieta y con tanta lluvia. Regreso el jueves tarde. Te llamo y nos vemos.

En su disparatado sueño, la ha visto vestida de azafata con falda estrecha azul oscuro y pañuelito rojo atado al cuello, maquillada y arrastrando un carrito por el estrecho pasillo de un avión. Ha soñado que él era un pasajero sentado en una de las últimas filas, que la veía avanzar, guapa y decidida, que la esperaba para decirle lo preciosa que estaba, que le sonreía, y que al llegar a su altura Marina le ofrecía una bebida. También ha soñado que le servía un repugnante zumo de tomate y, lo que era peor si tal cosa es posible, que se dirigía a él como si no lo reconociera.

Le ha dolido tanto que se ha despertado de inmediato. Y aunque le consta que los mayores dislates pueblan los sueños, al abrir los ojos se siente triste y desairado como no lo ha estado en mucho tiempo.

Tedesco ha comprobado de inmediato que no hay mensajes de Elvira. Buena señal, piensa. Pasa por el París, como cada mañana, para el primer café. Forma parte de su rutina, como afeitarse, encajar los calcetines en los pies o lavarse los dientes. Es animal de hábitos bien asentados. Uno tras otro, la secuencia siempre la misma, sin improvisaciones.

Ha saludado con un gesto al camarero, ha ojeado el diario y seguido uno de los noticiarios de la mañana en la televisión autonómica. Por el momento no aluden a la muerte de la mujer rubia en la calle Caballero. Mientras crean en la hipótesis del suicidio, probablemente el fallecimiento no verá la luz pública. Los medios eluden el tema a pesar de que las muertes autoinfligidas van en significativo e imparable aumento. Por no hablar de los meses de pandemia, meses en los que se dispararon

los suicidios. Una especie de ética profesional. El «efecto Werther», lo llaman. Mejor así.

No encontrar en el París a Ignasi Romeu como cada mañana para cruzar con él unas palabras, lidiar con algún sarcasmo y caminar en su compañía hasta las proximidades de la comisaría no ha hecho sino empeorar las cosas. El día no empieza bien. Nada bien. Con la ausencia de Romeu la rutina, la bendita rutina, ha saltado por los aires.

El inspector echa a andar en dirección a la comisaría de Les Corts. Intenta consolarse pensando que si no hay mensajes ni llamadas de Elvira probablemente Romeu sigue grave, pero estable. Vivo. Quiere creer que la falta de noticias es una buena noticia. Eso dicen, aunque no acostumbra a ser así en un oficio como el suyo que avanza a golpe de informaciones nuevas, de datos que salen a la luz.

Cuando llega a la comisaría, Tedesco se cruza con Lidia Sampedro, que sale del vestuario con el nada favorecedor uniforme de la Policía autonómica. La joven sonríe, como casi siempre.

—Voy a ver qué tenemos, inspector.

Tedesco asiente. Pocos minutos después, mientras el policía apura el segundo café del día —el primer medio café corto según sus cuentas personales—, echa una mirada al teléfono móvil, que sigue sin nuevos mensajes ni llamadas perdidas, y pone en marcha el ordenador, Lidia entra con los resultados del registro del piso.

—Tenemos ya el primer informe, las primeras observaciones, la autopsia quizá mañana si todo va bien, pero no es seguro. El asistente de Velázquez dice que andan de trabajo hasta las muelas. Textual, hasta las muelas, y que el forense está peor que nunca. Insoportable —dice la agente desde el umbral.

Mauricio Tedesco la invita a pasar con un gesto y una sonrisa de complicidad.

—Como si se pudiera estar peor —añade.

Dionisio Velázquez resulta insoportable incluso en sus mejores momentos, en los días buenos. Es uno de los individuos más malcarados que recuerda, y en su oficio Tedesco los ha conocido a decenas. También, y es de justicia reconocerlo, es uno de los forenses más sagaces y escrupulosos con los que ha tenido ocasión de tratar.

Lidia le tiende una carpeta cuyo interior ojea el inspector en pocos minutos. La agente se sienta junto a la mesa por iniciativa propia. No necesita permiso de su superior. Con Tedesco no funcionan las formalidades.

La agente le informa de lo que han conseguido saber:

—Según el DNI, la mujer tenía su domicilio en el Clot, por lo menos cuando renovó su documento, pero hemos podido averiguar que el piso ha sido alquilado en varias ocasiones posteriormente y nadie nos ha sabido dar una dirección más reciente. Una vecina la recuerda vagamente, solo una, pero asegura que era una chica muy rara y que solo estuvo allí unos meses con un tipo que se marchó antes que ella. Un tipo que no era de fiar, según la vecina, y con el que había tenido algunos problemas: música demasiado alta y peleas de madrugada. Podría tratarse de un camello, de un estafador...

Tedesco asiente.

—O de una vecina con demasiado tiempo libre —añade la agente—. Yo misma acabo de hablar con ella. La verdad es que no ha sabido decirme muy bien... Lo que parece seguro es que el tipo no tenía buena pinta, pero no ha sabido darme más detalles. Estuvieron poco tiempo y no se relacionaron con los vecinos. No recordaba mucho más, algunos problemas y la apariencia, tanto del hombre como de la chica, asegura que era muy rara. Ha dicho textualmente que a veces parecía a punto de echarse a llorar en la escalera, pero no he sabido cómo interpretarlo. La historia clínica lo aclara un poco.

—Una chica rara —repite el inspector en voz baja.

Tedesco reanuda la lectura del informe en silencio. Lidia sigue sentada, espera instrucciones. Poco después, el inspector se interrumpe durante unos segundos, los suficientes para asimilar lo que acaba de saber.

—Un largo historial psiquiátrico. Una paciente difícil. Una enferma crónica. Se detallan varios intentos frustrados de suicidio con posterior hospitalización e internamiento. El primero a los diecisiete años.

Tedesco resopla. Prosigue:

—Desde entonces ha sido visitada en muchas ocasiones y ha pasado temporadas en instituciones psiquiátricas. «Diagnóstico inicial: paciente bipolar que manifiesta ocasionalmente síntomas psicóticos de tipo paranoide. Enferma controlada y vida relativamente normal si no abandona los fármacos».

El policía suspira.

—Relativamente normal —repite cabeceando.

Mal asunto, piensa. No es la primera vez que se enfrenta a un caso en el que una persona con síntomas de esquizofrenia intenta quitarse la vida y lo consigue. Sabe que las enfermedades mentales son un verdadero calvario, tanto para el enfermo como para su entorno familiar.

Lidia añade:

—Acabo de volver a llamar al teléfono de la persona de contacto que aparece en el historial, Carmen González Armesto, para comunicar el fallecimiento de Natalia. Por los apellidos creo que debe de ser su madre. La fecha es la del inicio de los problemas psiquiátricos. He intentado hablar con ella, pero es un número fijo y nadie contesta. Volveré a llamar, aunque han pasado muchos años y quizás haya cambiado de domicilio. Seguiré intentando localizarla, quizás en el registro del hospital puedan facilitarme el domicilio actual. Lo intentaré también a partir de su NIF. Si prefiere usted hablar con ella...

Tedesco no contesta. Debería hablar personalmente con la madre, es su obligación, pero no se siente dispuesto a reconocer ante la agente que no tiene puñeteras ganas de darle a una madre la noticia del fallecimiento de su hija, no en un día de ánimo sombrío como el que atraviesa. Sabe, así lo presiente, que nada hay peor en el mundo que perder a un hijo, aunque el hijo en cuestión te haya complicado la vida hasta extremos inimaginables, como probablemente haya ocurrido con Natalia Benegas.

—Cuando la localices, hablamos.

—No he encontrado rastro de otros parientes cercanos, aunque en el historial inicial figura un hermano menor, pero no consta su nombre. El último psiquiatra que la visitó tampoco ha sabido decirme mucho más. Solo la ha visto una vez durante un bajón. Natalia apenas habló y él se limitó a prescribirle la medicación habitual. No ha vuelto a la consulta a pesar de tener visita concertada. En la historia clínica no figura que el hermano haya asistido a ninguna de las sesiones, al parecer siempre acudía la madre, era la madre la que se encargaba del seguimiento de la enferma. Del padre no hay ni rastro, la paciente explicó a su terapeuta que el padre se largó, que apenas lo conoció y que no lo recordaba.

LIDIA

Lidia hace una pausa. Hasta los mejores necesitan respirar.

—Cuando el marido las abandonó, la madre consiguió el divorcio y años después encontró una nueva pareja. Inició una relación y se casó con un buen hombre que, según el historial clínico, ejerció de padre con Natalia y se portó bien con ellas. No constan conflictos con el padrastro. Al parecer, mientras convivieron con él ayudó en lo que pudo. Murió hace unos años.

Tedesco, los ojos semientornados, intenta retener la información.

—El padrastro falleció hace unos años —insiste.

Tedesco cabecea. Asiente. Es necesario encontrar lo antes posible a la madre de Natalia. Nada más triste que un cadáver al que no llora nadie.

—Su terapeuta afirma que recomendó semanas atrás a Natalia que pasara a un piso compartido. Uno de esos en los que viven unos cuantos pacientes en compañía de alguien que controla la medicación, el seguimiento de la terapia, las relaciones entre los internos... Natalia se negó, no quería ser tutelada. Parece ser que ya había estado en alguno de esos pisos y no tenía buen recuerdo.

Una chica rara, repite Tedesco interiormente. Se le ha fijado la idea en la cabeza como un chicle a la suela de un zapato. Una chica rara.

Ha tratado con algún enfermo bipolar y sabe que son cambiantes, manipuladores, que desconciertan, quizá por eso la vecina la consideró rara, estrambótica, caprichosa. También que resultan atractivos, muy atractivos, y que a menudo despiertan en los demás la inclinación a protegerlos. Quizás a Natalia Benegas le gustaba la lluvia, caminaba descalza por la calle, pasaba horas en el parque alimentando a las palomas o vestía siempre de rojo. Tal vez, como acostumbra a suceder, de un día para otro pasaba de un ánimo inmejorable a hundirse irremediablemente en la tristeza más profunda que se puede imaginar. Un pozo sin fondo.

Una chica rara.

—En el piso han encontrado muchas huellas, manos, pies... — prosigue—. Las de la mujer están por todas partes, pero hay otras también muy frecuentes y parecen pertenecer a un hombre. Un hombre grande, alto, y que, si las deducciones no fallan, calza un cuarenta y siete aproximadamente y mide ciento noventa

centímetros, quizás algo más. Evidentemente, todo ello es una aproximación.

Se hace el silencio en el despacho durante unos instantes.

—Un hombre —repite el policía—. Un hombre muy alto.

Lidia asiente y aventura:

—Quizá sean del chico que enseña los pisos, pero no recuerdo que sea tan alto. Es el único que tiene las llaves, bueno, no exactamente el único. Hay otro juego en la sede de la inmobiliaria, pero aseguran que nadie las ha cogido. Él debe de haber estado muchas veces en...

—Encárgate de que lo comprueben.

—Lo haré, pero no lo creo. Sería lógico, desde luego, pero según dice el informe las huellas aparecen también en lugares poco o nada habituales si solo abres, entras y enseñas el piso.

El inspector descansa la mirada en sus manos y deja que Lidia continúe. Aprecia sus comentarios.

—En la mampara de la ducha por la parte interior, en la tapa del WC, en el grifo del lavabo, en los radiadores, en los mandos de la encimera, en la parte superior de los armarios de cocina, en el lavadero, en una bolsa de deporte muy vieja llena de ropa de hombre bajo la cama pequeña...

Tedesco levanta la vista y observa a la agente. Es la señal de que no debe detenerse. Lidia prosigue. Sabe que el policía no solo espera sus datos, también aguarda sus conclusiones:

—La ropa pertenece a un hombre alto, probablemente bastante más alto que Rubén Carpio y que el jefe de ventas. Se trata de ropa de mala calidad, vieja y desgastada, quizá de mercado ambulante. También hay algunas cosas de aseo bajo la misma cama, en la bolsa, junto a la caja con las cosas de la mujer. Todo apunta a que un hombre pasó por aquel piso y no solo como comercial o como posible comprador. Un hombre que utilizó la cocina, el baño, un hombre que se afeitó y lavó su ropa, quizás incluso llegó a dormir en el piso...

El inspector asiente. A Lidia no le falta razón. La agente añade en el tono en el que explicaría el final de una película:

—Y en el desagüe de la ducha se han encontrado cabellos, algunos rubios de tinte, probablemente de Natalia Benegas, y otros oscuros y muy cortos que sin duda pertenecían a otra persona. Todo hace pensar que el hombre vivía en el piso. Un análisis posterior añadirá algún dato más.

Acabado el informe, Lidia cambia de posición en la silla. Ropa, huellas, cabellos... Es sagaz, le encanta el oficio de policía y no habla por hablar. Y agrega:

—Iván está al corriente.

—Quiero esa ropa aquí lo antes posible y todo lo que encontraron en el piso y que pudiera pertenecer a ese hombre, Lidia. Encárgate. Y quiero a ese chico, a Rubén Carpio, en esa silla, también lo antes posible. Llámale, dile que venga cuanto antes. Y si pone alguna pega, envía un coche con un par de agentes a buscarlo. Que lo traigan como sea. Esté donde esté —ordena el inspector, remontando con el índice las gafas doradas nariz arriba—. Aunque no creo que se resista. ¡Ah! Si es necesario envía a Cuesta. Lo quiero aquí inmediatamente.

Lidia se pone en pie con una sonrisa y un brinco de su cola de caballo.

—Insiste con lo de la madre. Es urgente dar con ella, han pasado muchas horas, a alguien tendremos que explicarle lo que ha ocurrido. Que te ayude Iván, ya sabes que estas cosas se le dan bien. Y que intente dar con el hermano menor.

La agente desaparece en un suspiro.

RUBÉN

A pie de obra, en su jaula de lata, el móvil ha sonado ya tres veces y en ninguna de las ocasiones ha podido reconocer el número que ha aparecido en la pantalla.

Rubén Carpio no acepta las llamadas que en la soledad del barracón resuenan estrepitosamente. Permanece a solas, en silencio y con los ojos cerrados, esperando a que el móvil deje de sonar. Siente el corazón encabritado y el estómago replegado sobre sí mismo. Se teme lo peor, por eso prefiere no contestar. No puede ser nada bueno. Además, en su maldito oficio, agente comercial de barracón, lo llama él, siempre puede argumentar que no ha descolgado porque atendía a unos presuntos clientes interesados en visitar un piso. Una excusa perfecta. No puede desairar a los posibles compradores. También eso lo enseñan en los cursillos de formación. Nunca se debe interrumpir una visita. No puede desatender a unos posibles compradores, son las instrucciones. Entran tan pocos que el trato debe ser necesariamente exquisito. Ni un descuido.

La indicación de los expertos en marketing, que le permite obviar una llamada, resulta francamente discutible en tiempos de vacas flacas, pero a Iván le servirá para demostrar a su superior que conoce y respeta las directrices recibidas. De hecho, cuando el móvil suena por primera vez cerca ya de las diez de la mañana, nadie ha asomado todavía la cabeza por la puerta. Cuando unos minutos más tarde vuelve a sonar, Rubén sigue solo y algo resacoso y está cada vez más asustado, si es posible estarlo todavía más. Media hora después, el aparato suena por tercera vez. La llamada procede de un número desconocido, siempre el mismo, y tiene el efecto de un rayo paralizador.

No deja de pensar en Natalia. Siempre ha creído que nunca lo haría, que nunca se quitaría la vida. Ha oído decir tantas veces aquello de «perro ladrador...». La madre de ambos llegó a convencerse de que jamás se suicidaría. Así quiso creerlo para poder seguir viviendo. Más de una vez, Rubén ha pensado que el que quiere quitarse la vida lo consigue. Ha acabado por creer que, a pesar del maldito deseo expresado tantas veces, no lo haría

nunca, que en verdad Natalia no deseaba morir, solo asomarse al abismo. El maldito abismo que siempre le devolvía la mirada.

No quiere sentirse culpable, no puede permitírselo, toda la vida ha hecho cuanto ha podido, incluso jugarse el empleo para procurarle un lugar en el que dormir. No debe reprocharse nada. Nada. Y, sin embargo...

Desde que él era un crío y ella una adolescente cada vez más frágil, más problemática, Rubén ha velado por ella. Siempre. Casi desde que conserva memoria se ha ocupado de proporcionarle bienestar, de tratar de que no se metiera en líos.

Los papeles se invirtieron muy pronto, demasiado pronto. El mundo al revés. El hermano menor creció procurando el sosiego de su hermana, tratando de que nada la alterase. Y siempre fue en vano. Las crisis llegaban sin que pudiera hacer nada por evitarlas. Nunca tuvo una hermana mayor a la que acudir en busca de ayuda o de consuelo. Las cosas nunca fueron como cabía esperar.

Rubén no estaba preparado, solo era un niño. Antes incluso de alcanzar la pubertad se transformó en el hermano mayor. Había pasado más de media vida intentando reconocer en el rostro de Natalia la llegada de los demonios, los estragos de su ánimo en caída libre o bien la súbita aparición de una euforia desmedida y tanto o más peligrosa que la tristeza absoluta. Siempre intentando adivinar si seguía tomando la medicación, si se pinchaba, si esnifaba o si bebía en exceso. Y sospechando que así era. Toda una vida espionando sus gestos y a los amigos que frecuentaba, interpretando las diversas señales del desconsuelo, del agobio, del arrebató de júbilo o de la desesperación.

Sabe que el resto de su vida seguirá pensando que quizás habría podido hacer algo más. El resto de su vida. Una eternidad a su medida. Un infinito con fecha de caducidad.

Se jugó el empleo entregándole las llaves del piso piloto cuando ella le juró entre lágrimas que necesitaba estar sola, que

no había otra manera. Natalia le había asegurado que no podía volver al piso familiar, el que Rubén ocupa en solitario desde que la madre de ambos muriera pocos meses atrás. El piso del Poble-sec, la herencia materna. El piso que les pertenecía a ambos, pero en el que Natalia sostenía, contra todos los razonamientos imaginables, que no podría volver a vivir nunca más. En los peores momentos aseguraba que en él anidaban los demonios, que estaban allí, al acecho, que la esperaban y que no podría soportarlo.

Se equivocaba. Rubén lo sabía. Los demonios viajaban con ella desde la adolescencia, se refugiaban en su mochila, se escondían entre sus cabellos, se adherían a su piel, vivían entre sus tripas y se reproducían en las circunvoluciones de su cerebro. Aun así, le entregó las llaves. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Demasiados recuerdos, demasiado infierno, Rubén —habían sido sus palabras—. Allí empezaron a aparecer. ¿Es que no te acuerdas, Rubén? Igual no lo recuerdas, eras pequeño. Eras un crío. No puedes acordarte.

Se equivocaba. ¿Cómo olvidarlo? Demonios en forma de malos pensamientos, de ideas aterradoras, de delirios paranoicos. Demonios personales e intransferibles que la escoltaban desde la más temprana adolescencia, fuera donde fuera, en cualquier compañía, en toda circunstancia, en cualquier momento. Bajo un puente, en un andén del metro o en una suite presidencial. En el Poble-sec, en Londres, en Tel Aviv o en un arrabal de Buenos Aires. El lugar no importaba, tampoco el instante. El infierno, plagado de demonios, viajaba con ella, era todo su equipaje.

El infierno no era otro que el trastorno bipolar. Un infierno personal, como los demonios; y como los mismos demonios, intransferible. Ambos lo sabían. Natalia pretendía ignorarlo. A veces, durante períodos muy cortos, lograba conseguirlo.

Rubén ha arriesgado el empleo. Ha querido creer que podía remontar, que volverían los días buenos. Siempre acababa

creyéndola. Es la historia de su vida. De toda su vida desde que conserva memoria. Natalia tenía una capacidad sorprendente para seducir, fascinar, manipular. Disfrazaba la mentira de aproximación a la verdad y hacía mucho tiempo que Rubén había dejado de oponer resistencia. De nada servía su pensamiento racional contra la emotividad de Natalia.

Bien sabía, cuando le entregó las llaves del piso piloto, que si llegaba a oídos de Llobera no encontraría otro trabajo en el sector inmobiliario y que toda promesa de un ascenso a corto plazo quedaría abortada, pero nunca pudo negarle nada. Era convincente en sus palabras y en sus gestos, elocuente, excesiva, alarmante, dramática. Una mujer atrapada en una mente enferma, una mujer que exigía de él lealtad, sacrificio y la más arriesgada de las complicidades.

Ella misma le había propuesto ocupar el piso con discreción. Juró que no encendería luces ni abriría ventanas, que no haría el menor ruido, que subiría y bajaría sin ser advertida. Nadie sabría nada. Y así había sido durante unas semanas. Prometió que nunca llevaría a nadie. Nadie en la escalera sabría que ella estaba allí. Pasaría el día fuera de casa, solo regresaría con el atardecer. No había nada de malo en dormir en un piso vacío y amueblado. Nada. No perjudicaba a nadie.

Tampoco esta vez Rubén consiguió ignorar la velada amenaza que siempre planeaba entre ambos. La insinuación del suicidio, los diversos intentos fallidos, el ya no poder más, el sentirse desbordada, angustiada, incapaz de seguir, deprimida hasta desear la muerte. Desesperada.

Siempre había sido así: días buenos, días no tan buenos, días malos y días peores.

Y había muerto. Natalia había muerto. De golpe y porrazo, una tarde de lluvia la amenaza pasó a ser certeza. Somníferos, ansiolíticos, antidepresivos... ¿Qué importaba? La había encontrado tendida sobre una cama, con el rostro girado hacia la

puerta, los brazos separados, relajados, y la temperatura corporal de un cadáver.

Muerta.

Y si algo no conseguía entender Rubén Carpio no eran las razones, Natalia no las necesitaba. Tenía sus demonios. Le bastaban. Lo que no conseguía comprender era aquel grifo abierto, el tapón en el lavabo obturando el desagüe, el agua desbordando la pila y corriendo escaleras abajo... Natalia era voluble, desconcertante, pero no era una persona descuidada, nunca lo había sido. No dejaría nunca un grifo abierto.

La noche anterior, Rubén Carpio había ingerido una pastilla para poder dormir, para dejar de pensar en ella y en su muerte voluntaria. Todavía se siente algo aturdido. Una sensación como de gravidez se ha instalado en sus sienes, en sus párpados y sobre sus cejas. Experimenta una necesidad imperiosa de inclinar la cabeza, de apoyarla sobre los brazos y de dejar pasar la mañana.

En el barracón, medio adormecido, le sorprenden los golpes. Se sobresalta.

Carpio se levanta inmediatamente con escándalo de la silla, retirada sin miramientos, que choca con la pared posterior. Es todo tan pequeño... Sacude la cabeza para ahuyentar la confusión y en dos zancadas se acerca a la puerta. Se atusa el cabello antes de abrir, tira de los faldones de la americana y se arregla la corbata. Las instrucciones son claras, la presencia debe ser impecable, la de un hombre de confianza.

Ante sus ojos, dos agentes de los Mossos d'Esquadra. Un hombre alto y corpulento y una mujer de constitución delicada con una cola de caballo. El mosso resulta casi tan alto como Rubén, sin que este haya descendido el escalón que lo separa de la acera. Y mucho más fornido. Ambos agentes visten de uniforme, ambos estuvieron en el piso piloto la tarde anterior. No tarda en reconocerlos. Recuerda que ella dijo llamarse Lidia y que le pareció muy atractiva. Ha olvidado el nombre de él.

—Tiene usted que acompañarnos. El inspector Tedesco necesita hacerle unas preguntas.

—Pero... No puedo irme. Tengo que estar aquí, no puedo... Es mi horario, mi trabajo, si me voy... —balbucea.

Resulta evidente que no desea acompañar a los agentes a ninguna parte.

—No se preocupe, hablaremos con su jefe. Tiene usted la obligación de venir con nosotros, tiene usted que prestar declaración. Podemos esperar un momento. Si quiere hacer una llamada... —añade la joven.

Carpio se encoge de hombros y vuelve a entrar en el barracón. Con dedos temblorosos envía un mensaje al móvil de Llobera, prefiere no hablar con él personalmente. Aguarda unos instantes mirando la pantalla del aparato, no espera nada, no hay nada que ver, pero necesita serenarse, controlar el temblor de sus dedos y recuperar el ritmo de su respiración.

Los agentes esperan junto a la puerta cerrada. Cuando se siente algo mejor, Rubén Carpio alinea un dossier sobre la mesa, guarda el móvil en el bolsillo de la americana y procede a cerrar el barracón con llave tras fijar un cartel en la puerta en el que asegura que vuelve enseguida. Espera que así sea.

Tiembla al bajar el escalón que lo separa de la acera.

Aparentando normalidad, se acerca a uno de los obreros y le entrega un puñado de tarjetas por si alguien viene solicitando información. Ha corrido la noticia. Un joven que exhibe una medalla tatuada sobre su esternón levanta una mano en el aire y le desea suerte. No imagina cuánto la necesita.

IDRISSA

Idrissa ha dormido poco y mal. Las mantas se han arrugado muy pronto bajo su espalda y no ha podido olvidar la dureza del suelo. Ha permanecido durante horas con la vista en los cristales

rotos a través de los cuales entraba la luz anaranjada de la calle, consciente de respirar el polvo acumulado en el suelo y en las mantas. Se ha erguido apoyándose sobre los codos y ha tosido en más de una ocasión. Recuerda haber oído voces, conversaciones, risas y pasos durante toda la noche.

No es un barrio bullicioso, pero, acostumbrado al silencio del piso piloto, todo cuanto alcanza a escuchar le causa inquietud. Voces de extraños, susurros que le resultan amenazantes, los gritos mal articulados de un borracho peleón, un frenazo excesivo y, a lo lejos, alguna sirena. Todo. Añora la cama estrecha, el cuerpo tibio de la mujer arrimado al suyo, y el tacto suave de las sábanas que Natalia lavaba a mano. Se ha acostumbrado pronto a una vida mejor. A una noche mejor.

Incapaz de seguir intentando conciliar el sueño, Idrissa se levanta con las primeras luces, se lava como puede y se pone la camiseta todavía algo húmeda y los calcetines limpios pero mojados. La jornada de Moussa empieza algo más tarde, con la media mañana, cuando las aceras se llenan de paseantes. Ni los trabajadores de primera hora que conservan el sueño gravitando sobre los párpados, ni los estudiantes que echan un último vistazo a sus apuntes, son buenos compradores. Por eso solo rezonga cuando Idrissa y Baakir, ya en pie, se sirven una taza de café soluble, mordisquean algo de pan y abandonan la nave camino de otra que continúa en activo. Se dirigen al almacén de material de construcción del Poblenou para participar en sus subastas a la baja, la manifestación más cruel de la precariedad. Ambos lo saben.

En el metro, conversaciones breves y gente adormilada. No hablan. No hay mucho que decir. Baakir piensa en los suyos, los añora tanto que nunca habla de ellos, no quiere mostrar debilidad. Idrissa piensa en Natalia.

Con un poco de suerte, Idrissa podrá ganar otros veintiocho o treinta euros. Intenta reunir a cualquier precio los cien o los

ciento cincuenta euros mensuales —los meses en los que las cosas van bien— que pretende enviar a casa, después de restar lo que necesita para el día a día. No siempre lo consigue. No es mucho, pero en su país el dinero cunde algo más y ciento cincuenta euros permiten engañar al hambre un par de semanas.

Confía en que alguno de los contratistas para los que ha trabajado alguna vez busque brazos para descargar un camión o peones para amontonar o desalojar arena, para levantar una cerca o para alinear ladrillos. Cualquier cosa. Tiene fama de trabajador, necesita el dinero y está dispuesto a todo. Algunos de los que esperan ganar el jornal aquel día acarrean sus propias herramientas. Son lampistas, albañiles, encofradores... Siempre es así. Gente que el parón inmobiliario, primero, y la pandemia, después, dejaron en la calle con las obligaciones contraídas y un futuro nada prometedor. Para los senegaleses, sin herramientas ni formación previa, la mano de obra más barata, los obreros cualificados y apremiados por la necesidad no son competidores. Juegan en otra liga, una mejor, con más futuro a la vista. Muchos acabarán en la plantilla de alguna constructora, escasean las personas que conocen un oficio.

Ni Idrissa ni Baakir tienen formación laboral ni más experiencia que la del trabajo duro, simple y mal pagado. El último peldaño. Nada queda más abajo. Solo el hambre y la intemperie. El delito, la prostitución o la mendicidad.

A las puertas del almacén de material al que continuamente se acercan camiones y furgonetas, se apiñan ya los desocupados cuando Idrissa y Baakir se aproximan. Se cruzan en la entrada muchas de las lenguas posibles y alguna de las más improbables. Idrissa reconoce a varios de los que aguardan. Las caras son siempre las mismas. Los que buscan mano de obra a precio de saldo se llevan pronto a unos cuantos de los habituales. Pagan más a los que tienen oficio. Idrissa solo tiene brazos fuertes.

Espera y a punto está de desesperar. Algunos de los contratistas han desaparecido ya. No consigue trabajo hasta que, tras más de media hora de aguardar infructuosamente, un hombre cuya cara no le resulta conocida, le indica que se acerque. No lo duda. No habrá muchas más oportunidades y no puede dejar pasar el día en blanco. Aceptará cualquier cosa, cualquier jornal.

El hombre se explica mediante gestos, cava en el aire, se señala el reloj y enseña un billete. Idrissa entiende que se trata de abrir una zanja. Acepta sin pensarlo dos veces y consigue que el hombre contrate también a Baakir. Es una manera de corresponder al amigo, de agradecerle el techo y las mantas.

—Mi amigo fuerte. Trabaja mucho. Muy fuerte.

—OK, que suba.

Ha conseguido entender que recibiría veinte euros por seis horas de trabajo, desde las 8:30 hasta las 14:00 o 14:30. Si acaban antes, el dinero es el mismo. Baakir le da las gracias en voz baja. Idrissa se siente bien.

El hombre, que viste un mono azul con unas letras bordadas en rojo a la altura del pecho y que se cubre con una gorra de los Lakers, les indica una furgoneta blanca. Una furgoneta de carga, sin logotipo y sin cristales. Todo chapa. Una gran caja rodante.

Los traslada junto a un par de ecuatorianos y a un bielorruso grande como un armario a un campo yermo junto al que, solo ocasionalmente, pasa una riera. Ninguno de los que empuñan pico y pala sabe dónde se encuentra. Solo que el campo es un pedregal y que en el cielo no hay ni una nube que mitigue los rayos del sol. El hombre les indica la trayectoria de la zanja que debe tener aproximadamente medio metro de profundidad y uno de anchura. Aproximadamente.

Nadie pregunta nada. Por fortuna, el hombre asegura que los llevará de vuelta a la ciudad cuando acaben el trabajo. También

que les dará comida. Parece un hombre amable y se dirige a ellos con respeto. No todos lo hacen.

Idrissa ha conseguido leer un letrero al borde de una carretera que reza: El Prat, Gavà, Vilade... Los nombres no le dicen nada. Tampoco a Baakir. No tienen ni idea de dónde se encuentran, solo comprenden que han salido de la ciudad. Uno de los ecuatorianos, un chico que no tendrá más de dieciocho o diecinueve años, aventura:

—Creo que estamos cerca de la playa, yo estuve por aquí una vez con un colega. De marcha.

Y no anda completamente equivocado. Cavan a pocos kilómetros de la playa, cerca de las últimas casas de los pocos agricultores que en el Baix Llobregat viven todavía de trabajar la tierra.

El hombre calcula a zancadas y asigna unos cinco metros de zanja a cada uno. Baakir se sitúa justo detrás de Idrissa. Es de agradecer que la lluvia reciente haya ablandado la tierra, pero no todo son ventajas, resulta mucho más pesado retirar la tierra húmeda con la pala.

A Idrissa, aquella gran extensión sin edificios ni carteles ni postes por todas partes le recuerda sus orígenes, aunque la tierra que arranca a golpe de pico no se cuartee como la que ha trabajado en su país. Es una tierra mejor, más fértil, y está más húmeda. Piensa en su poblado, en la gente, en la fuente tan lejana, en la tierra abierta y quebrada por la sequía pertinaz.

El aire libre le resulta agradable. No le importa el sol, ni la fatiga en aumento ni el polvo que levanta el pico al arrancarlo de la tierra y que acaba acumulándose en las gargantas. Le gusta recordar su tierra, su niñez, su nombre del que se siente tan orgulloso. Su madre lo llamó Idrissa porque, cuando nació, la mujer que ayudaba en un parto especialmente largo y difícil dio a la criatura por muerta. Pero no lo estaba, tardó en llorar y en

agitar las manos en el aire, pero acabó por dar señales inequívocas de vida. Y lo hizo con convicción.

Idrissa, el inmortal.

El preferido.

No deja de pensar en Natalia.

ELVIRA

La conversación telefónica con Elvira resulta tranquilizadora. Ignasi sigue estable. Grave, pero estable. Tedesco cree entender que, transcurridas unas horas, ya no temen por su vida. Elvira ha podido hablar con él unos minutos cuando, a primera hora de la mañana, Carme Pons, la enfermera jefe de la planta, la ha autorizado a entrar en el box en el que el policía retirado se recupera.

Ignasi permanece intubado y absolutamente inmóvil, pero ha reunido fuerzas para contestar a sus preguntas. A su manera le ha confirmado que no siente dolor y Elvira asegura a Tedesco que parece más tranquilo.

—Quizás es porque está un poco sedado —apunta—. No lo sé, pero parece que está algo mejor. Dicen que ha pasado lo peor. ¡Dios lo quiera! —añade.

Tedesco recuerda a la abuela Jacinta, esposa de un ateo confeso, persignándose con los ojos cerrados cada vez que requería la voluntad de Dios. Quiera Dios o no, el expolicía continúa en la UCI y probablemente permanecerá allí unas horas más. Si no se presentan nuevas complicaciones, Ignasi pronto pasará a una habitación y dentro de unos días podrá regresar a casa. Y al París. Tedesco espera que a ese Dios en el que Elvira confía le parezca bien el plan.

—Dicen que probablemente saldrá de esta, Mauricio. Pero que deberá andar con cuidado, quizá tengan que operar. Algo de una

arteria obstruida. Todavía no pueden asegurar nada. Tienen que repetir algunas pruebas.

Tedesco asiente con convicción como si Elvira, desde un rincón en el Hospital Clínico, pudiera verlo. Es una costumbre arcaica que ya no consigue olvidar. Cabecea en el aire, niega o hace muecas de desaprobación, de asentimiento o de contrariedad con el móvil pegado a la oreja. También en eso recuerda a la abuela Jacinta, que se llevaba la mano a la altura de los riñones para explicar su dolor mientras sostenía el auricular como si su interlocutor pudiera verla y valorar su gesto. Mauricio, un adolescente sin piedad, se reía de ella.

—Estoy seguro, Elvira. Completamente seguro. Se recuperará. Y tú sabes que puedes pedirme lo que necesites. Si necesitas descansar, si quieres alguna cosa... Puedo venir el día que quieras y... —El inspector habla ahora en voz baja y dando la espalda a cualquier posible curioso.

Sordina. Privacidad absoluta, jardín cerrado.

—Lo que quiero es que me ayudes a cuidarlo, Mauricio. Que lo vigiles, que no le... Ya sabes. Que no se altere.

Y por «cuidarlo» Elvira entiende controlar el número de cafés que Ignasi toma en su compañía, esquivar cualquier implicación en los casos investigados por Tedesco, moderar la intensidad de sus emociones...

A su pesar y sin demasiada confianza, el policía contesta:

—Lo haré.

Lidia pide permiso y Tedesco levanta la cabeza. El policía se despide de Elvira asegurándole que a lo largo del día pasará por el hospital. La agente acompaña a Rubén Carpio, que, a pesar de conservar una presencia impecable, no parece pasar por su mejor momento.

—Adelante.

TEDESCO

El inspector ha estado repasando el informe preliminar redactado por Iván, no ha hecho otra cosa en toda la mañana. Un resumen perfecto de lo que encontraron en el escenario y de lo poco que han conseguido saber. Con un gesto le indica al joven que tome asiento. Carpio acerca su silla a la mesa y Tedesco invita a Lidia a sentarse en una esquina. La agente coge papel y bolígrafo y se dispone a anotar.

—Usted dirá —le espeta Carpio con cierta insolencia y deseos evidentes de estar en cualquier otro sitio.

—Verá, como sin duda puede comprender, hay cosas en este asunto que no cuadran. Si le parece, contestará usted unas preguntas para ver si sacamos algo en claro.

Carpio cambia de postura en la silla y asiente. ¿Qué otra cosa puede hacer? Se siente prisionero en su propia trampa. Se sujeta una mano con la otra sobre el regazo como para impedir que se agiten descontroladas. Resulta evidente que Rubén habría estado más cómodo sobre el lecho de clavos de un faquir, sobre un campo de ortigas o en una alfombra de brasas.

—¿Conocía usted a Natalia Benegas?

—Ya contesté a esa pregunta: no.

—¿No la había visto usted antes? —insiste Tedesco.

—No, que yo recuerde.

El comercial responde con cierto aplomo y, de inmediato, cambia las piernas de posición y se revuelve de nuevo en el asiento. A Tedesco sus gestos no le pasan desapercibidos. Y, aunque no acaba de creer ciegamente en las señales a las que los expertos asignan significados indudables, lo cierto es que invitan a sospechar de la veracidad de sus palabras.

—Hábleme de la mujer muerta. ¿Cómo la encontró? ¿En qué postura estaba? ¿Qué sensación tuvo?

—Pero... No entiendo a qué viene... Ya la vio usted. No tocamos nada. La encontré tal como usted la vio. Bueno, solo

comprobé si respiraba, estaba fría, y pálida, muy pálida. Ni la vecina ni yo, no... No tocamos nada más. Usted pudo verla.

—Lo sé, sé perfectamente qué es lo que yo vi, quiero saber qué es lo que vio usted —señala Tedesco con autoridad, como si pudiera mediar un abismo entre ambas percepciones. La gravedad de su voz y la determinación de sus palabras no dan lugar a la réplica—. ¿Qué es lo que vio usted desde el momento en que entró en el piso? —Y al formular la pregunta, remonta las gafas nariz arriba.

Algo atropelladamente, Carpio habla de su entrada en el piso, del agua por todas partes, del grifo abierto, del desagüe obturado, de las habitaciones vacías y de la mujer de pelo rubio tendida sobre la cama de la habitación de matrimonio con los brazos separados, los pies descalzos y casi suspendidos en el aire y la cabeza girada hacia la puerta como esperando ayuda. La ropa de la cama en cierto desorden.

—Estaba completamente inmóvil, pálida. Ya se lo he dicho. Pensé que estaba muerta. La vecina gritó y salió corriendo a telefonar. Yo me quedé allí, me acerqué, le retiré algo de pelo de la cara, intenté saber si..., pero le aseguro que no toqué nada más.

—¿Hubo alguna cosa que le llamara la atención? ¿Algo en el piso que no estuviera como usted lo dejó?

—La mujer. La última vez que estuve en el piso, aquella mujer no estaba allí si es a eso a lo que se refiere. Se lo aseguro. Por otra parte, que yo recuerde, en el piso no vi nada que... —parece dudar. Tedesco sostiene el silencio.

Y no miente. Rubén avisaba siempre a Natalia cuando tenía una visita programada y ella abandonaba el piso de inmediato. Lo dejaba imaculado, en perfecto orden de revista, tras haberlo ventilado abriendo las ventanas que no podían ser vistas desde la calle ni desde los pisos inferiores.

—Bueno, sí. El grifo.

Tedesco asiente.

—¿Sabía usted que alguien estaba ocupando el piso?

—No, no podía saberlo. Cuando llevaba a algún comprador, el piso estaba siempre impecable. Impecable —repite—. Yo no tocaba casi nada, quizá la puerta de algún armario para enseñar el interior y siempre estaban vacíos, a veces abría alguna ventana para que apreciara las vistas... Las visitas miran, preguntan... A veces tocan alguna cosa, se asoman a la calle, se sientan en el sofá para hacerse una idea... Es lo habitual. Pero nunca encontré nada desordenado, ni sucio... No faltaba nada.

—¿No encontró nunca una colilla, algún papel, restos de comida...? —insiste el inspector, entornando ligeramente los ojos como para afilar la mirada—. Rastros de haber utilizado el lavabo...

—Nunca —asegura casi con vehemencia.

No miente esta vez, Natalia nunca tuvo un descuido. Nunca hasta el día de ayer. El día en que se olvidó de sí misma.

—¿Tiene usted alguna idea de cómo Natalia Benegas pudo conseguir las llaves del piso que usted enseñaba?

El inspector empuja de nuevo sus gafas nariz arriba y se inclina ligeramente hacia delante acortando las distancias. Quiere observar de cerca a aquel joven aparentemente sereno y seguro de sí mismo que afirma no conocer a la fallecida. Si de paso consigue intimidarlo un poco, mucho mejor.

Carpio niega con la cabeza.

Piensa en un detector de mentiras. No pasaría la prueba, está seguro. Mientras niega una vez y otra vez, siente el cuerpo entero descompuesto, suda y centra todas sus energías en el intento de resultar convincente. Casi lo consigue. Eso es lo que quiere creer, que parece responder a las preguntas con la verdad. Si se trata de negar a Natalia, Carpio prefiere hacerlo con un gesto. Si no habla, las mentiras se le antojan menos flagrantes.

El inspector lo sospecha.

—¿Nunca las olvidó usted en algún sitio? ¿No las echó en falta? Pasa a menudo. Las perdemos de vista y...

Carpio sigue negando con convicción, moviendo la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Es verdad, no las ha descuidado nunca. Es relativamente bueno en su trabajo, competente, esforzado. Controla. Tras darle una copia a Natalia, las llaves no se movieron de su cajón.

—Por favor, no haga gestos, pronuncie usted, esto es una declaración —le recuerda Tedesco.

—No recuerdo haberlas olvidado nunca —asegura Carpio a su pesar.

Lidia apunta sus respuestas aunque no resulte necesario, puesto que la conversación está siendo grabada. No sabe estar mano sobre mano.

RUBÉN

El inspector carraspea y deja transcurrir unos segundos antes de continuar. Administra bien los silencios, es un artista, un virtuoso. Sabe que una pausa confiere gravedad a las palabras por pronunciar. Resulta inquietante. Desasosiega invariablemente al interrogado, que tiende a reaccionar de alguna manera.

Por hacer algo, Carpio cambia de nuevo el cruce de sus piernas.

—¿Conocía usted al hombre que vivía en el piso? —continúa el inspector, escrutando el rostro del joven, que, por dar un uso a las manos, se acaricia la corbata.

El respingo es leve, pero perceptible. La sorpresa del joven es real, espontánea, irrefutable. A Tedesco no le queda al respecto la menor duda. No conocía la existencia de un segundo ocupante.

—Allí no había ningún hombre, estoy seguro. Abrimos todas las puertas. La vecina y yo solo encontramos el cadáver de una

mujer —replica, irguiéndose ligeramente y pensando en una posible trampa del inspector—. Solo una mujer. Una mujer muerta.

El asombro de Carpio es tan real que convence al policía. Tedesco alcanza la conclusión de que este no tenía ni idea de que un hombre frecuentaba aquel piso aparentemente desocupado.

Rubén intenta permanecer impasible a pesar de que no consigue comprender nada. ¿Un hombre en el piso? Es impensable, hizo una sola copia de las llaves para Natalia y ella nunca le habló de un hombre. Natalia no tenía pareja, así se lo había asegurado cuando se presentó en el piso del Poble-sec para pedirle ayuda, porque acababa de renunciar por enésima vez a la posibilidad de una vivienda tutelada y no tenía dónde dormir.

Aseguraba que, en una ocasión en la que pasó allí una temporada muy breve, había comprobado que la vigilaban, y que un tipo, uno de los enfermos, le hacía la vida imposible, la acosaba, le pedía dinero, la volvía loca. También le habló de que el sujeto era un cirrótico y quería sus órganos, en especial su hígado. Le aseguró que el tipo que la aterrorizaba se ganaba la vida arrancando los órganos vitales a los indigentes y traficando con ellos.

«No tengo pruebas, pero estoy segura. Lo sé».

Puro delirio. Uno más.

NATALIA

Natalia solo pasó unos meses en el piso tutelado. Abandonó la vivienda compartida y en ella las medicinas que le procuraban equilibrio y sosiego. Sus parejas siempre habían sido volátiles, siempre pasajeras, aparecían y se esfumaban con facilidad. Hombres de toda edad y condición a los que encandilaba sin esfuerzo y que acababan por detestar sus altibajos, sus cambios de humor, sus días sombríos. Algunos huyeron para no

acompañarla en su descenso a los infiernos. En ocasiones eran hombres que no le convenían, que se aprovechaban de su fragilidad, que la utilizaban. Rubén sospecha que alguno de ellos trató de prostituirla. Ignora si lo consiguió.

Cuando hace unos meses le habló del tráfico de órganos, no era la primera vez que Natalia sufría alucinaciones de tipo conspirativo. A menudo aseguraba que la espiaban, que escuchaban sus conversaciones, que le hacían ingerir una medicación que no era la que le correspondía, que pretendían envenenarla porque sabía cosas, muchas cosas. Secretos que no podía compartir con nadie. Imaginaba el mundo entero conspirando contra ella. Temía por sus riñones, por su hígado, por su corazón, por sus ojos... Incluso por sus dientes. Le aseguró sin lugar a dudas que andaban detrás de sus órganos.

En aquella ocasión, Carpio hizo lo posible por no reír. Todo sonaba tan esperpéntico. Natalia afirmaba que por las noches la vigilaban mientras dormía y que cerraban la habitación con llave para que no se moviera, para impedir que huyera. Todo porque necesitaban sus órganos vitales.

Cuando él le entregó las malditas llaves, Natalia habló de muchas otras cosas a las que Rubén no dio crédito. No era la primera ocasión. Nunca pensó que sería la última. Días malos los hubo desde la adolescencia, aunque era justo admitir que las posibles alucinaciones que tanta angustia le causaban se habían hecho más frecuentes con el paso de los años, quizá también más intensas y aterradoras. Un desvarío pavoroso, un infierno que viajaba con ella a través del tiempo y el espacio, aunque Natalia se obstinara en no querer reconocerlo.

Cuando murió la madre de ambos, Rubén Carpio renunció a entrevistarse con los especialistas que intentaban estabilizarla con el propósito de que llevara «una vida normal». No quiso asumir el papel. Hablaban de una vida normal, como si la normalidad pudiera formar parte de la vida de un enfermo

bipolar y de su entorno. Había dejado de ejercer de cabeza de familia, le bastaba con hacer de hermano mayor. A la muerte de su madre no contactó con los terapeutas, no esperaba milagros.

Natalia tampoco insistió. No le pidió que la acompañase ni que se entrevistase con los expertos. También ella se había rendido. Su madre, la de ambos, lo hizo antes. Aunque no dejó nunca de personarse en las consultas de los muchos psiquiatras que la atendieron, se sentía derrotada, exhausta, íntimamente incapaz de seguir velando por su hija. Necesitaba paz. Se abandonó. Tras conocer el diagnóstico de cáncer en un estadio avanzado, Carmen González no quiso escuchar las súplicas de Rubén, renunció voluntariamente a la quimioterapia y no tardó en morir. Capituló.

¡Una vida normal!

Pero si de alguna cosa Rubén creía estar seguro era de que Natalia en ningún momento habló de ningún hombre. No esta vez.

El inspector insiste:

—Hemos encontrado huellas, cabellos y ropa de hombre adulto guardada junto a los bienes de la mujer fallecida. Por el momento no hemos podido identificarlo, pero es cuestión de tiempo que sepamos de quién se trata. —Es un farol.

No tienen el menor indicio, pero Rubén lo ignora. El inspector no descarta la posibilidad de que el desconocido esté fichado por algún delito.

—Pero eso no quiere decir que ella... —No acabó la frase. No debería haberla empezado.

—De momento no sabemos qué es lo que quiere decir, pero lo averiguaremos. Ahora usted debe contestar a las preguntas con la verdad. ¿Sabía usted que en el piso dormía alguien?

Carpio vuelve a negar sin abrir la boca. Resulta más fácil si la negación no parte de sus labios. Tedesco lo sabe, siempre es así, por eso fuerza la respuesta.

—Responda a la pregunta, por favor. Su respuesta debe quedar registrada.

—No, no lo sabía —pronuncia en voz baja y visiblemente nervioso.

—¿Le consta que pudiera usted haber dejado un grifo abierto y el tapón obturando el desagüe?

Tarda en contestar. Quizá le conviene admitir un descuido. Todo el mundo puede cometer una negligencia. Puede perder el empleo, pero será mucho peor si llega a saberse... Decide contestar de forma ambigua. Ni sí ni no, sino todo lo contrario.

—No recuerdo haber abierto ningún grifo. Pero la seguridad total...

—¿Y alguno de los visitantes?

—Juraría que no, no acostumbran a tocar la grifería. Por lo menos en la primera visita. Si tienen interés y vuelven a visitar el piso, algunos comprueban grifos, puertas, la encimera...

—Si no he entendido mal, usted es la única persona que accede ocasionalmente al piso. Y dice que no sabía nada de la presencia de una mujer, tampoco de la de un hombre. No estaba usted al corriente de nada, y por lo tanto asegura no saber nada y no haber visto nunca nada. ¿Es así?

Carpio asiente.

—Por favor, en voz alta.

Obedece:

—Así es.

Habría querido saber si Natalia se había suicidado o si el hombre del que hablaba el inspector había tenido algo que ver con su muerte. Quizá la haya matado. No quiere ni pensar en un posible asesinato a cargo del presunto traficante de órganos. No quiere dejar ninguna brecha, no puede permitir que la paranoia de Natalia penetre en su mente.

No pregunta. Solo espera salir de allí y regresar a su casa. Siente la apremiante necesidad de estar a solas.

Y lejos de la comisaría. Muy, muy lejos.

TEDESCO

El inspector se resiste a dejarlo marchar como si nada hubiera pasado.

—¿Tiene usted que volver al despacho? —pregunta Tedesco al comprobar que son casi las dos del mediodía.

Carpio mira su reloj y niega. Pronto será la una.

—No, no he de volver hasta las cinco. Cierro a mediodía.

—Un coche le acompañará a casa. Quizá tenga que volver a interrogarle. Es muy probable. Es un caso que presenta muchas zonas oscuras. Demasiadas.

Las palabras de Tedesco suenan a amenaza. Es el propósito. Carpio se levanta despacio, como si él aupara el mundo entero. Suspira. No puede evitarlo. Lidia le indica que lo acompañará a la salida. Un adiós pronunciado entre dientes es toda su despedida.

—¡Ah! Una última cosa, solo es un detalle —añade el inspector, como restándole importancia. Al joven le flojean las piernas cuando se detiene en el umbral—. ¿Retiró usted la alfombra de la entrada?

Carpio se encoge de hombros. No ha entendido la pregunta. No la esperaba. ¿La alfombra de la entrada? Tampoco Tedesco sabe mentir. Comprende que no es aquella una pregunta banal. El inspector aclara:

—Sí, hombre. Me refiero a una de esas esteras de esparto que pone «Welcome», «Benvinguts», «Hogar, dulce hogar»... Esta pone «Welcome», si no recuerdo mal. Cuando llegamos, alguien la había retirado. ¿La apartó usted de la puerta? ¿La arrimó a la pared?

—No, no la toqué —contesta Carpio con seguridad. Recuerda haber contestado ya a esa pregunta. Comprende que el policía

trata de pillarlo en un renuncio. Por una vez puede responder con la verdad y sin contradecirse.

—¿Está usted seguro?

—Completamente, cuando bajamos del ascensor la encontramos así, en el suelo pero apartada de la puerta, arrimada a una pared. Lo recuerdo. La vecina puede...

—Bien, creo que eso es todo por el momento. Aunque quizá vuelva a necesitarlo en el futuro —insiste.

El inspector contempla cómo Carpio desaparece en el pasillo precedido por la agente. Está convencido de que sabe algo más de lo que permite entrever. También tiene la certeza de que no tardará en hablar. Demasiado joven, demasiado inexperto. El policía, con años de oficio a sus espaldas, sabe que bastará con dejar pasar unas horas antes de insistir. El procedimiento a seguir es simple y mortalmente aburrido. Recuerda lo que su abuela repetía tan a menudo y que le va ahora como anillo al dedo: «Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo». Y él ya es un hombre viejo y cada día más cansado. Espera que también algo más sabio.

Minutos después, junto a la máquina de café, no puede evitar que el pensamiento regrese a la cama de hospital en la que Ignasi Romeu se recupera. Comprueba que no ha recibido nuevos mensajes. Mejor así, piensa.

RUBÉN

Un par de travesías antes de llegar, Rubén Carpio indica a Diego Cuesta, el conductor del coche policial, que puede detenerse. Prefiere que la Policía no se acerque a su portal. Cuanto más lejos, mejor. No quiere rumores ni comentarios de los vecinos. Muchos de ellos podrían relacionar a los hijos de Carmen González.

Ambos crecieron en el Poble-sec, en la calle Vilà i Vilà, en el mismo piso en el que ahora vive. Y, aunque apenas hace vida en el barrio, Rubén es conocido por casi todo el mundo: desde el

señor Narcís, el de la bodega en la que ahora su hija vende de todo, que lo ha visto crecer, hasta el cartero que está a punto de jubilarse y que llamaba al timbre de su casa cuando su madre recibía una carta para hacérselo saber, pasando por la señora Lola que cerró la mercería años atrás, o el chino del bazar que ocupa el local frente a su edificio. Además, y no sabría decir por qué, prefiere que la Policía ignore su dirección. Es una estupidez, lo sabe. Para un agente averiguar dónde vive alguien es cuestión de minutos, pero forma parte de la sabiduría popular tratar de que la Policía permanezca cuanto más lejos, mejor. Es una ley universal.

El mosso obedece sus indicaciones, estaciona en una esquina a unos doscientos metros de su portal y Carpio suspira de nuevo, de puro alivio, al poner el pie en la acera. El coche policial se aleja antes de que eche a andar hacia su casa.

La visita a la comisaría le ha alterado los nervios y ha dinamitado todas sus esperanzas de mantenerse al margen. Se ha esfumado todo su coraje y se ha volatilizado la confianza en que la Policía decida cerrar pronto el caso de Natalia. El inspector Tedesco no parece uno de esos tipos que se rinde a las primeras de cambio. Necesita respuestas que Rubén no puede darle. No quiere darle.

Recuerda que apenas queda algo en la nevera, pero no encuentra ánimos para acercarse al súper cercano, el que durante décadas había comandado la señora Remei con mano de hierro. El mismo establecimiento que ya no cierra a mediodía. De hecho, desde que la señora Remei decidió jubilarse, el comercio ha sido traspasado y ahora lo regentan un par de pakistaníes que se turnan a pie de mostrador. Bajan la persiana con la llegada de la medianoche y la vuelven a subir con los primeros trabajadores que atraviesan la calle en dirección a la parada de metro.

Si se para a pensar, tampoco siente hambre.

Sube con esfuerzo los seis tramos de escaleras de un edificio algo decrepito, mal aireado, alarmantemente húmedo y sin ascensor. En el barrio, algunos inmuebles han envejecido mal y muchos piden a gritos una intervención urgente. Algunos propietarios, en prevención de una desgracia irreparable, han hecho instalar redes protectoras ante la inminencia de algún desprendimiento de balcones o cornisas. Otros, los que disponían de hueco en la escalera para instalar un ascensor, se han rascado el bolsillo y algunos se han hipotecado. No ha sucedido así en el edificio en el que reside. A Carpio le pesan las piernas y se siente tan cansado que habría podido quedarse sentado durante varias horas en un escalón.

No saluda a la señora Àngels —la única de las antiguas propietarias que no se ha marchado y que lleva toda la vida en el edificio—, con la que se cruza en el descansillo del primer piso. La mujer avanza con ayuda de un bastón. No la recuerda sin él. Tampoco advierte que peina peluca nueva del color de la miel. O de la cerveza rubia a la que es aficionada.

A su espalda, Àngels Serra murmura algo, probablemente un reproche, que Rubén no acierta a entender. No es una persona amable, nunca lo ha sido. Los chiquillos de la escalera huían de ella desde que echaban a andar, y algunas madres amenazaban a sus hijos con dejarlos un rato con la señora Àngels, la de la peluca y el bastón.

Al alcanzar su rellano, oscuro y muy necesitado de una mano de pintura como el resto de la escalera, y meter la llave en la cerradura, puede oír el timbre del teléfono en el interior de su piso. El mismo teléfono rojo, tipo góndola, que sigue a nombre de su madre y que no se ha molestado en retirar. No se apresura. No puede ser una buena noticia. No la espera. Su situación solo puede ir a peor.

El teléfono deja de sonar al cruzar el umbral.

Suspira aliviado.

Carpio cierra la puerta y abandona sus cosas sobre un mueble diminuto de laca blanca que su madre había dispuesto años atrás en el recibidor. De hecho, apenas ha cambiado nada. A su muerte se limitó a retirar la cama de matrimonio de sus padres de la habitación grande y a sustituirla por otra, a revisar sus papeles y a sacar su ropa de los armarios y depositarla, de noche, junto a un contenedor. También tiró algunos trastos que se le antojaron clamorosamente inútiles y que dejaron algo más de espacio en un piso de pasillos largos y estrechos y habitaciones oscuras. Nunca supo apreciar las figuritas, ni las flores secas ni las macetas que languidecían por todas partes. No había hecho más cambios. La habitación de Natalia, en la que sus cosas acumulaban años y polvo, permanecía tal y como ella la dejó tras su última y prolongada hospitalización. La misma larguísima estancia en un centro sanitario durante la cual había intentado suicidarse en dos ocasiones. No la abría nunca.

Carmen González, Carmina, nunca tuvo joyas que merecieran ese nombre ni otros objetos de valor. Tampoco pareció necesitarlos. Nunca deseaba nada que pudiera alcanzar a medio o largo plazo. Solo anhelaba tranquilidad para ella y para sus hijos. De haberle sido concedido un deseo, no habría tenido la menor duda: salud para Natalia. A su muerte dejó el recuerdo de una madre paciente y cariñosa que les había dedicado la vida.

Con una intensa aprensión, Rubén se acerca al teléfono, que ha enmudecido. Una señal luminosa indica que alguien ha dejado un mensaje para él. No ha oído nunca antes la voz masculina y algo ronca cuyas palabras son:

—Necesito hablar con Rubén Carpio. Es por su hermana Natalia. Es importante. Y es urgente. Muy urgente.

El mensaje acaba con un carraspeo. Como si el hombre se dispusiera a continuar hablando pero cambiara de opinión justo antes de interrumpir la llamada.

Cuando se aparta del teléfono, Carpio se sienta en la primera silla que encuentra. Se le ha acelerado el corazón y le tiemblan las piernas.

La lucecita continúa encendida.

Carpio no quiere oír más.

IDRISSA

El hombre les paga por abrir una zanja a través de los campos todavía yermos en las proximidades del Llobregat, un río de aguas oscuras que en su desembocadura baja muy despacio, como si se resistiera a morir en el mar. Les felicita por el trabajo y suma cinco euros a los que había prometido. Está contento. Han trabajado duro y bien. Han acabado antes de lo esperado. Idrissa ha insistido en que anote el móvil de Moussa por si necesita buenos trabajadores en otra ocasión. Desde que extravió su móvil ha memorizado y facilita siempre el número de Moussa.

Su amigo siempre habla de que es necesario tener contactos, conocer gente, por eso Moussa es el único que no visita semanalmente un locutorio. Su móvil es su tesoro. Siempre al alcance de su mano. También es el único que apenas conserva familia en su país. Por un momento piensa en proporcionarle también el número de Natalia, pero no lo hace.

El empleador acepta, anota y les estrecha la mano antes de desearles suerte y de indicarles que deben apearse de la furgoneta en la avenida Diagonal, frente a El Corte Inglés. Parará un instante para que puedan bajar del vehículo. Promete llamarlos pronto. Parece sincero.

—Cuento con vosotros.

Conocen el lugar y echan a andar en dirección al local destartelado en el que duermen. No queda lejos. Apenas unos minutos. A medio camino invierten algunos euros en un bocadillo. La comida proporcionada por el hombre que les ha pagado por

abrir una zanja no ha sido suficiente y ambos sienten hambre. Comen en silencio sentados en un banco. Baakir le gusta, es una buena persona, un hombre de fiar. En su lengua, Baakir significa «el mayor», «el más viejo». Y así es, Baakir muy pronto cumplirá los cuarenta, es el mayor de los tres. Idrissa piensa que se parecen. No les asusta el trabajo y ambos están dispuestos a casi todo.

Moussa es diferente. Habla mucho, aturde. No espera lo mismo de la vida. Siempre tiene proyectos, sueña grandes cosas. Cosas imposibles. Verdaderos prodigios. Coches grandes y llamativos, teléfonos de última generación, deportivas que cuestan lo que Idrissa gana en un mes, ropa de marca... Y siempre habla de ello. Continuamente.

Alcanzan la puerta de la nave cuando en la iglesia cercana suenan cinco campanadas. Baakir, derrotado por el esfuerzo, se pierde de inmediato en su interior. Solo piensa en tenderse sobre un colchón e intentar dormir un rato.

Idrissa no entra y se separa de él sin dar más explicaciones. Sabe que no las necesita. Si Baakir siente curiosidad, no lo demostrará nunca, él es así. Su discreción podría interpretarse como desinterés. No lo es. Solo es respeto.

Se acerca despacio a la calle Caballero. No es hora de subir al piso, demasiado pronto. Lo sabe, pero puede aproximarse, quizá consiga entender algo. En los bares, en las tiendas... La gente a veces comenta cosas, y él empieza a comprender. Quizás el chino del bar que frecuenta sepa algo más.

Se permite un café corto y una mirada a la prensa en el diminuto local del joven asiático del pelo hirsuto y los ojos como tajos sobre sus mejillas. Espera a que el local se vacíe antes de dirigirse a él. Ojea los titulares del diario, entiende algunas líneas. Pocas. Tiene la mente en mil cosas y ninguna buena. Le cuesta concentrarse en la letra impresa. En siete meses uno aprende algo, puede pedir lo que necesita en un supermercado,

manejar dinero, hacerse entender con ayuda de gestos. Puede hacer muchas cosas, pero leer distraídamente el diario..., eso es otra historia.

Natalia le ha enseñado algunas palabras, sabe pronunciar lo que lee aunque ignore su significado. No es tan diferente del poco francés aprendido en la escuela y, si dispone de tiempo y centra su atención, acaba por entender. También en francés ignora muchas cosas. Dos años de escolarización intermitente son bien poco incluso para un chico espabilado como él.

Idrissa pasa casi por alto las páginas dedicadas a la política y alcanza las destinadas a los deportes. Siente interés por el fútbol, también por el baloncesto estadounidense, sobre todo por este último deporte. Idrissa es un hombre muy alto, ágil. Le habría gustado ganarse la vida saltando bajo una cesta o atravesando una cancha en pos de una pelota. Todavía sueña con jugar algún día en un equipo, con vestir una equipación y defender unos colores. A diferencia de Moussa, nunca habla de ello. Soñar es barato, sigue estando al alcance de los miserables como él. Idrissa sueña imposibles, como Moussa, como Baakir, aunque no lo reconozca. Nunca ha dejado de soñar.

El pensamiento se le escapa. Siempre vuelve a Natalia. No recuerda si le dio el número de móvil de Moussa cuando perdió el suyo. Quizás ella está tratando de comunicarse con él y no sabe cómo hacerlo. Espera que así sea. No se atreve a pensar en que no quiera volver a verlo. Si le pasa por la cabeza la posibilidad de que el cadáver que retiraron del edificio fuera el de ella, se apresura a tratar de pensar en otra cosa. No siempre lo consigue. Cuando se conocieron en una plaza de la ciudad en la que ambos devoraban un bocadillo sentados en dos bancos próximos, Natalia se dirigió a él con una gran sonrisa y le dijo:

—Pareces un jugador de básquet.

Y él, que solo había entendido a medias, le sonrió y asintió. Se lo habían dicho en otras ocasiones. Le gustaba oírlo: «un jugador

de básquet». Aquel era un buen día. Un día sin demonios, sin pensamientos sombríos, sin llanto. Natalia cambió de banco y se sentó a su lado. Hablaba y reía como una adolescente con deseos de seducir. No tardó en proponerle leer las líneas de su mano para predecir su futuro.

Idrissa accedió. La dejó hacer. Natalia tenía las manos bonitas, suaves. Recuerda que se había pintado las uñas de color rosa y que lucía un anillo plateado con una calavera, también que se sobrecogió al contacto con sus dedos.

Tras reseguir las líneas que cruzaban la palma de su mano, le aseguró que pronto le acompañaría la fortuna, que sería famoso y que destacaría en un deporte. También que no tardaría en conocer a la mujer de su vida y que esta le querría con toda su alma. A Idrissa le gusta recordar ese momento y también los días posteriores cuando con el atardecer se encontraban en la plaza para cenar en compañía. Natalia prefería el aire libre al piso tutelado. Idrissa nunca llegó a saber dónde dormía. No preguntó.

Cuando las ruidosas y amedrentadoras chicas que ocupan una de las mesas del bar de Ji Bo abandonan el bar, dejan el silencio a sus espaldas. Idrissa se acerca a la barra. Intenta sonsacar al muchacho chino alguna información sobre lo acontecido en el edificio cercano. El chico, que tampoco domina el idioma y entiende lo que puede, que no es mucho, tarda en comprender. Habla de agua, de mucha agua, de una inundación en la escalera y de una persona muerta.

Idrissa cabecea.

¿Agua?, ¿una persona ahogada?, ¿en un piso? No parece posible.

—¿Quién muerta?

El chico no sabe decir más. Ignora si se trata de un hombre o de una mujer, si ha sido un accidente o una muerte voluntaria. Tampoco conoce las circunstancias, solo que en el piso había agua. Es todo lo que ha alcanzado a comprender.

El senegalés paga el café y piensa en entrar en el locutorio cercano y llamar al móvil de Natalia. Quizá pueda hablar con ella, tal vez consiga entender alguna cosa. Necesita recuperar su ropa y saber dónde podrá pasar la noche. Además quiere saber si está bien, si sigue pensando en él, si espera su presencia.

Natalia le preocupa. La última noche que habían pasado juntos parecía otra, era otra. Triste, casi desesperada, llorosa. No llegó a saber cuál era el motivo de tanta aflicción. Natalia no quiso hablar, no quiso explicar. Idrissa solo pudo convencerla de que tomara una pastilla y se dejara abrazar durante la noche. Necesitaba dormir. Por motivos diferentes, ambos lo necesitaban.

—Mañana sol, buen día. Mañana tú bien, tú mejor —le había asegurado el joven senegalés, mientras el rumor de la lluvia se abría paso en el patio de luces—. Mañana sol. Tú bien.

Se equivocaba. Al día siguiente continuó lloviendo y Natalia no mejoró.

El paquistaní que controla el negocio y asigna teléfonos y ordenadores a la clientela lo saluda y le pregunta si tiene algún problema. Habitualmente, Idrissa llama a su poblado cada viernes pasadas las ocho de la noche, siempre a la misma hora, siempre al mismo número. Solo un par de minutos. Muy pocos. Ambos lo saben. Siempre a la misma hora, siempre al mismo teléfono. Las acciones repetidas le proporcionan la escasa seguridad que tanto necesita. Su hermana Aminata, alguien en quien se puede confiar, espera su llamada junto al móvil de uno de sus primos.

La llamada del viernes es su rutina. La rutina que le permite mantenerse en el convencimiento de que malvivir sin papeles, sin empleo y sin más futuro que el inmediato sigue valiendo la pena. Aminata siempre se despide dándole las gracias. Sospecha que la vida no es fácil para él, pero no dice nada, solo gracias. Sus palabras lo sostienen, lo afianzan.

—No problema —responde Idrissa, el inmortal, al chico que regenta el locutorio—. No problema. Todo bien. No problema.

Miente.

El paquistaní sonríe y le indica que puede dirigirse al teléfono número tres.

Idrissa marca el número de Natalia. Lo recuerda de memoria. Espera. Vuelve a marcar de nuevo.

Nadie responde a la llamada.

TEDESCO

Tedesco necesita pisar nuevamente el escenario de la tragedia. Así lo entiende él, como lo que es, una tragedia. Una mujer joven, hermosa y no mucho mayor que su hija Marina, su adorada hija Marina; ha perdido la vida, en apariencia, por voluntad propia. ¿Cómo puede una mujer joven desear la muerte? No le cabe en la cabeza. ¿Qué es sino una tragedia? Y de las peores. Supone que alguien, en algún lugar, llorará por ella, la añorará y sentirá un dolor tan intenso que al inspector le resulta casi imposible de imaginar. O quizá no. La vida es complicada.

Quiere creer que siempre hay alguien. Imaginar lo contrario resulta mucho más penoso. Quizá la misma persona que ha llamado al móvil de Natalia aquella misma tarde desde un locutorio. No han localizado el aparato, pero conocen el número gracias a la documentación de la fallecida. Alguien que ignora su muerte y que necesita noticias trató de contactar. Alguien que ha marcado y esperado respuesta, según las indagaciones policiales, desde un local cercano al piso en el que la encontraron. La misma persona que había desaparecido ya cuando la Policía se personó para preguntar al dueño del local. Resulta lógico pensar que se trata de alguien que espera que Natalia atienda la llamada, alguien que ignora que ha muerto.

Tampoco encontraron en el piso la llave que utilizó la fallecida. Quizá la arrojó al excusado o la tiró por la ventana. La cerradura de seguridad no estaba forzada y difícilmente habría podido abrirla sin dejar algún rastro, aunque solo fuera un leve arañazo. Tedesco cree que se libró de ella y que lo hizo por algún motivo. Exactamente igual que retiró la estera de la puerta antes de decidirse a acabar con su vida.

Ha decidido volver al piso de la calle Caballero y se ha hecho acompañar por Lidia y por Iván, ambos vestidos de civil. Tedesco considera que el uniforme espanta, ahuyenta y siembra una alarma innecesaria.

Lidia es observadora, sagaz y rápida como una bala. Iván Cabrera es un buen tipo, silencioso, discreto, algo parsimonioso y un verdadero almacén de datos. Una compañía cautelosa que Tedesco, poco dado a hablar por hablar, aprecia en su justo valor. Ambos agentes han aceptado de buena gana el requerimiento y no han tardado en librarse del uniforme y abandonar la comisaría en compañía del inspector. Es Lidia la que se sienta al volante de un coche sin identificar.

Tras saludar a Marisol Morgades, que sale al rellano de inmediato alertada por los pasos en la escalera, escuchar todas sus observaciones y aclararle un par de veces que todavía no han alcanzado ninguna conclusión, los policías desprecintan la puerta. Acceden a la vivienda con la llave entregada por Carpio la tarde anterior, la que utiliza durante las visitas de los posibles compradores. Abren con dificultad, el parqué empapado empieza a perder la forma, ha aumentado de grosor por el agua absorbida y resulta ya algo irregular al caminar. El rastro del agua se advierte claramente en la parte inferior de algunos muebles y en los bajos del enorme sofá tapizado en gris antracita. La inmobiliaria no puede tardar en tomar medidas.

Lidia abre las ventanas del salón y de las habitaciones. Iván se encarga de revisar los armarios que siguen vacíos, levanta

cojines y almohadas e inspecciona cajones. Algo puede haber pasado por alto a los agentes de la Científica que examinaron el piso. No encontraron nada que pudiera facilitar alguna pista.

El inspector pasa repetidamente de una habitación a otra, se sienta en las sillas, en el sofá, se tumba en las camas, incluida la que ofreció el último descanso a Natalia Benegas. En la cocina encuentra cerillas escondidas en la parte superior de la mampara, comprueba que la encimera ha sido encendida y después limpiada meticulosamente. En el horno, invisible porque lo oculta una bandeja plateada, encuentra un neceser con accesorios de maquillaje. Pintalabios, sombras de ojos, lápiz delineador...

Comprueba que alguien ha utilizado una escobilla de retrete y que esta permanece bien oculta en un rincón del lavadero en el que los constructores han apilado algunas baldosas y restos de zócalos y molduras. Allí también halla una botella de lavavajillas, una de lejía y otra de detergente para la ropa. También algunos trapos enrollados. Todo bien disimulado, invisible para el posible comprador de la vivienda.

Según consta en el informe policial, varios recipientes con aceite, vinagre, azúcar y sal han sido hallados en la parte superior de los armarios de cocina, donde no alcanza la vista. Solo una persona muy alta podría colocarlos allí sin ayuda de un taburete o de una escalera que Tedesco no ve por ninguna parte.

Los agentes responsables contrastarán las huellas, pero Tedesco no confía en que los resultados ayuden a dilucidar el caso. Es solo una intuición. O el pesimismo que en general caracteriza a un inspector que ha visto demasiadas cosas y encontrado en el desempeño de su oficio demasiadas dificultades. La abuela Jacinta atribuía la desconfianza, que detectaba tempranamente en el pequeño Mauricio, a la —todavía más temprana— deserción de su padre, el aviador italiano. Todo era culpa de «esa rata italiana, de ese fascista». Así era como acostumbraba a referirse a él. Jacinta se equivocaba. Mauricio

había dejado de pensar en su padre, pero no podía sustraerse al resentimiento que imperaba en la casa familiar. Un rencor que ni desapareció ni menguó en ningún momento. Un observador, cualquier observador, habría advertido que la vida del chico transcurría en una atmósfera poco o nada jovial, que a una queja sucedía otra, y que en la vida familiar nunca parecía haber motivo para una alegría ocasional.

En su inspección, Tedesco se agacha y localiza un rollo de papel higiénico bajo el armario elevado del lavabo, allí donde a menudo se guardan el detergente o las bayetas. Imposible detectarlo a simple vista. Alguien, sumamente cuidadoso, quizá más de una persona, vivía en el piso y procuraba que su presencia pasara inadvertida. Y, lo que tiene mayor mérito, lo conseguía. El policía cree oír chirriar sus rodillas al ponerse en pie con un lamento apagado.

En la habitación pequeña, el policía husmea las sábanas que huelen a limpio, no a nuevo, y advierte que dos sombras muy leves, casi imperceptibles, se insinúan en la pared allí donde debería estar el cabezal de no haberse tratado de una cama que carece de él. El roce de las cabezas sobre la pintura blanca parece indicar que dos personas utilizaban aquella cama, la única situada en una habitación casi ciega. Dos personas de estaturas muy diferentes. Comprueba que la aireación proviene de una única abertura, una ventana longitudinal no muy grande que se abre a la altura de las cabezas y que da al lavadero cerrado mediante un cristal glaseado. Cuenta el ventanuco con un estor opaco, y dado que los pisos inmediatamente inferiores, los del tercero, siguen desocupados, difícilmente puede ser descubierta la presencia de moradores furtivos si además estos procuran no subir las persianas en ningún momento y se refugian en una habitación diminuta que es como una cámara de seguridad.

Tedesco no tarda en convencerse de que dos personas han pernoctado en el piso probablemente en más de una ocasión y de

que ninguna de ellas responde al perfil del okupa que la Policía desaloja por la fuerza de una propiedad privada. Probablemente tampoco se trata de una pareja con hijos. No hay rastro de criaturas. Las posesiones encontradas son mínimas, como las que acarrea la gente de paso. El orden es absoluto, la limpieza total. Verdadero esmero.

Ni grafitis en las paredes, ni camisetas de colores ni sudaderas por todas partes, ni símbolos antisistema, ni latas de cerveza, velas, juguetes, bongos o carteles reivindicativos en las habitaciones. Tampoco el aspecto de Natalia Benegas, la mujer muerta, recuerda al de una joven okupa.

El policía resopla al cerrar la puerta de la habitación a su espalda. Sus dimensiones le escandalizan, también la falta de más aberturas al exterior. Está seguro de que aquel piso, publicitado como de tres habitaciones, tiene un precio muy superior a su valor real. Le indigna la especulación salvaje que devora la ciudad y a sus habitantes, tanto a los que pretenden un alquiler como a los que aspiran a tener vivienda propia. Sabe que su enojo es compartido por los miles de personas que quieren vivir en la capital.

Malhumorado, se sienta en el sofá mientras Lidia y Cabrera continúan una inspección verdaderamente rigurosa. Apenas hacen ruido. Son metódicos, eficaces. El policía introduce los dedos entre los cojines y entre estos y los brazos del tresillo. Un papel diminuto y arrugado, algún cabello rubio, probablemente de Natalia, y un botón pequeño y transparente, quizá de una camisa masculina. No es mucho. Tampoco servirá. Probablemente, aquellos muebles hayan estado antes en algún otro piso piloto. Imagina que solo algunos, los más deteriorados por el agua, acabarán allí su vida útil.

Pocos minutos después, el inspector se acerca a la ventana. No llueve. Es una lástima. A su entender, siempre es una lástima. Se acerca el crepúsculo y el sol en retirada solo alcanza una franja

muy estrecha junto al edificio de enfrente. La llegada cadenciosa de la noche es el momento del día que el policía prefiere. Ni amaneceres multicolores, ni limpios mediodías ni noches cerradas. La anochecida, la hora entre luces, ese instante precioso, casi mágico, en el que las farolas se encienden como por milagro.

Y con el crepúsculo el pensamiento del policía se desplaza hasta la UCI del hospital en el que Romeu se restablece. Así quiere creerlo.

Comprueba la pantalla del móvil. No hay llamadas perdidas, ni de Elvira ni de Marina. Lo primero es una buena señal, lo segundo le disgusta profundamente, pero prefiere no pensar en ello. Más pronto que tarde Marina dará de nuevo señales de vida. Volverán a verse y el inspector Mauricio Tedesco se tragará los reproches como hace siempre.

Es mejor así. No puede arriesgarse a distanciarse de ella, no puede perderla.

Regresa con el pensamiento al piso piloto y con la mirada a la calle en la que apunta ya el anochecer. Son muchos los transeúntes que patean las aceras camino de sus casas o los que se dirigen entre risas a bares y cafeterías. Solo un hombre negro permanece quieto, varado en una esquina y arrimado a la pared. Es un hombre muy alto. Su silueta le resulta familiar. Tiene la seguridad de haberla visto antes en algún momento, en algún lugar. El inspector lo contempla largamente.

Lo ha visto, no tiene dudas, ninguna. Quizá la tarde anterior. Probablemente en las inmediaciones del piso, piensa. Apenas distingue su rostro, solo que es delgado, muy alto y que tiene las manos grandes. Probablemente alcance un metro noventa, quizás algo más. Es difícil saberlo desde el piso elevado. Es un hombre negro que viste ropa de factura barata y que tiene el aspecto de un masái de piel algo más clara. Una constitución envidiable. Un hombre joven con la planta que podría tener el propietario de la

ropa que han encontrado en la caja de plástico bajo la cama. Un hombre que puede guardar sin el menor esfuerzo las cosas en la parte menos accesible de un armario de cocina, muy cerca del techo.

El mismo hombre que, casi de refilón, levanta la vista en dirección al piso y vuelve a bajarla, visiblemente alarmado, al cabo de un par de segundos. Demasiado tarde. El policía ha advertido su gesto.

—Lidia, ven —ordena el inspector.

RUBÉN

Cuando el teléfono suena de nuevo en el silencio de su piso de hombre solo, Carpio acaba de regresar del turno de tarde en el barracón de lata, su trampa de lata. Así es como acostumbra a pensar en ella. Una trampa de hojalata para jóvenes desertores del pico y de la pala, para prófugos de la bandeja y del mono azul. Traje y corbata, uñas limpias, buen aspecto, la proyección del triunfo, pura fachada. Un trabajo solitario, mal pagado y extraordinariamente rutinario. Enseñador de pisos, como paseador de perros o abanicador de damas. Un loro de repetición. Lo aborrece, pero no tiene otro. Por eso anhela con desespero el empleo en la central.

Durante horas se ha sentido mal, destemplado y con el estómago revuelto. Una mala tarde, un dolor intenso hincado en el pecho y demasiadas cosas en las que pensar. Y ninguna buena. La Policía, cuyo aliento siente en la nuca como si de una jauría se tratara, y la voz masculina en el contestador que espera hablar con el hermano de Natalia. Una voz áspera como el papel de lija.

Han cruzado el umbral un total de tres visitas que han demostrado cierto interés por conocer las condiciones de venta y la calidad de los materiales. Solo una de ellas, una mujer embarazada de unos cuarenta años bien llevados, que ha llegado

sola, ha solicitado planos, memoria de materiales y tiempos previstos de ejecución. Le ha facilitado lo que ha podido y, tras un primer vistazo, la mujer ha manifestado, y sabe que no le falta razón, que el pasillo proyectado por algún esclarecido es un espacio demasiado grande y perfectamente inútil y, por el contrario, uno de los lavabos es diminuto. Antes de abandonar el barracón ha añadido que la distribución del piso responde a la fantasía de un arquitecto medio demente que debería tener prohibido ejercer. No recuerda sus comentarios posteriores. Le ha resultado difícil rebatir sus observaciones con argumentos válidos. Se ha encogido de hombros y ha dejado de intentarlo. Carpio no tiene el cuerpo para asumir un reto y no se ha molestado en discrepar. No puede mover montañas. Un hueso duro de roer. Una venta imposible. Simplemente ha añadido, a la despedida habitual, que está a su disposición por si quiere volver a repasar los datos en un futuro o a visitar el piso piloto cuando el edificio esté más avanzado. Un piso piloto que la inmobiliaria acondicionará exactamente igual que el del edificio no muy lejano en el que ha encontrado a Natalia ya cadáver.

No es una gran perspectiva. Intenta no pensar en ello.

Le ha alargado su tarjeta. La mujer, que ha visto lo suficiente, no volverá.

—No se moleste.

Tres posibles clientes en toda la tarde, una sola llamada y el calor en aumento. Aquella única llamada telefónica recibida a primera hora de la tarde ha sido la de su superior, el ínclito Arnau Llobera, que, en un tono nada amable, le ha comunicado que al día siguiente debe acompañar al perito de la aseguradora al piso siniestrado para que concrete y valore los daños.

—Solo tienes que abrirle la puerta y explicarle lo que sabes. Nada más. La Policía acaba de autorizarnos. Él hará lo que tenga que hacer. Y si quiere hablar con la vecina, le acompaña. ¿Entendido?

—Sí. Desde luego.

—¡Ah! Y antes pasa por aquí a recoger las llaves. Si no me equivoco, las tuyas las tiene la Policía.

—Entendido.

—Es un experto y sacará sus conclusiones —ha añadido Llobera a modo de amenaza—. Mejor no digas nada. No sabes nada —aconseja antes de cortar la comunicación y dejar a Rubén con la palabra en la boca.

Carpio ha experimentado en aquel momento algo parecido a la náusea. Sudaba profusamente, de calor y de puro miedo, mientras escuchaba las recomendaciones de Llobera. No ha tenido ocasión de contestar que acompañaría al perito siguiendo sus instrucciones. Está experimentando las diversas variaciones de un mismo miedo. El miedo a perder lo poco que tiene: un empleo de mierda y la vaga promesa de un ascenso a corto plazo.

Finalizado su horario, Carpio, abatido y exhausto, ha caminado hasta su casa. No tenía prisa por regresar a su piso y a la voz en el contestador, y necesitaba algo de aire. Caras, voces, risas. Compañía distante, indiferente, pero compañía en cierto modo. Trata de no pensar en que, muerta Natalia, ya no le queda nadie.

Nadie.

Siente ganas de llorar, infinitos deseos de romper a llorar. Se siente completamente solo, como a la deriva. Y, aunque afirman que es mejor hallarse solo que mal acompañado, y la verdad es que Natalia no había hecho más que traerle problemas desde que conseguía recordar, nunca en la vida se ha sentido peor.

Nunca tan absolutamente solo.

Tan perdido.

Ha caminado durante mucho rato sin dejar de recordar el cabello teñido de rubio de Natalia repartido en desorden sobre el cubrecama color azafrán, su rostro aparentemente plácido, sus manos abandonadas junto al cuerpo, sus pies en el aire. Tampoco

ha conseguido apartar de su pensamiento ni por un momento la voz desabrida del desconocido en su contestador. No ha advertido nada familiar en su timbre, grave y rudo, ni en sus palabras. No ha hallado en el mensaje la menor pista que le permita identificarlo. La voz no le resulta familiar. Quizá sea un amigo de su hermana o bien un empleado de la asistencia social o un compañero del piso tutelado, quizás alguien del voluntariado...

«Necesito hablar con Rubén Carpio. Es por su hermana Natalia. Es muy urgente».

Poca información, la justa y necesaria para que la angustia lo devore y para que se abra paso en su mente la idea de que la muerte de Natalia puede acarrearle no solo dolor y más dolor, sino nuevas e imprevisibles complicaciones.

«Necesito hablar con Rubén Carpio. Es por su hermana Natalia. Es muy urgente».

Recuerda las palabras con exactitud, incluso la distribución de los silencios a lo largo de las frases breves, concisas. Por más que las repite interiormente, y no puede dejar de hacerlo, no le dicen nada. Tampoco la voz le resulta conocida. Solo consigue deducir que no es un hombre joven.

Cuando abre el portal se asegura de que nadie suba o baje la escalera y se acerca a la destartada doble hilera de buzones. El corazón le da un brinco. Tras comprobar que nadie puede verlo y forcejear durante unos instantes con ayuda de una llave, arranca la chapa dorada en la que figuraban, en elegante letra cursiva, los nombres de su madre, Carmen González, y de sus dos hijos, Natalia Benegas y Rubén Carpio. Espera haber llegado a tiempo. Debería haberlo hecho antes.

La guarda en un bolsillo de la americana para tirarla a la mañana siguiente en un contenedor lejos de su casa. No deja de pensar en el mensaje del desconocido mientras sube los escalones que lo separan de su piso.

Sofocado, se quita la americana y la cuelga en el respaldo de una silla, se afloja la corbata y respira profundamente. Cierra los ojos unos instantes. No quiere ni pensar en el verano que no tardará en llegar a las calles de la ciudad. Generalmente se sobrepasan los treinta grados en el exterior mientras él sigue encerrado durante horas en un cubículo metálico en el que no corre el aire. Uno de los extremos del barracón, que no cabe en la entrada, entorpece el paso de los viandantes y, lo que es peor, recibe el sol del mediodía. Una gran sartén cubierta. Una cazuela, una enorme marmita sin poción mágica. Un habitáculo que a la mínima se calienta como un puchero. Una *air fryer*, como insisten en llamarlo. Una buena aproximación al infierno.

Tras desplomarse en el sofá, con la noche abatiéndose sobre las azoteas y el alma en los pies, advierte de nuevo el piloto luminoso parpadeando en el contestador.

Quizá, si no demuestra interés, el desconocido desistirá y no volverá a llamar. Hay quien se desanima ante la adversidad. Ese es su propósito: ignorar la llamada, olvidar cuanto antes lo ocurrido, superar las dificultades si se presentan y seguir con una vida que algún día valdrá la pena. Al menos eso es lo que espera con toda su alma, que algún día valga la pena seguir vivo.

Se pone en pie poco después y rebusca en uno de los armarios de su mal provista cocina. Encuentra una lata de atún, unas rebanadas reseca de pan de molde y un par de cervezas que nadie se ha preocupado de guardar en la nevera. Se prepara un bocadillo y se dispone a cenar con el telenoticias como telón de fondo. Intenta fijar la atención en la gente indignada que llena las calles por alguna razón que ignora, pero que puede imaginar. Los motivos son múltiples.

No consigue interesarse por nada. Ni trágicos sucesos ni reuniones en la cumbre. Tiene la mente ocupada en mil cosas y todas guardan relación con Natalia. No puede dejar de autocompadecerse. Sin familia, casi sin amigos y pronto, muy

pronto, sin trabajo. Tal y como lo ve, las cosas no pintan bien. Ni los deportes, que generalmente le interesan, consiguen alejar los malos pensamientos. Tampoco consigue ignorar el mensaje que aguarda en el contestador.

Con la melodía de la previsión del tiempo y, en la pantalla, las rubicundas nubes ocultando el sol, suena el teléfono fijo. No descuelga. Piensa que se librará del aparato lo antes posible. No lo soporta. De hecho, más de una vez ha pensado que con el móvil tiene más que suficiente. Lástima que tanto el número como el diminuto artilugio de bolsillo pertenezcan a la empresa. La misma empresa en la que probablemente tiene ya los días contados.

Resiste, no se levanta. Quizás alguien, no se le ocurre quién, pretende darle el pésame, pero reconsidera la idea. No puede ser esa la razón, puesto que nadie sabe... Por otra parte, quizás el desconocido del mensaje en el contestador insista en hablar de su hermana. No importa. No se siente con ánimos para atender a nadie.

LIDIA

Continúa obstinadamente sentado a la mesa cuando puede oír el mensaje que, pasados los tonos convenidos, la voz de un hombre que parece cada vez más impaciente deja en su contestador.

—Necesito hablar con Rubén Carpio. Es por su hermana Natalia Benegas. Es muy urgente. —De nuevo el hombre carraspea y Rubén diría que escupe antes de cortar la comunicación.

La misma voz, el mismo hombre. El mismo miedo.

Carpio se pone en pie como puede. Le tiemblan las piernas. Se apoya en la pared y se acerca a la pila del fregadero. Siente la necesidad de vomitar y permanece allí durante unos minutos

tratando de controlar los espasmos. La cabeza apoyada en el grifo, las manos apuntalando su cuerpo sobre el acero inoxidable del fregadero y en la garganta la repugnante acidez del vómito.

«Necesito hablar con Rubén Carpio. Es por su hermana Natalia Benegas. Es muy urgente».

Se humedece ojos y labios con agua fría y se incorpora sin dejar de sentir flojedad en las piernas. Se acerca titubeante al aparato, pulsa y escucha. El mensaje, el mismo, como es de esperar. Idéntico el tono de voz y completamente desconocido, idéntico el gargajeo final.

La sensación: el miedo absoluto. Pero hay más, algunos mensajes más. Todos aproximadamente iguales. Una tortura. Carpio tiembla mientras escucha sujetándose al respaldo de una silla. No se siente capaz de sostenerse en pie sin ayuda. El primero de ellos ha sido recibido muy pronto, casi a primera hora de la mañana. Le siguen cuatro más, todos aproximadamente iguales. Finalmente, uno de ellos, recibido a primera hora de la tarde, hace que se incline hacia delante con una mano en el estómago.

—Soy Lidia Sampedro, agente de Policía de la comisaría de Les Corts. Necesito hablar lo antes posible con Carmen González. Es un asunto grave relacionado con su hija Natalia Benegas. Por favor, llame cuanto antes al...

A continuación, Lidia facilita el teléfono fijo de comisaría al que puede llamar Carmen González en cualquier momento, las veinticuatro horas.

—Si tiene alguna dificultad para contactar con la comisaría, también puede usted llamar a este móvil en cualquier momento... Es muy urgente —añade.

Carpio reconoce el nombre y la voz de la joven policía de la cola de caballo. Se sienta, esconde la cabeza entre los brazos y advierte que apenas tiene escapatoria. Si hubiera descolgado el teléfono, a lo mejor la Policía ya habría atado cabos. Es probable

que no tarden en enviar a algún agente para localizar a la madre de la joven muerta. Quizás han venido ya durante su ausencia.

Como el desconocido de la voz abrasiva, también la agente señala la urgencia de la conversación pendiente.

Esconde la cabeza entre las manos.

Las lágrimas alivian la náusea.

IDRISSA

Se ha plantado en la calle bien arrimado a un muro bajo entre una farola y la cerca protectora de una antigua casa señorial en evidente y precipitada decadencia. Es una de las pocas mansiones que han sobrevivido a la especulación y que, aparentemente desocupada, no tardará mucho en ser derribada. A corto o medio plazo acabará como tantas, en el recuerdo de algunos.

Idrissa lo ignora, la ciudad, no.

Con las manos en los bolsillos y la postura algo encorvada propia de algunas personas muy altas, Idrissa intenta aparentar que espera a alguien. Está cansado y habría dado cualquier cosa por estirarse en la cama estrecha y demasiado corta de la habitación del piso piloto bien amarrado a la cintura breve de Natalia. Cualquier cosa por compartir con ella queso, aceitunas, pan... Por reír en su compañía y, sobre todo, por comprobar que está bien, que las promesas son todo lo firmes que pueden ser. Que todo sigue igual.

No se siente cómodo al aire libre. Se ha acostumbrado a andar siempre furtivo y busca el resguardo de postes y muros y el arrimo de fachadas y portales para no sentirse completamente al descubierto. Triste condición, pero no existe otra. No para él.

De tarde en tarde, y casi de refilón, eleva la mirada hacia el piso. No puede evitarlo. Las ventanas abiertas son una mala señal. La peor de todas. Natalia no las abre nunca. No puede, son

las normas. Las condiciones son claras. Persianas altas para franquear el paso a la luz y ventanas cerradas. Siempre.

Idrissa ha podido comprobar la presencia de gente en el piso en el que lo esperaba Natalia cada atardecer, el mismo desde el que, siempre a escondidas, han visto irrumpir la primavera en las ramas de los árboles. Ha podido entrever a una mujer joven, que no es ella ni guarda más parecido con Natalia que el cabello tirando a rubio. La ha visto subir las persianas hasta el límite y abrir las ventanas de par en par. Una desconocida, una intrusa. Minutos más tarde, a un hombre mayor de pelo cano y algo más largo de lo habitual en alguien de su edad. Un hombre con gafas doradas y rostro grave que contempla la calle desde el interior del piso. Alguien cuyo rostro, que Idrissa distingue a ráfagas y en la distancia, le resulta conocido.

No es la primera vez que se cruzan sus miradas. Idrissa lo sabe como solamente se saben estas cosas, con alguna extraña facultad que escapa a la razón. La misma que, ante un uniforme—cualquier uniforme—, una mirada demasiado intensa o una interpelación directa, hace que se disparen todas las alarmas.

Experimenta cierta aprensión y su estómago se contrae dolorosamente, como si sus tripas se anudaran. Las cosas no van bien. Es una evidencia. Natalia no responde a sus llamadas. Nunca antes lo había hecho. Idrissa piensa que quizá siga triste, insomne, llorosa. Piensa en la posible presencia de un médico en el piso. Quizás ha enfermado de gravedad y el hombre del pelo blanco ha venido a visitarla. Es una mujer tan desconcertante. Le pasa por la cabeza la idea de que fuera el cadáver de Natalia el que retiraron el día anterior. No quiere pensar en ello. Por otra parte, sabe que existe la posibilidad de que los que andan en ese momento en el piso piloto hayan encontrado sus cosas en la enorme caja de plástico que hace las veces de armario personal. No puede perderlas, es todo cuanto tiene. Necesita recuperarlas.

Aquellos extraños visitantes no pueden ser compradores, están fuera del horario comercial y llevan mucho rato allí. Demasiado.

Idrissa, que nunca tuvo nada, ahora posee todavía menos. Lo puesto. Ni tan siquiera algo de ropa, cosas para asearse... Nada. Lo que lleva encima es todo lo que le queda. Desposeído, inquieto y profundamente desasosegado, no puede evitar mirar hacia el piso. Ha perdido la compostura, está cansado y se apoya ahora en un pie, después en el otro. Camina hasta la esquina, gira y regresa al lugar que ocupaba previamente mirando a hurtadillas las ventanas abiertas. Como si se impacientara, como si la persona a la que aguarda se retrasara demasiado. En cierta manera, así es.

Idrissa ignora que no volverá a verla.

Mientras espía alternativamente las ventanas y la embocadura de la calle, piensa en Natalia y en las noches pasadas muy juntos en una misma cama insuficiente. La noche entera abrazados, ofreciéndose un consuelo que ninguno de los dos encontraba en otra parte. Noches que añorará quizás el resto de su vida.

Recuerda que cenaban casi en silencio y que ella se reía de su extraña pronunciación, de sus errores, de los gestos exagerados que utilizaba para hacerse entender. Algunas noches ella, angustiada y triste hasta las lágrimas, apenas abría la boca. Otras, en cambio... Algunos días Natalia tenía la risa fácil, encantadora, y siempre, siempre, siempre, los ojos castaños más hermosos que Idrissa podía recordar. Ojos color de miel. A menudo, en la intimidad, él susurraba y se equivocaba a propósito al hablar. Lo hacía con la única intención de hacerla reír. Lo conseguía casi siempre. Era entonces cuando sus ojos reían y sus manos bailaban.

Idrissa sonríe involuntariamente al recordar los ratos buenos. Sonríe al aire, al atardecer, a la humedad ambiental. Como los

locos, como hacen a veces los viejos y los niños. Sonríe sin motivo aparente.

Hubo momentos malos, también puede recordarlos. Llantos pertinaces, ojos enrojecidos, lasitud, indolencia, incluso falta de apetito. Pero no saber nada de ella, ignorarlo todo... No consigue imaginar nada peor. El joven senegalés se siente atrapado al aire libre. Una jaula infinita.

Desde la acera, un nuevo vistazo de refilón le basta para comprobar que los desconocidos siguen allí.

A Idrissa se le desboca el corazón y casi le fallan las piernas cuando el rostro de la mujer joven ocupa la ventana junto al del hombre mayor que empuja las gafas nariz arriba como si temiera perderlas. Idrissa, que ha visto antes ese mismo gesto, tarda unos segundos en recordar. Cuando lo consigue, reconoce al hombre que vio subir al coche policial la tarde anterior. El mismo gesto con el índice empujando el puente de las gafas. Solo eso.

Desde la altura, ambos miran en su dirección. El senegalés habría jurado que, sin señalarle, hablan de él.

Baja la vista. Tiembla.

Cuando vuelve a enfocar la ventana, la mujer joven ha desaparecido.

Idrissa huye, escapa.

TEDESCO

Lidia echa a correr para intentar seguir desde la distancia al joven negro que esperaba frente al piso y que ha desaparecido. El inspector quiere hablar con él. Desde la ventana, Tedesco le indica hacia dónde se dirige. Pocos minutos después, el inspector abandona la vivienda junto a Iván Cabrera.

Marisol Morgades, la vecina inquieta de los ojos saltones, espera en el rellano con un niño de la mano. Se diría que se balancea adelante y atrás mientras se mordisquea los labios. El

niño, que no tendrá más de cinco o seis años, tampoco deja de moverse. Ambos forman una pareja desigual, inestable, tambaleante.

—Es que estamos casi solos aquí y hasta que no se instalen más familias... Y después de lo que ha pasado, no sé si es seguro... No sé si... —Sus manos sobrevuelan ahora el vacío mientras el torso sigue balanceándose muy levemente. Poco pueden decirle los policías que la ayude a tranquilizarse.

El niño, liberado momentáneamente del control materno, aprovecha para distanciarse y, estimulado por la curiosidad, aproximarse al tramo de escalera que conduce al piso superior. La madre lo observa.

Mauricio Tedesco cabecea en señal de asentimiento, puede entender el temor de la mujer, sus reticencias.

—Puede estar tranquila. Nada nos indica que exista un peligro real para los vecinos del edificio.

El niño, cuyos rizos castaños y ojos abombados son una réplica muy aproximada de los de su madre, salta incansable desde el segundo escalón al rellano y de nuevo vuelve a subir para repetir el salto.

Bom, bom, bom.

Sin tregua, sin pausa, sin fatiga. Como solo un niño puede hacerlo.

El policía le asegura a la mujer que intentarán aclarar las cosas lo antes posible y que la informarán del resultado de la investigación. Tedesco no puede mentir y no acostumbra a hacer promesas que no pueda cumplir. Por el momento solo está en condiciones de afirmar que hará cuanto esté en su mano y que, según su criterio, seguir en el edificio no comporta riesgo alguno.

—Si no fuera por la hipoteca... —murmura la mujer. Los ojos le brillan, trata de retener las lágrimas.

Tedesco habría podido acabar la frase. No lo hace. Tampoco aparta la mirada. La mujer, cuyo escepticismo aflora sin tapujos a

sus enormes ojos, les da las gracias por pura cortesía y, de un tirón, urge al niño a entrar en el piso. Hay tanta autoridad en su voz que sorprende al policía.

La criatura no protesta.

Antes de desaparecer, el policía pregunta:

—¿Retiró usted la alfombrilla de la entrada?

Marisol Morgades responde que no, que no tocó nada. Señala, contrariada, que ya ha respondido a la pregunta. Inmediatamente después, cierra la puerta con llave como si los miembros del cuerpo policial constituyeran una amenaza. Presuntos invasores, androides malvados con placa, pistola y las peores intenciones.

Tedesco e Iván cruzan la calle y esperan unos minutos en la acera. En el cielo, las nubes bajas y oscuras parecen acariciar las azoteas. No hablan. Ambos lo prefieren así. Poco después, Iván se encamina al coche policial y ocupa el asiento del copiloto, sabe que Tedesco prefiere la parte trasera para no dispersar su atención en la circulación. Necesita hacer un par de comprobaciones.

Lidia se aproxima jadeando y con cara de derrota. No ha conseguido saber dónde se refugia. Cuando ha pisado la calle, el joven, que corría, estaba ya muy lejos. Lo ha perdido de vista en Comtes de Bell-lloc. El chico ha desaparecido de buenas a primeras. No ha conseguido ver si ha doblado la esquina o si ha entrado en algún edificio.

—Ha desaparecido. Se ha esfumado. No he vuelto a verlo. No sé dónde se ha metido. Lo siento —se disculpa sin resuello.

El inspector y la agente se sitúan en el mismo lugar desde el que Idrissa ha espiado las ventanas del piso que días atrás le sirviera de cobijo. Lidia, pensativa, mantiene las manos en los bolsillos y los labios apretados. Es una mujer obstinada. Tedesco mira obsesivamente en dirección a las ventanas del piso piloto. Comprueba que el rostro, los gestos, incluso las muecas de alguien que se hallara junto a la ventana podrían resultar

visibles desde la calle. El policía comprende sin esfuerzo el error que acaba de cometer. Demasiado confiado. Habría bastado con alejarse un poco de la ventana para escapar a la mirada del joven. También Lidia alcanza parecida conclusión.

Es lógico que el hombre haya huido al comprender que han advertido su presencia y que, con toda probabilidad, hablan de él. En un descuido ha subestimado al hombre alto y algo desarrapado al que ha podido entrever ya en dos ocasiones. Un error de poli inexperto, novato. Un fallo imperdonable.

Siente el malhumor y la rabia encaramarse a su boca y refugiarse en sus puños. Un caso complicado, sin cabos de los que tirar, sin pistas. Desconcertante. Y Mauricio Tedesco, el veterano inspector de Policía, ha sido atrapado en un renuncio. Esperaba que Lidia lo siguiera y pudiera averiguar dónde se refugiaba el chico. Esas habían sido sus órdenes: localizarlo. Necesita hablar con él.

Piensa en Romeu y decide que al hablarle del caso, si la vida le concede la ocasión, omitirá el detalle. No admitirá que no ha tomado precauciones que, a pesar de que la presencia del chico por segunda vez cerca del escenario resultaba sospechosa, se ha dejado ver, reconocer. Ignasi Romeu es todo oficio y sarcasmo destilado. Se reirá de él, le recordará mil veces el maldito error de principiante que acaba de cometer.

«La jodiste, Colombo», dirá. Y no le faltará razón. A veces, Romeu le llama Colombo por su aspecto algo descuidado y por su obsesión por el menor detalle. No menciona nunca a la invisible esposa del teniente Colombo para obviar el posible paralelismo. Tampoco Fina, la mujer de Tedesco, puede acompañar al policía.

«La jodiste, Colombo». Y tendría razón.

—Si fue un suicidio no entiendo por qué dejar el grifo abierto. Si en el piso dormían dos personas... Más pronto o más tarde, el hombre, su acompañante, volvería y acabaría por encontrarla muerta. Quizá quiso que la descubrieran pronto, que no la

dejaran allí durante días... Tampoco es tan extraño. Quizá su acompañante salía de viaje y ella no quería quedarse allí hasta...

Lidia piensa en voz alta, airea el discurrir de sus pensamientos. La agente habla por hablar, no espera una respuesta. Se limita a pensar en voz alta. Y no anda errada, si el caso reviste alguna singularidad es ese grifo abierto que ha alertado de la presencia de un cadáver, pero no es el único aspecto del caso que desconcierta a Tedesco. Está ese tapón obturando el desagüe y esa estora inexplicablemente retirada y arrimada a la pared.

Si alguna cosa le ha enseñado el oficio es que no existen dos suicidas iguales y que la personalidad del que decide quitarse la vida determina las disposiciones que toma al planificar su muerte. Recuerda casos de suicidas meticulosos que lo planearon con precisión y que dieron sentido a cada movimiento previo. Dejaron escritas sus últimas voluntades, concertados los detalles de su funeral y, en ocasiones, especificaron los motivos que los habían conducido a quitarse la vida. Desamor, angustia insoportable, sensación de derrota, soledad, miseria... Han sido muchos y muy distintos. También conserva memoria de muertes improvisadas, de las que se deciden en un instante. En ese último momento de desesperación, deseo de venganza o depresión aguda. Defenestraciones, ingestión de barbitúricos, muertes por atropellamiento en las vías del tren, saltos al vacío desde puentes o miradores... Aparentemente poca planificación y demasiada angustia. La muerte voluntaria puede ser largamente prevista, casi acariciada, anhelada o bien decidida en un segundo, en lo que dura el penúltimo suspiro.

Tedesco necesita conocer a Natalia Benegas, saber cómo era, qué hacía diariamente, qué esperaba de la vida, cuáles eran sus hábitos. Debe hacerlo cuanto antes. Si la autopsia corrobora la hipótesis del suicidio, quizás el comisario Valero ordene cerrar el caso. Por el momento toda cavilación es en vano.

Aunque los medios apenas hablan de ello por el llamado «efecto Werther» —las rachas de suicidios por «contagio» a imagen y semejanza de lo ocurrido tras la publicación de *Werther*, la novela de Goethe en la que un joven se suicidaba por amor—, es una evidencia que las muertes voluntarias son cada vez más frecuentes. Muchos casos se cierran pronto y sin más trámite que el informe forense si este apunta a una muerte autoinfligida. Tal y como constatan a diario los bomberos, el personal sanitario y los cuerpos policiales, y como también sucede en otros países, el número de suicidios ha experimentado una progresión alarmante.

Lidia señala a Iván, que en el interior del vehículo manipula una *tablet*.

El inspector Tedesco asiente. Confía en el mosso taciturno que apenas comparte sus conclusiones.

Se acercan.

Lidia se sienta al volante.

Iván no levanta la mirada. Nadie espera que lo haga.

RUBÉN

No ha abierto la puerta cuando un mosso de uniforme, alto y ancho como un armario, ha llamado al timbre. Ha podido verlo a través de la mirilla. El agente ha insistido en cuatro ocasiones. En cada una de ellas el corazón de Rubén, que ha permanecido al otro lado de la puerta encogido, temblando y sin saber qué pensar; ha enloquecido. Como si en lugar de pulsar el timbre, el mosso acabara de aplicarle las palas de un desfibrilador.

Le flaquean las rodillas cuando el joven policía se da por vencido y se aleja. Tiene el susto en el cuerpo. Le aterroriza la noche y no le queda alcohol para calmar el ánimo. Busca una pastilla para dormir y la ingiere esperando poder descansar unas horas. Intenta tranquilizarse, controlar la respiración, dominar el pensamiento, derrotar a tanto miedo como le anida en el cuerpo.

No puede.

Cualquier investigador hallará en el historial médico de Natalia varios intentos abortados de suicidio y otras tantas amenazas, diversos episodios de depresión aguda alternando con estados pasajeros de euforia desatada, de manía, que resultaron tanto o más problemáticos que los de tristeza y desesperación. De ahí a deducir que la mujer, una enferma mental de manual, se ha suicidado en una de las simas de la bipolaridad, solo hay un paso. Así lo espera. Igualmente podrá constatar la Policía, si persevera en la investigación, que la fallecida no solo había abandonado recientemente la medicación, sino también el alojamiento en el piso tutelado.

Parece lógico concluir que Natalia ha puesto fin a su vida, pero nada permite explicar su presencia en el piso ni la del desconocido cuyos efectos ha encontrado la Policía. Tampoco exime a Rubén Carpio de haber mentido a conciencia.

Si la Policía sigue investigando y revisando su larguísima historia clínica, quizás acabe por establecer la relación de parentesco. Aunque quizás en los registros hospitalarios no aparezca su nombre, puesto que era su madre la que la acompañaba durante las consultas médicas, Rubén ha vivido durante toda su vida en la casa de Carmina, la madre de ambos, en la que sigue empadronado. La misma en la que Carmina se instaló con su primer marido, el padre de Natalia, y en la que siguió viviendo cuando este se volatilizó. De hecho, la Policía ya ha intentado localizar a Carmen González en su domicilio. Bastará con un par de consultas. No tardarán en atar cabos. Cuestión de horas.

De nada servirá que no atienda la llamada de la Policía en el teléfono fijo o que se resista a abrirle la puerta a un agente. Quizá sería mejor desaparecer durante unos días a cuenta de las vacaciones, pero acaba por desestimar la posibilidad. Su huida no haría sino agravar su complicada situación.

Le da a todo ello vueltas y más vueltas. No consigue relacionar la voz masculina en el contestador con ningún rostro conocido, ni en el pasado ni en el presente. No le recuerda a nadie ni le hace pensar en ningún episodio de su vida ni de la de Natalia, aunque es bien poco lo que Rubén sabe de la vida de su hermana mayor. Ha podido comprobar que, en ocasiones, sus días parecían transcurrir al borde de un lago, de un bello y limpio estanque, o de un fantástico parque de atracciones, un lugar divertido, ideal. Otras veces parecía transitar junto a una verdadera ciénaga.

La pastilla que ha ingerido antes de la medianoche, y que ha de permitirle descansar, apenas surte efecto. Le ha procurado poco más de dos horas de sueño intermitente. El resto de la noche Carpio lo pasa rotando en torno a su eje, sintiendo calor y frío alternativamente y pasando con el pensamiento del cadáver de Natalia a la voz escabrosa del hombre. Llega a considerar la posibilidad de que el desconocido, que sigue intentando ponerse en contacto con él, quizá pretenda chantajearlo, denunciarlo a la inmobiliaria por corrupción, fraude o cualquier otro delito sancionable. Quizá se plantee incluso acusarlo de la muerte de su hermana.

No tiene en toda la noche ningún buen pensamiento, ni el menor atisbo de que todo acabará por solucionarse. No ha hablado con nadie de la muerte de Natalia. Como único pariente debería estar planificando su funeral y, sin embargo... No ha mencionado su fallecimiento ni en el bar que frecuenta cada mañana antes de encerrarse en su jaula de lata y que no ha vuelto a pisar, ni en la conversación con los operarios con los que ha cruzado algunas palabras durante el día cuando ha sacado la cabeza del barracón. Tampoco con Mireia, una vendedora como él a la que conoció durante un curso de formación, con la que mantiene una conversación vía WhatsApp y con la que ha empezado a fantasear.

¿Mireia?

Días atrás creyó estar enamorado, trató de armarse de valor para invitarla a cenar, pero no ha vuelto a pensar en ella desde que echó a correr bajo la lluvia para atender el aviso de la vecina.

¿Mireia? Queda tan lejos su vida de anteayer... Ha cambiado tanto en unas horas que apenas sabe qué pensar. Hace un par de días, la tarde de autos, la joven le dejó un mensaje relacionado con la empresa y con las largas y aburridas esperas en las oficinas de ventas. Ambos detestan los ratos muertos. Rubén no ha contestado todavía. No ha encontrado el ánimo necesario para iniciar una conversación banal ni para tratar de fijar una cita que desea con toda el alma. Espera tener ocasión de disculparse. Tendrá que improvisar. Quizás una avería del móvil. Ya pensará en algo. Necesita un propósito, una vía de escape, un punto de fuga. Ahora más que nunca. Le asusta la soledad total que empieza a asentarse en sus tripas.

De regreso a sus cavilaciones ha alcanzado la conclusión de que, tras haber negado repetidamente conocer a la joven muerta, no puede hablar del asunto con nadie. Con nadie. Y lo que más le alarma es que el hombre propietario de la voz en el contestador conoce el vínculo que los unía. Podría incluso estar relacionado con la muerte de Natalia.

Intenta convencerse de que al ser hijos de diferente padre a la Policía no le resultará tan fácil. Comparten un segundo apellido muy corriente: González. Si la autopsia dictamina un suicidio, y la suerte y el anonimato acompañan, tal vez salga bien librado. Insiste en pesar en ello, en creer en ello. Las posibilidades son pocas, casi nulas, pero se aferra a ellas como al clavo ardiendo. Sin haber escuchado todavía lo que pretende decirle, Rubén se siente amenazado por el desconocido que puede hacer saltar su vida por los aires y obligarle a reconocer no solo su parentesco, sino que está directamente implicado en la utilización fraudulenta del piso. Él mismo había encargado para Natalia un

duplicado de las llaves tras hacerle prometer que acataría las normas.

Sus normas.

Por otra parte, del mensaje de Lidia Sampedro se deduce que intentan contactar con su madre, con Carmina, y que en el momento en que la agente efectuó la llamada la Policía todavía ignoraba que murió meses atrás. No tardarán en saberlo. De hecho, casi con seguridad, acabarán por saberlo todo.

Tiembla.

Quizás ha cometido una estupidez al no admitir ante los agentes que Natalia era su hermana mayor, su medio hermana. Ha proporcionado un falso testimonio que de conocerse podría convertirlo en sospechoso si la Policía no deja correr el asunto. Farsante, defraudador y posible cómplice de suicidio. O de asesinato si no se demuestra sin fisuras que la muerte de Natalia ha sido voluntaria.

«Es muy urgente», ha dicho la voz.

IDRISSA

Cuando Idrissa irrumpe en el almacén, Baakir descansa con los ojos abiertos, tiene la mente en sus asuntos y la vista en el techo desvencijado. La luz menguante del atardecer que asoma por alguna rendija, y hace bailar el polvo ante sus ojos, lo ayuda a pensar. Se sobresalta.

No pregunta nada al verlo entrar jadeando, completamente sudado y con la mirada de un animal perseguido encaramada a las pupilas. Hay cosas que es mejor no saber. Tampoco ha comentado nada al observar cómo cierra la puerta con delicadeza para que no haga el menor ruido, y cómo espera junto al batiente metálico unos instantes mientras recupera el resuello y espía los ruidos procedentes de la calle. No es necesaria mucha imaginación para comprender que Idrissa escapa de alguien.

Baakir se incorpora y saluda al reconocer la silueta del amigo en el umbral.

No inquiere las razones cuando Idrissa parece alarmado al oír su voz y reparar en su presencia. Tampoco cuando el joven le indica, aproximando un dedo a los labios, que guarde silencio. Es obvio que las cosas no van bien, pero ¿algún día han ido bien?

Cuando Idrissa, algo más tranquilo, considera que ha pasado el peligro, suspira profundamente, se aparta del portón y se dirige al habitáculo en el que el grifo del lavabo sigue dispensando agua limpia y potable. Baakir se limita a volver a tenderse sobre el colchón y a seguir mirando al techo en el que los soportes de los tubos fluorescentes penden vacíos de las cadenas metálicas.

Exhausto por el trabajo, casi incapaz de moverse, Baakir se esfuerza las veinticuatro horas del día por descubrir nuevas formas de conseguir unos euros. El metal de los soportes de los fluorescentes es aprovechable, siempre lo es, los chatarreros lo pagan mal, al peso, pero lo aceptan casi todo. Son piezas grandes. Deben de pesar mucho. La dificultad estriba en que en una nave industrial el techo está demasiado alto. A varios metros sobre sus cabezas. No basta con una escalera sencilla que, por si los obstáculos fueran pocos, Baakir tampoco posee.

Lleva días dándole vueltas a la cabeza en solitario. No ha hablado de ello con nadie. Más pronto o más tarde conseguirá descolgar placas y cadenas. Un dinero extra que permitirá comprar zapatos para sus hijos y una anhelada pelota de cuero con la que podrán jugar en la plaza. Es cuestión de seguir pensando, de encontrar la manera. Quizá baste con arrojar una cuerda y tirar hasta arrancarlos, pero se arriesga a perder las cadenas que pueden quedar colgando de sus clavos. Las cadenas pesan, le reportarán algunos euros, de alguna manera conseguirá descolgarlas. Debe seguir pensando en ello.

Superado el invierno, la primavera es una buena estación. La mejor. En el interior de la nave no pasan frío y cada día es algo más largo que el anterior. En primavera no importa que en el destartalado almacén no haya bombillas y que no queden tubos

fluorescentes colgando de las vigas que sustentan el techo. Tampoco hay suministro de electricidad. De haberlos habido, y dada la clandestinidad de sus ocupantes, tampoco se habrían atrevido a encenderlos.

Moussa no ha llegado todavía cuando, sentados sobre cajones, comparten pan, leche y un par de hamburguesas que Baakir ha comprado y cocinado sobre el hornillo de gas encontrado semanas atrás en las proximidades de un contenedor. Sigue sin entender cómo la gente se desprende de cosas que siguen funcionando. Por el momento consiguen hervir arroz y pasta, calentar legumbres y cocinar algo de ternera o de pollo cuando se lo pueden permitir.

Ni la fatiga extrema, ni la preocupación más intensa, ni el miedo a ser atrapado y repatriado o confinado durante semanas en el centro de reclusión, consiguen que Idrissa pierda el apetito. Siempre, siempre, siempre siente hambre. A pesar de que anda preocupado como pocas veces lo ha estado antes, Idrissa habría cenado sin dificultad mucho más de lo que se pueden permitir. Da cuenta de media barra de pan y de la hamburguesa en un abrir y cerrar de ojos. Un vaso de leche muy azucarada no consigue colmar el gran vacío que se abre en su estómago.

Baakir recoge cuidadosamente los pocos enseres de los que disponen y los lava en la pila del lavabo. Es un hombre pulcro y ordenado. Idrissa no trata de hilar una conversación. Prefiere no hablar de sus asuntos y no es persona que hable por hablar. Baakir tampoco lo intenta.

Idrissa se limita a arrebujarse sobre las mantas y a concentrarse en sus cavilaciones. Necesita saber de Natalia, comprender lo que ha pasado, recuperar lo poco que posee y, sobre todo, encontrar una explicación a la presencia de los agentes de Policía en el piso. Su situación ha empeorado infinitamente en unas horas, si tal cosa es posible. Aunque ha echado a correr antes de que la agente alcanzara la acera, a Idrissa no le cabe la menor duda de que la Policía le sigue los pasos. Se han fijado en

él, en su presencia, en su interés inexplicable. Saben en qué calles se mueve.

No consigue entender lo que está pasando y le duele intensamente el silencio de Natalia. Empieza a pensar que algo grave, algo que apenas puede imaginar, le ha sucedido a la mujer rubia que lleva semanas dándole amor, compañía y cobijo. El joven chino del bar ha hablado de agua, pero nadie se ahoga en un piso. Algo está mal en sus palabras. Espera la llegada de Moussa para saber si Natalia ha llamado, si el amigo tiene algún mensaje para él.

Cuando se dispone a dormir, Moussa todavía no ha llegado.

—No esperes. No vendrá.

Baakir le explica que Moussa tiene una «novia» en el otro extremo de la ciudad. Así la llama él. Una senegalesa mayor cuyo encanto radica en que tiene una habitación en un piso que comparte con unas primas. Cuando estas se ausentan durante la noche —ambas trabajan por turnos—, Moussa la visita.

Idrissa apenas duerme un par de horas en toda la noche. Mucho antes de que consiga distinguir las primeras luces, hacia las dos de la madrugada, continúa su desvarío. Acuden a su mente pensamientos repetitivos, obsesivos, desquiciantes. Da vueltas y más vueltas sobre unas mantas polvorientas que no consiguen ocultar la dureza del suelo. Horas enteras escuchando la respiración de Baakir y su susurrar en sueños, el rumor de los coches y de las motocicletas que suben calle arriba, las voces de gente joven que anda de celebración y los gritos de algún borracho escandaloso camino de alguna parte. Piensa que acabará por volverse loco, completamente loco.

Moussa no ha llegado cuando, poco después de las 6:20, Idrissa se pone en pie sin hacer apenas ruido. No puede esperar, necesita moverse, trabajar, alejarse del barrio. Abandona la destartalada nave tras beber unos sorbos de leche de un tetrabrik y arrancar un trozo de pan de una barra algo reseca y ya mediada.

Baakir duerme todavía vencido sobre un costado. Respira profundamente, parece en paz. Idrissa no puede saber que su amigo sueña con cadenas pesadas y gruesas como su antebrazo.

JUEVES

RUBÉN

Con las primeras luces y tras las larguísimas horas en vela, Carpio cree volverse definitivamente loco. Se incorpora en la cama, se lleva la mano al corazón como para que no se le escurra entre las costillas y así permanece durante un rato. Está solo y asustado hasta los tuétanos, controla con esfuerzo la respiración y lucha como puede con el maldito pánico. Y no va ganando.

Se levanta, se prepara un café soluble con algo de leche y deja discurrir los minutos sentado en una butaca con el vaso ya vacío entre las manos. Tiene los nervios a flor de piel y en la mente un torbellino.

Y de nuevo suena el teléfono y se le acelera el corazón. Carpio no descuelga. No consigue reunir el valor, tampoco sabe si le conviene hacerlo. Aguarda y, acabada la llamada, escucha el mensaje:

—Necesito hablar con Rubén Carpio. Es por su hermana Natalia Benegas. A él le interesa más que a nadie. Es muy urgente. Si no contacta conmigo cuanto antes, tendrá complicaciones.

Las palabras son parecidas a las de la ocasión anterior. El hombre no suelta prenda, pero pretende resultar algo más amenazador. «Si no contacta conmigo cuanto antes, tendrá complicaciones. Es por su hermana: Natalia Benegas».

Todo invita a pensar que el propietario de la voz que le altera los nervios desde el contestador sabe que Natalia ha muerto.

Aunque quizá la supone viva y quiere localizarla. Es imposible saberlo.

«A él le interesa más que a nadie», asegura el desconocido.

Rubén no ha comunicado la muerte de Natalia. Tras el fallecimiento de su padre, hijo único de una pareja que murió en un pueblo lejano de la provincia de Cáceres y que apenas llegó a conocer, no le quedan parientes y, desde luego, ninguno al que Carpio desee volver a ver. Tampoco conoce a los amigos de Natalia, aunque supone que deben existir en algún lugar, puesto que, en los buenos momentos, en ausencia de demonios, Natalia se hacía querer. Prefiere ignorarlos. Sospecha que algunos pertenecen al lado oscuro, al margen. Ladrones de poca monta, traficantes de barriada, extorsionadores... La frase del desconocido alberga cierto aroma a chantaje.

Se levanta de la butaca con una única idea en la cabeza. Manipula el contestador con la intención de conocer el número desde el que se ha efectuado la llamada. Quizá le resulte familiar. Si no es así, ha pensado llamar desde un teléfono público, si es que todavía queda alguno, o desde un locutorio. Necesita saber algo más del propietario de aquella voz que no consigue apartar de su mente. Quizás incluso logre identificarlo. Con el número puede llegar a saber algo de su propietario. La voz es ligeramente ronca y Carpio juraría que pertenece a un hombre entre los treinta y los cincuenta años. Una voz áspera, como lo es a veces la voz del que ha bebido mucho y durante mucho tiempo. «Voz de mala vida», habría asegurado su madre, cuya vida fue casi siempre mala y nunca bebió, pero, en definitiva, una voz completamente desconocida a la que no consigue asignar nombre ni rostro.

Tras varios intentos fallidos, logra que el número aparezca en la pantalla. Tiene que sujetarse al mueble en el que descansa el aparato para que no le fallen las piernas. Piensa que el mundo se le viene encima y en cierto modo así es. Efectivamente, el número

le resulta familiar, podría repetirlo de memoria. Es uno de los pocos números que puede marcar sin necesidad de consultar libretas ni agendas.

Pertenece al móvil de Natalia.

ELVIRA

Aunque el inspector tampoco consigue hablar con él, puede comprobar a través del cristal de la UCI que el semblante de Romeu es algo mejor, que sus ojos parecen más vivos, su rostro menos afilado y sus reacciones algo más ágiles.

Cuando golpea el cristal para llamar su atención, incluso su forzada sonrisa al reconocerlo le parece algo más real, menos impostada. También observa que han disminuido los tubos y los cables que lo mantienen amarrado a los artilugios de control.

Ignasi se alegra al verlo, al menos eso intenta demostrar, y levanta las palmas de las manos en dirección al techo en señal de impotencia. No tardará en querer salir de allí a toda costa. Es cuestión de horas.

Elvira no ha abandonado la antesala de la UCI durante el rato prohibido a las visitas. Ha conseguido la complicidad de Carme Pons para asomarse de vez en cuando y comprobar que Ignasi sigue vivo, pero la enfermera jefe de planta libra aquella mañana y, en su ausencia, se ha visto obligada a respetar escrupulosamente el horario convenido. Tiene oscuras bolsas bajo los ojos y los rasgos faciales algo caídos, desmayados, como si de pura fatiga hubieran dejado de oponer resistencia a la fuerza de gravedad.

Tedesco recuerda sus labios siempre pintados con discreción y la sombra oscura extendida sobre sus párpados dando profundidad a su mirada. En su rostro no hay ahora ni el menor rastro de maquillaje. Con lápiz de labios o sin él, Elvira López es una mujer guapa. Cargada de años, pero verdaderamente guapa.

Advierte que parece más tranquila, algo más confiada. Ya no tiene un pañuelo arrugado y húmedo entre los dedos ni las lágrimas apuntando a flor de párpados. Tampoco habla ya como en sordina.

—Gracias por venir, Mauricio. Se alegra de verte —le susurra. Y Elvira sorprende al policía atrapándole la mano a la altura de la muñeca cuando se dispone a abandonar ya la UCI camino de comisaría—. Siempre le alegra verte. Y yo también me alegro —añade—. No tenemos parientes y no nos quedan muchos amigos.

Tedesco lo sabe. Tampoco ignora que, a raíz de la jubilación de Ignasi, Elvira ha intentado de mil maneras apartar a su marido de su pasado en el Cuerpo de Policía y de los turbios asuntos de los que se ocupaba cuando estaba en activo. De hecho, sabe que detestaba con toda su alma el oficio de Romeu, que nunca había podido olvidar los riesgos que su esposo corría, y que si algo había deseado Elvira durante toda su vida era verlo alejado de la comisaría. También sabe que él, Mauricio Tedesco, es el ancla de Romeu en el cuerpo policial, su nexo de unión con un pasado que nunca quiso dejar atrás, su balón de oxígeno. A través de Tedesco, Ignasi Romeu mantiene un pie en la comisaría de Les Corts. Por eso Elvira siempre ha recelado de él.

—Parece que saldrá de esta —añade Elvira sin bajar la vista—. Aunque no lo aseguran, parecen pensar que se pondrá bien.

—Lo sé. Estoy seguro —responde Tedesco, mientras se dispone a alejarse para abandonar la UCI—. Hoy parece algo mejor, más animado. Se está recuperando —comenta el policía por llenar los silencios.

—Necesitará tranquilidad.

Es obvio que Elvira no se da por vencida. También lo es que la esposa de Romeu no da puntada sin hilo.

No dicen más, ambos callan. Los sobrentendidos son tantos y tan evidentes que no es necesario seguir hablando.

Tedesco promete volver pronto. Se despide con un par de besos en las mejillas de Elvira y se aleja pasillo adelante. La mujer lo sigue con la mirada hasta que desaparece al doblar una esquina.

TEDESCO

Se siente profundamente aliviado al cruzar el umbral del centro hospitalario y poner el pie en la acera. Cuando pisa un hospital ya está deseando salir. Los aborrece. Suspira y encamina sus pasos hacia la comisaría. No tiene prisa y necesita pensar.

No deja de darle vueltas en la cabeza a la muerte a puñaladas de David Sayago, el joven que perdió la vida a las puertas de una discoteca. No sabe qué pensar. No tienen pistas ni testigos. Ningún amigo se quedó junto a él mientras agonizaba. David se desangró completamente solo sobre la acera sin que la cámara, desactivada desde hacía días por la negligencia del propietario, pudiera ofrecer imágenes válidas. Aparentemente, un callejón sin salida. Un caso que le resulta especialmente doloroso.

Al inspector, pensar en el chico muriendo sin otra compañía que su propio miedo, le revuelve la sangre.

Sabe que Iván se ocupa de averiguar si algún aparato en las proximidades pudiera haber capturado alguna silueta, algún rostro identificable. También que comprobará las redes sociales de los clientes habituales del local, sus nombres figuran en un registro porque obtienen descuentos a modo de fidelización. Confía en él. Si alguien puede encontrar una pista, ese es Iván Cabrera.

Tampoco logra apartar de su mente la estampa del hombre joven, alto y negro que la tarde anterior no perdía de vista las ventanas del piso piloto. Habría dado cualquier cosa por saber qué esperaba varado en la acera, qué pretendía ver con la mirada clavada en las ventanas del piso. Quizá solo quería recuperar su ropa. Tedesco intuye que las pertenencias encontradas bajo la

cama le pertenecen. La talla de su propietario, el tipo y la mala factura de las prendas...

Se maldice mil veces por no haber tomado precauciones, por haber ahuyentado a aquel hombre como lo habría hecho un poli recién llegado al cuerpo. Resopla mientras camina a buen paso en dirección a Les Corts.

Poco antes de llegar a comisaría intenta hablar vía móvil con Velázquez, el forense. Necesita los resultados de la autopsia y los necesita ya. No responde. El inspector se detiene junto a un quiosco y vuelve a llamar mientras repasa los titulares de la prensa diaria. No consigue que atienda la llamada. Como ya es habitual, la maldita e inacabable crisis climática sigue amenazando con devorar, de norte a sur, el mundo conocido, la tierra emergida. Y, también como siempre, saltan a la luz nuevos casos de corrupción que cada vez resultan menos escandalosos. A río revuelto...

Comprueba para su tranquilidad que nada en las portadas hace referencia a la muerte de Natalia y recuerda las palabras de su abuela materna. Jacinta repetía a menudo que «el periódico de hoy envolverá el pescado mañana» y lo hacía siempre de forma desdeñosa. Era su agria manera de recordar la implicación política de su marido, que fue la causa de su muerte temprana.

Compra un ejemplar del de mayor tirada, lo ojea página por página y se convence de que en su interior tampoco aparece mención alguna a la mujer muerta. Experimenta cierto alivio.

Lo intenta de nuevo. Esta vez responde el ayudante del forense, que se excusa en su nombre antes de hacerle llegar el móvil. Velázquez le explica, con cierta desgana y un malhumor evidente, que en la piel de Natalia ha advertido rasguños en los brazos y algún cardenal en torno a sus muñecas; nada que pueda explicar su muerte. No ha apreciado otros signos de violencia. Ni pinchazos recientes, ni agujeros de bala, ni heridas de gravedad. En opinión del forense, el fallecimiento puede atribuirse sin

margen de error a una ingestión de fármacos incompatible con la vida. Fármacos que bien podían formar parte de la medicación habitual de una enferma mental con el trastorno que figura en su historial clínico. La concentración determinada por las pruebas realizadas supera ampliamente la derivada de un tratamiento crónico.

—Un paciente bipolar recibe una medicación muy compleja. Estabilizarlos no siempre resulta fácil, a veces requiere varios fármacos a dosis altas, pero no tan elevadas. Nadie prescribe algo así. Es un disparate.

—¿Estamos hablando de un suicidio? —pregunta Tedesco, que inmediatamente, y de haber podido, habría retirado la pregunta.

—Los polis siempre estáis igual. ¿No os enseñan nada? Os lo explican mil veces y... —responde agriamente el forense—. Me cago en la puta, Tedesco, que tienes una edad. ¿Es que no entendéis nada? ¿Cómo puedo saber en qué condiciones ingirió las pastillas? ¿Con una bola mágica? ¿Me respondes tú? ¿Cómo voy a saber si alguien le apuntaba con una pistola o le retorció un brazo mientras le acercaba un vaso de agua y un puñado de píldoras? Yo te puedo explicar la causa objetiva de la muerte, no sus circunstancias. Eso solo pasa en las películas.

Velázquez habla tan rápido y pone en sus palabras tanto énfasis que pierde el aliento. Se detiene y respira profundamente antes de continuar:

—Pudieron amenazarla, puede tratarse de un suicidio inducido, quizá la sujetaban mientras... Yo qué sé.

—Lo siento, ya sé que eso es cosa mía.

—La gente ve tanta serie de polis, tanto laboratorio, tanta reconstrucción y tanta hostia que cree que todo puede identificarse con unas pinzas y un puto microscopio. ¡Joder! Me tenéis hasta los cojones... La puta que...

Tedesco no quiso escuchar más.

—Entiendo. Gracias.

—Un día de estos me compro una ouija y os doy los detalles.

El policía corta la comunicación mientras el forense sigue aullándole al teléfono como tiene por costumbre.

Muerte por ingestión excesiva de fármacos. La probabilidad de que se trate de un suicidio es más que evidente. Sin embargo, el inspector no quiere limitarse a cerrar el caso dando por cierta la hipótesis de la muerte voluntaria. Poder, puede, desde luego. Valero no tendría nada que objetar. Bastaría con esperar unos días sin más pistas ni nuevos datos, es suficiente con aguardar a que el caso pierda interés y con limitarse a olvidar el tema y a dar por buena la hipótesis de la muerte autoinfligida.

Dado que no han podido contactar con la madre y, a falta de parientes conocidos, de novios o de amigos cercanos, nadie tendrá la menor objeción. Si la prensa sigue sin hablar de la muerte de Natalia Benegas, pronto podría archivar el asunto. Cerrarlo por los siglos de los siglos. Amén. El problema es que no quiere. Necesita una explicación a la presencia de la mujer enferma en el piso vacío y a la más que probable existencia de un hombre que pasaba las noches junto a ella.

El inspector Tedesco no se resigna a abandonar fácilmente un caso abierto. Por el contrario, tiende a obsesionarse, a no dejar de pensar en él hasta dar con una explicación plausible.

Al entrar en comisaría, el policía busca a Lidia Sampedro y le pide que lo acompañe a su despacho. La agente se sienta y abre la libreta en la que anota los datos recabados, las órdenes recibidas y las hipótesis de trabajo.

—Localiza a la madre de Natalia Benegas, hemos de comunicarle su muerte y necesito hablar con ella cuanto antes. Haz lo que sea, si necesitas ayuda, pídesela a Diego o a Iván. Alguien tiene que hacerse cargo del cadáver. Además, espero que pueda decirnos alguna cosa.

—Diego estuvo allí. No había nadie.

—Lo vuelves a intentar. Te plantas en su domicilio y, si no está, preguntas a los vecinos y en las tiendas cercanas. Necesitamos encontrarla.

La agente asiente y su cola de caballo brinca en el aire.

—¡Ah! Antes te acercas a la calle Caballero y hablas con la vecina, sí, mujer, con Marisol Morgades, la que no deja de moverse, la que llamó a Carpio por lo del agua. Pregúntale si alguien ha intentado entrar en el edificio. Seguro que lo sabe. Que te acompañe Diego si está libre.

Echando la cabeza hacia atrás y arrugando involuntariamente el labio superior, Tedesco se lleva el índice a la nariz y remonta sus gafas.

—Por favor, dile a Iván que venga. Quiero hablar con él.

Lidia se levanta y abandona el despacho justo en el momento en que el móvil de Tedesco empieza a sonar en su bolsillo. El policía da un respingo y se apresura a buscar el aparato. No consigue acostumbrarse al súbito sonar del móvil en el bolsillo de la americana, justo a la altura del corazón, tampoco a guardarlo en el bolsillo trasero del pantalón como todo el mundo. Con cada llamada, aurículas y ventrículos se alteran y el ritmo cardíaco se acelera. Cualquier día...

Durante un instante, el pensamiento del policía vuela hasta la habitación de Romeu. Con media sonrisa comprueba que se trata de su hija Marina.

IVÁN

El agente entra en el despacho cuando el inspector acaba la conversación con su hija. Se sienta frente a él mientras guarda el móvil y suspira. Han sido cuatro las palabras cruzadas con Marina mientras ella atraviesa el vestíbulo de un aeropuerto en alguna ciudad europea. Anda en tránsito, como casi siempre. A menudo, Marina Tedesco decide que ha llegado el momento de hablar con su padre durante un «tiempo muerto». Cuando cruza la terminal de un aeropuerto, mientras espera la salida del AVE o

durante un trayecto en taxi. Con el tiempo, Tedesco ha aprendido a no rechistar.

Iván procede despacio, como siempre. Con toda cautela ha cruzado el umbral, se ha sentado algo encorvado y con las manos sobre el regazo, como lo haría un anciano. Se dispone a esperar una indicación de Tedesco. Tiene los modales propios de sus ancestros. También viste como un anciano. Lentamente, levanta la mirada y espera a que el inspector, que remonta sus gafas para mejorar su visión, se dirija a él. Imposible leer nada en un rostro impasible.

—¿Tenemos algo? —lo apremia.

—He enviado al laboratorio un par de camisetas de hombre de las que encontramos bajo la cama, las que parecían no haber sido lavadas todavía.

Al inspector le satisface comprobar que Iván no necesita más indicaciones. Posee el sentido común del que el mundo entero anda tan necesitado.

—Pero ya sabe cómo va, los resultados tardarán, y si el hombre no está fichado es posible que no nos digan nada.

—¿Eso es todo?

Iván Cabrera es metódico. Expone su proceder de forma ordenada y sin prisas. No conoce la urgencia.

—Casi todo. Sabemos que Natalia tenía un hermano menor, así consta en su historia clínica, pero no hay manera de localizar su nombre. La he leído toda. El primer especialista no lo anotó. Era muy pequeño, tenía ocho o nueve años, cuando la atendieron por primera vez. Sigo en ello. Miraré otros registros. También ayudo a Lidia a dar con la madre, era ella la que acompañaba a su hija durante la adolescencia, pero por el momento solo hemos podido localizar su domicilio en el Poble-sec.

Tedesco inclina la cabeza hacia su hombro. Parece contrariado. Pocos avances y aparentemente inútiles. Su pensamiento regresa durante unos instantes a su propia infancia y

adolescencia que transcurrieron en un piso del Poble-sec, a pocos pasos de la plaza del Sortidor.

—He comprobado que el piso sigue a su nombre, pero nadie coge el teléfono ni abre la puerta.

—Lo sé. Acabo de enviar a Lidia y a Cuesta. La verdad es que no hemos avanzado mucho.

—Si me permite...

Tedesco cabecea. Regresa al presente.

—Te permito.

—Si dejas el grifo abierto y pones el tapón, no te importa mucho lo que pueda pasar. Y, sin embargo...

—Y, sin embargo, retiras la estera para que no se moje.

—O para que no interrumpa el curso del agua, para que llegue al rellano —añade el mosso, afilando la mirada—. Para que baje por las escaleras.

Tedesco asiente. También el inspector ha pensado en esa posibilidad, pero prefiere que sea Iván el que la verbalice. Intercambiar opiniones con Cabrera es una forma de pensar en voz alta.

—He pensado que quizá quería que descubrieran su cuerpo cuanto antes, en pocas horas. Si dejaba correr el agua más pronto que tarde, alguien se daría cuenta. Por eso necesitaba retirar todo obstáculo. El inspector cabecea muy despacio. Ambos han alcanzado la misma conclusión.

Iván añade:

—Quizá quería que la encontraran antes de que el hombre que vivía con ella en el piso regresara a casa.

—Cierto. Yo también lo creo.

Durante unos instantes impera el silencio. Son temperamentos afines. Ninguno de los dos se siente incómodo.

—También estoy con lo del apuñalamiento. No hay imágenes y el chico no parecía tener muchos amigos. Han aparecido comentarios manifestando la repulsa por su asesinato, pero nadie

se refiere a él en concreto. De momento, en redes no hay mucho más, pero sigo con ello.

A Tedesco no le consta que Iván tenga ningún amigo. Es solitario y reservado como una esfinge —así lo llaman en comisaría— y asume su singularidad sin complejos. Dicen de él que no tiene sangre en las venas. Nunca se impacienta, nada parece alterarlo y es inmune a las expectativas. Sin embargo, sabe observar, conoce los patrones habituales de conducta y sabe analizarlos.

—En las redes sociales también hay comentarios que aplauden la agresión, eso también es de esperar. Gente que... —no continúa. Tedesco cabecea. Es su forma de hacerle entender que sabe de qué habla. Homófobos.

Tras una pausa, añade:

—¿Sigo alguno de los perfiles que hacen comentarios homófobos?

El inspector asiente, aunque no cree que el autor del apuñalamiento sea tan necio como para comentar la jugada.

—Tenemos los nombres de los que van con frecuencia. Ya sabe. Gente que obtiene descuentos o copas gratis. No es seguro, pero quizá podamos averiguar algo más. Todo apunta a un delito de odio, pero todavía no...

—Trata de sacar algo de los clientes habituales. Indaga si podemos conocer los que estaban allí esa noche.

Iván se encoge de hombros y se dirige a la puerta sin despedirse. No le encuentra sentido a decir «adiós» o «hasta luego» si ambas personas saben que volverán a verse pocos minutos después en un pasillo, en una sala de reunión o junto a la máquina de café. Racional hasta el delirio.

Con la vista en el umbral vacío del despacho, Tedesco rememora la definición de odio que leyó alguna vez y cuyo autor

no recuerda. «El odio es una tristeza acompañada por la idea de una causa exterior».

JESÚS MÁRQUEZ

Se conocen. Carpio ha acompañado en otras ocasiones al perito Jesús Márquez hasta el lugar de un siniestro, pero es la primera vez en que este, al acercarse a la barraca de lata, no le tiende la mano ni lo saluda con la bonhomía y la locuacidad acostumbradas. Márquez no consigue disimular, se siente tan en falso que, sin pretenderlo y tras aproximarse, da un paso atrás. Como si su interlocutor pudiera ser la fuente de contagio de una enfermedad mortal.

Carpio interpreta su hostilidad como una señal inequívoca de que ha hablado con Llobera y de que este le ha transmitido sus sospechas. De no haber sido así, Márquez se habría apresurado a desgranar con todo detalle el partido del domingo, a criticar las decisiones del árbitro y a señalar pormenorizadamente las bondades de cada uno de sus jugadores favoritos.

Jesús Márquez es un hombre de mediana edad, mediana estatura y humor grueso. Muy grueso. Tiene el labio inferior levemente colgandero y los pies patizambos que le obligan a balancearse al caminar calle Caballero adelante hasta alcanzar el edificio en el que Natalia apareció muerta dos días atrás. Representa a la aseguradora y es el responsable de estudiar, analizar y desestimar en la medida de lo posible las obligaciones de la empresa con vecinos o empresarios descontentos. Cumple con su labor entre chistes malos, comentarios de mal gusto y risotadas no siempre bien entendidas por los implicados. Es hábil en la búsqueda de resquicios que permitan a la compañía eludir su responsabilidad. Uno de los mejores empleados, de los más eficaces. Puede resultar muy desagradable si ese es su propósito.

Es astuto, riguroso y mordaz en su trabajo, uno de los peritos mejor valorados por la empresa. Conoce a la perfección las fisuras de cada contrato. Nunca ha tenido escrúpulos. Y lo que a Carpio no deja de sorprenderle: parece convencido de ser una de las personas más simpáticas de este mundo. Resulta más que evidente en su trato que desconfía de la inocencia del joven comercial en el asunto del cadáver hallado en el piso piloto. Le teme tanto o más que a la Policía.

Rubén soporta mal los silencios prolongados y acostumbra a mantener conversaciones largas e intrascendentes con todo el que se pone a tiro, pero esta vez tampoco él abre la boca. Se alegra infinitamente cuando, al apearse del ascensor, cae en la cuenta de que no se han cruzado con Marisol Morgades. La vecina no parece tener otra cosa que hacer que salirle al paso y repetir preguntas que Carpio no desea responder. Una tregua siempre es mejor que nada.

El perito, habitualmente conversador, como lo son muy a menudo los empleados de las grandes compañías aseguradoras, no ha preguntado por ella, no parece interesado en lo que pueda responder. Quizá Llobera no le haya hablado de la vecina. Carpio no la mienta.

Afortunadamente, en el rellano ya no queda agua y la cinta que utiliza la Policía para precintar una vivienda en la que se ha cometido un delito cuelga desmayada del marco de la puerta. Quizás el paso de las horas haya obrado milagros en el parqué y en los bajos de los muebles. Así lo espera Carpio mientras gira la llave en el paño y franquea el paso a Jesús Márquez.

El piso no huele a humedad. El día anterior la empresa recibió la autorización de la Policía y había enviado a un par de empleadas a eliminar el agua restante. Puede observarse a simple vista el rastro del agua abundante y muy reciente. Rubén ignora quién lo hizo, pero agradece infinitamente el gesto de la

limpiadora que, acabada su tarea y antes de abandonar el lugar, decidió abrir las ventanas y subir las persianas.

—Mmmm.

Márquez pasa de una dependencia a la siguiente mientras mueve la cabeza de derecha a izquierda. No le gusta lo que ve. Se agacha frente a cada puerta de madera, pasa las yemas de los dedos por el parqué en las diversas habitaciones y sitúa un nivel primero muy cerca de la pared, después cada vez más lejos. Coloca el nivel una y otra vez, acaricia el parqué y sigue meneando la cabeza. Antes de levantarse acerca la cara al suelo para husmear. Tiene sus propios métodos. Por fin se pone en pie apoyando la mano en el suelo. Procede muy lentamente, emite un suspiro seguido de una queja y se lleva la mano a las lumbares antes de aullar:

—¡Joder! Deformado y bien deformado. El parqué no podrá evaluarse por completo hasta que se seque y se asiente. Quizá sea necesario retirarlo todo. No me extrañaría nada —dice, arrugando la nariz—. Si el tiempo acompaña, serán tres o cuatro semanas como mínimo hasta que podamos decidir si se recupera o si lo arrancamos. Es todo lo que puedo decir por el momento.

Carpio escucha sin objetar nada. No le sorprende el dictamen. Lo esperaba. Prosigue el perito arrugando el labio superior y agravando así la laxitud del labio inferior, como si estuviera contrariado:

—La puerta del lavabo y la de esta habitación son las más afectadas, irrecuperables. Habrá que cambiarlas, eso seguro. El resto, si no se deforman más, se salvarán quizá con un golpe de cepillo. Esto va a subir una pasta. Ya te digo. —Y mientras habla, toma notas en una *tablet*.

Carpio no pregunta, comprende que habla de un cepillo de carpintero que podría rebajar ligeramente el tamaño de la puerta. No es que sea un experto, pero lo ha oído otras veces.

Márquez sigue deambulando por el piso, balanceándose, huroneando, anotando datos en un impreso y arrugando la nariz como un perdiguero. O como un cerdo en pos de las apreciadas trufas, piensa Carpio con malicia. Nunca han simpatizado. Márquez no tiene la exclusiva, también él, un enseñador de pisos, puede ser cruel en sus apreciaciones íntimas. A diferencia del perito, al que le pierden las apreciaciones sarcásticas formuladas en voz alta, nunca las hará públicas.

—¿Fue aquí? —pregunta cuando llegan a la habitación mayor.

Hay curiosidad y algo enfermizo en su entornar los ojos y detener el bolígrafo en el aire. Carpio se limita a asentir en silencio y a abandonar la pieza antes de que aparezcan las lágrimas. No abre la boca, no puede hacerlo sin que se le quiebre la voz. Su semblante muestra a las claras que no piensa hacerlo a corto plazo. Trata de evitar revivir la imagen de Natalia tendida sobre la cama. Muerta.

—Pues sí que eres sensible —comenta el perito, frustrado, abandonando la habitación. Le disgusta la falta de detalles—. El sofá no será problema, la tapicería se seca y hay tratamientos, si queda algún rastro quizá tenga solución. Y yo diría que las sillas también resistirán, pero el mueble bajo y los armarios... Eso es harina de otro costal.

Carpio se acerca a la ventana y mira hacia la calle. En otro momento habría apreciado el cielo de un azul bello y luminoso y los brotes ya crecidos en las ramas de los árboles. Se habría felicitado por haber podido abandonar el barracón.

—Mal asunto. Muy mal asunto, Carpio —asegura el perito a su espalda—. Es demasiado pronto para dar una cifra, pero podemos hablar de más de quince mil euros si hay que retirar el parqué —dice mientras guarda el impreso en una carpeta con las siglas de la aseguradora y mira al vendedor directamente a los ojos—. Eso como poco —añade—. Y si se demuestra que ha habido negligencia...

Acobardado, y por hacer algo que no consista en echarse a temblar de forma manifiesta, Carpio asiente con desinterés. Quince mil euros. Probablemente algo más. La mirada del técnico le hace sentir mal. Muy mal. Es una acusación mal velada. La voz de su amo, la voz de Arnau Llobera.

—¿Y es cierto que no sabías nada?

Harto de preguntas, Carpio asiente de nuevo dando a entender que es cierto, una verdad absoluta. Prefiere no mentir con palabras. Aunque la gente coincida en afirmar que estas son volátiles, que se las lleva el viento, Carpio sospecha que el viento, igual que las arrastra lejos, las hace regresar tarde o temprano hasta las proximidades de tus labios. Por eso prefiere el gesto mudo, la mueca, incluso un movimiento de mano en el aire. Una huella etérea, de mal recuperar.

—En fin, mala cosa, Rubén. Ya te digo. A Llobera no le va a gustar. No sé si traga con eso de que no sabías nada de nada. Cuesta creerlo, la verdad —señala Márquez, mientras echa a andar pasillo adelante inclinándose ahora a un lado, después al contrario, mientras un pie apunta a una pared y el otro a su opuesta—. La verdad es que resulta difícil de... Ya te digo.

Carpio sale detrás del perito y cierra la puerta a sus espaldas. Lo hace lentamente, casi sin ruido. En sus ojos, la mirada de un pez muerto. Se apresura. No quiere enfrentarse a las preguntas de la irritante vecina. No se siente capaz. Ha tenido bastante por hoy. Solo piensa en despedirse y en llegar a casa para seguir a solas con su infortunio.

Desafortunado y solo.

—Mala cosa —repite Márquez, ya en la calle, antes de echar a andar y alejarse en dirección al aparcamiento en el que ha dejado su coche—. Ya te digo.

IDRISSA

El hombre que los contrató el día anterior para abrir una zanja reconoce inmediatamente el rostro de Idrissa sobresaliendo entre los de los desempleados que se arremolinan junto a su furgoneta nada más llegar. Recuerda su elevada estatura, su sonrisa franca y sus brazos fuertes como leños. También su buen conformar.

Le hace una señal y el senegalés se acerca inmediatamente. El hombre que le estrecha la mano dice llamarse Rafa Belmonte. Se aleja unos metros del vehículo para hablar a solas. Idrissa lo sigue. Belmonte le ofrece trabajar durante unos días en sus campos de cultivo por treinta euros diarios. Unas tres semanas, quizás algún día más. Sábados, sí, domingos, no.

—Te vi trabajar y me gustó lo que vi. Si sabes coger una pala sabrás recoger, cavar y sembrar. Si estoy contento con tu trabajo y a ti te interesa, quizá más adelante podamos llegar a un arreglo mejor.

Idrissa no entiende todo lo que dice, siempre se le escapa alguna cosa, pero acepta inmediatamente. Sin pensarlo. Y no es que se deje engañar, sabe que treinta euros no es mucho por deslomarse con un cesto, una pala o una azada desde las 8:30 hasta las 14:30 h, pero es lo más parecido a la seguridad que ha conocido desde que pisara la ciudad meses atrás. Tres semanas. Ha comprendido que el hombre le ofrecía trabajar durante unos veinte días. «Quizá más», ha dicho.

Es lo más estable que recuerda. Creció, como todos los críos en su aldea, preguntándose si aquel día llegaría un plato a la mesa. Y, aunque apenas sabe interpretar lo de «quizá podamos llegar a un arreglo», por el tono y la sonrisa del hombre comprende que es algo bueno, deseable.

Un arreglo.

El semblante animado de Belmonte lo ayuda a decidirse inmediatamente. Además, aquel hombre que le habla despacio para hacerse entender y al hacerlo le alarga una botella de agua,

había cumplido lo prometido. No había intentado engañarlos. Idrissa confía en él. ¿Qué puede perder si no tiene nada?

Asiente con convencimiento.

Belmonte le tiende la mano. Idrissa la estrecha.

—Además, siempre caerá algo —añade Belmonte cuando minutos después se apean de la furgoneta en el límite de sus campos, algo más allá de la zanja en la que habían trabajado el día anterior.

Señala las matas rebosantes de tomates gruesos y demasiado verdes para ser recogidos.

Belmonte señala los tomates:

—Puedes llevarte alguno, te vendrán bien.

Idrissa entiende a medias a qué puede referirse. A la sombra de un árbol, un joven con bermudas rojas y sombrero de paja que apenas levanta la cabeza al verlos coge pepinos de una enorme pila y los alinea cuidadosamente en cajas de madera como si jugara al Tetris.

Desde el primer momento queda claro que el transporte corre a cargo del dueño de aquellas tierras que forman parte del delta del Llobregat y que son fértiles y llanas como una mano abierta. Idrissa, que no sabe dónde se halla, no habría sabido llegar hasta allí por sus propios medios. No los primeros días. Idrissa no necesitará atravesar la ciudad cada mañana. Según alcanza a entender, Jesús Belmonte se compromete a recogerlo y a regresarlo diariamente justo donde los había dejado el día anterior.

—Empezaremos por los tomates. ¿Ves? Vas arrancando solo los que tengan algo de color y llenas esas cajas. Así, como este, los que empiezan a madurar —remarca, y arranca el tomate más maduro de la mata que transita ya del verde al rojo pálido, y para refrendar lo dicho señala las bermudas de Fermín.

—Rojo, ¿ves? Rojo —insiste.

Idrissa asiente. Conoce el color rojo.

—Si tienes alguna duda, el chico o yo te lo aclararemos. ¿Me entiendes?

—Yo entiendo. No problema. Tomate rojo —le asegura Idrissa con una sonrisa repleta de dientes blanquísimos.

—El chico se llama Fermín, es sordo, si necesitas alguna cosa te acercas y le tocas el brazo. Entenderá lo que le digas si hablas despacio. Lee los labios —añade el hombre, señalando primero su propio oído y abriendo y cerrando la boca exageradamente.

Idrissa asiente y repite:

—No escuchar. Yo entiendo.

Y suena raro. Idrissa no está muy seguro de lo que el hombre ha intentado explicarle, pero Belmonte parece satisfecho. El hombre se aleja, se dispone a cargar en la furgoneta las primeras cajas repletas de pepinos formados en hileras, necesita protegerlas del sol. Resopla al alzarse como si el aire expelido pudiera impulsarlo hacia arriba. Cuando acaba, se acerca a Idrissa.

—Toma, ponte esto, lo necesitarás. —Y le tiende una gorra roja con letras blancas. Se puede leer:

El Prat de Llobregat

Pollastres de pota blava

Els millors

Idrissa obedece. Deja la caja repleta de tomates sobre la tierra, descansa unos instantes y bebe agua de la botella que el hombre le ha ofrecido al llegar.

—¡Ah! Yo soy Rafa.

Idrissa pronuncia su nombre y Belmonte ladea la cabeza. Nunca antes lo había oído.

—Idrissa —repite Belmonte—. Lo recordaré.

Con el sol ya alto, Idrissa se quita la camiseta. Trabaja rápido y bien. Trabajar le desenmaraña la mente. Natalia le obsesiona y prefiere estar ocupado. Ni puede ni sabe estar mano sobre mano. Si espera sin hacer nada, sin ganar un euro, tiene la seguridad de que se volverá loco.

Le ha dado tantas vueltas a su situación, ha pensado tantas cosas... Ha llegado a creer que Natalia ha avisado de su presencia a la Policía, que lo ha traicionado, que por alguna razón que no consigue entender ha intentado librarse de él para quedarse sola en el piso. Ha dudado de ella, de sus palabras de amor, del proyectado futuro en compañía, de sus promesas de un bienestar cercano.

Natalia le había repetido muchas veces que sin él no podría seguir viviendo. ¿Cómo seguir creyendo en sus palabras? Ha oído decir que a menudo las mujeres en Europa se encaprichan de los negros, que se acuestan con ellos unas noches y después los apartan sin miramientos, no quieren saber nada más. Quizá Natalia es una de ellas. Una mujer caprichosa, enamoradiza, una mujer en la que no puede confiar.

Mientras coloca tomates en las cajas de madera que rezan «Germans Belmonte. Fruites i verdures. Gavà», Idrissa duda de Natalia. Cada vez está más convencido de que la mujer de los brazos acogedores y los ojos del color de la resina ha puesto a la Policía sobre sus pasos. ¿Qué otra cosa puede pensar? No consigue entender nada. Se esfuerza por apartarla de la mente, por substituir unos pensamientos que lo aniquilan por otros más útiles, menos perniciosos. Quizá, bien mirado, ha tenido suerte. Ha esquivado a tiempo a los agentes y no piensa volver a poner el pie en la calle Caballero.

Hace cálculos. Si sigue con Baakir y Moussa y camina a diario hasta la Diagonal, el lugar en el que Belmonte lo recogerá, puede ahorrar unos quince euros cada día, menos los domingos, que solo reportarán gastos. Y ha de pensar en la ropa. No tiene nada. No

puede cambiarse. Seguro que Baakir o Moussa le prestarán algo. También conoce algún sitio en el que a menudo tienen prendas para los necesitados. Y él lo es. Con ayuda de la parroquia en la que le han asegurado que no hacen preguntas, espera poder enviar a casa lo suficiente.

Al fin y al cabo, casi son buenas noticias.

Pasadas un par de horas, Rafa Belmonte le indica que se siente un rato, que descanse a la sombra de un ciruelo que crece en un margen. Fermín ya está allí mojándose la cara con el agua que mana de un caño. Idrissa obedece. Casi sin querer, al incorporarse se lleva la mano a las lumbares.

Duelen.

—Trabajas bien. Eres rápido y tienes buenas manos. Creo que tú y yo nos entenderemos.

Idrissa, incapaz de formular un comentario, sonrío. Cree haber captado la esencia.

El hombre tiende una porción de queso y un trozo de pan a Idrissa y al chico que ha acabado ya de colocar el montón de pepinos y que la emprende con el queso. Idrissa acepta sorprendido. Siente hambre, pero es una sensación tan familiar que ya no le resulta apremiante.

—Siempre tengo queso, atún, sardinas... Sé que algunos de vosotros tenéis reparos y no queréis fuet, ni chorizo, ni... Qué sé yo... No lo entiendo, pero vosotros sabréis de qué va. Por si acaso, siempre tendrás algo que puedas comer. Y si quieres ciruelas, tú mismo, no te las acabarás —añade el hombre, señalando las ramas arqueadas por el peso—. Fermín ya lo sabe. Puedes disponer de lo que hay aquí. Antes de marcharte coge algún pepino, algún tomate... Es la propina.

El hombre se esfuerza por hablar despacio y por reforzar el sentido de sus palabras con los gestos oportunos.

Idrissa asiente. Ha comprendido. Podrá llevarse algo de fruta y unos tomates. Otra buena noticia.

Fermín suda copiosamente y engulle rápido. Ha leído los labios de Belmonte sin dificultad. Asiente con media sonrisa.

—Ciruelas —pronuncia con dificultad.

Idrissa piensa que no tendrá más de dieciocho o diecinueve años. El senegalés le corresponde con un gesto. Y le dice su nombre. Fermín sonríe. Pronuncia:

—Idriiisssaa.

Minutos antes de las 14:30 h, Belmonte les indica que acaba la jornada, que pueden dejar cestos y cajas, refrescarse en el caño a pocos pasos del ciruelo y pillar alguna cosa sin pasarse. Se sienta al volante y los apremia.

Idrissa agradece infinitamente el agua fresca. Y el sol, y el aire. Y los tomates, las ciruelas y un puñado de judías que ha metido en una bolsa de plástico antes de subir a la furgoneta.

Fermín baja a la altura de Sant Boi y se despide con una «hasta mañana» articulado con dificultad.

Idrissa sonríe. Hasta mañana. Suena bien.

TEDESCO

Tedesco necesita pensar, por eso se ha alejado unas manzanas de la comisaría en busca de un restaurante en el que no se sienta obligado a participar en una conversación, en cualquier conversación. Con toda probabilidad, la charla no le interesará en absoluto. No es hombre de hablar durante la comida y muy raramente disfruta de una sobremesa larga. Solo muy de tarde en tarde interviene en alguna por no agravar su fama de lobo estepario. Y, con hambre de lobo, ha recalado en uno de los locales que frecuenta. Un restaurante sin aspiraciones cercano a la comisaría que regenta Leonor, una gallega de piel muy blanca, ojos muy azules, mejillas sonrosadas y decenas de horquillas en la cabeza para sujetar un cabello en rebeldía. Una mancha del color de la carne roja remata la comisura de su ojo derecho. Tiene la

forma de una moneda grande y en los días buenos la oculta con maquillaje. A partir de mediodía, la mancha siempre resulta visible.

Al parecer, la jornada no pinta bien. Con un delantal limpiísimo guarnecido con puntillas y su nombre bordado a la altura del corazón, Leonor le sirve un plato de garbanzos seguido de cerca por unas costillas de cordero que al policía le saben a poco.

De regreso a la barra y con los brazos en jarras y sin pelos en la lengua, Leonor se queja agriamente de los hijos de puta de los banqueros, de los mamones de los políticos y de la madre que parió al del pescado, que no le ha servido a tiempo las sardinas. Y lo hace a los cuatro vientos y con el concurso de la clientela que asiente entre un bocado y el siguiente.

Por una vez Leonor no mienta a los malditos polis. La familiar presencia del inspector Tedesco sentado a una mesa no acostumbra a representar un obstáculo ni para ella ni para nadie. El policía, que espera poder seguir pensando en sus cosas, le agradece la deferencia. O el descuido. Nunca se sabe.

Come en silencio y con la vista en la pantalla del televisor al que algún alma sensata ha privado de volumen. Protestas generalizadas, indicadores geopolíticos preocupantes, una recua de mandamases impresentables y alquileres al alza. Tras los manifestantes que golpean cazuelas, soplan sus silbatos y gritan, advierte completamente inmóviles, clavadas como siempre en una fachada ya decrepita, las aspas enormes, desproporcionadas, de un molino disparatado. Se trata de El Molino, el antiguo local de variedades en la avenida del Paral·lel que el ayuntamiento y algún inversionista privado tratan de reflotar.

Las imágenes son aproximadamente iguales que las recogidas ayer y aterradoramente parecidas a las de las protestas que traerá el día de mañana. Frente a un recuperado teatro de

variedades, en la plaza de la Catedral, en la confluencia del paseo de Gràcia con la Diagonal, ante el ayuntamiento o junto a cualquier sucursal de una entidad bancaria, las quejas ciudadanas son el pan de cada día. La ciudad entera es una reivindicación sostenida.

Protestas legítimas y algunas resultantes de bulos y patrañas que se repiten en las pantallas de todo el país, ahora los llaman *fake news*, pero son mentiras en toda regla. Embustes, calumnias proferidas a diario que los noticiarios más honestos —si es que los hay— tratan de desmentir. Algunos medios afines a gobernantes con escaso crédito y sospechosa hoja de servicios afirman que los malos tiempos tocan a su fin y que los conflictos armados se encaminan hacia su resolución. Tedesco no lo cree, lo ha oído antes muchas veces. Demasiadas. Otro bulo.

Cuando Tedesco se acerca meditabundo al mostrador para abonar la cuenta, comprende que la digestión de lo ingerido no resultará fácil. Decide volver a comisaría dando un rodeo. Le gusta caminar. A menudo pierde de vista el tiempo en sus interminables paseos por la ciudad. Airear el pensamiento, lo llama él. Por fortuna, el comisario Valero conoce su forma de proceder y la tolera.

De regreso, y tras saludar con un gesto a los agentes parapetados tras el mostrador de Atención Ciudadana, el inspector se cruza con Amadeo Duarte, el intendente, al encarar el corredor de la primera planta. Para su contrariedad, Duarte se detiene en el pasillo, quiere saber cómo anda el asunto de la calle Caballero. No parece tener prisa.

—De momento, poca cosa. La autopsia apunta a un suicidio y no han aparecido señales de violencia. Sigo en ello, pero...

—¿No cree que se trate de un suicidio, inspector? —inquiere el intendente, inclinando la cabeza hacia la derecha en un gesto que repite con mucha frecuencia y por el que es conocido e imitado entre el personal de la comisaría.

—La verdad es que no sé qué pensar. Quizá la mujer se suicidó, no digo que no, todo apunta a que así fue, pero me gustaría saber qué hacía allí, en un piso supuestamente vacío, qué vida llevaba, con quién...

—¿Con quién? Quizás esa sea la clave. Un caso curioso. Bueno, haga lo que pueda, ya sabe que confío en usted. ¡Ah! Y téngame informado. Por el momento la prensa no presiona, andan ocupados, pero nunca se sabe. Un día se despiertan y entran a degüello. No te los sacas de encima. Ya sabe cómo son.

Tedesco lo sabe. Se alimentan de carroña, de cadáveres antiguos o recientes. Tanto da. Como los polis, a fin de cuentas. Como él. Entre las fuerzas de seguridad prevalece una opinión: los periodistas cuanto más lejos, mejor.

—¿Y qué hay de lo de la discoteca?, ¿algún avance, Tedesco?

El inspector niega con un gesto.

Sin más, Duarte endereza la cabeza, se despide y sale de la comisaría. Tedesco se aproxima a la máquina de café.

LIDIA

Lidia Sampedro avista a Tedesco justo cuando este busca en el bolsillo una moneda que introducir en la máquina. Siempre se detiene unos instantes de camino a su despacho. Una parada obligatoria. Medio café según los cálculos. Sale a su encuentro. La agente lleva una libreta de notas en la mano.

—Hemos tardado una eternidad en llegar a la dirección que consta en el historial, inspector. En el Paral·lel, a la altura de El Molino, unos manifestantes han cortado las calles, casi han incomunicado el Poble-sec. Estábamos muy cerca de Vilà i Vilà, a treinta o cuarenta metros, pero...

—Ya lo sé, Lidia, lo he visto en las noticias. Otra manifestación.

Caminan juntos hasta el despacho del inspector.

—Creo que eran gente de teatro, pero no lo sé muy bien. No había manera de llegar —le explica la agente, mientras se sienta junto a la mesa de Tedesco—. Después de dar mil vueltas, de ir hasta la plaza de Espanya y de subir casi hasta Montjuïc, he conseguido que me abrieran el portal jurando que era la cartera. Pero no ha habido suerte, en el piso de la madre de Natalia no hay nadie.

La agente habla muy deprisa y, antes de seguir, decide hacer una pausa y esperar a que el inspector se despoje de la arrugada americana y tome asiento. El policía carraspea y remonta las gafas como si así pudiera oír mejor a la voluntariosa agente. Se sienta con un suspiro que limita con un gemido ahogado.

—¿No tenemos nada?

—No mucho. He preguntado a un par de vecinos y nadie la conoce, aunque tampoco es de extrañar, los únicos que me han abierto eran recién llegados. Una mujer magrebí, que creo que no me ha entendido, y un chico sudamericano que dormía cuando hemos llamado a su puerta. Ha jurado que no vivía ninguna mujer en el piso de enfrente, que él solo había visto a un hombre joven, pero el chico solo hace tres meses que vive en el edificio y tenía un humor de perros. Le he pedido una descripción, pero no sirve de nada. Nada relevante. Además, su testimonio no es muy fiable.

—¿Y en el buzón?

—Nada. Ni cartón ni placa de metal, nada. De hecho, muchos de los buzones se caen a trozos. Casi todos. La verdad es que la entrada da pena. La gente no parece muy interesada en recibir correspondencia.

—No hemos avanzado mucho.

—No, no ha sido un buen día. No hemos sacado nada en claro. Y después tampoco crea que me ha ido mucho mejor.

Tedesco apoya la barbilla en la mano y se dispone a escuchar. La agente abre su libreta, pero no baja la vista. No necesita

hacerlo. Recuerda cada palabra de las apuntadas, incluso el tono en el que han sido formuladas.

—Marisol Morgades afirma haber oído alguna cosa, pero no puede concretar. Está harta de nosotros y ha respondido de mala gana. Habla de algún ruido vago en los pisos superiores, quizás un rumor como de pasos en la escalera, la sensación de una mirada, de una presencia... Sobre todo eso, sensación de ser mirada. Ella dice que quizá la miraban desde el rellano superior, o desde el lavadero. No sé, es todo muy ambiguo. Quizá solo sean imaginaciones. Sigue muy nerviosa. Lo que parece más seguro es que oyó un ruido. Asegura que nunca se cruzó con nadie en la escalera, solo un par de veces con los nuevos vecinos que se están instalando. Nada más. Aun así insiste, dice que recuerda que en más de una ocasión tuvo la sensación de que en el edificio había alguien. Nada concreto.

La agente se interrumpe. Se aclara la voz antes de continuar:

—La verdad, inspector, es que no sé si es cierto que oyó algo o... Parece muy preocupada, creo que si pudiera vendería el piso y se largaba. No sé hasta qué punto recuerda o imagina. Es todo muy volátil.

—Es posible que al encontrar el cadáver de la mujer en el bloque haya creído haber oído, haber notado... Sensaciones a posteriori. Son frecuentes, Lidia, cosas que pasan. A mí tampoco me extrañaría que a toro pasado creyera haber oído, haber visto...

El policía hace una pausa. Cavila.

—¿Le has preguntado si al tener esa sensación había comentado algo con su marido? Si así fuera tendríamos un dato, un punto de...

Sonriente, Lidia Sampedro asiente y su cola de caballo da un brinco en el aire. Se felicita a sí misma por haber pensado en ello.

—Sí, le he preguntado. No le comentó nada, en ningún momento. Dice que han hablado de ello tras lo del cadáver y que el marido nunca ha notado nada raro, pero parece ser que está

poco en casa, que llega para la cena y se marcha muy pronto. A veces incluso está de viaje. De haber habido alguien más en el edificio ella asegura que él no se habría dado cuenta.

Tedesco cabecea abatido.

—No hemos avanzado nada, ni un milímetro —concluye.

El inspector apura los restos del café corto, amargo y muy caliente recién salido de la máquina, y remonta de nuevo sus gafas hasta el puente de la nariz. Marina asegura que si no se las cambia es por poder hacer algo con las manos de vez en cuando. Tedesco acaba de recordarlo y sonríe. Lidia no parece sorprendida. Está familiarizada con los gestos y las muecas inexplicables de su superior.

—Y por si fuera poco tenemos un cadáver cuya familia no conoce su existencia. O su no existencia, si nos paramos a pensar. Si te parece, sigue investigando a ver si das con alguien. Con el padre si es que vive, con algún tío, con algún primo... Existe un hermano menor en algún lugar, otro Benegas González. No puede haber tantos. Por el momento no sabemos mucho más. Intenta dar con él. A alguien tendremos que notificarle el fallecimiento.

—Quizá la madre también ha fallecido recientemente o se ha trasladado. Seguiré investigando. Lo comprobaré. Buscaré al hermano, pero Valero me ha encargado un par de cosas y no sé si...

La agente, agobiada por la acumulación de trabajo, resopla y se levanta para marcharse. Tedesco sabe que son muchos los mandos en la comisaría que confían en ella.

—¿Alguna novedad del apuñalamiento? —pregunta antes de que Lidia desaparezca.

—Iván tiene algo. Una imagen. No la he visto, pero hay algo que le ha llamado la atención. Está en ello y espera que le lleve a alguna parte. Diego ha vuelto a hablar con los padres, no tiene hermanos. Conocían su condición sexual y parece ser que la aceptaban. Están desesperados. Aseguran que David no tenía

enemigos, que no sabían nada de ninguna amenaza, pero la verdad es que tampoco parecía tener muchos amigos. Era un chico algo solitario. Le han dado un par de nombres, pero ninguno de ellos estaba allí esa noche, Iván lo ha comprobado.

Lidia se marcha. El inspector permanece sentado con la barbilla hincada en su mano, la mirada en la puerta cerrada del despacho y la inquietante convicción de que acaban de pasar algo por alto.

RUBÉN

Pocos minutos después de que las seis de la tarde suenen en el campanario cercano, en el edificio en construcción ya no queda nadie. Albañiles de oficio, encofradores y peones por necesidad han abandonado las herramientas y se han cambiado de ropa en el barracón vecino. Algunos, solo unos pocos, se han tomado la molestia de asomar la cabeza y despedirse de Carpio hasta el día siguiente, viernes, último día laborable de la semana. Es de agradecer, piensa Rubén, al que no le sobran los afectos.

Tiene el estómago revuelto y el ánimo de un condenado a muerte. Ha pasado la tarde pendiente del móvil y temiendo una nueva llamada de la comisaría. Corresponde a los operarios con un «hasta mañana» que acompaña con una sonrisa.

¿Mañana?

No se atreve a pensar en mañana. Natalia está muerta y él negando el vínculo de sangre. ¿Existe mayor traición? Por si eso fuera poco, es culpable de disponer de los bienes de la empresa que le paga al final de cada mes, tiene a la Policía husmeando en su vida y quizás el inspector encargado del caso esté a un paso de averiguar el parentesco que lo une con la mujer fallecida. Solo Dios sabe de qué pueden llegar a acusarlo.

Nada puede ir peor. O quizá sí.

¿Mañana?

Por hacer algo, se ha asomado a la puerta y los ha visto desaparecer entre risas, lamentos, empujones y alguna mala palabra al aire y sin ánimo de reyerta. Los más jóvenes parecen especialmente contentos de pisar la calle, alguno se pierde en el bar cercano para la primera cerveza. Siente envidia de los hombres que se alejan. Para el comercial ha sido una jornada desesperante, larga y desquiciante hasta la locura. Los nervios a flor de piel y la barraca recalentándose según avanzaba el día.

Un infierno.

Y a Carpio le queda más de media hora para echar el cierre.

Una pavorosa eternidad.

Prende un cigarrillo de pie en el umbral del barracón, siente los nervios tensos como las cuerdas de un violín. Observa que se advierten ya los primeros nubarrones que parecen acolchar el cielo. Carpio necesita urgentemente aire libre y la proximidad de la gente. Esa compañía distante de los paseantes a la que se ha acostumbrado con el tiempo a falta de otra más cercana. Piensa en Mireia. Su punto de fuga. El único pensamiento amable al que puede recurrir. Se ha hecho ilusiones. Le gustaría seguir la conversación iniciada, invitarla a cenar, a un café... Pero es tanta la angustia que experimenta que no sabe qué puede decirle. El miedo lo paraliza. Ha vuelto a fumar con la convicción de que hacerlo lo ayudará a pasar las horas.

Sobre la ciudad, las nubes cada vez más oscuras ocultan por completo el sol tibio de la tarde.

—¿Rubén Carpio?

Junto a él, a su derecha, muy, muy cerca, la misma voz, escabrosa, ronca, que ha conseguido intimidarlo desde el contestador y que hace saltar todas sus alarmas corporales. Las rodillas casi se doblan, incapaces de soportar su peso, el corazón comienza a percutir como un martillo neumático y el estómago brinca hasta alcanzar la altura de su esternón. Al menos así se lo

parece a Carpio, que se gira lentamente intentando controlar un cuerpo desbaratado por el miedo.

No contesta.

—Tú, mamón. ¿Por qué no me has llamado? ¿Es que no entiendes nada? —le espeta la voz casi al oído.

Una gota de saliva sale despedida hasta su mano y otra alcanza su cuello. Carpio las retira como si acabara de morderle una serpiente.

—¿Quién es usted? ¿Qué tengo que entender? —pregunta al tiempo que encara al desconocido de la voz intimidante que acaba de reconocer por su aspereza.

—Que te tengo cogido por los huevos, cabronazo. —El hombre se ha aproximado y ha alzado la mano en la que sostiene un cigarrillo hasta aproximarla a los ojos de su interlocutor—. Que no tienes escapatoria, que sé lo que has hecho.

Su gesto es amenazador. Sabe que su aspecto atemoriza a los que, como Carpio, visten traje y corbata y nunca han usado los puños ni empuñado una navaja. El hombre, que no tendrá más de treinta y pocos años pero que se mueve como un viejo, levanta las manos ante el rostro de Rubén como para retener su atención.

El desconocido es algo más alto que el joven comercial y extremadamente delgado, y lleva encima lo que parece ser todo su fondo de armario. Los pantalones apretados se ciñen a unas piernas de alambre, y a Carpio le sorprende la delgadez de su muñeca, que no es mayor que la de un niño. El desconocido tiene los ojos hundidos en unas cuencas grandes y oscuras, una nariz afilada con la que podría cortar pan, pocos dientes y amarillentos y el pelo largo, sucio y desmayado sujeto en una cola a la altura de su nuca. Lleva varias camisetas superpuestas, y remata su apariencia una *bomber* negra con un desgarrón en un costado. No parece tener buena salud.

Rubén se yergue y afirma con un resto de coraje:

—No le conozco de nada y no sé de qué me está hablando.

—Serás cabrón, hijo de puta. —La ausencia de algunos dientes en una boca muy maltrecha para un hombre de su edad hace que el sujeto escupa involuntariamente al aire—. Era tu hermana. Natalia era tu hermana, tu única hermana, so mamón. ¿O es que ya no te interesa acordarte?

Siente repugnancia y miedo. Rubén Carpio está a punto de apartarse. No lo hace. No quiere ofenderlo, tampoco demostrar que lo teme. En otras circunstancias, el desconocido habría suscitado su compasión. En las presentes, su proximidad consigue acobardarlo todavía más.

—Te hablo de tu hermana Natalia, hijoputa. ¿Cómo has podido...? ¿Es que no tienes nada aquí dentro?

—insiste, y se golpea el pecho como lo haría un gorila en celo—. Sangre de tu sangre. Lo más sagrado. ¡Hay que joderse!

Quizás el hombre que lo insulta mientras le recrimina su silencio ignora que solo eran medio hermanos, pero a la vista de su teatralizada indignación parece un detalle sin importancia.

—Si quiere usted esperar un rato... Estoy trabajando y ahora no puedo atender...

—¿No puedes qué?, ¿dices que no puedes atenderme? Serás gilipollas. ¿Quién te has creído que eres? ¿No has entendido que te conviene hablar conmigo?, ¿no has entendido que puedo destrozarte? Yo sé quién era aunque tú no lo hayas reconocido. Lo sé perfectamente. Puedo explicarlo todo —grita, al tiempo que se aproxima y se señala la sien—. ¿Tan imbécil llegas a ser?

La saliva escapa de nuevo de su boca. Carpio piensa en su aliento cargado de alcohol y siente náuseas. Retrocede un par de pasos hacia el interior del barracón hasta chocar con la mesa. Se sobresalta. Trata de disimular y de mantener la compostura. Demasiado tarde.

—¿Cómo sabe que no he identificado a mi hermana?

—De cajón. Porque al día siguiente estabas aquí, en este puto garito en esta lata. Estabas aquí como el cabrón que eres. Si

hubieras hablado te habrían largado inmediatamente. Una patada en el culo y adiós muy buenas.

Irrebatible.

—Vuelva dentro de un rato, hacia las siete. Habrá acabado el horario de visitas y podremos hablar —promete Carpio.

El desconocido desairado golpea con violencia la chapa con la mano abierta al tiempo que grita:

—Aquí estaré, mamón, hijo de la gran puta. Lo que le has hecho a Natalia no se le hace a nadie. Aquí estaré. No me perderás de vista, gilipollas. Aquí estaré —amenaza.

Rubén siente que se ahoga. Se apoya en la mesa para no caerse e intenta regular la respiración.

Desde el umbral, el sujeto que puede acarrear su perdición no deja de golpear la gran caja de chapa que retumba. Propina un par de patadas antes de gritar:

—Volveré. Ya lo creo que volveré. No me perderás de vista. Hablaremos. Te lo juro por mis muertos. No me moveré de aquí hasta que hablemos de Natalia. Y ve preparando la pasta. No te va a salir barato.

Hace una pausa, pierde el resuello. Durante unos instantes no hay más manotazos ni más patadas. Ni más gritos.

—Por mis muertos que volveré —remata, con otro golpe a baja altura que Carpio atribuye a una patada dada con todas sus fuerzas.

Sentado sobre la mesa y con una mano sobre su estómago, Rubén Carpio inclina el cuerpo hacia delante. Segundos después, cierra la puerta sin mirar hacia dónde se dirige el sujeto amenazador, se lleva una mano al corazón enloquecido y concentra todas sus fuerzas en no desplomarse.

Le duelen las palabras del desconocido que se han hincado en su pecho como puñales. «Era tu hermana. Lo más sagrado. ¿Cómo has podido?».

IDRISSA

Moussa llega a la nave que ocupan acarreado sobre la espalda toda su mercancía, decenas de gafas de sol de todos los colores y tamaños. Baratas imitaciones de las marcas caras. Baakir asegura que los cristales de plástico fríen las pupilas, que no pueden ir bien para los ojos, pero ese es un tema que Moussa no acostumbra a tocar. No es asunto suyo. El comprador sabe lo que se lleva y de la seguridad, o de la ausencia de seguridad, se encargan los jefes del negocio. Además, ¿qué puede esperar un comprador por cinco o diez euros, cristales de última generación?, ¿tecnología alemana? Él mismo lleva al entrar a la nave unas gafas de montura amarilla, cristales color humo y tamaño desproporcionado. Como de soldador sin recursos.

—Otra vez —escupe, pateando el suelo al entrar y levantando algo de polvo. Parece irritado.

—¿Otra vez qué? —pregunta Idrissa, que ha calentado agua en un cazo y diluye unas cucharadas de café soluble y algo de azúcar con una cucharita de plástico.

—Llueve. Otra vez llueve. Acaba de empezar. Suerte que me ha pillado cerca. ¿Quién va a querer gafas de sol cuando llueve? —responde contrariado.

Ha dejado el hatillo de las gafas sobre una silla junto a la puerta metálica de la entrada y sacude la cabeza para retirar el agua del pelo mientras resopla y maldice en su lengua materna.

—¿Quieres?

—Sí, me vendrá bien.

Moussa se agacha junto al hornillo, se sube las gafas hasta hacerlas encajar sobre su frente y, descansando el peso de su cuerpo sobre las puntas de los pies, sorbe lentamente el café desleído. Permanece en cuclillas mucho rato como si estuviera sujetando un cuenco de aluminio en la diminuta casa de barro en la que ha crecido. Siempre en cuclillas, como ha visto hacer a su

padre y a sus tíos. En su casa tampoco había sillas para todos y los críos se acucillaban o se sentaban directamente sobre el suelo. Los hombres pasaban largos ratos agachados en torno al fuego.

—¿Has pensado en los paraguas?

Moussa no contesta. Lo ha pensado, pero prefiere las gafas. No hay nada comparable a la hora de echar a correr.

Idrissa, de pie y a pocos pasos, aprovecha para indagar si alguien ha llamado preguntando por él. Continúa pensando en Natalia y cree recordar haberle anotado el teléfono de Moussa. Es una posibilidad. Remota, pero posibilidad al fin y al cabo. No se le ocurre otra. Si ella quisiera volver a verlo, podría comunicarse con él a través de su amigo. En todo ello piensa Idrissa. No puede creer, por más que lo intente, que ella lo haya olvidado de un día para otro.

—No, no ha llamado nadie preguntando por ti. ¿Esperas alguna llamada? —quiere saber Moussa, manifiestamente malhumorado.

—No lo sé. Quizá sí. He dado tu número y llamarán si...

—¿Esperas que ella te llame? —inquire con sarcasmo—. Quítatela de la cabeza. Te lo he dicho más de una vez. Se cansan pronto, muy pronto, y al negro la patada... Es lo que hay.

Idrissa, que apenas ha hablado de Natalia, no acierta a responder. Abre mucho los ojos y, algo alarmado, espera en silencio una explicación que tarda en llegar. Moussa se echa a reír. Hay algo de crueldad, casi de burla en su risa exagerada. A punto está Idrissa de llevarse el índice a los labios y rogarle que calle. Nadie debe saber que están allí, por eso siempre se mueven en silencio y hablan y ríen en sordina. Aquella carcajada le hieló la sangre, y no solo por la posibilidad de que alguien sienta curiosidad por la risa que proviene de la nave abandonada, también porque sepulta todas sus esperanzas.

—Cuando alguien como tú y como yo duerme en una cama, hay una mujer, Idrissa. Siempre la hay. Y tú dijiste que tenías techo y cama. Te acostumbraste a lo bueno. También yo estuve con una y me acostumbré. Todavía nos vemos. Una mujer joven, se llama Sonia. Treinta años, trabaja en una tienda y tiene piso propio. No es muy guapa, pero tampoco está mal. Lo pasamos bien, muy bien. Duró dos meses, lo que tardó en hacerle caso a su familia, sobre todo a su madre, que no me podía ni ver, pero fueron los mejores días aquí. Después, Moussa a la calle y ahora nos encontramos siempre a escondidas.

Moussa levanta las manos en el aire como un mago que echa a volar una paloma y prorrumpe en una nueva risotada.

—Ya ves. Aquí estoy. Si la veo, bien; si no, también. Me gustaba dormir en una cama y sentarme a una mesa, pero no se acaba el mundo, ya lo verás. Con mujer o sin ella, con cama o sin ella... Lo que importa es el dinero, Idrissa. Por eso siempre digo que sí. Sí a casi todo. Gafas, relojes... Y si hay que vender paraguas... —Se encoje de hombros y su gesto es de resignación—. Incluso algún..., ya sabes. Algún polvo. —Adelanta levemente las caderas, insinúa el coito—. Conozco a un par de mujeres algo más mayores, no como Sonia. Se me da bien. Me empalmo pronto. No problema. Han oído hablar de que los negros calzan bien. Siempre quedan satisfechas. Lo que importa es que deje de llover, que la gente tenga dinero y que se lo gaste. Eso es todo lo que importa. Y si tienen ganas de follar... Yo digo que sí a todo. Si es un trío también me apunto. Conozco a un tío que monta..., los llama «encuentros», pero son lo que son. Gente follando. Pagan bien y puedes pasar un buen rato. Yo digo que sí a todo —se interrumpe, y sopla para enfriar el café.

Todo es todo. Sí a todo. Y no hace ninguna falta concretar.

—Si te interesa, puedo darle tu nombre. Pero, eso sí, necesitarás un móvil.

Idrissa no acaba de creer lo que está oyendo. Niega con un gesto.

—Sin tonterías, Idrissa. Con dinero siempre hay cama, y si quieres hay mujer. Y techo y comida. ¿Por qué estamos aquí? ¿Eh, dime? ¿O tú no has venido a hacer dinero? ¡Ah, perdona! Olvidaba que tú eres un mártir. Sí, como Baakir. Dos mártires.

Idrissa está a punto de asentir. Es cierto. Ha venido a hacer dinero. No lo hace. Se limita a seguir escuchando a Moussa, que sigue hablando de mujeres con las gafas de sol en la cabeza y un reloj dorado del tamaño de un plato de café en la muñeca.

—Te tomas todo demasiado en serio. Tienes obligaciones, una familia en África, una madre, una hermana... Lo sé. Dependen de ti, de lo que les envías, ya lo sé. Me lo has explicado mil veces. Lo he visto mil veces más. Todo lo que quieras, Idrissa, pero pareces un viejo. Cada vez te pareces más a...

Con la cabeza señala el rincón ordenado en el que acostumbra a dormir Baakir.

—Piensa en lo que te has divertido con ella. Piensa en eso. No te lamente. Tienes buen cuerpo, estás sano y no eres tonto. Las mujeres te miran. Las he visto. Y tú también las miras. Si no cierras los ojos, pronto habrá otra, si sonríes, si aprendes a acercarte a ellas... Y quizá sea más guapa y tenga más dinero. Pero necesitas vestir mejor. Así no vas a ninguna parte.

Idrissa asiente. Se resiste a explicarle que todo cuanto tiene se quedó bajo una cama en el piso piloto. En la calle, al otro lado de la pared de la nave, una moto, probablemente trucada, petardea. Idrissa da un respingo. Moussa ha hecho una pausa. Parece reflexionar, recordar su propia vida, destilar el pensamiento.

—¿Que una se ha cansado de ti? Pues ya llegará otra. Y quizá tengas suerte y no debas romperte la espalda cavando o descargando sacos. Quizás alguna quiera casarse contigo. Puede que incluso te enamores. Tú eres de esos. Conozco a uno al que no

le ha ido nada mal. Ya van por el segundo hijo y él es jefe de un concesionario.

Idrissa apura su café y ladea la cabeza. Nada de lo que oye le parece cierto, sin embargo experimenta cierto alivio. Le cuesta creerlo, pero quizás es habitual que una mujer blanca, una mujer que se ha criado en otra cultura, se canse de ti de un día para otro, que no te diga ni adiós, que... Nunca habría pensado que con Natalia las cosas acabarían así, de buenas a primeras, sin un adiós, sin palabras. Pero es otro país, otra forma de hacer las cosas.

Idrissa tiene poca experiencia en estos asuntos. Se ha pasado la vida entera trabajando en lo que ha podido y ha tratado a pocas mujeres con las que no lo uniera algún tipo de parentesco. Siempre creyó que Natalia era sincera cuando le prometía matrimonio y una vida entera en compañía. Creyó en ella sin fisuras.

—Eres alto, fuerte, tienes buen cuerpo, buenos dientes. No estás mal. Con algo de dinero y otra ropa...

—añade Moussa, arrugando la nariz con cierto desdén—. Sobre todo, otra ropa, si sigues así nadie se va a acercar a ti.

Idrissa se pone en pie, deja la taza en el balde de los cacharros sucios y, en silencio, se dirige a la puerta. Otra ropa. Si Moussa supiera que no tiene nada más... Ni otros calcetines, ni una camiseta... Nada.

—Yo podría dejarte algo... —insinúa Moussa a su espalda.

—Gracias. Me iría bien —responde el joven antes de salir a la calle.

La lluvia ha amainado, y las calles, casi vacías, son un buen lugar para pensar.

A Idrissa le gusta la lluvia. En el poblado siempre era recibida con alegría. Las mujeres la celebraban con cánticos que acuden a su memoria mientras camina con las manos en los bolsillos y la mirada baja. Cánticos que no olvidará mientras viva.

«No mires a los ojos», le había aconsejado Baakir tiempo atrás. «No les gusta». Moussa no opina lo mismo. Él asegura buscar los ojos de las mujeres.

Idrissa no lo hace. Se limita a avanzar con la mirada en la acera tratando de retener las lágrimas mientras piensa en Natalia y en su incomprensible silencio.

TEDESCO

Cuando Tedesco abandona la comisaría y echa a andar, llueve poco y lo hace con delicadeza. Para su gusto es una lluvia algo endeble, de la que no correrá en regueros hacia las alcantarillas, pero lluvia al fin y al cabo. La luz de las farolas se refleja en los charcos y en la chapa mojada de los coches aparcados. La luna creciente asoma ya entre los nubarrones. En otras condiciones habría pensado en un atardecer casi perfecto, húmedo y fresco, y en una ciudad limpia y de calles despejadas. Sin embargo, el inspector tiene el pensamiento lejos, en el dossier casi vacío de un caso abierto, el de Natalia Benegas. Ha dejado a Iván rastreando la procedencia de una imagen aparecida en las redes que cree poder relacionar con la muerte del joven a la puerta de una discoteca, y a Lidia tratando de encontrar al hermano menor cuyo nombre no figura en la historia clínica.

Camina durante más de una hora y no siempre siguiendo el trayecto más corto. Deambula en dirección a su casa. Andar lo reconforta y, generalmente, lo ayuda a pensar. Es propenso a los largos trayectos a pie y en solitario. Ignora que el joven senegalés al que ha ordenado seguir camina también a pocas manzanas de distancia.

Cuando los centenares de metros pesan en sus rodillas y el agua acumulada empapa su ropa, Tedesco entra en un bar no lejos de su casa. No es uno de los que frecuenta. No tiene ganas de hablar, ni tan siquiera de saludar al personal como acostumbra a

hacer por pura cortesía. Ha cenado allí en alguna ocasión. Conserva una memoria vaga de las cosas que considera irrelevantes, pero recuerda el espejo tras el mostrador y los banderines que cuelgan del cuello de las botellas. Estuvo allí meses atrás, en un local casi lleno en el que trajinaban un par de camareros entrados en años mientras en el televisor dos equipos que no llegó a identificar corrían tras un balón.

Se acerca a la barra y pide una ración de tortilla de patatas y una copa de rioja. Anota el pedido una chica con el pelo de un rojo estridente que lleva un aro en la nariz, se ha aplicado una sombra de ojos color antracita y luce una chapa plateada, como de soldado en el frente, en la que puede leerse: «Erika Pérez Cifuentes AB+».

Al servirle, puede ver el tatuaje de una alambrada a modo de brazalete. Es una chica a la que no ha visto antes. La recordaría. Tras haber colocado un vaso, cubiertos y un dispensador de servilletas de papel, y haber cortado un generoso trozo de tortilla, Erika lía un pitillo, pero no lo prende. La chica le sonríe cuando el policía le ruega que baje el volumen del televisor. Acatando la prohibición, se lo fuma poco después en el umbral propulsando el humo hasta la calle.

—A usted tampoco le va esta mierda —comenta en alusión a una tertulia vespertina en la que los participantes cruzan gritos y voces como si se hallaran a mucha distancia unos de otros.

Tedesco asiente. Le habría sorprendido mucho menos encontrar detrás de la barra una pareja de jóvenes chinos. En el establecimiento no hay más clientes y el policía cena en absoluto silencio y en la silenciosa compañía de la joven pelirroja de tinte. Una chica sonriente, precavida y algo estrafalaria que probablemente no ha cumplido todavía los veinte años.

Hace semanas que el inspector no cocina. Nunca le gustó cocinar. Tampoco hace la compra ni se preocupa de llenar la nevera. Ángela, su asistente, se ocupa de que no falten los huevos, las latas de conserva, las magdalenas y el pan de molde.

De que siempre encuentre algo que llevarse a la boca. Además, le entristece sentarse a solas a la mesa de su comedor y detesta la compañía del televisor. Desde que enviudó unos años atrás, se siente irremediabilmente solo al llegar a casa. Por ese motivo llega tan tarde como le es posible y sale poco después de despertar, porque le pesa el vacío como una losa sobre el pecho y no consigue evitar la sensación de que en cualquier momento, al pasar de una habitación a otra, Fina estará allí. Leyendo, corrigiendo los ejercicios de sus alumnos o buscando una emisora en el dial de la radio. Y no quiere, por nada del mundo, pensar en Fina como en una presencia fantasmal, en un espectro, en una aparición fruto de una mente ociosa, angustiada.

Fina ha muerto, no es un ectoplasma. Tedesco no quiere coquetear con su recuerdo. Se niega a renunciar a la cordura aunque hacerlo, dejarse seducir por la posibilidad de un espectro amable, le procurara cierta forma de compañía.

La tortilla y el pan con tomate le saben a gloria. El vino, aceptable, acompaña bien. El policía, cómodo en el silencio del local vacío, experimenta cierta inquietud. No consigue librarse de la sensación de haber pasado por alto un dato relevante. Daría algo por tener a Iván Cabrera sentado frente a él con la mirada serena y la mente ordenada para pensar en voz alta. Repasa por enésima vez todo lo que han conseguido saber hasta el momento. Es bien poco. No deja de darle vueltas a lo difícil que está resultando localizar a algún familiar.

Introduce «Benegas González» en el buscador de su móvil. Ninguna de las entradas parece corresponder al hermano pequeño de Natalia.

Paga, sale y recorre el trayecto que lo separa de su casa con la cabeza baja y el mal presagio de una larguísima noche de insomnio. Cuando abre el portal de su edificio, recibe un SMS de Marina.

«¿Comemos juntos el domingo?».

Responde el policía presionando torpemente la pantalla táctil:
«Claro. Donde siempre».
Quizá la noche no sea tan mala.

RUBÉN

Acaban de sonar las siete en el campanario más próximo. El desconocido de la voz destemplada y el aspecto enfermizo abre la puerta del barracón y, adelantando la cabeza, brama:

—Tú, mamonazo, ¿me escuchas ya o necesitas que te calce un par de hostias bien dadas?

Carpio, que se ha puesto en pie, se estremece. El sujeto, de una delgadez extrema, no parece disponer de la fuerza suficiente para tumbar a nadie, pero Rubén detesta la violencia desde que era un crío y no está muy seguro de saber oponer resistencia. Ni a él ni a nadie. No lo ha hecho nunca. Es de los que, por fortuna y con algo de esfuerzo por su parte, lograron pasar casi siempre desapercibidos sin despertar ni la ira ni la simpatía de sus colegas. Consiguió librarse de burlas y de golpes. Desde luego, no quiere dos hostias, ni de aquel hombre, todo huesos y mugre, ni de nadie.

Intenta aparentar tranquilidad.

—Aquí no podemos hablar —asegura, tratando de fingir determinación, y se acerca a la puerta sosteniendo la llave. Está muy lejos de experimentar la seguridad que aparenta—. Puede entrar alguien. Tengo que cerrar.

—Joder, tío, cuánto remilgo y cuánta mandanga. Espabila, que está lloviendo —protesta el desconocido, que retrocede con torpeza hasta la acera y a punto está de caer hacia atrás—. Joder —repite con un aleteo de los brazos con el que trata de recuperar un equilibrio ya de por sí precario.

Carpio comprueba que llueve apaciblemente, sin estridencias. Quiera lo que quiera el sujeto que tiene a pocos pasos, Carpio

piensa evitar que los vean juntos. No puede entrar con él en una cafetería, no quiere que nadie asocie sus caras. Ocurra lo que ocurra, no necesita testigos. Lo que tenga que decirle, siempre mejor a solas. La lluvia es una buena excusa.

—En la obra no nos molestará nadie —le indica, señalando el estrecho vacío junto al barracón que corresponde al futuro portal y por el que se entra al edificio a medio levantar. Echa a andar hacia las escaleras que conducen a los pisos a medio construir.

No mira atrás.

—Serás cabrón. ¿No puedes pagarte un cubata?

Carpio piensa que puede, que todavía puede, pero que no tiene la menor intención. Alcanza las escaleras de las que solo existen los peldaños y sube hasta el segundo piso entre las agrias protestas del sujeto que rezonga a sus espaldas. De cada tres palabras, una es inadecuada.

—¿A qué viene esta gilipollez? ¡Para, tío, que estoy jodido! —grita cuando apenas ha subido cinco o seis escalones—. ¡Que pares!

Y Carpio piensa que no miente. Si hay en la ciudad alguien con un aspecto poco saludable, ese es el sujeto que lo sigue escaleras arriba y que apenas consigue respirar sin detenerse.

—¡Te he dicho que pares, cabrón! —aúlla, y una sarta de toses y de flemas acompaña sus palabras.

Carpio hace oídos sordos, no descansa hasta que alcanza lo que será muy pronto el rellano de la segunda planta. En el edificio en construcción no queda nadie. Sea lo que sea lo que aquel sujeto tenga que decirle nadie podrá oírlos. Por encima de los tabiques a medio levantar contempla la lluvia mansa y piensa en Natalia. A su hermana mayor la lluvia la deprimía. Siempre, sin excepción. En los malos días podía ser una maldición. Su madre había llegado a rogarle:

—No le digas que llueve, Rubén, no se lo digas todavía. Ya se dará cuenta. Igual cuando se despierte tenemos suerte y ya ha

parado.

El desconocido de rostro afilado alcanza por fin el rellano y permanece unos segundos inclinado y con las manos descarnadas apoyadas en las rodillas. Recupera el resuello sin dejar de maldecir entre dientes. Cubierto con varias capas de ropa parece sentir frío, Carpio juraría que tiembla.

Cuando el desconocido alza el rostro y enfrenta la mirada de Rubén Carpio, este comprueba que tiene los ojos enrojecidos y la mirada turbia, como febril. Parece enfocar con dificultad. Es evidente que se ha pinchado o que ha ingerido o esnifado alguna cosa: coca, pastillas, heroína... Carpio no puede reconocer de qué se trata, nunca ha consumido, pero el gran esfuerzo que acompaña a todos sus movimientos, su tembladera y su mirada confusa no dejan lugar a dudas.

—Tú no me conoces, pero yo sí sé quién eres, cabrón.

—¿Podríamos dejar los insultos? No creo que sea...

—Tú a mí no me das lecciones de nada, gilipollas. No te hagas el santo. Soy yo el que manda aquí, capullo, y tú el imbécil que puede caerse con todo el equipo. Te tengo cogido por los huevos. ¿No te has dado cuenta, subnormal?

El desconocido se aproxima y le golpea la sien con el índice. Su aliento huele a sumidero.

—Usted dirá —contesta Carpio con aparente hastío, pero experimentando una alarma creciente—. Por cierto, no sé con quién estoy hablando.

—Me llamo Raimundo, Ray para los amigos, pero para ti Raimundo Serrano. Pero mi nombre es lo de menos. No importa. Yo era amigo de tu hermana. Hace un tiempo estuvimos en el mismo puto piso bajo tutela. Hasta que ella se cansó. Fue entonces cuando nos fuimos una temporada a vivir juntos. Yo la protegía, ¿sabes?

—¿Protegerla? ¿Quién quería hacerle daño? —pregunta Carpio cuando la posibilidad se abre paso en su mente—. ¿De qué la

protegía?

Es consciente de que ignora muchas cosas de la vida de Natalia, siempre ha sido así. Ni tan siquiera la madre de ambos hablaba de Natalia sin reservas. Por otra parte, resulta evidente que el sujeto, demacrado y maloliente, que no parece capaz de mantenerse en pie, difícilmente está en condiciones de prestar la menor seguridad a nadie. Y menos a la frágil Natalia Benegas. Rubén siempre pensó que si su hermana necesitaba algo con verdadera urgencia era algo que nadie le podía proporcionar. Ni los médicos ni los terapeutas ni sus seres queridos, por mucho empeño que pusieran. Si algo precisaba era protección de sí misma.

RAIMUNDO SERRANO

Raimundo Serrano escupe antes de continuar.

—Cuando estábamos juntos y no nos llegaba, ella hacía algún trabajo... Algo rápido. No muchos, los suficientes.

El desconocido hace una pausa, tiene dificultad para construir frases largas.

—Ya me entiendes. Se trabajaba a tíos conocidos, gente que se la tiraba y aflojaba una pasta. A veces se conformaban con una mamada. Estaba buena tu hermana —añade con cierta nostalgia—. Estaba buena y, en ocasiones, hasta le gustaba. Te lo aseguro. No siempre, dependía del día, pero a veces le iba la marcha. Había días...

Rubén cierra los ojos unos instantes. Intenta controlar la imaginación. No quiere pensar en Natalia prostituida. Se niega. Carmen lo sospechaba, por eso callaba y no quería saber. No preguntaba. Se limitaba a acoger a su hija cuando esta se presentaba llorosa y en los huesos. Por esa misma razón abandonó el tratamiento. Estaba demasiado cansada, exhausta, y muy asustada. Rubén recuerda que se echaba a temblar cuando el

teléfono sonaba a horas intempestivas o cuando el timbre del portero automático quebraba el silencio del piso. Siempre temía lo peor.

—No necesito detalles. ¿Era su macarra?

—Si quieres llamarlo así... Tú mismo. Yo prefiero creer que era su asesor, una especie de agente... Un mánager, un representante. Yo hablaba de ella, le buscaba contactos... —añade con una risotada que le obliga a toser durante un par de minutos—. La palabra no importa, lo que importa es que te tengo cogido por los huevos. —Y con una mano hace el gesto de retorcerle los genitales.

—Además de insultarme, intentar intimidarme y explicarme las partes más desagradables de la vida de mi hermana, ¿me dirá de una vez qué coño estamos haciendo aquí?

Nada de lo dicho por el sujeto de manos trémulas ha sorprendido a Carpio. No ignora que la vida de Natalia tenía un lado oscuro. Mucho más oscuro de lo que ella había llegado a admitir cuando se sentía apurada y necesitaba alojamiento o unos billetes para buscar un techo y algo que llevarse a la boca. No le sorprende que se prostituyera, ni que se drogara, ni tan siquiera que vendiera sus órganos. Alguna vez había hablado de desprenderse de un riñón.

«Tengo dos. Me sobra uno. Y ofrecen una pasta», había asegurado en una ocasión antes de que Rubén le alargara un par de billetes de cincuenta euros.

¿Qué puede haber peor que los reiterados intentos de suicidio? Rubén no imagina nada más terrible. Y, sin embargo..., tiene la certeza de que algo sucedió durante su infancia, poco antes de que el padre de Natalia desapareciera para siempre. Algo sucio, aborrecible, algo espantoso de lo que Carmen González nunca quiso hablar.

«No le preguntes nunca, Rubén. ¿Me oyes? Nunca. Natalia tiene derecho a olvidar. Júramelo. Júrame que no preguntarás»,

le había ordenado Carmina cuando Rubén todavía pretendía comprender. Y Rubén había jurado. Nunca preguntó.

—No tengas prisa, mamón, todo llegará. Yo no tengo prisa, lo tengo todo hecho, como los señores.

El hombre ha alzado la voz y se tambalea muy levemente. Es incapaz de controlar la totalidad de su cuerpo. Escupe de nuevo muy cerca de los zapatos de Rubén, que retira el pie derecho.

—Ella se cansó de mí, no sé por qué, pero se achantó. Me dejó y volvió al piso. La muy puta dijo que no quería saber nada más de mí y se dio el piro. Como si pudiera plantarme de un día para otro. Me dejó a dos velas. Los muy cabrones la trasladaron a otro piso para que yo no la encontrara y le perdí la pista. Se libró de mí, se salió con la suya la hija de perra.

Hace una pausa, apenas puede respirar. Carraspea desagradablemente y saca un cigarrillo del bolsillo del pantalón. Lo enciende con dificultad, trata en vano de aclararse la voz y entorna los ojos.

—No lo sabías, ¿verdad? —inquieta con una sonrisa socarrona.

Le tiembla visiblemente la mano que sujeta el pitillo y se ve obligado a apoyarla sobre el vientre para hablar. A pesar de que intenta mantenerse firme, todo él parece temblequear.

—Pensó que se había librado de mí, pero se equivocó. La vi hace unos días, en la calle Caballero, en su misma puta calle. Pura casualidad. Era casi de noche y pasaba con la bolsa de un súper, la muy... —No acaba la frase.

Da una calada y trata de continuar.

—Como una jodida señora de su casa. Iba bien peinada, parecía estar limpia y había pasado por el súper. Tenía buen...

No puede acabar la frase, sus pulmones protestan, no pueden aceptar más humo. La tos del sujeto es desagradable, seca como un latigazo, y le obliga a doblarse sobre sí mismo y a escupir. No apaga el cigarro. Cuando se recupera, levanta la mirada con los ojos entornados. Prosigue:

—Tu hermana tenía buen aspecto y seguía estando muy buena. La muy zorra iba a lo suyo y no me vio.

—¿Y...? —le urge Carpio, que empiece a entender por dónde irán los tiros.

—Y la seguí, no te jode... Vi en qué portal entraba y que lo hacía con su propia llave. Pensé que era un piso tutelado, pero me extrañó. Un edificio nuevo, una zona cara... No entré. No hubiera entrado por nada del mundo. Me hubieran largado a patadas. No soy un jodido idiota.

Carpio se traga el comentario que le sube a la boca.

—Al día siguiente, el martes por la mañana, muy temprano, me apalanqué frente a su portal y esperé a que saliera. A las nueve ya estaba en la calle. Fue a la farmacia, compró algo y la seguí. De vuelta, antes de que se cerrara la puerta, la empujé y entré con ella. Estaba asustada, pero no gritó.

Una nueva interrupción deja en suspenso el hilo del relato. Rubén apenas consigue controlar la impaciencia.

—No quiso que habláramos en el portal y, como yo no pensaba irme, me dijo que bajara la voz y que subiera. Era un bloque nuevo de los que valen una pasta. Entonces no lo entendí, le dije que mejor en la calle, pero me aseguró que no pasaba nada, que estaba sola.

Raimundo Serrano se lleva el cigarrillo a la boca y una columna de humo se eleva en dirección al techo. Carpio, con las manos hechas puños, inquiere:

—¿Y...?

—¿Y sabes qué me explicó la muy puta cuando llegamos al piso y le dije que no pensaba moverme de allí?

Hace una pausa dramática que acaba en una larga ristra de desagradables toses agónicas.

—Me dijo que lo del piso era provisional, que se marcharía pronto, que tenía las llaves porque su hermano era el vendedor de

la promoción y que no podía saberlo nadie. Me pidió que no se lo dijera a nadie. ¡Pobre tonta! No lo vio venir.

Nueva pausa. Otra calada y el humo obturando los pulmones.

—Fue entonces cuando vi el cielo abierto y la amenacé, le dije que haría saltar su historia por los aires, que hablaría con la constructora, que te denunciaría... Que te iba a joder vivo. A ti y a ella.

Un nuevo y obligado silencio que emplea en seguir respirando.

—Pensó que podía librarse de mí. Tuve que sacudirla un poco, tuve que impresionarla. Las mujeres solo entienden una cosa. Ya sabes...

Nueva pausa y algo más de humo.

—Yo necesito dinero. Pasta larga. Tengo muchos gastos. Muchos. Ni te lo imaginas. Llevar la vida que yo llevo no es barato.

—No lo dudo. ¿Y yo qué tengo que ver?

—Mucho, tienes mucho que ver. Todo. Ella no tenía dinero, aflojó unos euros, poco, muy poco, y entonces se echó a llorar. Le dije que podría encontrarle algún trabajillo de los de antes, lo justo, solo para recompensarme por haberme dejado colgado. Una o dos veces por semana, gente conocida, algunos de los que la recordaban. Tampoco era cuestión de asfixiarla.

—Qué comprensivo, me estoy emocionando.

—Calla y escucha si sabes lo que te conviene, cabronazo. Fue entonces cuando me habló de él, del senegalés.

—¿El senegalés?

—Sí, un sin papeles que se la follaba desde hacía unas semanas, quizás un par de meses. Ella dijo que el negro la quería, que la cuidaba como no la había cuidado nadie, que nunca había estado con alguien como estaba con él. Aseguró que era un hombre trabajador y que ella no quería perderlo. Y creo que no lo decía solo por el manubrio, ya sabes. Creo que el negro también estaba encoñado.

Serrano, al que Carpio detesta ya sin reservas, se interrumpe para llevarse la mano libre a los genitales elevando el índice hacia el techo en un gesto abiertamente obsceno.

—Se la tiraba, eso seguro, la tenía contenta, pero ella no hablaba de eso. Creía que estaba enamorada. ¡Hay que joderse!

Rubén Carpio, de buena gana, le habría partido la cara al desgraciado que tiene delante. Retiene los puños junto a los muslos. En lugar de hincharlo a golpes se limita a esperar.

—Fue entonces cuando lo vi claro.

—¿Qué es lo que vio claro? —pregunta, dudando internamente de que Serrano pudiera ver clara alguna cosa.

—Serás gilipollas, qué va a ser, lo del senegalés. Un ilegal, un sin papeles. Le dije que, o me daba dinero o denunciaría a su perla negra a la Policía. Lo repatriarían de inmediato. Eso si no lo acusaban de ocupación ilegal, de violación o de cualquier otra chorrada. Una de dos, ella escogía. O colaboraba o podía despedirse del negrata. Y se lo creyó. Era una incauta. Tu hermana juró mil veces que no tenía dinero.

Serrano hace otra pausa para respirar.

—Y era cierto —señala Carpio—. No lo tenía.

—La muy puta me dijo que pasaban con lo justo, que todo lo que tenía me lo había dado. Chorradas. Como si no la conociera. Insistí y le pegué un par de guantazos. Fue entonces cuando me dijo que pasara al día siguiente, que haría lo que pudiese. Que tendría algo para mí.

RUBÉN

Raimundo Serrano tira el cigarrillo consumido al suelo y trata de aplastarlo con dificultad. Se desequilibra al intentar poner el pie sobre la colilla. No atina y a punto está de caer hacia un lado. Se arrepiente del gesto de inmediato. De nuevo agita los brazos

como un pájaro desmañado y se revuelve como un gato dentro de un saco. Cuando por fin recupera la verticalidad, prosigue:

—La muy cabrona quería sacárseme de encima. Lo vi claro. No paró de llorar. Me tenía miedo. Sabía que yo no bromeo. Le dije que le daba unas horas, le aseguré que volvería aquella misma noche.

—¿Y volvió? —pregunta Carpio por acelerar la explicación de los hechos.

Serrano carraspea antes de poder contestar.

—Claro, soy un tío de palabra. —Y Rubén a punto está de sonreír. «Un tío de palabra»—. Volví algo antes de las ocho y me encontré con un buen marrón, pero eso ya lo sabes. Ambulancia, maderos por todas partes y no sé qué historia con un grifo abierto... Eso es lo que decían los mirones, yo no llegué a entrar. ¡Un grifo abierto! También te vi a ti hablando con un poli.

—Ya.

—No sé muy bien por qué lo hizo, pero el caso es que aquí estamos y tú estás en falso. Y lo que cuenta es que yo lo sé. Sé quién eres y lo que hiciste. Y si no cumples conmigo, me presento en comisaría y te va a caer un buen paquete. —Y subraya sus palabras inclinándose hacia su interlocutor hasta casi rozarlo.

Carpio trata de no echarse a temblar. El hombre le repele y le aterroriza a partes iguales.

—Y tú sabes que la información es poder. Y más si puede comprometer a alguien. Lo del senegalés se ha ido a la mierda, no tengo ni idea de quién es ni dónde anda, tampoco podría sacarle pasta, eso seguro. No debe de tener dónde caerse muerto. Debe de estar peor que yo, pero yo tengo más gastos. Y solo quedas tú. Y no querrás que tus jefes se enteren de que...

—He hablado con la Policía. Les he dicho que yo le di una llave a mi hermana. Ya lo saben. No me va a sacar...

El hombre afila la mirada y adelanta un puño que impacta contra las costillas de Rubén. Un golpe sin consecuencias.

—¿Me has tomado por imbécil?

Carpio se arma de valor.

—No, por imbécil no. Por chantajista, por extorsionador, y no le va a servir de nada porque...

—No me he caído de un nido, ¿sabes? Y no soy gilipollas. He tenido mala suerte, las cosas no me han salido bien, pero esto...

—Y apunta con el dedo hacia su sien—. Esto todavía me funciona.

—Mire, si pretende...

—¿Qué ibas a hacer tú aquí si hubieras hablado con la Policía, eh? A ver, explícamelo. ¿Por qué te reunirías con un tipo como yo que pretende sacarte dinero? No soy tonto. —Y mientras habla sigue aporreando el pecho del joven vendedor asustado—. Yo no tengo nada que perder, pero tú lo perderás todo. Ya te lo he dicho, capullo, te tengo cogido por los huevos y estoy dispuesto a arrancártelos. ¿Quién te va a contratar cuando sepan lo que has...?

El sujeto da un paso adelante con la inseguridad del que camina sobre tierras cenagosas y con el índice golpea ahora a Carpio allí donde acaba el esternón en un gesto propio de un secuaz del crimen organizado. Tiene graves dificultades para conservar el equilibrio. Acabado el gesto amenazante, estira los brazos a los lados como haría un funambulista. Resulta patético en su torpeza.

—Tú, capullo, vas a soltar la pasta o despídete de tu trabajo de mierda —añade, escupiendo justo junto a los zapatos de Rubén Carpio, que a punto está de saltar hacia atrás de puro asco—. Y de tu traje de señor, de tus zapatos, de ese reloj y de tus aires de ser alguien, ¡hijoputa!

—¿Y si me niego? Yo mantenía a mi hermana, tampoco tengo dinero, y si lo tuviera no iba a...

—Tú me vas a soltar dos mil euros ya mismo, ¿me oyes? Y los vas a sacar de donde puedas si quieres que cierre la boca. Tú sabrás de dónde... Los bancos prestan pasta a la gente como tú.

—No pienso darle ni un euro —le ataja Carpio—. Ni quiero ni puedo. Le aseguro que no tengo... —balbucea—. Y no creo que un banco me preste con mi escaso sueldo...

Hace lo que puede para disimular la alarma. Está atrapado en un edificio en construcción junto a un yonqui que puede hacer saltar por los aires lo poco que queda de su vida.

—Serás cabronazo. ¿Con quién te crees que estás hablando? ¿Crees que me chupo el dedo? Te voy a partir esa jeta de mierda, desgraciado.

El hombre airado tiembla por entero. Tira el cigarrillo y trata de nuevo de golpearle con el índice, esta vez lo aproxima a la parte baja del cuello. Carpio, intimidado por el desconocido de la boca mellada, se hace a un lado. Le repugna el aliento agrio del hombre. No lo piensa. Simplemente se aparta poco más de un palmo, lo justo para esquivar el dedo y que este quede rígido en el aire.

Con el índice apuntando al vacío, el cuerpo entero de Raimundo Serrano se abalanza inseguro hacia delante.

Serrano, con las facultades claramente mermadas, no puede impedir que uno de sus pies interfiera la trayectoria del otro. Se tambalea, da un par de pasos desmadejados intentando recuperar la perpendicularidad respecto al suelo y agita los brazos enloquecido. Intenta, sin éxito, dar un paso atrás. No lo logra, solo consigue perder el equilibrio un poco más. Como un payaso torpe. Trata de detenerse, pero no lo consigue. Sigue trastabillando, avanza. Hace cuanto puede, pero es muy poco. No puede evitar precipitarse por el hueco de la escalera. En el edificio solo han construido los escalones, no han fijado todavía la barandilla ni han levantado un mal muro protector. Se enfrenta cara a cara al

vacío, un enorme vacío, por el que meses más tarde transitará el ascensor.

Y, aunque Carpio, en un acto reflejo, extiende el brazo e intenta asir su cazadora y detener la caída, Serrano cae sin darse apenas cuenta desde una altura de dos pisos.

El cuerpo se desploma sobre una pila. Algunos ladrillos se desparraman y acaban quebrándose. Serrano se golpea la cabeza y queda tendido sobre los que siguen apilados. No hay aullidos de pavor ni quejidos ni súplicas de auxilio.

Solo un grito ahogado en la garganta de Carpio y el estrépito de los ladrillos desplazados y rotos que acaba en un silencio pavoroso.

En el exterior, la lluvia rumorosa sigue cayendo dócil sobre la acera.

VIERNES

TEDESCO

Tedesco siempre ha sido un hombre de costumbres inamovibles, de rutinas incorporadas muy adentro en sus meninges con el paso de los días. Por eso, el viernes por la mañana, cuando entra en el París y no encuentra a Romeu acodado a la barra, casi se sorprende. Hace muchos años que Ignasi lo saluda a diario con un «Buenos días, Colombo» desde el extremo más cercano a la puerta.

Muchos años antes de que Romeu se jubilara compartían ya el primer café, las mismas imágenes en la pantalla del mismo televisor, los mismos titulares en el mismo periódico y el mismo camino hasta la comisaría. Ambos frecuentaban los mismos agentes y lidiaban con parecidos problemas relacionados con el procedimiento policial. De todo eso hace casi media vida. A veces, cuando Romeu estaba en activo, incluso participaban de un mismo caso y colaboraban en una misma investigación.

Media vida es demasiado tiempo.

Mientras espera la taza de café ultraconcentrado, Tedesco decide llamar a Elvira.

La esposa de Romeu responde pronto, al tercer tono.

—Soy Mauricio, Elvira. Quería saber cómo sigue Ignasi.

—Algo mejor, Mauricio, algo mejor. Ayer por la tarde, a última hora, lo subieron a planta. Está más tranquilo. Necesitaba salir de la UCI. Si quieres, puedes hablar con él. Te lo paso.

Y sin darle tiempo a responder, Tedesco oye a Elvira, que murmura, y, acto seguido, una voz inconsistente que recuerda

lejanamente a la de Ignasi Romeu.

—¿Colombo?

—Sí, soy yo, Ignasi. ¿Qué tal estás?

—Dicen que sigo vivo, pero no estoy muy seguro, ya me conoces, soy de mal conformar y siempre me queda alguna duda. Elvira sí está segura —responde el enfermo—, y eso me tranquiliza. A ella también la conoces. He estado bien jodido, Mauricio, pensaba que de esta no salía.

Se interrumpe unos instantes y aguarda a que se normalice su respiración.

—Cualquier cosa me agota. Elvira dice que debería estar dando gracias, y tiene razón, pero no sé yo... Empiezo a estar de todo esto hasta las mismísimas pelotas.

Tedesco sonríe para nadie.

En el televisor elevado de la cafetería, imágenes de hombres y mujeres protagonizando protestas en diferentes puntos de la ciudad. En uno de los planos, las descomunales aspas de un molino presidiendo una fachada demasiado pequeña. De nuevo El Molino, el antiguo local de varietés explotado durante años a imitación del Moulin Rouge. En unas imágenes evocadoras de tiempos pasados, se suceden los militares, las cupletistas más o menos atractivas, los empresarios y numerosos pelagatos que se pasean por el establecimiento en el que las vedettes lanzan procacidades a un público sometido a los rigores morales del franquismo.

Tedesco, acodado en la barra, tiene la mirada prendida en las aspas inmóviles. El pensamiento, también. Sabe que debería recordar algo.

En la línea telefónica, unos instantes de absoluto silencio.

Romeu se impacienta.

—¡Eh! ¡Mauricio! ¿Sigues ahí? Acabo de decirte que no me he muerto, pensé que te gustaría saberlo.

El inspector sale de su ensimismamiento, abre el dossier del caso y pasa un par de páginas. Vuelve a cerrarlo y cabecea en señal de asentimiento.

Romeu, con el teléfono en la mano y cada vez más escamado, vuelve a preguntar:

—¿Mauricio? No me jodas que te has muerto tú. ¿Estás ahí? ¿Quieres decirme qué coño está pasando? Ya sé que no eres muy hablador, pero... —El inspector puede oír la voz de Elvira que le pide que no se altere.

—Sí, Ignasi, perdona, estaba pensando... Oye... Una cosa.

—Tú dirás. ¿Quieres que te hable de mis válvulas, de mis venas obstruidas, de mi presión arterial, de la lista de medicamentos que acaban de prescribirme? Porque tengo para rato.

Cuando Romeu eleva la voz, esta resulta más real, más familiar.

—No, no, por favor. Tú también me conoces y sabes que puedes ahorrarme los detalles. Lo que quiero es que recuerdes, que hagas memoria. Conoces la ciudad mejor que yo.

—Es verdad, de memoria todavía ando bien. Y, desde luego, conozco esta ciudad como la palma de mi mano. Mucho mejor que tú, pero no necesito que me des coba. ¿Quieres ir al grano, Mauricio? Al grano, que te dispersas.

—Tiene relación con un caso y acabo de... Bueno, a lo que voy, hay una calle en Barcelona..., es la calle Vilà i Vilà. ¿Te suena?

—Sí, claro. En el Poble-sec.

—¿Dirías que está justo detrás de El Molino?

—Sí, justo detrás. Alguna vez habíamos ido tú y yo a comer una paella en el Elche. Si no me equivoco, es esa misma calle.

—Ya, es lo que creía. El Elche...

—Sí, hombre, un arroz. Son esos granos amarillentos de la paella junto a un par de gambas y un puñado de mejillones.

De nuevo, el silencio de Tedesco ocupa la línea.

—¿Eso era todo?

—Por el momento —responde Tedesco, y de nuevo le sonríe al vacío. Si la memoria no le falla acaba de comprender qué es lo que le ha pasado por alto.

—¿Te hablo de mis arterias, sí o no? Si quieres te paso a Elvira y ella te hace un resumen, y por el mismo precio te lo actualiza cada seis horas.

—No bromees, Ignasi, que te ha ido la vida. Sabes que me alegro de que estés mejor. Y no, no me pases a Elvira. No creo que quiera hablar conmigo. Ahora no puedo, tengo que llamar a...

—Mauricio, no me jodas, calla y escúchame —ordena Romeu, pareciéndose cada vez más a sí mismo—. Era por joder, solo por joder. Estás algo espeso. ¿No lo entiendes? Por joder, Mauricio. Es mi naturaleza. Ya me conoces. ¿Tú me ves a mí hablándote de mis arterias? Si hasta yo mismo preferiría no saberlo.

—Te llamo esta tarde y te cuento, creo que tengo algo —promete—. ¿Puedo llamarte luego?

—No sé, Mauricio. Tengo un partido de pádel con el de la cama de al lado que tiene una neumonía bilateral —lo interrumpe Romeu con todo el sarcasmo que puede reunir—. Pero si estoy ocupado te atenderá mi...

—No me jodas. ¿Pádel? ¿No podías haber improvisado otra cosa? Algo más de nuestros días.

—Aquí estaré, Colombo. Ya me contarás.

Tedesco se despide sin entrar al trapo del cinismo. Abona el café con el móvil todavía en la mano y llama de inmediato a comisaría.

Serena contesta a su llamada.

—Hola, Serena. ¿Ha llegado Lidia?

—¿Lidia Sampetro?

—La misma.

—Ha llegado y acaba de salir. Una llamada urgente. Creo que por un caso de los que están llevando, algo muy reciente. Estos

días no para.

—Gracias. Voy para allá. Llámala y dile que necesito hablar con ella cuanto antes. Esto también es urgente. Muy urgente. Si no vuelve a comisaría, dile que me llame.

—Así lo haré.

—¿Iván está libre?

—Creo que sí.

—Si no lo está, que deje lo que esté haciendo y me llame cuanto antes. Necesito que haga unas comprobaciones urgentes.

—Entendido.

Tedesco ha cortado la comunicación y se acerca ya a la avenida de Madrid en busca de un taxi. Necesita llegar a comisaría lo antes posible.

IDRISSA

Acaban de llegar a Gavà. Belmonte le indica que lo siga.

—Un día espléndido. —Idrissa comprende sus palabras y sonríe.

El viernes 11 de mayo ha amanecido magnífico. Belmonte, que siempre anda al aire libre, agradece el aire aparentemente limpio y el cielo despejado y azul como un fondo de piscina. Pero no lo será tanto para Idrissa cuando, unas horas más tarde y con el sol en lo alto, siga trabajando en un invernadero en el que, dada su elevada estatura, deberá avanzar siempre inclinado. Por otra parte, la temperatura, que en el exterior alcanzará los veinticuatro grados, se acercará a los veintinueve a mediodía bajo los plásticos. Por fortuna, Idrissa todavía no lo sabe. Sonríe.

Belmonte ha acompañado al senegalés hasta el trozo de campo cubierto con plástico y se detiene junto a la entrada con los brazos en jarras. Fermín ya está dentro manejando lo que parece un gran carro de supermercado.

—Espléndido —repite con dificultad.

Toca coger unos pimientos grandes y de un rojo tan intenso que parecen de mentira. Son como de cera. El joven senegalés nunca los ha visto tan perfectos, tan iguales, de un rojo tan poderoso. Brillan como acabados de frotar. Sin daño alguno, sin mácula. Inclinado sobre las matas, el tiempo transcurre lentamente. Muy lentamente. Idrissa tiene el pensamiento en el recuerdo de Natalia y las manos enredadas entre las ramas.

Acabadas ocho de las muchas hileras de pimientos rojos, Belmonte les indica que pueden descansar. Se sienta Fermín sobre una piedra en un margen a la sombra del ciruelo, mientras Idrissa se refresca en el caño. Visto desde las proximidades del suelo, tal y como lo ve Fermín, el cuerpo del senegalés parece interminable, prodigioso. Idrissa se sienta junto a él. En silencio se disponen a esperar el almuerzo. Ambos sienten hambre y fatiga. Idrissa, que se inclina mucho más a causa de su estatura, experimenta una sombra de dolor en la zona lumbar.

Completamente abstraído, deja vagar la vista a través de los campos. Fermín le toca un brazo para llamar su atención. El senegalés da un respingo.

Fermín une las manos a la altura del pecho a modo de disculpa.

—Tú alto, muy alto —pronuncia el chico con la dificultad que acompaña generalmente a la sordera, mientras eleva la mano derecha por encima de su cabeza—. Tú tienes buen cuerpo. Muy alto.

Idrissa asiente, no sabe qué contestar a lo que considera una evidencia desde su infancia. Es alto, un chico muy alto que desde la adolescencia se acostumbró a sobrepasar más de un palmo a muchos de sus amigos. Sonríe, interpreta las pocas palabras del chico como lo que son, un cumplido.

—¿Tú masái?

—No, no. No masái. Yo Senegal. No masái. —Y al pronunciar en voz alta el nombre de su país regresa la tristeza que se

apodera de él de tarde en tarde, cuando parece que las cosas nunca han de mejorar.

Fermín coge con una mano el enorme bocadillo de atún que le tiende Belmonte mientras con la otra parece querer sacudir el suelo desde la distancia en un gesto que Idrissa no tarda en reconocer. Bota una pelota inexistente.

El chico sonríe.

—¿Básquet?

Idrissa cabecea en señal de asentimiento mientras se lleva su bocadillo a la boca. No sabe cómo explicar. Se encoge de hombros y lo intenta:

—Yo gusta básquet, yo jugar en Senegal. Jugar bien. Gustar. Aquí no equipo. No papeles. No equipo.

Y cuando afirma no tener equipo, Idrissa lo hace en el más amplio sentido de la palabra. Fermín no lo sabe, pero puede sospecharlo. No solo no tiene equipo en el que jugar, no tiene pista, ni entrenador, ni compañeros ni nada, por no tener no tiene ni unas zapatillas deportivas con las que recorrer la cancha en cuatro zancadas. No tiene nada.

—Yo juego en equipo. No equipo bueno. En mi barrio. Puedes venir —lo invita Fermín, con la boca llena y los ojos algo más brillantes—. Entrenador muy contento. Yo también. Tú muy buen fichaje.

Idrissa se señala los pies y niega con pesar. Por el gesto y por la cara de contrariedad del senegalés, Fermín comprende sin dificultad. Asiente. Puede jugar sin la equipación, sería humillante, aun así lo haría, se muere de ganas, pero no puede saltar a la pista con el único calzado que tiene y que tampoco es el más apropiado.

—¿Qué número?

Con ayuda de los dedos, Idrissa señala primero un cuatro y después un ocho.

—Uuuuufffff —resopla Fermín, y agita en el aire la mano que no sostiene el bocadillo—. Tienes pie muy grande. Yo las busco. Yo tengo amigos, las busco. Entrenador también buscará. Yo le hablaré de ti. Buscará.

Idrissa se encoge de hombros nuevamente e inclina la cabeza.

—Bien. Contento —responde, porque cree necesario decir alguna cosa, mostrar algún tipo de agradecimiento—. Pero no papeles. No jugar.

No dice más, intenta no pensar. Ha aprendido a no esperar casi nada de los demás. Jugar de nuevo a básquet es poco menos que un sueño. Conoce las reglas, pero nunca ha jugado en un equipo, siempre en partidos improvisados con una canasta vieja y torcida en el margen de un solar polvoriento. Partidos en los que siempre era el mejor, no tenía rival. Su estatura era una garantía, pero además tenía fondo, potencia física, buena coordinación. Tenía posibilidades. Pero Idrissa no ha conocido entrenador, ni compañeros. Ha aprendido las reglas del juego en la calle, en la televisión y en la escuela primaria con un maestro marsellés que amaba el deporte.

—Papeles no son problema. No federados, liga de amigos. Tú crack, tú estrella —asegura Fermín, dando los últimos bocados a un bocadillo de dos palmos—. Además, entrenador sabe, si le gustas puede arreglar, él tiene amigos. Si quiere lo puede arreglar. Jugarás con nosotros, luego se verá.

—Contento —repite el joven senegalés cuando advierte que Fermín parece ilusionado ante la perspectiva de integrarlo en su equipo. Pero Idrissa no lo está. No se atreve. La vida le ha enseñado que no puede permitírselo.

—Cuando te vea el entrenador... —Y Fermín, sonriente, sacude la mano en el aire como si le quemase—. Cuando te vea el entrenador...

IVÁN

Siguiendo las instrucciones del inspector, Iván apenas ha tardado unos minutos en comprobar que el coche policial conducido por Cuesta que acompañaba a Rubén Carpio a su domicilio dejó a este cerca de El Molino, a unos metros de la calle Vilà i Vilà, la misma calle en la que Carmen González vivió la mayor parte de su vida. Sin que sean necesarias nuevas indicaciones, el agente ha empleado mucho menos tiempo en contrastar la filiación de Rubén Carpio González y su domicilio actual. Acaba de confirmar la veracidad de la hipótesis que se ha abierto camino en la mente del inspector.

El agente espera a su superior junto al mostrador de atención al ciudadano. Es hombre de pocas palabras y le basta con un gesto para hacerle saber que no anda equivocado.

Tedesco insinúa una sonrisa de satisfacción.

Sin abrir la boca, con una mirada, Iván le indica el vehículo policial sin logotipar en el que Diego Cuesta acaba de sentarse al volante. Tedesco comprende que es un asunto urgente, las explicaciones llegarán mientras se desplazan. Ocupa el asiento posterior y lo hace con un profundo suspiro. Le incomoda la parte delantera. Demasiados estímulos distraen el pensamiento y se le va el santo al cielo. También le disgusta que sea Cuesta el conductor. Sabe que aprieta el acelerador como si le fuera la vida. Iván le explica en pocas palabras que han recibido una llamada. Los obreros que trabajan en un edificio en construcción han alertado del hallazgo de un cadáver. El mismo edificio en construcción cuyos pisos trata Rubén Carpio de vender en su cueva de lata. Lidia ya está en el escenario.

—Ya está muerto, Cuesta. No viene de unos minutos. —Y Diego tuerce el gesto y reduce la velocidad.

—Dile a Lidia que quiero hablar con Carpio cuanto antes.

Iván llama a la agente y transmite las órdenes del inspector. Acabada la conversación, aprovecha para comunicarle que tiene algo en relación al asesinato de David Sayago:

—Acabo de verlo. Todavía no sé si...

—Explicate.

—Verá, uno de los habituales de la discoteca ha colgado una foto en la que aparece una mancha de sangre sobre el pavimento. No se ve el cadáver, solo la mancha, un fragmento. Tampoco hay pie de foto. Pero me fijé. Justo donde vimos el cadáver al llegar al escenario el pavimento cambia, en algún momento hicieron un remiendo y no tenían a mano las baldosas originales, los *pannots*. El caso es que utilizaron otras. La sangre se extendió sobre dos tipos de baldosas. La foto que han subido a Instagram está hecha en ese mismo sitio, corresponde a un fragmento muy pequeño de la acera, la he comparado con las que tomó la Científica. Creo que no me equivoco.

—Bien hecho, pero pudo ser alguien que fotografió el lugar tras la retirada del...

—En la fotografía las baldosas están secas. No había empezado a llover. En nuestras imágenes el suelo aparece mojado y apenas tardamos unos minutos en llegar.

—Eso quiere decir que o bien intervino en el apuñalamiento o, lo que es más probable, fue testigo de lo que sucedió —remata Tedesco mientras contempla con verdadera admiración al agente cauteloso que vale su peso en oro—. Bien hecho, Iván. Bien hecho. Iremos a por él. ¿Tenemos su dirección?

Iván asiente.

Cuesta aparca en la esquina. Un par de vehículos policiales permanecen estacionados en los vados cercanos para no interrumpir la circulación. Un puñado de curiosos sigue de cerca los movimientos de los agentes que, en vano, intentan dispersarlos asegurando que no hay nada que ver.

Lidia les sale al encuentro. Ha acudido de inmediato cuando en comisaría se ha recibido el aviso. También ella ha reconocido inmediatamente la dirección del edificio.

—Han encontrado un cadáver. Tenemos su nombre y su dirección. Raimundo Serrano, cuarenta y siete años de edad. Y por su aspecto diría que una mala vida. Ninguno de los trabajadores lo había visto antes por aquí.

TOMÁS MONTERO

Los obreros, a los que por el momento no se les permite ni aproximarse ni reanudar el trabajo hasta que haya sido levantado el cadáver y analizado el perímetro, permanecen sentados en hilera sobre el bordillo como pájaros sobre un cable. La perspectiva de pasar una hora sin más ocupación que verlas venir alegra a la mayoría. A falta de algo mejor que hacer atienden por enésima vez las explicaciones de Tomás Montero, el encofrador, hijo de encofrador y nieto de encofrador, que ha localizado el cadáver al pasar junto a él empujando una carretilla.

Cuando ve llegar a Carpio con la mejor cara de ignorar lo ocurrido que ha logrado improvisar, Montero se dirige a él. A Rubén Carpio las vísceras se le contraen. Intenta que la náusea no suba hasta su cara. Frunce el entrecejo y escucha a Montero.

—¡Joder! Lo vi nada más llegar. Ahí tirado, sobre los ladrillos. Ahí mismo, hecho un santo Cristo. La cabeza abierta y todo lleno de sangre. Y yo diría que alguna herida en el pecho. Igual le pegaron un navajazo y luego...

Se interrumpe, se inclina y lleva las palmas de sus manos a sus rodillas.

—Me faltaron piernas. Te juro que casi me da un pasmo.

Uno de los peones, un joven que acaba de alcanzar la mayoría de edad, asiente con las piernas abiertas, el casco colgando sobre su espalda y la cara de susto digna de una película de terror. Lo ha oído ya muchas veces, pero sigue escuchando a Montero con cierto aire de reverencia. Ha nacido muy lejos y apenas comprende algunas palabras, pero las que entiende bastan para

helarle la sangre. Recuerda que sus padres esperaban vivir en una sociedad más segura, que lo dejaron todo atrás en busca de tranquilidad. Quizá no les explique lo ocurrido.

—No lo toqué, pero te juro que estaba más tieso que un bacalao. Tieso como un palo —afirma Montero mientras se retira el pelo de la cara.

Carpio advierte que Montero tiene el brazo derecho recorrido, desde el hombro hasta el codo, por un tatuaje floral. Nunca antes se había fijado. Identifica un ramillete de lirios, otro de amapolas y unos claveles en capullo. No encuentra mejor manera de distraer el pensamiento.

—Puedo equivocarme, pero juraría que era un drogata. Tiene toda la pinta. Ya me entiendes. Igual se metió aquí a dormir y con la caraja...

Rubén piensa que el hombre no tiene mal ojo y —aun sabiéndolo mejor que nadie— aparenta interesarse por lo que ha pasado. Montero repite lo dicho. Rubén se resiste a creerlo. Con cara de asombro y las manos hechas puños, escucha atentamente cuanto le explica.

Tedesco observa desde la distancia. No hay prisa.

Carpio sabe mejor que nadie que Serrano era un drogata, un proxeneta, un chantajista y un hombre carente de moral que murió la tarde anterior al caer al vacío desde el rellano del segundo piso, pero no puede reconocer que lo ha visto antes. No hace preguntas. Son tantas las cosas que debe callar que opta por hablar lo menos posible y poner en todo momento cara de perplejidad.

Es lo más seguro.

—Yo diría que era uno de esos tíos consumidos que no hablan, que casi babean, de esos que huelen a meados y que llevan mucha ropa encima, como si siempre tuvieran frío. Un drogata, una piltrafa. Puedo equivocarme, pero eso es lo que me pareció —prosigue Montero con el respaldo unánime de una parte de la

cuadrilla que, al oír el aviso del encofrador, no ha tardado en acercarse hasta la pila de ladrillos y contemplar el cadáver—. Yo diría que lo he visto alguna vez, pero no aquí. Igual es que todos se parecen. No sé...

Algunos asienten, otros dudan. Los que no quieren tener nada que ver con la Policía niegan sin fisuras. Montero sigue insistiendo en que la cara del muerto le resulta familiar. Que si el cadáver, que si la sangre, que si los ladrillos, que si la Policía...

Uno de los peones señala a Carpio:

—Una poli que está bastante buena ha preguntado por ti y le hemos dicho que entrabas a las diez. Igual le has gustado —añade con picardía, buscando con la mirada la complicidad de sus compañeros. La encuentra inmediatamente.

Carpio experimenta puro pavor y fuerza la cara de asombro. No abre la boca, se limita a encogerse de hombros aparentando indiferencia y a esperar. Invierte en ello todas sus fuerzas. Un observador no habría detectado la menor alteración en el joven impasible que siente el corazón a todo trapo, las tripas anudadas en algún lugar en su interior, las rodillas como de barro fresco y el sudor empapando su cuerpo por entero, de los pies a la cabeza.

No tiene que aguardar mucho. Unos minutos después de haberse acercado al edificio, cuando considera que ya ha visto lo suficiente, Tedesco se dirige a él y le pide que lo acompañe a comisaría.

—Tendrá usted que venir con nosotros. Necesito hacerle unas preguntas.

El policía lo intimida, le basta una mirada para desbaratar su fortaleza. Carpio deja de parecer el hombre seguro de sí mismo para mostrarse como el joven asustado que en realidad es.

—No entiendo... Ya hablé con usted, yo no... No puedo irme así, es mi trabajo. Tengo que atender... —balbucea.

Ante la cara de espanto del aludido, el inspector añade:

—No se preocupe, serán unos minutos.

—Pero no puedo volver a irme. Acabarán por...

—Será solo un rato. Y de momento aquí, hasta que no levanten el cadáver, no tiene mucho más que hacer. Hoy no habrá visitas —observa el policía—. Una de mis agentes hablará con su superior.

Llobera acaba de llegar, ha aparcado sobre la acera y protesta airadamente por la interrupción del trabajo.

A zancadas, se acerca al inspector.

—No pueden estar aquí parados. No podemos perder una jornada. No... —asegura con la mirada en la hilera de trabajadores contemplativos—. Necesito que...

—Aquí no trabajará nadie hasta que no dé permiso para hacerlo —lo interrumpe Tedesco—. Sus trabajadores se quedan aquí hasta que se les tome declaración. Si quiere, puede usted quedarse, en caso contrario le ruego que se marche. Y, sobre todo, que deje de gritar.

—Pero no puede usted...

—Puedo y lo haré.

—¿Y él qué tiene que ver? —pregunta Llobera.

—Por el momento nada, son solo unas preguntas.

Arnau Llobera saca el móvil del bolsillo de la americana, marca un número y, a zancadas, se aleja en dirección a su automóvil.

—Pero... ¿de qué se trata? —pregunta Carpio con una cara de susto que ya no extraña a nadie—. Yo acabo de llegar, solo sé lo que me han explicado. No conozco a ese hombre y no tenía ni idea de...

—No lo ha visto todavía. ¿Cómo puede saber que no lo conoce?

Rubén balbucea algo ininteligible.

—Mejor hablamos en comisaría.

—¿Soy sospechoso de algo? —inquieta, intentando que el miedo no le altere la voz y consiguiéndolo solo a medias.

—Ya se verá, por el momento debe usted acompañarme. —Y en las palabras del policía hay tanta determinación que Carpio se encoge de hombros nuevamente, saluda a albañiles y peones con un gesto y echa a andar hacia el coche policial que Tedesco le señala.

Los trabajadores a sueldo de la constructora intercambian miradas de desconcierto y algún cuchicheo que Carpio no llega a interpretar. Montero le da una palmada en el hombro con el brazo derecho en el que alguien le ha tatuado flores de tallo muy largo y le desea suerte.

La necesitará. Nada puede ir peor.

TEDESCO

El trayecto hasta la comisaría es breve, apenas unos minutos, y Carpio lo emplea por entero en intentar respirar con normalidad y en disimular la angustia. No le resulta fácil. Ni el mosso que conduce, ni el inspector ni el mismo Carpio abren la boca. Cuando llegan a las dependencias policiales, Iván no lo acompaña al despacho de Tedesco. Siguiendo las órdenes del policía lo conduce a una sala de interrogatorios.

Tedesco sabe que un rato completamente a solas e imaginando lo peor en una sala totalmente impersonal resulta mucho más amedrentador que cualquier presencia policial. Por eso siempre hace esperar a los que serán interrogados una media de veinte minutos, a veces más, según requiera la entereza del sujeto. Carpio no le parece especialmente resistente a la presión.

El inspector aprovecha la dilación para informarse sobre el hallazgo del cadáver que ya ha sido identificado.

—Raimundo Serrano, inspector —informa Lidia—. Llevaba encima la tarjeta sanitaria. Muy conocido en todas partes. En todas las comisarías, quiero decir. Acusado y encarcelado en más

de una ocasión por robo, extorsión, tráfico de pastillas... Y seguro que me dejó algo. Vamos, que era un perla. Hasta el juez lo ha identificado nada más llegar al escenario para el levantamiento. Un mal tipo. Hay quien lo conocía como Ray, otros por Serrano, y últimamente creo que se hacía llamar Mundo. Como si hubiera querido cambiar de identidad pero no de vida.

—¿Mundo? —inquire el policía.

—Por Raimundo, inspector.

—Ya, ya, lo imagino, Lidia, pero no deja de ser un nombre raro. ¿Y la causa aparente de la muerte?

—Todo indica que pudo caer desde uno de los pisos en construcción. En el cuerpo no hay señales visibles de violencia previa, ni se observan a primera vista cortes, ni disparos... Tiene cardenales y arañazos, pero todos parecen antiguos. Se aprecia un golpe en la cabeza que le ha ocasionado una herida y probablemente una fractura craneal y quizá varias costillas rotas.

Tedesco cabecea mientras asimila la información.

—Es lo poco que me ha adelantado Velázquez cuando le he preguntado. Ya sabe que no es muy explícito. Tampoco podía hacer mucho más sin...

El inspector asiente.

—Ha llegado ya la Científica y el juez ha autorizado el levantamiento.

—¿Has pedido que aligeren con el examen toxicológico? Ya sabes que si no les metes prisa a veces se columpian y...

—Sí, he pensado que sería útil tenerlo cuanto antes. He dicho que había hablado con usted y que...

Tedesco confirma que la agente es lista y audaz, y que también ella, como Iván, vale su peso en oro.

—Perfecto, Lidia, has hecho bien. A Carpio le haremos esperar un poco más. ¡Ah! Y grabaremos lo que diga. Después, antes de irse, si es que se va, firmará su declaración.

La agente entorna los ojos ligeramente e inclina la cabeza. No ha hablado con Iván y no acaba de entender el porqué del nuevo interrogatorio. No pregunta, sabe que el policía no es hombre de largas explicaciones.

—Ya entenderás, Lidia, ya entenderás —repite el inspector al advertir su gesto de extrañeza—. Me acompañaréis Iván y tú, que conocéis el caso. Puedo estar equivocado, pero si hay suerte quizá cerremos hoy mismo el asunto de Natalia Benegas.

Tras la lectura de una nota sorprendente que le hace llegar Diego Cuesta, y una nueva ojeada a las anotaciones de Lidia sobre el cadáver de Raimundo Serrano, Tedesco se dirige a la máquina de café. Necesita pensar, y lo hace mejor con un vaso de plástico en la mano junto a un aparato que ronronea.

Consume el abrasador brebaje con la mirada perdida y el pensamiento enredado en mil posibilidades. Por fin cree tener algo. Pasados unos minutos, y habiendo aplastado el vaso entre los dedos y mordisqueado el palito de madera que la máquina expide a modo de cucharita de café, considera que ha llegado el momento de jugar sus cartas y echa a andar en dirección a la sala de interrogatorios.

Con un gesto le indica a Lidia que puede acompañarlo. La agente no precisa de más indicaciones, dispone todo lo necesario para grabar la declaración de Carpio y sigue al inspector pasillo adelante. El policía abre con determinación y un exceso de energía. Tedesco desempeña su papel, son años de oficio. Si conviene que la puerta golpee la pared, la puerta deberá golpear esa pared.

En el interior, Carpio da un respingo y controla con esfuerzo la necesidad de llevarse la mano al pecho para retener el corazón encabritado.

Tedesco se sienta, baja la vista y se dirige a la agente:

—Lidia, llama a Iván, quiero que esté aquí. Y a Cuesta. Nunca se sabe lo que puede pasar.

La agente se apresura a salir en busca de sus compañeros. Lidia sabe que no es más que un golpe de efecto y que el inspector no considera necesario el empleo de la fuerza ni de más intimidación que no sea la derivada de la exposición de los hechos y la de algún añadido, como el golpe en la puerta o la aparición programada en el umbral de un agente especialmente fornido como Diego Cuesta. Tedesco los llama «efectos especiales». No es necesaria mucha ciencia para saber que la presencia de un agente custodiando la puerta de la sala incrementa la presión sobre el sujeto interrogado.

No tardan en aparecer ambos agentes y en acercarse cada uno a su sitio en función del papel desempeñado. Lidia se sienta junto a Tedesco y abre su libreta. Iván se coloca al otro lado con las manos sobre el regazo y el rostro imperturbable que le caracteriza. Diego Cuesta permanece de pie junto a la puerta con las manos a la espalda y el arma a la vista por si el sujeto interrogado se siente acorralado y trata de huir.

La posibilidad de que Carpio intente escapar es nula.

RUBÉN

Tedesco, que no ha vuelto a abrir la boca, enfrenta sin disimulos la mirada de Carpio. Explora su rostro y sostiene el silencio hasta que resulta tan incómodo que el interrogado se encoge visiblemente y aparta la vista. Con un gesto le indica a la agente que grabe la conversación.

—¿Vive usted en la calle Vilà i Vilà? ¿No es así?

Carpio asiente. ¿De qué serviría negarlo?

—El piso lo heredó de su madre, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, era el piso de mi familia, ahora lo ocupo yo de forma legal. No entiendo qué hago aquí, ya me ha interrogado, yo no...

—Entenderá, no se preocupe. Yo lo veo muy claro. Es el mismo piso en el que nació y creció Natalia Benegas, el mismo en el que Natalia Benegas vivía cuando fue ingresada por primera vez para

ser tratada porque padecía una enfermedad mental conocida como trastorno bipolar. El mismo piso que sigue a nombre de su madre, de la madre de ambos, y que durante unos días hemos creído que estaba vacío, que nadie vivía en él. El mismo en el que hemos comprobado que usted está empadronado.

Lidia, estupefacta, levanta la cabeza y mira al policía. ¿Por eso el inspector había querido saber dónde había dejado Cuesta a Carpio cuando lo acompañó a su domicilio? ¿Por eso el pasajero solo le había indicado la parte trasera de El Molino? No hay sorpresa en el rostro de Iván Cabrera. El agente no conocía la relación entre la fallecida y el joven interrogado, pero nada de lo que Tedesco pueda hacer llega a sorprenderle. En toda la comisaría no hay nadie como él para sacar conclusiones, para atar cabos.

A Carpio le falta el aire. Baja la mirada, respira profundamente y traga saliva. Acaba de derrumbarse. Diego Cuesta, a su espalda, sonríe y le guiña un ojo a Lidia, que no sale de su asombro.

—¿Por qué ha ocultado usted que era hermano de la fallecida Natalia Benegas?

Carpio se ha estado preparando para lo peor y lo peor acaba de ocurrir. La fortaleza ha caído y sus defensas se han desmoronado. Se afloja la corbata, se lleva la mano a la boca del estómago, resopla y contesta como puede:

—Yo... Somos... —se corrige—. Éramos medio hermanos, hermanos de madre. Quizá ya lo sabe usted. Su padre desapareció muy pronto, Natalia no lo recordaba, solo era una criatura. Se quitó de en medio y las dejó solas. No conozco las razones. Nunca volvió. Mi madre tampoco lo quería en su vida. Eso sí lo sé. Murió poco después en un accidente y mi madre no lo lamentó. Cuando se quedó viuda volvió a casarse. Esta vez con mi padre. Es todo muy complicado.

—Tenemos tiempo.

Hace una pausa y exhala un nuevo suspiro. Ha llegado el momento de dar explicaciones y, aunque se halla en un verdadero aprieto, hablar conlleva cierto alivio.

—Natalia estaba enferma desde que era... No sé, desde que era casi una cría, por lo menos desde que yo puedo recordar. Era mi hermana mayor, pero nunca lo sentí así. Era yo el que la ayudaba, la ayudé siempre. Ella era frágil, vulnerable, nos necesitaba, me necesitaba. Pero no era fácil. Todo eran complicaciones, cualquier cosa acababa en un conflicto. —Y al hablar niega con la cabeza como si al referirse a ellas volvieran a su mente todas y cada una de las situaciones vividas.

—Usted le dio una copia de la llave del piso. Ella vivía allí, en el piso piloto. ¿No es así?

Carpio, completamente desarmado y bloqueada el habla, asiente.

—Conteste, por favor. ¿Sí o no?

Traga saliva, carraspea y, con la vista en la mesa que alguien ha clavado al suelo, responde:

—Sí, así fue.

—¿Cuánto tiempo llevaba su hermana ocupando el piso?

—Unas semanas, no sé, cinco o seis semanas. No sé exactamente. No lo recuerdo.

—¿Lo sabía alguien más?

—No —pronuncia mientras niega con la cabeza—. Nadie más. Ella solo me tenía a mí. Natalia no tenía más parientes. Yo tampoco. Nuestra madre era hija única y murió hace unos meses, nos dejó el piso a los dos, pero ella no quería vivir allí. Decía que todo había empezado en aquel piso y que necesitaba cambiar de aires, de vida, de compañías... Había abandonado varias veces el piso tutelado. Y yo no podía dejar que durmiera en la calle. No encontré otra salida.

Hay tanta aflicción en su rostro que Tedesco siente compasión por él. No es la primera vez que el policía se enfrenta a la mentira

que un sujeto acorralado por la vida utiliza como la única escapatoria que cree tener. Mentira, ocultación, secretismo. El policía habría preferido salir de la sala y dejarlo en paz. Sabe que no es un mal tipo. Sin embargo, prosigue. Es su oficio.

—¿Sabía usted que su hermana vivía en el piso con un hombre?

—No. Ella no me dijo nada.

—¿No llegó usted a conocerlo?

—No, no sabía que Natalia tuviera pareja. Se lo aseguro. Creo que la tuvo tiempo atrás, pero no sabía que ahora...

Y en esta ocasión no miente, Tedesco está seguro de ello.

—¿Por qué negó conocer a su propia hermana?

Carpio carraspea de nuevo. Necesita tiempo. No porque no sepa qué responder, sino porque le resulta excesivamente doloroso traer las palabras a los labios y propulsarlas al espacio exterior, ese espacio en el que los secretos más íntimos dejan de serlo, en el que las miserias quedan al descubierto y se agravan. Negar a su propia hermana ha sido, sin la menor duda, lo más triste, lo más doloroso de todo este asunto.

—No quería perder mi trabajo. No tengo más ingresos. No cobro mucho y llevo años pasándole dinero a Natalia. No mucho, lo que puedo, yo vivo con lo justo. Nunca he podido ahorrar. He pedido algún crédito, no siempre me llega para acabar el mes. Hace unos meses me insinuaron un posible ascenso.

Hace una pausa. Le brillan los ojos y las primeras lágrimas pronto desbordarán sus párpados.

—Si me quedo en la calle... Si pierdo el empleo no podré ni conservar el piso de mi madre. Lo perderé todo. Y tal como están las cosas... A la mínima queja sé que tengo el despido sobre la mesa. Imagínese cuando sepan que...

—Entiendo —dice el policía, que no necesita saber más. Y es cierto. Puede comprender sus razones, de hecho las había imaginado sin dificultad.

—No solo he cometido una falta, he generado pérdidas y una empresa no perdona. Si lo admito estoy en la calle, por eso no podía...

Carpio tiene sus razones y el policía puede entenderlas. También Lidia, que, sin poderlo evitar, asiente.

—Yo no sé hacer otra cosa —añade Rubén Carpio casi como para sí mismo—. Y aunque supiera...

—¿Tiene usted alguna idea de lo que le sucedió a su hermana?

El interrogado se encoge de hombros.

—Ustedes hablaron de un suicidio.

—Parecía probable, pero quedan muchas lagunas. No hay nada probado. Todavía tengo algunas preguntas para usted. Confío que podrá ayudarnos a esclarecer este asunto.

Tedesco hace una pausa, desplaza sobre la mesa algunos de los documentos del dossier y pasa páginas, como si revisara la documentación sobre el caso. No tiene necesidad de ello. Lidia lo sabe. Cuesta, también. Iván podría recitar de memoria párrafos enteros. Solo Carpio ignora que Tedesco recuerda hasta la última coma, pero aquel es el método, su método. Una especie de protocolo personal que indica que ha llegado el momento de cambiar de tercio.

En la sala la tensión crece y se expande como lo haría un hongo nuclear. Carpio no sabe qué pensar. Espera que el policía no haya conseguido relacionarlo con el cadáver de Raimundo Serrano.

TEDESCO

El inspector cierra el dossier, levanta la mirada y la fija en el rostro de Rubén Carpio al tiempo que se inclina levemente hacia delante. Carpio controla las ganas de retroceder.

—Pasemos a lo sucedido en el edificio en construcción, el edificio de la calle Robrenyo. ¿Sabe usted que han encontrado un

cadáver? —pregunta Tedesco por preguntar, y lo hace con cierta impostura. Conoce la respuesta.

—Sí, esta mañana al llegar...

Carpio cambia de posición en la silla. Se aleja tanto como puede del policía ante la imposibilidad de salir corriendo, y aparta la mirada que recae sobre las manos de Iván. A ninguno de los presentes le pasa inadvertido el gesto. Para los agentes su implicación resulta tan evidente como si llevara una acusación escrita sobre la frente.

Tedesco, siguiendo su protocolo particular, adelanta unos centímetros la posición de sus codos sobre la mesa. Nunca está de más algo de intimidación. Cuesta se cuadra en el umbral.

—Parece usted angustiado —observa el inspector—. Juraría que le falta el aire. ¿Necesita una pausa?

Carpio niega con la boca entreabierta. Hay algo cómico en su debatirse contra las cuerdas. Tedesco sigue mirándolo fijamente, parece poder leer en el espacio que separa sus ojos de sus labios como lo haría en una pantalla. No es necesario, pero siempre ayuda el incrementar la sensación de desamparo del sujeto a interrogar. Tedesco espera poder acabar lo antes lo posible. Compadece sinceramente al muchacho aterrorizado que tiene delante, un joven atrapado por las circunstancias.

Carpio permanece lívido y en silencio al otro lado de la mesa. Tiene la vista baja y los ojos casi cerrados.

—¿Conocía usted al hombre que han hallado muerto?

No resulta fácil contestar a eso y Carpio aventura una mentira.

—No —susurra.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

La respuesta apenas alcanza el cuello de su camisa.

—No debería usted mentir a la Policía, no es una buena táctica, sobre todo si la Policía tiene pruebas que demuestran lo

contrario. El hombre, como quizá ya sabrá, se llamaba Raimundo Serrano y, según me consta, en el momento de morir tenía en su poder el móvil de su hermana Natalia.

Tedesco sujeta durante unos instantes la nota que le ha hecho llegar Diego Cuesta y en la que figura el nombre del titular del aparato que se ha encontrado en el bolsillo del fallecido.

—En estos momentos los agentes están haciendo algunas comprobaciones. Dentro de unos minutos podremos saber alguna cosa más, pero juraría que le llamó en alguna ocasión —aventura.

Las palabras del inspector no son del todo ciertas, tampoco completamente falsas. Lo que es una obviedad para cualquier policía es que nada van tan rápido en una comisaría. La inmediatez es cosa de las teleseries, «de esa bazofia que tanto os gusta», como señala Romeu a la menor oportunidad. Las comprobaciones a las que se refiere tardarán unas horas, pero Tedesco quiere cerrar el caso. Es consciente de que el chico que tiene delante no tardará en derrumbarse completamente y hablar.

Carpio resiste. No sabe bien por qué lo hace, pero calla. Lo cierto es que, antes o después, localizarán las diversas llamadas realizadas por Serrano a su casa en Vilà i Vilà y al teléfono de la empresa. El callejón en el que se encuentra es estrecho, oscuro y no tiene salida. Y ya es demasiado tarde para intentar abrir un túnel con una cucharilla de café. Una cucharilla de plástico.

—Está bien, usted dice que no lo conocía, yo, sin embargo, juraría que está usted mintiendo. Voy a enviar a un par de agentes a su casa con una orden de registro. ¿Está seguro de que no encontrarán nada que les relacione?

—Sí —afirma Carpio, que recuerda haber borrado los mensajes en el contestador—. Seguro.

—Diego, ves y pregúntale a Serena si tienen ya los resultados del aparato.

Diego sale de la sala y atraviesa el pasillo. Tedesco, que no da puntada sin hilo, baja la vista y permanece pensativo. No piensa. Se limita a aguardar pacientemente el regreso de Cuesta. Interrogar es un arte, tiene reglas, atajos, modulaciones, múltiples matices e incluso gestos de inusitada creatividad. Interrogar es como manipular un juego de espejos. Un policía debe saberlos utilizar a conveniencia. Ignasi Romeu, uno de los hombres más astutos que Tedesco conoce, así lo asegura. Y lo hace a menudo. Se jacta de dominar la técnica y de saber todo cuanto un policía puede saber para conseguir la confesión de un sospechoso. Nunca levantaba la voz, no gritaba nunca. Tedesco, tampoco.

«Un arte, Mauricio. Un arte, el octavo, el noveno, el décimo, el que quieras. Un jodido arte. ¿Cuántas veces has visto tú a un buen interrogador? ¿Cuántas? ¿Olivé, que saca fuego por los ojos? ¿Nico Julià, que grita como si tuviera que lesionarles el tímpano? Sobran los dedos de una mano».

Ignasi era un maestro, así era unánimemente reconocido en la comisaría, y Tedesco su alumno aventajado.

Cuesta, sin otra misión que dejar pasar los minutos, cruza unas palabras con Bea Grau en la entrada de la comisaría. La agente atiende a una mujer rusa que dice haber extraviado el pasaporte y que golpea el mostrador con el puño. Unos siete u ocho minutos serán tiempo más que suficiente para que su falsa misión resulte creíble. Grau, cargada de oficio y de paciencia, habla un inglés que no se parece en nada al que chapurrea la mujer rusa de grandes dimensiones, pechos excesivos y casi completamente a la vista y colosal disgusto.

Cuesta la ayuda como puede a serenar a la rusa. No es fácil. Le han robado el bolso con el pasaporte incluido. La mujer se niega a decir cuánto dinero llevaba. No parece importarle. También se niega en redondo a poner una denuncia. Por su gesto no confía en la actuación de los Mossos y prefiere no complicarse

la vida. Si Cuesta no ha entendido mal, su avión sale mañana por la mañana y solo quiere recuperar su pasaporte. La mujer tiene un problema. Y no es un problema menor. A su lado, un hombre de casi dos metros de estatura y piel incomprensiblemente abrasada por el sol del mes de mayo permanece en jarras como si se dispusiera a entrar en acción. Mientras tanto, Bea Grau teclea en el ordenador en busca de la dirección de la embajada rusa en la ciudad.

Cuesta sabe que todo es una argucia de Tedesco y no necesita más indicaciones. Aguarda el tiempo previsto. Ha sido aleccionado por el inspector en más de una ocasión. La estrategia de Tedesco opera como un catalizador, acelera las reacciones de los sospechosos. Así llama el policía a las cosas que se hacen o se dicen durante un interrogatorio y que no son verdades absolutas pero tampoco son mentiras en sentido estricto: catalizadores. Así las llamó siempre Romeu.

Cuesta regresa a la sala y, sin abrir la boca ni concretar, se limita a asentir. No hace falta más, solo es un sobreentendido, pero la suposición se abre paso en la mente de Carpio como un caballo desbocado. El interrogado tiene la convicción de que las llamadas han sido localizadas y de que de nada servirá seguir negando la evidencia.

—¿Sigue usted asegurando que no conocía a Raimundo Serrano? —le urge el inspector.

Y, al hablar, el tono de Tedesco parece el de otro hombre, el de un hombre investido de una autoridad que trasciende los límites de la sala. Una autoridad *urbi et orbi*. Hay situaciones en las que es preceptivo que el interrogado no se detenga a pensar. Esta es una de ellas.

—Bueno, verá..., él...

RUBÉN

En el tono que emplearía un general en el campo de batalla, el policía insiste:

—¿Lo conocía o no lo conocía? —pregunta sin darle tiempo a respirar—. Basta de mentiras. Creo que ya he tenido demasiada paciencia.

Lidia se yergue y Diego Cuesta avanza unos pasos hasta situarse sin ruido casi detrás del interrogado. Iván no pierde de vista el rostro de Rubén. Es una maniobra coral y bien orquestada de resultados probados con sujetos como Carpio sin historial delictivo a sus espaldas. Por otra parte, Cuesta, el agente que custodia la puerta, no quiere perderse ni una coma de cuanto está a punto de ocurrir.

Carpio se viene abajo por completo. Era previsible. Durante unos instantes deja caer la cabeza sobre los brazos y solloza. Lidia se revuelve en la silla, no puede sentir más curiosidad. Pasados un par de minutos, Rubén Carpio levanta el rostro, retira las lágrimas con el puño de la americana, respira hondo e inicia un relato pormenorizado de lo acontecido.

Habla entrecortadamente de las llamadas en el contestador, de la visita de Serrano al barracón, del chantaje a Natalia, de las manos temblorosas de aquel hombre torpe y maloliente, de su tos, de sus pupilas dilatadas, de su fatiga, de sus amenazas, de su dedo clavándose en el pecho... Y, por último, de los pasos descontrolados que le llevaron a caer desde el rellano del segundo piso.

—Intenté sujetar su chaqueta, se lo aseguro, pero no lo alcancé. No parecía que fuera a caer, fueron pocos pasos, y lentos, muy lentos... Como si... No sé qué puedo decir. Él se inclinó hacia delante, me apuntaba con el dedo, yo me aparté, no hice nada más, pero se tambaleó... No pensé que fuera a caer. Lo único que hice fue apartarme. Le juro que no lo pensé, ni se me pasó por la cabeza, yo no soy... —Evita conscientemente el término—. Solo sé que no enderezó el cuerpo a tiempo, no pudo controlar sus últimos

pasos, las piernas no le respondieron. No sé cómo ocurrió, pero aquel hombre se abalanzó sobre mí, me aparté y siguió caminando hacia el vacío y entonces...

El inspector se siente inclinado a creer en sus palabras. El joven no miente. Tedesco cree en su inocencia. Si el examen forense no indica lo contrario, hará constar que su relato se ajusta escrupulosamente a las pruebas encontradas y que su versión de los hechos parece corresponderse con lo sucedido. Compadece al pobre chico y espera que no lleguen a formularse cargos contra él. Aunque así sea, Carpio perderá el empleo sin remedio. Nada podrá hacer el policía por evitarlo. A ojos de Tedesco, el empleo es insalvable. Aun cuando las cosas vayan bien y el joven quede en libertad y sin cargos, lo del trabajo en la inmobiliaria ya no tiene remedio. Tendrá antecedentes de mala práctica profesional y probablemente una deuda de unos miles de euros por saldar. Mala cosa. Carpio puede despedirse de la poca reputación que haya podido labrarse hasta el momento.

—Iba colocado y no pudo parar —añade en voz muy baja.

—Esperaremos los resultados del análisis toxicológico y el informe del forense. Espero que confirmen lo que acaba de decirnos. Usted tendrá que esperar aquí hasta que la agente le traiga su declaración y pueda usted firmarla. Después puede usted marcharse, pero debe estar localizable.

Tedesco se levanta y se despide del interrogado.

—Si los datos que nos proporcionen concuerdan con lo que acaba de declarar, puede usted salir bien librado, por lo menos por nuestra parte —añade el policía desde el umbral en un intento por tranquilizar a Carpio, que acaba de ocultar la cabeza entre los brazos y se ha echado a llorar.

Considera que el chico necesita una puerta abierta, demasiadas le ha cerrado ya la vida.

—Ah, otra cosa, Carpio, quizá tengamos que vernos esta tarde por un par de detalles, nada importante. Si es así, le enviaré un

coche policial —añade antes de desaparecer en el corredor.

Lidia no acaba de entender. Le intriga lo que el inspector pueda tener en mente. La declaración ha finalizado. Falta darle forma y que Rubén Carpio la firme. Cuestión como mucho de un par de horas.

El policía se dirige a su despacho seguido de cerca por Iván, que aprovecha para informarle de los avances en el caso de David Sayago.

—He localizado al que hizo la foto. Dos agentes han ido a buscarlo. No puede tardar.

—Que lo lleven a una sala en cuanto llegue y que alguien monte guardia. No sabemos qué tipo de persona es.

Se aleja en dirección a la máquina de café. Diego Cuesta ha empezado a llamarla «el rincón de pensar».

ORIOI PARRA

Por su aspecto, el sujeto que aguarda en una sala de espera para prestar declaración parece tener unos dieciocho o diecinueve años. Es bajo y escuálido, y el acné, que no consigue disimular un bigote escaso y tirando a rubio, se ha adueñado de su labio superior. Todo codos y hombros puntiagudos, el chico tiene la cara de una criatura horrorizada. Acaba de llevarse a la boca un nebulizador y lo acciona junto a su boca con los ojos cerrados y ocultándolo con la mano. Como haría un crío que no quiere ser visto. La ansiedad y el asma están estrechamente emparentados.

—No tiene ni media hostia —asegura Cuesta.

Lidia Sampedro, que acaba de detenerse y echar una ojeada, sonríe. Cuesta ya no oculta que Lidia es su punto débil, su talón de Aquiles, su becerro de oro. La adora sin reservas. Hace meses que dejó de disimular. Quizá por ello se pronuncia a la ligera, para impresionarla. No lo consigue.

Lidia ha crecido a fuerza de golpes y no la deslumbra el empleo de la fuerza, pero Diego no puede saberlo. Ella nunca habla de su familia. Nunca. Tedesco, que ha podido oírlo, sabe que el agente no necesariamente se refiere a la constitución física del sujeto, es su forma de aventurar que Oriol Parra no tardará en largar todo lo que sabe. Sin argucias, sin falsas esperas, sin estrepitosos silencios ni movimientos y pausas orquestadas. Mejor así, piensa el inspector, y suspira. Espera salir a comer habiendo avanzado algo en un caso tan espantoso.

A Oriol Parra no solo le falta la respiración, por su cara de angustia parecen escasear sus ganas de seguir con vida. No sabe muy bien qué es lo que hace en comisaría, pero la imaginación se emplea a fondo, no pierde el tiempo ni la oportunidad. Quizá sospechan de él. Quisiera preguntar si está detenido a pesar de que los agentes que lo han acompañado hasta allí han hablado de una declaración. Tiene tanto miedo que a punto está de pedir un abogado. Durante unos instantes, muy pocos, ha pensado en negarse a ir con los policías. No se ha atrevido.

Lleva esperando al inspector que desea hablar con él más de media hora y está cada vez más angustiado. No tiene nada que esconder. Nada. Y, sin embargo...

Más de una hora después de su llegada es conducido a un despacho por el mozo fornido, que no lo ha perdido de vista como si pudiera escapar, apuñalar a los presentes o prender fuego a la comisaría. Tedesco aguarda su aparición en compañía de un agente.

—Siéntese, por favor. —Y, aunque disfrazadas de ruego, Oriol sabe que sus palabras son una orden. Se apresura a obedecer.

—Iván, quédate. Diego, puedes marcharte. Pero no te vayas muy lejos. No sabemos cómo... —ordena el inspector al policía con el físico de un armario.

Diego Cuesta sonrío y se retira. Pasará de vez en cuando, asomará cabeza y cuerpo para que el declarante recuerde su

proximidad. Juega un papel. Y sabe hacerlo. Iván, también.

—Cabrera, explíquele lo que tenemos.

Parra escucha al agente, que expone con todo detalle lo que ha conseguido saber y cómo lo ha logrado. Tiene la vista baja y se sujeta una mano con la otra. A simple vista se diría que tiembla y parece a punto de echarse a llorar. Cuesta estaba en lo cierto, piensa Tedesco, que se ha cruzado de brazos sobre la mesa. Ni media hostia. No tendrá que elevar la voz ni afilar la mirada.

—Usted dirá —lo invita el inspector tras la exposición de Iván Cabrera.

Y Oriol Parra dice. No necesita más.

Explica a trompicones que David Sayago fue apuñalado por el hermano mayor del chico con el que se besaba aquella noche en la barra de la discoteca. Eso es lo que Oriol creyó entender. El hombre, de unos treinta y tantos, esperó a que ambos salieran del local y se abalanzó sobre él sin que David pudiera escapar ni defenderse.

—El chico que lo acompañaba, el hermano del que... —Oriol Parra titubea. Le viene a la mente la palabra «asesino», pero se resiste a pronunciarla—. Ese chico no dejó de gritar ni de intentar detenerlo. Creo que lo quería a rabiar. Me refiero a David, creo que iban diciendo que eran novios.

Se lleva la mano al bolsillo y muestra el nebulizador a los policías. Tedesco asiente. Oriol abre la boca y aspira.

—Cuando acabó lo que había ido a hacer, el hermano cogió al chico del brazo y se lo llevó. Casi lo arrastraba. Fue... —Baja la mirada y cierra los ojos, como si al hacerlo pudiera dejar de recordar—. Fue espantoso. Una bestia, un...

—¿Vio si se guardaba la navaja? —quiere saber el inspector. El hallazgo del arma del crimen sería una prueba definitiva. Y si en ella pudieran encontrar alguna huella útil, cerraban el caso de inmediato con una acusación de homicidio intencionado.

Niega. El testigo tiene los ojos arrasados y sigue respirando con dificultad. Una de sus manos se agita involuntariamente.

—Yo había salido a fumar y no... Fue lo más horrible que he visto nunca. Se sacó la navaja del bolsillo y mientras lo apuñalaba gritaba «maricón», «hijo de puta»... Todo lo que se le pasó por la cabeza. Creo que lo acusaba de pervertir a su hermano, pero diría que iba borracho, o drogado. No lo sé. Igual es que es así. No pude entender todo lo que dijo. Yo no... No sé. Me quedé paralizado. No hice nada.

—¿Sabe su nombre? ¿Lo conocía? —pregunta Tedesco con el gesto severo.

—A él, no. A su hermano, sí. El chico es dependiente en una tienda de ropa. Hace semanas que se veía con David. Los había visto más de una vez. Diría que les iba bien. Muy bien. Se les veía felices —añade, y Tedesco detecta el rastro de la envidia.

—¿Por qué no denunció?

—Yo... No sé. Tuve miedo. Había más gente por allí, pensé que alguien lo haría... —Calla unos segundos y se lleva el canto de la mano al ojo derecho. Arrastra así las primeras lágrimas.

Oriol Parra respira con la boca abierta y el policía puede observar el hueco entre sus incisivos. Busca en su mente la palabra oportuna. Hurga. Sabe que la leyó alguna vez. La encuentra: «diastema». El chico sigue teniendo dificultades para hablar y, mientras aguarda, al policía se le va de nuevo el santo al cielo. No puede evitarlo. Piensa que en caso de una nueva crisis asmática Oriol no necesitaría abrir la boca, bastaría con separar los labios. Trata de ahorrarle el mal rato.

—Tranquilízate. No tenemos prisa y no tienes nada que temer, te lo aseguro. —Pronunciadas las palabras bienintencionadas, el policía comprende que no se corresponden con la verdad y calla. La realidad siempre es mucho más complicada y no se reduce a lo que sucede entre las paredes de la comisaría. Oriol lo sabe.

—No es el único que nos odia, hay muchos que nos querrían ver muertos. A veces están por allí, cerca de la discoteca. Nos insultan como si ellos fueran mejores, como si... Nos tiran cosas. Se divierten. Yo no soy valiente, ¿sabe? No lo he sido nunca. Desde pequeño siempre he intentado no llamar la atención. Tuve miedo. Siempre lo tengo. Por eso no... Muchos como yo tienen miedo.

Tedesco asiente. Comprende. No lo aprueba, pero comprende.

—La foto no la hice yo. No era el único que vi lo que... Ya le he dicho que había más gente. Me la pasaron.

—Está bien. Ahora este agente tomará todos los datos que puedas darle. Hemos de localizar a ese chico para que nos lleve hasta su hermano. También necesitaremos los datos de otros testigos y de la persona que hizo la foto.

—Pero... Yo no... ¿No pueden mantener mi nombre en secreto? No puedo... Ya le he dicho que... Si se enteran de que he sido yo... —Ya no trata de retener el llanto. Habla a ráfagas cuando le acompaña la respiración.

El inspector lamenta no poder ahorrarle el mal rato.

—Lo siento, Oriol. Podemos intentarlo, y lo haremos, pero también dependerá del juez. Te aseguro que haré todo lo que pueda y trataremos de que más personas testifiquen, por eso necesitamos más nombres, cuantos más mejor. Lo intentaré, pero no puedo prometerle nada.

El chico asiente con los ojos arrasados.

—Cuando firmes tu declaración puedes marcharte.

TEDESCO

Con el atardecer, el inspector dispone un operativo justo en el punto en el que Lidia perdió al joven senegalés en la calle Comtes de Bell-lloc, cerca de la estación de Sants. La agente asegura que corría tras él y dejó de verlo de buenas a primeras. Es una

corazonada, solo eso, pero no pierde nada por intentarlo. Acaba de atender la llamada de Iván. El presunto asesino de David Sayago acaba de llegar a comisaría. Lo declarado por Oriol Parra ha sido parcialmente corroborado por un par de jóvenes presentes en la discoteca. Tiene sus declaraciones y la jueza no ha puesto dificultades para cursar su detención.

—Trabaja en un taller y llevaba una navaja pequeña encima cuando lo hemos encontrado, pero no es el arma del crimen — aclara—. Está muy nervioso y no deja de amenazar al personal.

El inspector sonríe al vacío, piensa dejarlo un par de horas en maceración.

—Lo he dejado con López y con Batista. Está fuera de sí. Vamos a recoger al hermano menor, que trabaja en una tienda.

No necesita saber más. Si todo sale como ha previsto no tardarán en cerrar el caso y en encerrar al homicida durante una larga, muy larga temporada.

Tedesco ha situado a Cuesta dentro de un coche no identificable entre la primera y la segunda travesía a contar desde un hotel cercano. Se encuentra a pocos pasos de una nave abandonada que años atrás albergó un taller textil especializado en cortinas que no pudo competir con el producto prefabricado de las grandes empresas y de los bazares. Una derrota anunciada.

Toni Segura deambula por el exterior. El inspector espera en una cafetería situada algo más arriba junto a Lidia Sampedro. El policía ha desestimado por intuición la quinta travesía, que es ocupada en su totalidad por una escuela y por un par de edificios de pisos de nueva factura equipados con portero automático. Sabe que ni él ni Lidia pueden permanecer sobre la acera a cara descubierta, el hombre lo identificaría de inmediato y echaría a correr. Lo perderían sin remedio.

Diego Cuesta no puede recordar la cara del joven al que el inspector pretende localizar. No llegó a verlo. Solo posee un dato: su elevada estatura. Por su parte, Mauricio Tedesco está seguro

de que podrá reconocerlo inmediatamente. Si alguna cosa ha conservado con el paso de los años es la memoria y una capacidad de observación especialmente fiable. También Lidia confía en poder identificarlo.

Desde una de las dos mesas diminutas que constituyen la terraza de la cafetería, y parapetado tras un periódico, Tedesco contempla el ir y venir de los paseantes. La tarde es templada, agradable. El mes de mayo en la ciudad es relativamente benévolo, las temperaturas bajan unos grados al atardecer y siguen soportables durante las primeras horas de la mañana. Las calles resultan un buen lugar por el que pasear. Sensible a la climatología, Tedesco siente cierto respeto por el mes de mayo. Nada que ver con el molesto junio, el achicharrante mes de julio y el no menos sofocante agosto.

El policía, precavido, ha abonado la cuenta de inmediato por si se ven obligados a salir corriendo en pos del desconocido. Toni Segura, que no ha visto jamás al senegalés y difícilmente podrá reconocerlo, se ha detenido y parece esperar a alguien junto a una fachada. Un solo dato: es muy alto.

Cuesta lleva casi una hora con la vista en las aceras cuando advierte una pareja de jóvenes negros que desaparecen tras una puerta metálica no muy grande en el lateral de la nave desocupada.

Uno de ellos, el de menor estatura, lleva unas aparatosas gafas amarillas que ha apartado de sus ojos y encajado sobre la frente y utiliza un teléfono móvil protegido con una funda anaranjada. Probablemente las lentes de baratillo, más que ayudarlo, le resultan una molestia, piensa el policía.

Avisa a Tedesco, que se pone en pie seguido de Lidia.

—No sé si será el que buscamos, pero mide más de uno noventa. Es delgado y parece tener buen cuerpo.

—Avisa a Toni, dile que venga.

Segura se aproxima de inmediato. Son cuatro los policías que se acercan a la entrada de la nave.

—No es una batida ni una redada. ¿Me oís? No capturamos a nadie. ¿Está claro? Quiero que uno de los hombres que está aquí dentro, el más alto, nos acompañe a comisaría para hablar con él, solo para hablar con él. Y quiero que lo haga sin sentir miedo. No está acusado de ningún delito ni tan siquiera es sospechoso. ¿Entendido?

Asienten.

—¡Ah! Y no quiero saber si tiene papeles o no. No preguntéis. No importa. De hecho, no sé ni si aparecerá en el informe, por el momento vosotros no habréis estado aquí y él no habrá pisado nunca la comisaría. Por el momento.

Segura y Cuesta no ponen reparos ni formulan preguntas a su superior, tampoco Lidia Sampedro, aunque ninguno de ellos acabe de comprender el sentido de las órdenes que se disponen a ejecutar.

—No quiero gritos, ni amenazas, ni coacción. Quiero que nos acompañe. Nada más. Si se resiste, no insistiremos.

El policía empuja la puerta de metal. En el interior de la nave, tres hombres, todos ellos de piel negra, se giran sobresaltados. Por sus rostros aterrados se diría que han identificado inmediatamente a los que asoman la cabeza como lo que son: policías de servicio.

Los colchones arrimados a una pared, el hornillo dispuesto bajo un ventanal por el que entran los últimos rayos en los que baila el polvo, los cajones apilados y la chatarra amontonada en un rincón, informan al inspector de la utilidad de aquel espacio aparentemente abandonado e inútil. Tiene más que suficiente para com-
prender.

—Tranquilos, no pasa nada. Os podéis quedar aquí, no hemos venido ni a desalojar ni a llevarnos a nadie. Os doy mi palabra.

Solo quiero hablar con uno de vosotros, solo hablar. Necesito hablar con él —dice Tedesco, plantándose justo en mitad de la nave y señalando a Idrissa—. No es nada malo, te lo aseguro, no busco a nadie ni me voy a llevar a nadie. No necesito saber si tenéis papeles o no.

Poco aficionado a los largos parlamentos, Tedesco hace una pausa antes de proseguir.

—Solo quiero explicarle un par de cosas de una mujer llamada Natalia. Necesita saberlas. Por su bien.

Idrissa, paralizado por el miedo, reconoce de inmediato al policía y se tensa visiblemente.

—Soy policía y no sé quién eres ni cómo te llamas, pero no eres sospechoso de nada. No te preocupes. No voy a detenerte, solo he venido a darte una explicación. ¿Me entiendes? —pronuncia lentamente el inspector, dirigiéndose directamente al joven—. Una explicación, no voy a detenerte, no necesito saber tu nombre si no me lo quieres decir. Solo quiero darte una explicación.

IDRISSA

Idrissa ladea la cabeza en un gesto difícil de interpretar. Cree comprender lo que el hombre de los ojos azulados y las gafas doradas en la punta de la nariz pretende decirle. Pero no puede creerlo y no sabe qué pensar. ¿Una explicación? En su mente todo es desconfianza. La vida no le ha enseñado otra cosa.

—La mereces, la necesitas, sé que la estás esperando. Quiero hablarte de lo que le sucedió a Natalia, sé que vivías con ella, que ella te quería, no lo dudes, y que probablemente tú también la querías.

El policía hace una pausa para que el hombre asimile sus palabras.

—También sé qué es lo que le pasó y cómo pasó. —El inspector ha continuado avanzando y se encuentra muy cerca del senegalés.

Sigue aproximándose mientras habla y mira a Idrissa a los ojos.

Segura y Cuesta, vestidos de civil y tan atónitos como los ocupantes del destartado local abandonado, permanecen con las manos en la espalda, junto a la puerta. Custodiándola.

De la inmovilidad absoluta Idrissa pasa a temblar visiblemente ante la mirada perpleja de Baakir y de Moussa, que no se atreven ni a pestañear en presencia de los agentes. El temblor da paso, instantes después, a un llanto descontrolado, a una angustia torrencial y precipitada. El inspector deja descansar su mano sobre el antebrazo de Idrissa. Segundos después, el joven senegalés se derrumba sin necesidad de ser interrogado, como horas antes lo ha hecho Carpio sobre una mesa anclada al suelo.

Avergonzado, se acucilla y refugia la cabeza entre las manos. De su estatura elevada y de su presencia imponente no queda nada. Un hombre acobardado y frágil. Desolado. Baakir y Moussa permanecen cerca de él inmóviles, asustados y extraordinariamente confundidos.

Tedesco se aproxima y se agacha junto a Idrissa con evidente esfuerzo y dolor lumbar. El senegalés no consigue reprimir ni la angustia ni el llanto. Se abandona a la tristeza.

—Natalia te quería mucho más de lo que puedes imaginar. He venido a hablarte de ella. No sé si sabes que está muerta. Si me acompañas, te explicaré lo que sé y podrás llevarte tus cosas, las que quedaron en el piso. No voy a retenerte. Te lo aseguro. Sabemos cómo paso. Natalia se suicidó. No eres sospechoso de nada. No estabas allí. Te doy mi palabra. Esto no es una trampa.

Y para reforzar lo dicho Tedesco se lleva la palma de la mano a la altura del corazón. Un par de minutos después, Idrissa levanta la cabeza y mira al policía con los ojos muy abiertos. Cree haber comprendido.

Natalia está muerta.

Tedesco le indica que se ponga en pie. Idrissa obedece. Hay fatalidad en su mirada, no confía en el policía, no puede, pero

tampoco le quedan fuerzas para resistirse. Ha dejado de ser invisible.

Baakir no se mueve, parece petrificado. Moussa se quita las gafas amarillas, guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón y da un par de pasos hasta situarse delante de su mercancía, para ocultarla. No puede perderla. Cree haber comprendido, pero nunca se sabe.

Cuando alcanzan la puerta, Tedesco ordena:

—Lidia, localiza a Carpio. Lo quiero en comisaría dentro de una hora. Si puede ser antes, mucho mejor. Si es necesario envía a alguien a buscarlo, pero que no lo asuste. No pasa nada nuevo.

Idrissa se acomoda como puede en la parte trasera del vehículo policial junto al inspector, apenas consigue encajar las piernas en un automóvil pensado para sujetos de proporciones menores. Ninguno de sus ocupantes abre la boca durante el trayecto hasta la comisaría.

TEDESCO

Al llegar a comisaría, Tedesco indica a Iván que custodie a Idrissa unos instantes, que le ofrezca algo de beber y que lo acompañe después hasta su despacho. No hay persona más parsimoniosa en toda la comisaría, tampoco ninguna menos intimidante. Si alguien puede ayudar a que el chico se tranquilice, ese es Iván Cabrera.

—Y si hay algo que pueda llevarse a la boca, tampoco estaría mal. Creo que el chico pasa hambre.

Iván asiente y le recuerda al inspector:

—Carlos Baras está aquí. Está furioso y ha pedido hablar con el comisario. Dice que conoce sus derechos —ha añadido con algo de sarcasmo, poco habitual en alguien que siempre prefiere la literalidad.

—Gracias, Iván. Dentro de un rato nos ocuparemos de él. Sin prisa. Vamos a dejar que reflexione un poco. —Tedesco sonríe. Tiene sus prioridades.

También ordena a Cuesta que recupere la caja de plástico que contiene las pertenencias del joven senegalés. El policía quiere empezar la conversación con un gesto, necesita ganarse la confianza del muchacho asustado que lleva el temor y el recelo incorporados a los genes. Nada mejor que restituir al chico lo poco que le pertenece. Es de justicia. No debe de tener mucho más. Por eso Idrissa tendrá que esperar unos minutos.

Cuesta aparece poco después y Tedesco se apodera de la caja sin dar más explicaciones. Antes de entrar en el despacho ha invitado a Lidia a seguirle. No necesita a nadie para lo que se propone hacer, pero siempre prefiere que alguno de sus agentes asista al desenlace de un caso para no tener que dar más explicaciones de las necesarias. Lidia se encargará de hacerlo.

—Hola —dice Tedesco, dejando la caja sobre la mesa.

Idrissa no despegua los labios. Sostiene en la mano una magdalena y se la lleva a la boca. La remata de un mordisco antes de mirar al policía a la cara. Por lo que Tedesco puede apreciar es la tercera que el chico ingiere y no parece haber saciado el apetito. Con un gesto el inspector le indica a Iván que traiga alguna más.

—Ella es la agente Lidia Sampedro y el agente que te ha acompañado es Iván Cabrera. No has de temer nada, te lo aseguro, pero quisiera conocer tu nombre y apellidos y tu origen.

Idrissa contesta en voz baja cuando las preguntas son formuladas de nuevo y por separado.

—Idrissa, Idrissa Seidy.

—¿País...?

—Senegal.

Tedesco, que no necesita saber más, intenta hablar despacio y emplear palabras sencillas que el joven pueda entender. Idrissa

escucha encorvado, como recogido sobre sí mismo persiguiendo la invisibilidad como casi siempre, y con los ojos muy abiertos. Entiende algunas cosas, otras se le escapan. Por la mirada que dirige a la caja con sus escasas pertenencias, la ha reconocido de inmediato.

—Puedes llevarte tus cosas cuando acabemos. Creo que son tuyas, ¿verdad? Por eso están aquí. Las necesitarás —añade, señalando primero la caja y después al joven hambriento de los ojos llorosos.

Idrissa asiente.

Tedesco intenta cumplir con lo prometido y le explica a Idrissa lo ocurrido. Por su cara de perplejidad el joven no comprende apenas nada. Sin necesidad de recibir nuevas instrucciones, Iván Cabrera, que ha dejado dos magdalenas más sobre la mesa, se sienta a su lado y repite en francés las palabras del inspector. Lo hace en voz muy baja, como si se tratara de una confidencia. Le habla del grifo abierto, del agua bajando por la escalera de vecinos, de la alerta, de Rubén Carpio, el hermano de Natalia que encontró el cadáver pero que no identificó a su hermana por miedo a perder el trabajo.

El rostro de Idrissa pasa de la perplejidad al espanto.

Tedesco explica que aquella mañana Natalia había recibido la visita de un viejo amigo que la había amenazado con denunciar a su hermano y a Idrissa, el joven sin papeles que compartía con ella techo y cama. Que no solo la había amenazado, que la golpeó y que la chantajeó hasta aterrorizarla.

—Era una mala persona, un mal hombre —añade Tedesco para reforzar el concepto.

Sus propias palabras le suenan a bolero. Iván las repite casi en un susurro.

—Un mal hombre, pero no te preocupes. Ha muerto. No puede hacerte daño. Ningún daño.

Nada explica Tedesco de la incitación a la prostitución ni del pasado turbulento de la mujer. Su propia infancia, atormentada por la sombra de un progenitor sin vocación al que no llegó a conocer, y por dos mujeres, su abuela y su madre, que exhibían la amargura y el despecho por bandera, le ha empujado al íntimo convencimiento de que siempre hay cosas que uno bien puede seguir ignorando.

—Aquel hombre quería dinero y le dijo a Natalia que te denunciaría y que te obligarían a volver a tu país —repite el policía y traduce el agente.

De vez en cuando, Idrissa asiente débilmente dando a entender que comprende. Tiene lágrimas en los ojos y sigue encorvado y con los codos apoyados en las piernas.

El inspector le explica que Natalia no quería perder a Idrissa, que lo amaba y que pensaba que era un buen hombre, un hombre junto al que quería envejecer. Para añadir veracidad inventa algún detalle ante la estupefacción de los dos agentes.

Iván traduce y Lidia no puede evitar mirar de refilón a su superior. Tedesco se disculpa a sí mismo, lo requiere el guion, como los desnudos o la sangre brotando a chorro de los tajos abiertos en las películas. Y las circunstancias, sobre todo, lo requieren las difíciles circunstancias de aquel chico aterrorizado que no pierde de vista los labios del agente de Policía y al que la vida no ha tratado bien. También le asegura que Natalia no quería ponerlo en peligro, no quería causarle daño alguno, quería protegerlo.

—Pasaba por malos momentos, ya lo sabes. Natalia estaba enferma, a veces estaba triste. Muy triste y con ganas de morir. Era una mujer frágil.

Idrissa asiente casi imperceptiblemente. Sigue desconfiando del policía, no comprende cuál es el propósito de la conversación.

—Malos momentos —repite casi sin pretenderlo—. Días de demonios —añade.

Todo lo que Tedesco sabe de Senegal es que, años atrás, en el país finalizaba el Rally París-Dakar, que buena parte de sus tierras son desérticas y que fue durante décadas una de las colonias francesas en África Occidental.

—*Elle était malade. Triste* —pronuncia Iván muy despacio.

Idrissa asiente.

IDRISSA

—*Malade*. Ella demonios —pronuncia el joven trabajosamente—. Demonios *ici*. *Malade*. —Y se señala la frente con el índice.

Tedesco barrunta el significado de sus palabras. Incapaz de desenterrar por completo sus conocimientos de francés adquiridos muchas décadas atrás, continúa intentando hacerse entender.

—Aquella mañana Natalia se encontró con un hombre que quiso chantajearla. Un mal tipo. Le exigió dinero. La amenazó. A ella y a ti. Se sintió asustada, atrapada, no vio salida. Solo pensó en protegerte, *protection pour toi*, y solo encontró una solución, por eso abrió el grifo. *Le robinet, l'eau, l'escalier...* —añade, satisfecho de sí mismo por haber recuperado las palabras que considera pertinentes.

Tedesco hace el gesto de girar una llave y dejar correr el agua. Iván amplía la explicación. Lidia, con los ojos muy abiertos y el corazón en un puño, acierta a comprender. Idrissa parece perplejo.

—Quería que la encontraran antes de que tú volvieras para que estuvieras a salvo. Tú no tienes móvil, ¿verdad?

—No. No móvil.

—Ella no podía avisarte, y si tú la encontrabas te verías implicado, ¿comprendes? La Policía habría sospechado de ti inmediatamente. Si descubrían su cuerpo antes, tú estarías a salvo, estarías seguro. *Tu comprends?*

Idrissa espera la traducción de Iván.

—*Oui. Je comprends* —responde con un hilo de voz.

—El plan no era perfecto, pero... lo que ella quería era protegerte, aunque así perjudicara a su hermano. Si ella no te abría, tú no podías entrar. Estarías a salvo. Se aseguró de que la encontraran. —Y, aunque no está muy seguro ni de la corrección ni de la certeza absoluta de sus palabras, asegura con total convencimiento—: *Elle pensait à toi. Natalia aimait Idrissa.*

Idrissa cabecea. Asiente. Se siente algo mejor. Enormes lágrimas atraviesan sus mejillas, y el joven las retira con el dorso de sus manos no menos enormes. Tiene las palmas sorprendentemente claras y repletas de arañazos y unos dedos larguísimos. Vencido por el dolor, solloza.

—Es todo lo que quería que supieras. Tenías derecho. Puedes llevarte tus cosas, Idrissa, son tuyas y las necesitarás, pero antes quiero que conozcas a alguien.

Iván traduce sus palabras. Lidia ha adivinado el propósito de Tedesco y se levanta para ir en busca de Rubén Carpio, que, sin entender nada, espera ya en el pasillo, a pocos pasos. Se siente alarmado, descompuesto y enormemente intrigado. Solo desea salir de allí cuanto antes. Tedesco indica a un agente que lo haga entrar.

—Este es Rubén, el hermano de Natalia. Rubén Carpio. Hermanos de madre. Él fue quien le dio a su hermana las llaves del piso. No sabía nada de ti. Desde hace años la ayudaba en lo que podía, y creo que querrá decirte algo.

Iván traduce.

—Él es Idrissa Seidy y cuidaba de Natalia desde hace un tiempo. Se querían. Por eso tu hermana abrió aquel grifo. Quiso protegerlo. Quiso que la encontraran antes de que él llegara al piso.

Idrissa, abatido, sigue llorando en silencio con la cabeza baja. Las lágrimas liberan el dolor y la tensión de los últimos días. Es

una sensación extraña. Lloro y, sin embargo, experimenta cierto alivio.

Natalia pensait à toi. Elle aimait Idrissa.

Lo ha entendido sin ninguna duda.

Le robinet, l'eau...

El inspector no se equivoca, aunque le entristece saber que ha muerto, comprender que Natalia lo amaba resulta un consuelo.

Tedesco se levanta y abandona el despacho tras indicar a Lidia y a Iván que deben seguirle. Permanecen en el pasillo observando a través de la persiana veneciana que cubre la cristalera del despacho.

Carpio toma la iniciativa. Los policías solo pueden apreciar sus gestos. Por la reacción de Idrissa, que levanta la cabeza y escucha sin dejar de llorar, Rubén trata de ser amable, de agradecerle haber cuidado de Natalia. El joven comercial le tiende la mano y repite algo de lo dicho por el inspector. Tampoco él consigue reprimir el llanto.

Idrissa apenas abre la boca. Desde el pasillo es imposible saber qué es lo que dice Carpio, pero antes de despedirse observan cómo anota algo en un papel y se lo tiende al senegalés, que lo guarda en el bolsillo del pantalón. Idrissa le da las gracias con un leve cabeceo.

Se estrechan la mano antes de separarse.

Carpio abandona el despacho y saluda con un gesto a Tedesco y a sus agentes. Lívido. Poco después, Idrissa, algo más tranquilo, guarda una magdalena en el bolsillo, agarra la caja con sus pertenencias y sale al corredor.

—Lidia te llevará —le informa el inspector, señalando a la agente que se aleja de inmediato en busca de un coche no identificable.

Idrissa no dice nada. El inspector le indica que le siga y acompaña al joven hasta la calle. Antes de que el senegalés entre

con dificultad en el vehículo dadas sus proporciones y las de la caja que acarrea, le tiende un par de billetes.

—Por el miedo que has debido de pasar. No quise asustarte. No era mi intención. Nadie os echará de allí, no por nuestra parte.

Idrissa los acepta estupefacto y fuerza una sonrisa.

—¡Suerte!

El policía adelanta su mano y el senegalés se la estrecha sin abandonar en ningún momento la caja de plástico que sostiene con los antebrazos. No puede arriesgarse a perderla de nuevo.

Al inspector le habría gustado saber que Idrissa piensa emplear aquel dinero en adquirir unas deportivas y un pantalón de deporte. Sigue soñando con jugar a baloncesto aunque sea en una liga informal.

De regreso en comisaría, Tedesco se dirige al despacho de Valero para exponerle personalmente sus conclusiones. Su superior se limita a tomar alguna nota y a preguntar algún detalle, por si la prensa requiere información detallada. El segundo cadáver puede despertar el interés mediático que no ha suscitado el primero, aunque un indigente muerto en un edificio en construcción no parece ser un gran reclamo. Mejor estar prevenidos. Deberán esperar los resultados de la autopsia de Raimundo Serrano para darlo por cerrado, pero si se confirma la explicación de Carpio la investigación habrá acabado a la espera del juicio.

—¿Por qué dejaría el grifo abierto?

Tedesco se encoge de hombros. Prefiere mantener a Idrissa al margen de la ecuación.

—Probablemente una desavenencia con su hermano. Habían discutido. Era una mujer de trato complicado. Quizá lo que no quería era permanecer allí durante días, se garantizaba que la encontrarán pronto.

No le habla al intendente de la localización del joven senegalés, el fantasmal amante de Natalia Benegas, ni de su identificación ni de su presencia reciente en comisaría. No es necesario. Por otra parte, Tedesco confía plenamente en Iván para elaborar un informe convincente en el que no aparezca el nombre de Idrissa ni su filiación.

En líneas generales, Valero se muestra satisfecho y acaba por felicitar a Tedesco cuando este se retira ya. Necesita pasar por la máquina de café antes de enfrentarse a Carlos Baras. El sospechoso avanza ya dando tumbos por la ira acumulada en dirección a una sala de interrogatorio. Es pastoreado por Cuesta, que trata de no responder a las provocaciones.

CARLOS BARAS

Con el vasito de plástico en la mano, el inspector pone rumbo a su despacho. Aprovecha para dar unas cuantas instrucciones a Iván Cabrera, que asiente por cumplir, no parece necesitarlas. Tedesco hace un par de llamadas telefónicas, anota un asunto pendiente y recupera la americana del perchero, forma parte del atrezo.

Tiene ganas de volver a casa y siente un hambre de lobo tras largas horas de ayuno. No le habría importado compartir mesa con el joven altísimo y retraído que acaba de estrecharle la mano. No tuvo reflejos. Puede imaginar una cena silenciosa en compañía de un buen hombre. Una cena servida en absoluto silencio por la chica del pelo rojo, buen talante y el tatuaje de una alambrada. Una cena compartida por dos hombres hambrientos.

Lástima. Está envejeciendo.

Abre la puerta de la sala de interrogatorios en la que espera Carlos Baras. El detenido tamborilea sobre la mesa mientras parece accionar con la pierna izquierda el pedal de una máquina de coser. Necesita demostrar su impaciencia. El inspector se ha

hecho acompañar por Diego y por Lidia. Los agentes se sientan a ambos lados del presunto asesino. Tedesco ha ordenado a otro policía especialmente fornido que custodie la puerta. El inspector adopta la impostura del que se sabe por encima del bien y del mal. Se sienta con cara de hastío y empuja las gafas nariz arriba. Observa a Baras sin disimulo y resopla con desagrado evidente.

Carlos Baras, cada vez más tenso, gruñe como si se dispusiera a embestir. Es un hombre no muy alto y con un ligero sobrepeso que está casi completamente calvo. Para compensar su alopecia luce bigote poblado y una barba negra y cerrada. Todo su semblante es como una paradoja. Observa que uno de sus brazos está más bronceado que el otro, posiblemente es taxista o transportista. Luce un anillo con una serpiente enroscada en el dedo corazón de la mano derecha.

—¿Qué coño hago yo aquí?

El inspector carraspea antes de hablar.

—Creo que ya lo sabe. —Y con un gesto le indica a Lidia que grabe la conversación.

—Yo no sé una mierda. —Y al hablar escupe sobre la mesa. No parece darse cuenta. Tedesco observa que le falta algún diente.

El inspector le explica lo que han podido saber y le anticipa que, con toda seguridad, será acusado del homicidio intencionado de David Sayago. Afirma que no faltan los testigos —prefiere no mentir, solo Oriol Parra presenció el asesinato— y que difícilmente podrá rebatir el testimonio de los que presenciaron el crimen ante un tribunal. Confía en la declaración del hermano del acusado. Si en verdad aspiraba a tener una relación duradera con David, quizá decida demostrarle lealtad y acepte reconocer lo ocurrido.

Carlos Baras se pone en pie y aúlla mientras golpea la mesa con las palmas. La serpiente plateada choca contra el tablero. No todo lo que el detenido grita resulta comprensible. Cuesta le obliga a sentarse de nuevo y lo hace sin miramientos,

empujándolo por los hombros hacia el centro de la Tierra. La silla se tambalea y el presunto asesino está a punto de caer hacia atrás. El policía que permanece en la puerta se ha aproximado, por si resulta necesario emplear más contundencia.

Tedesco no se ha inmutado. Sabe que a pocos metros los agentes tratan ya de localizar imágenes que demuestren que Baras se hallaba cerca de la discoteca en el momento del crimen y que otros buscan en las proximidades la navaja que utilizó. Con la autorización del juez acaba de enviar un par de policías a su domicilio para que registren el piso y traten de localizar el arma o prendas con restos de la sangre del desafortunado chico muerto. El hermano menor está a punto de llegar y también el autor de la fotografía en la que puede verse la sangre del fallecido. Iván ha conseguido localizarlo. Si logran que uno de los dos declare en contra de Carlos Baras, el asunto quedará cerrado.

—¡Cabrones! Si vais a por mí os juro que os... —Omíte a tiempo el deseo de rajar a los policías como a cerdos en un matadero o de arrancarles los ojos con una cuchara—. ¡Hijos de puta! Me las vais a pagar todas juntas. Ya sé de qué palo vais. ¡Joder! Me queréis cargar el muerto. Pero... ¿sabéis qué? A la pasma ni agua... ¡Cabrones! ¡Hijos de la gran puta! ¡No me vais a joder, maderos de mierda!

Baras tiembla de los pies a la cabeza. En su rostro el miedo se confunde con la cólera cuando Tedesco nombra a su hermano menor y la posibilidad de que declare contra él.

—No lo hará. Lo lleváis claro, hijos de puta. —Y acaba sus palabras con una risotada que pretende ser arrogante y que al extinguirse genera un gran vacío. Un silencio estremecedor—. Dejad a mi hermano en paz. Es un crío y no sabe lo que hace.

Lidia acaba de recibir un mensaje, mira el móvil y pronuncia en voz baja pero lo suficientemente alta como para que Baras pueda escuchar:

—Ya están aquí. Acaban de traerlos. Los llevan ya a una sala. Por separado. Iván controla.

Tedesco asiente con un gesto. Sabe que, aunque no parece en absoluto un tipo creativo, la imaginación de Baras hará el resto.

El detenido se revuelve en la silla.

—No puede hacer eso. Mi hermano no puede hacer que... Esto es un abuso. Es un crío. ¡Joder! Voy a denunciarlos por...

Busca las palabras. No las encuentra. Se atropella. Balbucea maldiciones con los puños cerrados sobre la mesa. Parte de su saliva escapa entre sus dientes y va a parar al tablero.

—Por el momento te vas a quedar aquí, en comisaría. Y por tu bien espero que te tranquilices, no es bueno para la salud alterarse tanto. Por lo del cortisol, seguro que algo habrás oído. ¿Quizás es que tienes dificultades para controlar la ira? Quizás aquella noche no pudiste... —sugiere Tedesco al tiempo que se aparta unos centímetros y se pone en pie con arrastrar de silla.

—¿Qué coño...? ¿Dificultades para...? Yo no he matado a ese maricón de mierda. Ni a ese ni a ninguno. ¿Me oye? Cárguele el marrón a otro. ¡Y váyase a la mierda! ¡Joder! ¡No me voy a quedar aquí por ese puto marica. ¿Me oye? No me va a encerrar por ese maldito bujarrón de mierda. Ni lo sueñe. No tiene derecho a...

Al hablar lanza patadas al aire, escupe y aporrea la mesa. A Tedesco le vienen a la memoria las palabras de la abuela Jacinta, una mujer tajante en sus opiniones: «Cuando un tonto coge una vereda, o sobra tonto o falta vereda».

—Quiero un abogado. Y lo quiero ya. ¿Me oye, cabrón? Ya. Yo no voy a comerme este marrón. A mí no me carguen el muerto. ¡Joder!

Grandes manchas de sudor han aparecido en sus axilas y destacan en la camiseta roja que, en grandes letras blancas y negras, reza: «Warriors».

—Puedes llamar a un abogado, desde luego. Yo en tu caso lo haría. Si no conoces ninguno se te facilitará uno de oficio. Lo vas a

necesitar —añade antes de darle la espalda y salir.

SÁBADO

TEDESCO

El policía ha descansado bien. Hacía semanas que no pasaba una noche sin permanecer largo rato desvelado y con los ojos obstinadamente cerrados intentando invocar al sueño. A excepción de los meses de riguroso invierno, el inspector siempre duerme con la ventana abierta, por si alcanza a oír llover durante la noche y el chaparrón lo pilla desvelado. Pasa pocas veces, pero por nada del mundo habría renunciado a la posibilidad. Adora escuchar el sonido de la lluvia desde su amable y solitario cobijo entre las sábanas, pero no ha llovido durante la noche y el policía ha dormido profundamente. Por una vez no ha habido sobresaltos, ni pesadillas pavorosas, ni recuerdos dolorosos.

Duchado, afeitado y dispuesto a salir de nuevo a la calle, se ha demorado unos minutos en el piso, siempre tan grande y vacío, ordenando algunas cosas y revisando la correspondencia. Ángela, su asistente, la ha reunido durante la semana sobre el mueble de la entrada. Hace años que es ella la que la saca del buzón, dado que el inspector no recuerda ni que existe.

Tedesco acostumbra a ocuparse de la correspondencia los sábados por la mañana. Es un hombre de rutinas inalterables, tranquilizadoras. Encuentra lo de siempre: una carta de una entidad bancaria que no trata de descifrar, la de una inmobiliaria que se ofrece a tasarle el piso, y propaganda de audífonos disfrazada de correo personal. Por el momento no cree necesitar un audífono, pero todo se andará. En definitiva: nada de interés. Al menos a él ninguna le interesa en absoluto.

Las ojea en un suspiro antes de romperlas y librarse de ellas.

Cuando pisa la calle se dirige al quiosco cercano. La Bocafuego, que se ha teñido el cabello de un púrpura oscuro a juego con sus uñas y la sombra de ojos, parece ocupada en intercambiar confidencias con una amiga. Mejor así. Con un poco de suerte se ahorrará algún comentario. No necesita las observaciones, siempre agrias y a menudo ofensivas, de la feroz quiosquera que, como Carlos Baras, detesta a la pasma con toda su alma. La Bocafuego sabe que es una especie en extinción y que al quiosco le quedan cuatro días, quizá menos. Pronto se quedará sin la oportunidad de hacerlo, por eso aprovecha para maldecir a todo bicho viviente. Y si se trata de un madero su repulsa limita con el odio manifiesto.

Echa un vistazo a las portadas y acaba llevándose el periódico de siempre. Variar no está en su temperamento. Deja el valor exacto del ejemplar y se aleja acompañado en la huida por un:

—Adiós. Buen día tenga usted también. —La Bocafuego no desaprovecha la oportunidad de recriminarle que no haya saludado al llegar ni al marcharse. Cuando lo hace, cuando el inspector le desea buenos días, la mirada de la quiosquera lo atraviesa como un arpón. Nada funciona con ella.

Tedesco resopla. No se gira. Sigue alejándose a sabiendas de que le afeará la conducta. No se equivoca. Alcanza a oír:

—Los putos polis se creen los amos del mundo. Hay que joderse.

Lástima que no necesite un audífono. El inspector ojea los titulares mientras camina. Difieren bien poco de los del día anterior. Sabe que no recogen todavía la noticia de la detención de Carlos Baras como presunto autor del asesinato de David Sayago. Está previsto que Valero lo notifique hoy en rueda de prensa.

El testimonio de Raúl Baras, su hermano menor, bastó para incriminarle. El chico declaró sin necesidad de insistir y lo hizo

entre lágrimas. Afirmó con total convencimiento haber perdido al amor de su vida a manos de su hermano mayor.

«Esa bestia que nos odia», en palabras del chico.

Tedesco confía en que otro amor aparezca pronto en su todavía corta vida y lamenta su pérdida tan reciente, tan cruel, tan estúpida. Cuando piensa en ello siente la rabia subir a los puños y atrancar sus mandíbulas. También acabó por identificarlo el joven testigo que capturó la imagen segundos después de que David se desplomara agonizante sobre la acera. El chico trató de desmentir su presencia en el lugar de los hechos y dijo no conocer la identidad del asesino. Unos cuantos silencios, la sombra de Cuesta en el umbral y un par de aproximaciones intimidantes, y el chico no tardó en corroborar las palabras de Oriol Parra y de Raúl Baras.

Caso cerrado y Carlos Baras a disposición del juez.

Se aproxima al París consciente de que aquella mañana no encontrará a Ignasi Romeu acodado en la barra para cruzar unas puyas.

La clientela de los sábados no es la misma que la que el policía encuentra en la cafetería los días laborables. En sábado coincide con algún empleado de banca en su día libre, con algún padre separado que apura los últimos momentos antes de recoger a sus hijos para pasar el fin de semana, con una pareja joven desayunando tras correr unos kilómetros, y con uno de sus vecinos, empleado en una empresa de transportes, que trabaja de lunes a viernes a cambio del sueldo mínimo. El propietario del negocio le promete una mejora salarial que no acaba de llegar. Del humor de un perro atropellado, este último lo saluda con un:

—Esto no tiene arreglo —mientras con la barbilla señala el diario abierto del establecimiento—. Y la puta ultraderecha sigue arrasando en todas partes. ¡Obreros de derechas! ¿Se puede ser más tonto? ¡Hay que joderse! —Opina que no le falta razón. La

prensa no parece la mejor manera de comenzar el día, y sin embargo no sabría hacerlo de otra manera.

El camionero dejó de comprar el diario cuando, tras el despido y la nueva contratación, su salario se desplomó. Ahora espera a poder retener el ejemplar de la cafetería. Tedesco cae en la cuenta de que, probablemente a contrapelo, ha substituido el habitual bocadillo de jamón con caña de cerveza de cada sábado por un triste café corto. Medidas de ajuste.

El inspector ladea la cabeza en un gesto de interpretación ambigua. Ni sí ni no, sino todo lo contrario. No tiene ganas de ahondar en las miserias y esquivo la charla. No sabe hablar por hablar y hace años que dejó de intentarlo. Tampoco él le ve salida alguna a la situación que atraviesa el país, el continente, el mundo entero. ¡Obreros de derechas!

—A este lo indemnizan con una porrada de euros porque se va a su casa a verlas venir —comenta, señalando la página siguiente—. Y yo currando como un hijo de puta todas las horas que haga falta por una puta mierda —añade, sacudiendo las páginas del diario con el dorso de la mano.

El hombre se dirige con amargura a todos y a nadie y sigue profiriendo en voz alta agrias observaciones durante un rato. Alguno de los presentes cabecea ocasionalmente en señal de asentimiento. También lo hace Blas, el maduro camarero que a menudo rezonga y se queja de las muchas horas que pasa tras la barra a cambio de un sueldo que no llega para nada. La música tristona del día a día.

Tedesco baja inmediatamente la mirada hasta el diario que acaba de comprar y busca la sección de sucesos. Encuentra de inmediato la noticia del hallazgo del cadáver de Raimundo Serrano en un edificio en construcción. Un breve. El periodista que firma la nota solo con sus iniciales dice de él que era un adicto y un delincuente habitual, y que no se desestima un posible accidente fatal. Nada que relacione la muerte de Serrano con la

de Natalia Benegas, y ninguna mención a la presencia de Carpio en el edificio. Se ha ceñido a la esencia de los hechos. Mejor así.

El policía piensa en la inmobiliaria, en cuyos edificios han sido localizados dos cadáveres en el plazo de unos días. Un par de muertos, nada bueno para un negocio. Por fortuna, la nota del diario no menciona la extraña coincidencia, y los edificios aparecen en el texto por su localización aproximada en dos calles diferentes y sin alusiones a la empresa constructora.

Media hora larga y dos cafés cortos le lleva acabar de leer el periódico sin levantar la vista ni un instante, para no dar pie a una conversación que no desea sostener. Se recuerda a sí mismo que es un perro verde y que quizá se muestra demasiado huraño. Una vez más no le importa en absoluto. Demasiado tarde para enmendarse.

El vecino abandona el taburete tras abonar su café. Poco después, Tedesco se dirige a la barra, paga sus dos cafés y el cruasán, y se encamina al Hospital Clínico. Ha llegado el momento de pasar el informe extraoficial, así llaman ambos viejos amigos a la detallada investigación y posterior resolución del caso que Tedesco desgrana puntualmente para su amigo Ignasi Romeu.

Mientras camina sin prisa alguna, el policía se siente afortunado al pensar que Ignasi sigue vivo, que lo recibirá con algún afilado sarcasmo que habrá preparado durante horas para la ocasión, y que espera su relato como se espera el agua en mayo. O, en su caso, en cualquier otro momento.

—Hola, Colombo —saludará Romeu.

Y Tedesco pensará por enésima vez en su viudez y en la dolorosa ausencia de una señora Colombo real o imaginaria.

Ambos son animales de costumbres, aburridos hombres de rutinas.

DOMINGO

MARINA

Tedesco acostumbra a llegar unos minutos antes. Le gusta esperar la llegada de Marina sentado a la mesa de mantel rojo y blanco sujetando una caña bien fría y picando un puñado de arbequinas. No las pide, el camarero las trae al verlo entrar, y a Tedesco le gusta que así sea.

Espía la silueta de su hija en la puerta de entrada y el saludo de bienvenida en los labios del camarero que la ha visto crecer. Hay cosas en la vida que no deberían cambiar nunca, y ver aparecer a Marina en el restaurante que frecuentan es una de ellas. A Tedesco se le alegra el corazón al verla entrar con paso firme. Guapa, sonriente. Aparentemente feliz tras la recién iniciada relación con Mario Corpas, el padre de Laura, un niña que pronto cumplirá los seis años. El policía todavía no la conoce, pero Marina asegura que es una cría encantadora y que seguro que se llevarán bien. Mario Corpas es el hombre con el que Marina ha decidido empezar a convivir dentro de un par de meses.

—No tiene por qué llamarte «abuelo». Ya pensaremos en algo.
—Y Tedesco hace días que le da vueltas a la cabeza.

Aguarda la sonrisa de Marina al descubrirlo sentado a la misma mesa que ocupa cada domingo, siempre de espaldas al espejo y acodado sobre el mantel, como dispuesto a iniciar un interrogatorio. Está íntimamente convencido de que algunas cosas, pocas, sustentan la vida entera. Desaparecida Fina,

Marina es su puntal.

Y Romeu. Y Lidia, Iván, Cuesta y Valero.

No se retrasa, Marina ha salido a él en su obsesión por no hacerse esperar, y raramente llega más allá de la hora acordada. Por fortuna, en todo lo demás su hija recuerda a su madre.

Trae la sonrisa de los mejores días. Deslumbra. Tedesco se levanta para recibir los dos besos que su hija le estampa en cada encuentro. Los únicos que recibirá en varias semanas, pero no quiere pensar en ello. *Carpe diem*, piensa, aunque la cita, tan traída y llevada, no esté entre sus preferidas.

La joven se sienta frente a él, comprueba su aspecto en el espejo y, aparentemente satisfecha de lo que ve, pregunta:

—¿Qué tal todo, papá?

Es el pistoletazo de salida, la señal acordada. También a ella le interesan los casos de su padre y Tedesco, poco hablador en general, no escatima detalles. Ni con ella ni con Ignasi. Con ambos se vuelve locuaz, matiza, comenta, sugiere, ríe, inquiere, añade aventuradas conclusiones, supone motivos... Bromea. Es otro hombre, alguien que se parece muy poco al huraño inspector de Policía de la comisaría de Les Corts.

Entre un plato de paella y unas albóndigas con sepia, le habla a Marina de Natalia Benegas, del joven senegalés Idrissa Seidy, de Rubén Carpio, el medio hermano de Natalia, y de Raimundo Serrano. Evita utilizar sus nombres. Sabe que es mejor no hacerlo. Basta con sus historias. Habla largamente del piso piloto, de los motivos de uno y de otro, de los demonios de Natalia, expresión cuyo sentido ha acabado por comprender, del joven sin papeles y sin futuro, y del drogadicto sin principios. Y todo ello sin dejar de mirarla, de admirarla, de adorarla. Porque eso es lo que Tedesco siente por Marina, su única hija, desde que la enfermera la depositó en sus brazos envuelta en una toquilla blanca en el pasillo de la sala de partos. Verdadera e inmarchitable adoración.

Marina atiende interesada y, de tarde en tarde, cabecea como dudando de lo que acaba de escuchar. Es crítica, rigurosa en sus análisis, una juez singular. Pregunta con el ceño algo fruncido:

—¿Cómo llegaste a deducir que la chica había muerto casi en un acto de amor? ¿No te parece un poco arriesgado? Porque eso es lo que le dijiste al chico, que actuó como actuó para protegerlo. Por amor.

—¿Arriesgado? No, en absoluto. Mi explicación quedó entre nosotros. Y la verdad es que no creo que muriera por amor, no es eso. No exactamente. Era una enferma, trastorno bipolar. Murió porque estaba enferma. Ella hablaba de sus demonios y llevaba unos días sin que los demonios la abandonaran. Ella quería ser normal y no depender de las pastillas, por eso las dejaba de tanto en tanto, y era entonces cuando se desequilibraba peligrosamente. Los demonios en forma de miedo, de tristeza, de angustia, de abandono... la acompañaban siempre a todas partes, en todo momento. El día en que murió era uno de esos días. Había abandonado la medicación, quería tener una vida normal, pareja, hijos... Cuando el yonqui la amenazó pasaba un mal momento, vio todas las puertas cerradas, no encontró escapatoria, ni para ella ni para Idrissa. Es una enfermedad cruel. Muy, muy cruel.

—¿Entonces?

—Creo que murió empujada al suicidio por su enfermedad, por sus demonios. No sé si puedo hablar de amor romántico, ni de fidelidad. No lo sé, pero no creo que importe. Aunque creo que algo de eso hubo. Simplemente me parece que hizo un gran esfuerzo por tomar las medidas necesarias para preservar la identidad del chico. No quiso perjudicarlo. Hizo lo que pudo, hizo cuanto estaba en su mano por protegerlo. Eso también es amor, a mí me lo parece. Aunque quizá solo pretendía que no tardaran en encontrarla. No puedo saberlo, pero creo que tu madre también lo vería así.

Marina piensa en ella con el rostro momentáneamente grave.

Raramente hablaban de Fina. Casi nunca. Demasiado dolor.

—Probablemente. A mamá le gustaban los finales felices.

—Este caso no tiene final feliz, Marina. Con algo de suerte, y si las pruebas periciales confirman sus palabras, el comercial no irá a prisión, pero pagará los daños a la inmobiliaria con un dinero que no tiene y difícilmente volverá a encontrar trabajo en el sector. Todo eso si la empresa no quiere presentar otros cargos: como negligencia, asociación criminal... Por otra parte, al morir la chica, el joven senegalés lo ha perdido casi todo. No sé si acabará por regresar a su país. No me extrañaría. Sin contrato, sin papeles... Aquí lo tiene muy, muy difícil. Una mujer ha muerto, un adicto también... No me atrevería a hablar de un final feliz.

Marina, pensativa, se sirve más vino y permanece unos instantes en silencio.

—Tienes razón. El asunto no ha acabado nada bien.

El policía levanta la mano para llamar la atención del camarero. No prescindirá del postre, no en domingo, y en la mejor compañía imaginable. Marina niega con la cabeza, pasará directamente al café.

—Es un poco frustrante, ¿no, papá? En tu oficio las cosas casi nunca acaban bien.

Tedesco asiente con una sonrisa. Se resiste a entristecerse. El camarero acerca un platito con lionesas diminutas y lo planta delante del inspector, que blande ya la cucharilla de postre.

—¿Por un grifo abierto? —insiste Marina, que sorbe ya su café —. Sigue pareciéndome aventurado. Cualquiera puede dejar un grifo abierto. Un despiste, una llamada al móvil...

—Por eso y porque antes de tomar las pastillas y disponerse a morir tapó el desagüe y retiró la alfombrilla de la entrada para facilitar la salida del agua. Eso me hace pensar que lo del grifo no fue casual. Fue ella, no pudo ser nadie más. Lo investigué. Pregunté. Nadie había apartado la alfombrilla. Ni el comercial ni la vecina. La encontraron así. La había retirado. Si lo hizo es

porque tenía un propósito, que la descubrieran en pocas horas, lo antes posible.

—Pero...

—Ya lo sé, Marina, ya lo sé, no tengo pruebas, son suposiciones, pero el chico se merece una explicación. La vida no le ha dado muchas oportunidades hasta el momento, ya sabes cómo son las cosas. Senegal no es un buen lugar para nacer. El sueño de una pareja, de una documentación en regla y de una vida soportable se esfuma sin saber cómo ni por qué. Estaba en mi mano y le ofrecí esa explicación. Una explicación complaciente que no hace daño a nadie.

Se interrumpe el inspector unos instantes. Cuando prosigue lo hace con aire pesaroso.

—Además, yo había cometido un error, un error grave. Lo habíamos asustado terriblemente. Lo que le expliqué me pareció una buena aproximación a la realidad. La mejor que se me ocurrió. Y, por si fuera poco, no solo le sirvió de consuelo, sino que quizá fuera cierto. Es una posibilidad. ¿O no?

Marina sonríe.

—Tus casos no acostumbran a acabar así, las cosas están bien o no lo están, son delito o no lo son. Este casi parece el final de una novela de esas que te gustan. —Marina hace una pausa y entorna levemente los ojos—. ¿Sabes qué, papá? Creo que con el tiempo te estás volviendo un sentimental.

—Tu madre no opinaba lo mismo —señala Tedesco con cierta sorna no exenta de dolor—. Nunca la oí decir nada parecido.

—Quizá no, papá. Pero no descartes que sea la edad. Los años, que no perdonan a nadie.

—Además, si no recuerdo mal siempre has dicho que era huraño y poco sociable. Como un lobo estepario.

—Ya, y sabes que lo sigo pensando. Un cordero con piel de lobo.

(Barcelona, 2026)

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (<https://alreveseditorial.com/>) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (...) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,
Los días de mercurio

